This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

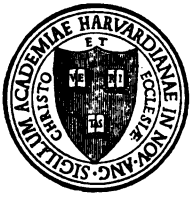
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

an
.53
.21

Harvard College Library



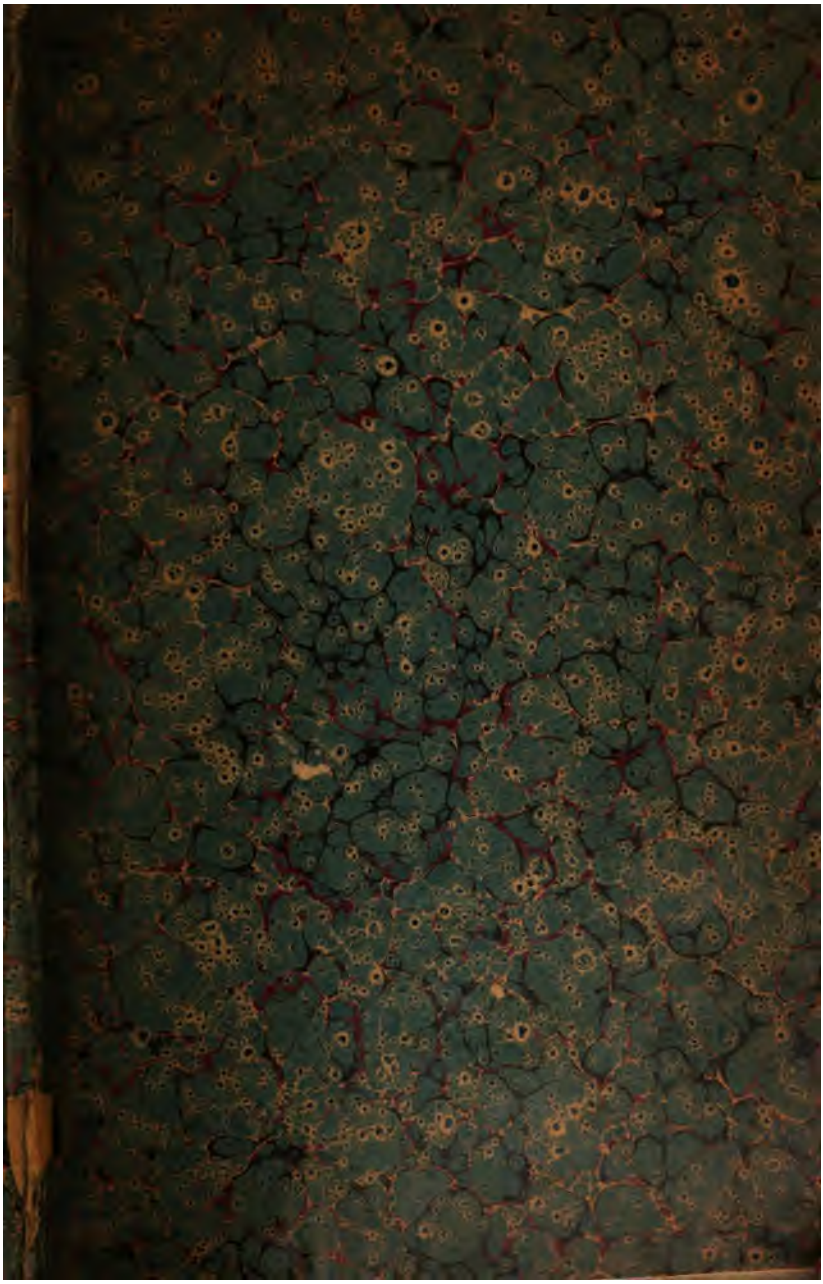
BOUGHT WITH INCOME

FROM THE BEQUEST OF

SAMUEL NEWTON CUTLER

(Class of 1877)

OF BOSTON



MISCELÁNEA

DE

LITERATURA, VIAJES Y NOVELAS.

Madrid : 1867.—Imp. de C. Bailly-Bailliere.

MISCELÁNEA

DE

LITERATURA, VIAJES Y NOVELAS

POR

D. EUGENIO DE OCHOA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Horacio. — Un paseo por América. — El Emigrado. — El Español fuera de España. — Un Enigma. — No hay buen fin por mal camino. — Hilda. — Necrópolis. — Recuerdos de Amberes. — Florencia. — De Jaffa á Jerusalen. — Mesa revuelta.

MADRID

CARLOS BAILLY-BAILLIERE

LIBRERO DE CÁMARA DE SS. MM., DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, DEL CONGRESO DE LOS SEÑORES DIPUTADOS Y DE LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

— *Plaza del Príncipe Alfonso*, núm. 8. —

PARIS,	LÓNDRES,	NUEVA-YORK,
J. B. Bailliere é hijo.	H. Bailliere.	Bailliere hermanos.

1867.

Span 5853.1.21

HARVARD COLLEGE
AUG 2 1920
LIBRARY

Catherwood

AL PÍO LECTOR.

Las más de las composiciones de que consta este volúmen, pertenecen á dias ya bastante apartados de nosotros, — ¡hoy que los dias se apartan y vuelan tan á prisa! Las más de ellas, repito, traen su fecha de los primeros tiempos de mi ya larga vida literaria, oscura sin duda, pero muy laboriosa; tanto que de puro antiguas pueden ya parecer nuevas, á la manera de esas prendas *de última moda* con que se engalanan á veces nuestras elegantes damas del dia, y que no son ni mas ni menos que las mismas con que, mudados el nombre y tal cual pequeño accidente, se engalanaban sus abuelas. No necesito decir hasta qué punto mis ideas y mi gusto en literatura han cambiado en un período que ya se acerca á la cuarta

parte de un siglo, dado que no profeso la persistencia del poste ni la inmovilidad del molusco; y sin embargo, al sacar hoy de nuevo á luz aquellas composiciones, frutos tal vez prematuros de mi antigua aficion á escribir,—verdaderos pecados juveniles,—no he querido retocarlas mas que para corregir en ellas tal cual errata evidente, ó añadirles una que otra aclaracion ya necesaria. Hacer más, me hubiera parecido una superchería por el estilo de la de los viejos que se tiñen el pelo para que los tomen..... por mas viejos de lo que son, aunque á ellos se les figure que los toman por mas jóvenes; hubiera sido, creo yo, teñirme las ideas, y ni esto ni aquello entrará nunca, Dios mediante, en las mias. Amo demasiado la *verdad* en todas las cosas para incurrir en tamaño dislate: ¿qué digo *incurrir en él?* ni aun á comprenderlo acierto, por mas que lo veo florecer en tantas cabezas de ambos sexos, por dentro y por fuera.

Pecados juveniles pensé titular esta coleccion de estudios literarios, en su mayor parte antiguos, como antes dije; pero es el caso, piadoso lector, que los tengo mas antiguos todavía y mas graves, y que para ellos lo reservo, pues me propongo

tambien recogerlos y ordenarlos, y darlos á luz algun dia, si se me presenta ocasion. En este punto soy impenitente. Conozco muy bien, —¿no los he de conocer? —los inconvenientes de las publicaciones prematuras, y de tales califico, sin falsa modestia, las más de las que componen este libro, y de las que compondrán otros con que me prometo reincidir en la falta, si lo es, que hoy cometo, publicando este; pero al cabo dos cosas hay que considerar, y ambas me arrastran irresistiblemente la mano y la voluntad. Es la primera que si, como nos enseña nuestro gran maestro Horacio, *nescit vox missa reverti*, lo que ya una vez vió la luz, dicho está y no hay que pensar en recogerlo : al público pertenece, y dándoselo en una nueva edicion, ordenado y correcto, no se le da mas que lo suyo. ¿Será esto un sofisma del amor propio, siempre halagado de verse en letras de molde? Lo creo, y aquí entra el segundo estímulo de que hablé arriba. Reconozcámoslo francamente : los literatos somos como los cómicos. El que una vez ha pisado las tablas, necesita un público, un teatro, como se necesita el aire para respirar : los que una vez hemos buscado la *publicidad* para

nuestros escritos, no nos resignamos á vivir sin ella. El silencio nos ahoga: necesitamos un ruido cualquiera, aplausos ó silbidos, alrededor de nuestro nombre. La oscuridad nos mata; y cuando no hemos tenido la fortuna de producir una de esas grandes obras inmortales, espléndidas lumbreras que iluminan con torrentes de luz toda una vida literaria, atizamos y volvemos á encender una y otra vez la pobre lamparilla con que hemos ido alumbrando escasamente nuestra afanosa carrera por el campo de las letras, para no quedarnos á oscuras el dia menos pensado. Esta es la explicacion de la MISCELÁNEA que hoy publico, — y si publicarla es un pecado..... literario, cuando menos, sírvame de penitencia esta ingénua declaracion.

San Lorenzo del Escorial, 25 de febrero, 1867.

MISCELÁNEA

DE

LITERATURA, VIAJES Y NOVELAS.

I.

HORACIO.

(Las Poesías de Horacio, *traducidas en versos castellanos por D. Francisco Javier de Burgos.* 2.ª edicion. *Madrid*, 1844).

I.

(tomos 1.º y 2.º — las odas).

Horacio es el poeta de la razon y de la sensatez, como Virgilio es el poeta del sentimiento y de la pasion: si nadie ha igualado al segundo en gracia y dulzura, ninguno tampoco puede competir con el primero en elevacion de conceptos y de expresion, combinada con la mayor regularidad posible. Esta felicísima cuanto rara combinacion es lo que coloca á aquel gran maestro á tanta altura sobre todos los líricos antiguos y modernos; pero tambien es preciso reconocer que pocos, acaso ninguno, se han hallado en tan favorable situacion como Horacio para alcanzarla. Formado en las escuelas de la sábia Atenas; lanzado luego por las revueltas de su patria en el borrascoso campo de las pasiones políticas; envuelto, por sus relaciones con los primeros hombres

de un partido moribundo, en la desgracia y casi en la miseria, y retraido en fin, merced á su trabajo, á su talento y á su habilidad', al dorado sosiego de una vida exenta de cuidados y ambiciones, Horacio pasó por lo que pudiéramos llamar las tres edades del ingenio, la del estudio, la de la experiencia, la de la produccion. Pasó, decimos, por estas tres edades, pero esto no hubiera sido bastante, á no haberla recorrido en el órden lógico y natural en que las recorrió él, órden rigorosamente indispensable para que alcance el ingenio todo su desarrollo y madurez. En la inversion de estos tres períodos está el secreto de tantos talentos abortados, de tantas inteligencias miserablemente perdidas para la gloria del arte.

Cuando Horacio empezó á escribir para el público,— hablo por lo menos de las composiciones suyas que han llegado hasta nosotros, — una revolucion fundamental acababa de dar un nuevo aspecto á Roma. Los últimos restos del republicanismo antiguo habian dejado en los campos de Filipos su sangre ó su fé política: la señora del mundo iba á reconocer un señor; ya era pasado el tiempo de las virtudes austeras, del patriotismo exclusivo, de aquel rígido y sombrío espíritu de libertad, cuya última expresion fué el sangriento puñal de Bruto y Casio. Horacio tenia demasiada perspicacia para no penetrar la índole de su época, y demasiada flexibilidad para no conformar hábilmente su conducta á las ideas del momento. Ahora bien; el momento presente no era propicio para el culto de la poesía lírica; entre el estruendo de un antiguo órden de cosas, derruido tanto por la fuerza de las armas como por el cansancio de los pueblos, y el confuso movimiento de una rápida reconstitucion social, mal hubieran podido los dulces

acentos de la lira llamar la pública atencion : solo la *sátira* podia conseguirlo, y por eso Horacio empezó por escribir sátiras. Pronto la vigorosa mano de Augusto acabó con aquel estruendo y aquel movimiento; la sociedad romana recobró su equilibrio; una organizacion sólida, una paz que ha llegado á ser proverbial, sucedieron á las recientes agitaciones; la época era ya favorable á los serenos encantos de las musas : al punto Horacio puso la suya al servicio de los nuevos ídolos, Augusto, Mecenas, Agrippa : si alguna vez los abandona, es solo para llevar su culto ante las aras de otros ídolos del dia, los placeres del vino y del amor, las dulzuras de una vida sosegada y contemplativa. Hay naturalezas díscolas y esencialmente rebeldes, para quienes la lucha es, no ya meramente un placer, sino una condicion necesaria de existencia, un verdadero elemento propio, único en el cual pueden desplegar toda su energía, como aquellas aves de las tempestades que necesitan para levantar su vuelo el empuje de los vientos embravecidos; almas descontentadizas, que nunca aceptan las condiciones dadas, incapaces de doblegarse á las exigencias comunes y tendidas siempre en una anhelosa aspiracion hácia un vago *desconocido*, desconocido para los demás y aun tal vez para ellas mismas. Una exaltacion febril, un sombrío disgusto de la realidad, una especie de complacencia insensata en la desesperacion, todo esto, acompañado de lúgubres profecías, de deseos indeterminados, de *protestas*, digámoslo así, protestas de pensamiento y de expresion contra todo lo generalmente admitido, y por una consecuencia natural, acompañado tambien de un orgulloso menosprecio de los goces sensuales y de un gran desden de las formas, constituye la poesía peculiar de aquellas

naturalezas adustas de que antes hablaba, y cuyo tipo es, en los tiempos modernos, el sublime cantor de *Child-Harold*.

No era este el temple de alma de Horacio. Naturaleza fácil y flexible, Horacio se deja llevar de la corriente de la vida, aceptando lo mismo sus encantadas riberas que sus inevitables escollos, cantando agradecido los perfumes de aquellas, esquivando, cuando puede, el choque con estos, pero guiado siempre en su carrera por la segura luz de una bondad nativa, de una razon altísima y de una moral, si no perfecta, no acreedora por lo menos á las severas acusaciones de que ha sido objeto. En un hombre colocado en tales condiciones, el culto de las formas debe rayar en una verdadera idolatría. Horacio, en efecto, consagra á la belleza artística, á eso que pudiéramos llamar la parte puramente plástica de sus obras, una atencion que rara vez acompaña á las inspiraciones líricas, y que cuando las acompaña, constituye la perfeccion del género. Así vemos á Horacio complacerse en connaturalizar en la poesía latina las combinaciones rítmicas de la griega, le vemos en su arte poética recomendar hasta la exageracion la lima del lenguaje y de la versificacion; para él la correccion, es decir, la *forma*, es un cuidado contínuo, ó, como arriba dije, un verdadero culto llevado casi hasta la idolatría. De aquí resulta que este poeta, bajo el punto de vista de la ejecucion, es sin duda el modelo mas seguro para la juventud, y el primer maestro del gusto.

«Tan elevado, pero mas metódico é igual que Pindaro; tan vehemente, pero mas profundo y correcto que Alceo; tan voluptuoso, pero mas variado y rico en sus pinturas que Anacreonte; tan tierno, pero mas

moral y filósofo que Safo, Horacio ensayó con igual éxito todos los tonos de la lira, de la cual sacó sones inmortales que despues de cerca de dos mil años deleitan aun, conmueven y transportan á cuantos hizo sensibles la naturaleza á aquel linaje de encantos.»

En estos términos resume su excelente juicio de Horacio el sabio traductor de sus obras completas, don Javier de Burgos, en la elegante biografía del poeta, que inserta en el primero de los tomos de su version que voy á examinar, y que contienen todas las odas. Esta nueva produccion literaria del señor Burgos, colocado ya á tanta altura en la república de las letras, me parece demasiado importante bajo su doble aspecto de traduccion y de comentario, para que crea suficiente limitarme á hacer de ella un mero elogio; la considero como un gran servicio prestado á las letras, como una obra destinada á ejercer mucha influencia en los ánimos de nuestra juventud estudiosa, en una época como la presente, en que son, por desgracia, tan contados los libros escritos con madurez y conciencia; y voy, por lo tanto, si no á analizarla en todas sus partes, lo que me llevaria demasiado lejos, á procurar, por lo menos, con mis flacos esfuerzos, consignar aquí en breve espacio, entre algunos leves descuidos de que ningun escritor está enteramente exento, una parte siquiera de los muchos títulos que presenta al aprecio de los inteligentes.

En el año 1821 publicó el señor Burgos su primera traduccion de las Odas de Horacio, á la que siguió en breve la de las demás obras del mismo autor: publicacion que desde luego le granjeó una grande y merecida celebridad, así dentro como fuera de España. Prueba de lo primero es la rapidez con que se despa-

chó aquellà edicion: la nombradía que ya entonces disfrutaba el traductor, y la natural impaciencia de ver desempeñada una empresa ante cuyas inmensas dificultades habian siempre retrocedido nuestros poetas, limitándose solo algunos á la version ó imitacion de tal cual composicion aislada, debieron necesariamente producir aquel resultado. De lo segundo es un insigne testimonio el honor que mereció dicha traduccion de figurar en la magnífica edicion poliglota de Horacio (Paris, 1834) entre las mas afamadas de Europa. Sin embargo, en el prólogo de aquella edicion declaró el señor Burgos, á mi parecer con excesiva modestia, que todavía no estaba satisfecho de su trabajo, y en prueba de la sinceridad de su conviccion, manifestaba el deseo de que su ejemplo «estimulase á otros poetas á tentar de nuevo aquella empresa difícil,» y su esperanza «de que Horacio llegase por este medio á tener una traduccion digna de él.»

«Nadie, añade el señor Burgos en el prólogo de su segunda edicion, nadie ha respondido á aquella excitacion, sin embargo de que cada uno de los dias de este largo periodo me ha revelado algunos de los descuidos en que caí entonces, ó de los errores que cometí. A mí me tocaba, pues, borrar su huella.» Cuán cumplidamente ha logrado su objeto el señor Burgos, haciendo, como él mismo dice mas adelante, *una nueva obra*; cuánto, sobre todo, ha mejorado y completado en su segunda edicion las notas y comentarios de la primera, júzguelo quien desapasionadamente coteje ambas ediciones. No puedo yo hacerlo aquí oda por oda; pero voy á lo menos á examinar por de pronto algunas de las traducciones de las principales del libro primero, igualmente que sus mas notables comentarios, con los que

tanta luz ha derramado el hábil traductor sobre una multitud de sentidos alegóricos de la teogonía griega; así como tambien sobre muchos pensamientos del poeta, hasta ahora mal interpretados, ó enteramente desconocidos.

Una de las cualidades que mas recomiendan el trabajo del señor Burgos, es una rara habilidad para adaptar el metro y el tono general de sus versiones á los del original, prueba irrecusable de un profundo conocimiento de la índole de ambas lenguas, y señaladamente de los recursos poéticos de la nuestra. En este punto su traduccion es un modelo digno de ser estudiado por los que aspiren á empaparse bien en la exquisita poesía de Horacio. ¡Qué nobleza, que grandilocuencia en la traduccion de su oda primera! ¡Qué suavidad, qué donaire de expresion en su lindísima anacreóntica á Pirra, una de las mas delicadas y graciosas inspiraciones de Horacio!

¿Quién es el rapaz lindo
Que rociado de esencias
En deliciosa gruta
A su seno te estrecha?

Nada mas feliz que la traduccion del *simplex munditiis por sencillez graciosa*. En toda esta composicion el traductor se conserva constantemente al nivel de su poeta; no solo traduce las palabras, sino la intencion, el pensamiento general de Horacio; esto es traducir; lo demás es remedar. Lo mismo sucede en las composiciones de un género mas elevado. Léase, por ejemplo, la soberbia oda segunda á *Augusto : Iam satis terris*, una de las primeras obras clásicas que todos hemos aprendido á admirar en las escuelas. ¡Qué lo-

zanía y qué nobleza al mismo tiempo en el género de estanzas elegantes, rápidas, y, sin embargo, grandiosas que para ella ha adoptado el traductor! Veamos la siguiente:

De la playa toscana repelido,
Vióse al Tibre insolente
Cejar hácia su fuente,
Amagar anegando en roja espuma
Templos de Vesta, alcázares de Numa

Dos ligeras observaciones se me ocurren, sin embargo, acerca de esta bella estanza, ambas de corta importancia, y que no haria á un traductor vulgar. Más de sentir es que haya desaparecido en la version el *rubente dextra* de la primera estanza, harto débilmente expresado por *diestra airada:* verdad es que la dificultad era poco menos que invencible. Pero volvamos á la estanza citada.

El pensamiento *retortis violenter undis* está poéticamente vertido en la expresion *cejar hácia su fuente;* pero el verbo *cejar* me parece impropio y débil, á causa del *violenter* del texto, cuya fuerza no basta á suplir enteramente el *repelido* del primer verso: de todos modos, la voz *ciar*, aunque todavía insuficiente, seria tal vez preferible; pues metáfora por metáfora, más adecuada al caso es una voz náutica que no una esencialmente terrestre. *Flavum Tiberim*, *el rojo Tiber*, dice Horacio: trasladando este pintoresco epíteto á la *espuma* del Tiber, ¿no ha sacrificado algo el traductor la verdad del pensamiento á la armonía y rotundidad del periodo? *Turbia espuma*, dijo el señor Burgos en su primera traduccion, lo que es mas exacto; pero dista aun más del pensamiento del autor, pues destruye del

todo la imágen del *flavum Tiberim*, de modo que, en suma, la correccion es buena, pero todavía no basta. Por el contrario, en el último verso de la estrofa siguiente, la expresion me parece que desmaya algun tanto; pues en el inciso

Aunque venganza tal Jove condena,

se echa de menos la enérgica concision del ablativo absoluto *Jove non probante*. Cierto que este es el caso del *paucis maculis* de que habla Horacio; pero si no se reparan estos y otros leves lunares en las obras de los maestros, la crítica deja de serlo y no le queda más que encerrarse en el fácil cuanto empalagoso campo de las alabanzas sin restriccion: no tengo noticia de que ningun autor las merezca tales en la *totalidad* de su obra. Merécenlas, sí, algunos escritores de primer órden, como el señor Burgos, en algunas *partes* de las suyas; así sucede en la estrofa séptima de la misma oda:

¿Y á cuál deidad en tan cercana ruina
Alzar los corazones?
¿Con cuáles oraciones,
Vírgenes pías, moveran á Vesta
Que no el oido á nuestros himnos presta?

En esta estrofa no hay el mas leve descuido que advertir; toda ella es digna del original. Obsérvese, en particular, el arte con que está vencida la gran dificultad del *minus audientem*. La pobreza respectiva de nuestra lengua, comparada con la latina, opone á veces una barrera tal á los esfuerzos del traductor, que los mas felices ingenios van á estrellarse en ella. Así tradujo este pensamiento el licenciado Juan de Aguilar en el siglo XVI:

..... ¿Con qué ruego,
Las vírgenes piadosas, y gemido
Fatigarán de Vesta el sordo oido?

La traduccion del señor Burgos en este pasaje, como en toda su oda, es incomparablemente mas poética. Y antes de pasar adelante, hagamos justicia á la buena fé, digámoslo así, con que el señor Burgos presenta su trabajo al público, acompañado de las mas notables traducciones castellanas que tenemos de las odas de Horacio. Para que toda buena accion lleve su recompensa, de esta ingenuidad del señor Burgos resulta para el lector la prueba de la incontestable superioridad de su version sobre todas las anteriores. Sea esto dicho, salvo los derechos de otro gran poeta contemporáneo, D. Alberto Lista, que tambien ha ensayado alguna vez sus fuerzas en tal cual excelente traduccion de Horacio, como la de la oda tercera, que luego voy á examinar. Discípulo y admirador de aquel sabio amigo de la juventud, desde luego me declaro incompetente para juzgarle, y le excluyo de toda comparacion.

Entre las notas que acompañan á esta oda, debo llamar particularmente la atencion sobre las que tienen por objeto á *Vesta* y á *Apolo*, por la sagacidad con que desentraña el señor Burgos la verdadera significacion de estas creaciones mitológicas, y sobre las que acompañan á los nombres de *César* y *Augusto* (versos 44 y 52). Ambas son dechados de narracion histórica.

No estoy de acuerdo con el traductor en atribuir á coincidencia casual, y por consiguiente en mirar como un ligero descuido de Horacio la reunion, en el primer verso de esta oda, de los tres bisílabos *satis*,

terris, *nivis*, cuyas desinencias uniformes, que acaso lo serian más en la pronunciacion latina, son realmente onomatopéyicas. Horacio gustaba mucho de este recurso poético, que maneja con tanta superioridad como el de las antítesis, en el que ningun otro poeta le ha igualado hasta ahora.

Pasemos ya á la mas tierna y sentida de las odas de Horacio, á la que mas simpatías suele despertar en el corazon de los jóvenes, á la que con razon consideraba Marmontel la primera de las de nuestro autor en el género apasionado, *que es el primero de todos los géneros*, observa juiciosamente el señor Burgos; excuso decir que hablo de la oda tercera del libro primero, á la nave en que iba Virgilio á Atenas. Esta es una de las odas que el señor Burgos trató con mas predileccion desde un principio, y en la que menos alteraciones ha hecho, por consiguiente, al texto de su primera edicion; en efecto, hubiera sido imposible hacer en ella mucha sin desvirtuarla; pues penetrado profundamente del dulcísimo y elevado pensamiento del autor, supo ya en aquella primera traduccion verterla á nuestra lengua en deliciosos versos.

Nave, que de Virgilio
El precioso depósito nos debes,
Que á tu fé se confía,
Salvo á las playas áticas le lleves
Y guardes la mitad del alma mia.

Navis quæ tibi creditum debes Virgilium... Es imposible expresar con mas verdad y poesía el delicadísimo pensamiento encerrado en este dístico. La nave que llevaba en su seno el precioso depósito de Viriglio debia ser responsable de él; el poeta, en la exaltacion de

su sentimiento, la supone un ser animado, le pide cuenta de su amigo que se le ha confiado. No acierto yo á expresar todo el encanto que encierra para mí esta expresion: *tibi creditum debes Virgilium*. Estas pinceladas revelan el gran poeta; conservarlas es, lo repito, saber traducir; pero tambien solo un poeta puede hacerlo con la superioridad con que lo ha hecho el señor Burgos. Nada mas perfecto que el plan de esta obra; veamos en qué términos, llenos de lucidez y elegancia, manifiesta el traductor sus primores en la nota primera. «El vate de Venusia empieza por desear que guien á su colega de Mántua, en la navegacion que va á emprender á Atenas, las constelaciones que se creian favorables á los navegantes; pero este deseo no apareceria á la altura de la amistad que unia á los dos mas ilustres poetas del siglo de los poetas, si no se lanzase Horacio en seguida á meditar sobre los peligros del mar, y no le hiciese descubrir en el arte de la navegacion uno de los mayores esfuerzos de la audacia de los hombres. Desde este terreno era fácil pasar á otro mas ancho, y el poeta pasa, en efecto, cuando, generalizando las declamaciones contra todas las especies de temeridad, recuerda con rapidez y maestría los memorables ejemplos que de ella dieron al mundo Prometeo, Dédalo y Hércules. Este plan, lejos de ser desordenado, como creyeron algunos, se distingue, al contrario, por su admirable y magnífica unidad.» De esta suerte va el traductor ilustrando, con singular pulso y elevacion de miras, el pensamiento de su poeta, para instruccion y recreo de sus lectores.

Toda esta oda tercera está traducida con singular acierto, y dudo que en toda ella pueda hallarse un solo lunar; aun puede decirse que le ha añadido el señor

Burgos algunos primores, como en el final de la estrofa octava...

.... y la muerte antes tardía
De entonces ¡ay! aceleró su vuelo.

La interjeccion ¡ay! colocada en el corte natural del último verso, es un toque feliz que no se halla en el texto.

Semotique prius tarda necessitas
Lethi corripuit gradum.

Léanse con atencion, entre las notas de esta oda, las que tienen por objeto á *Dédalo* y á *Hércules*. En casi todas estas notas mitológicas descubre el señor Burgos ideas enteramente nuevas y altamente luminosas sobre los sentidos ocultos de aquella ingeniosísima teogonía pagana, tan mal interpretada generalmente por los antiguos comentadores, y cuya profunda significacion filosófica empieza ya á sospecharse. Este trabajo, fruto de largas y sabias meditaciones, no es, ya lo he dicho, la parte menos importante de la obra del señor Burgos.

II.

El lector se hará cargo de que no me es posible ir analizando una por una la traduccion de cada oda de Horacio. Preciso será, pues, que me limite, no ya á examinar las principales, lo que todavía seria demasiado, sino tan solo á ir haciendo notar algunas de sus bellezas de mas bulto y de las mejoras que ha hecho el señor Burgos en esta segunda edicion.

El célebre consejo que da Horacio á su amigo Munacio Planco en la oda séptima:

..... Sic tu sapiens finire memento
Tristitiam, vitæque labores
Molli, Plance, mero.....

da ocasion al erudito comentador para hacer en una nota, que quisiera reproducir aquí íntegra, una magnífica y luminosa apología, ó sea rehabilitacion de la doctrina de Epicuro, groseramente desfigurada por las sectas que usurparon el nombre y parte de las ideas de aquel gran filósofo ateniense, verdadero padre y fundador de la escuela *utilitaria*, tal cual en nuestros dias la ha profesado Bentham, no cual la proclaman en Inglaterra y Francia algunos de sus *desapiadados* discípulos. La máxima epicúrea: «La felicidad consiste en el deleite,» pierde toda su impiedad, como observa muy bien el señor Burgos, circunscribiendo la esfera del deleite, *haciéndole consistir en la calma del espíritu y en la represion de las pasiones.* Así lo entendia Horacio; testigos, la mayor parte de sus escritos. Oigámosle en su excelente oda á Salustio, sobrino del historiador de este nombre (2.ª del libro 2.º):

Latiùs regnes avidum domando
Spiritum, quám si Libyam remotis
Gadibus jungas, et uterque Pœnus
Serviat uni.

Y luego en su admirable elogio de la medianía (oda 1.ª, libro 3.º):

Cur invidendis postibus, et novo
Sublime ritu moliar atrium?
Cur valle permutem Sabinâ
Divitias operosiores?

Así lo entendia, en su *Defensa de Epicuro*, nuestro

gran filósofo Quevedo, tan poco y tan mal conocido como pensador profundo, siendo este acaso su mayor título de gloria; pero en Quevedo, el escritor jocoso y con harta frecuencia chocarrero, ha hecho desaparecer el autor serio, religioso, lleno de altas enseñanzas y moralidades. *Sunt fata libellis*. Sin participar de la exagerada rigidez de los estóicos, Horacio nunca degenera tampoco en la relajacion de un epicureismo bastardo y pervertido, sin que contra esta defensa pueda alegarse con fundamento tal cual excitacion sobrado sensual dirigida á sus amigos, tal cual composicion decididamente obscena: esto solo prueba que Horacio, como antes dije, era una de esas naturalezas blandas é indulgentes, incapaces de llevar al extremo ningun principio absoluto, y siempre dispuestas á transigir con todos, cuando lo exigen su conveniencia ó su placer. Esto hizo en la esfera política; esto debia hacer en la esfera moral. Horacio, en suma, no es un guía seguro para la juventud; pero incluirle en el infame catálogo de sus corruptores, seria el colmo de la injusticia.

Una prueba de aquella debilidad radical de Horacio, de que he hablado antes, se halla en el mero hecho de dirigir una oda bellísima, ó, en otros términos, de hallar inspiraciones poéticas para hablar al magnate Planco, uno de los caractéres mas despreciables de aquella época de apostasías y vergonzosas palinodias. Planco fué sucesivamente republicano, amigo y enemigo de los triunviros, parcial de Antonio, servil cortesano de Octavio. ¿Qué mucho que, dirigiéndose á semejante personaje, no predicase el poeta una moral muy severa? Consideracion es esta que pudiera tomarse en cuenta para descargo de Horacio, aun cuando le diese peores consejos que el de ahogar en vino sus pesares.

Estoy completamente de acuerdo con el señor Burgos en cuanto á esta oda séptima: evidentemente son dos odas, de las cuales la primera acaba en el verso *Mobilibus pomaria rivis:* esta contiene el elogio del agua, y la segunda el del vino; no hay licencia poética que alcance á enlazar en uno estos dos elogios, aunque justísimos ambos. Es realmente magnífico el final de la traduccion de esta oda:

> Vosotros todos que conmigo un dia,
> Claros varones,
> Riesgos mayores á arrostrar bastasteis,
> Hoy los cuidados desterrad con vino:
> Mañana, amigos, nuestra armada al hondo
> Piélago torne.

De este último pensamiento tomó verosímilmente Alfieri el celebrado rasgo del acto 3.° de *Virginia:*

> *¡Oh fera notte!..... Andiami: doman col sole*
> *Icilio, qui mi rivedrai!*

Entre las notas de la bellísima oda duodécima del libro primero á *Augusto*, toda ella excelentemente traducida, hay una muy notable sobre *Orfeo* (verso 8.°), y otra llena de erudicion y sagacidad acerca de los emblemas y alegorías que se encierran en la fabulosa genealogía de algunos dioses gentílicos, tales como *Saturno* y *Júpiter*. Otra nota excelente hay entre las de la oda séptima sobre la fundacion de Atenas y el culto de *Minerva*, con motivo de la expresion *Palladis urbem* del quinto verso. «El nuevo rey (Cécrope) dió leyes al nuevo pueblo (el ateniense); estableció el culto de los dioses, y particularmente el de *Minerva;* introdujo con el cultivo de otras plantas el del olivo, que consagró á esta

divinidad, y puso en fin los cimientos de la gloria á que debia elevarse su ciudad andando el tiempo. La mitología, echando despues sobre estos sucesos el velo de la alegoría, supuso que, erigida *Atenas*, habian *Minerva* y Neptuno sostenido una contienda sobre cuál de las dos divinidades le daria su nombre, y que los dioses decidieron que perteneceria esta gloria al que hiciese á los habitantes un presente mas útil. Neptuno hirió la tierra con su tridente, y al instante se vió salir de sus senos un potro fogoso que se estimó el emblema de la guerra. *Minerva* tocó despues el suelo con su pica, y brotó de él un olivo, que desde luego se hizo el símbolo de la paz, porque lo era de la abundancia. En esta mitológica version del hecho histórico, vemos conservada la enseñanza que de este último se desprendia, y consagrada la preferencia que en las contiendas de los dioses, como en las de los hombres, merece en definitiva el que más beneficios proporciona á la especie humana. La relacion de la aventura, de que, segun la fábula, resultó la consagracion de *Atenas* á *Minerva*, contiene ó envuelve la deificacion del que hizo á los habitantes del Atica el bien inapreciable de la introduccion de un cultivo, que debia ser en su territorio un elemento poderoso de prosperidad y ventura. ¿No merecen estudiarse fábulas que contienen tales enseñanzas?» Esta es una de las innumerables notas, enteramente nuevas, con que ha enriquecido el señor Burgos su segunda edicion.

Volviendo á la oda duodécima en que habia empezado á ocuparme, no omitiré citar, como uno de los primores de su excelente traduccion, este final de la segunda estrofa:

Su dulce melodía
Paró al rio fugaz y el raudo viento,
Y á la arrobada encina
Trás sí arrastró su cítara divina.

Difícil es verter con mas elegancia el *auritas quercus* del texto, expresion que, salvo el respeto debido á Horacio, me parece sobradamente atrevida. Aquí el traductor cubre la falta de su modelo, lo cual es la perfeccion del género y lo contrario cabalmente de lo que suelen hacer los traductores, que es exagerar los defectos y omitir las bellezas de los originales. De *lacayos vestidos con las ropas de sus amos* trata con mucha razon á los malos traductores un célebre crítico francés; á los buenos, por el contrario, los tienen algunos en más que á los mismos originales que traducen, porque en ellos es mayor, dicen, la *dificultad vencida;* pero esta opinion no me parece sostenible.—Lástima es que el segundo verso de la estrofa arriba citada desdiga tanto de los siguientes. Mejor lo dijo el señor Burgos en su primera traduccion:

De dó la selva un dia
Del gran cantor Orfeo en pos corriera.....

Pero esto es una excepcion rara. En efecto, para convencerse de la extremada *conciencia* con que ha hecho el señor Burgos esta segunda edicion de su Horacio, cotéjese en ambas ediciones la traduccion de una oda cualquiera. Tomemos, por ejemplo, la oda décimaquinta del libro primero, que es de las mas bellas de Horacio y la mas célebre entre nosotros, por haber inspirado al maestro fray Luis de Leon su *Profecía del Tajo*, una de las perlas de nuestra literatura.

Primera edicion.

Iba en bajel ideo
Con su huéspeda Elena el mar surcando
El pérfido pastor, cuando Nereo
El viento encadenando
Que al piélago agitara,
Así al raptor sus hados anunciara.

Segunda edicion.

Con su robada Elena
Pérfido huésped, en bajel ideo
Surca los mares. Súbito encadena
Poderoso Nereo
Los vientos desatados,
Y anuncia así al raptor sus tristes hados.

Su *robada Elena* expresa perfectamente el *traheret* del texto, idea que se habia omitido del todo en la primera traduccion con su *huéspeda Elena*, lo mismo que la enérgica antítesis *pérfido huésped*, reemplazada allí por *pérfido pastor*. La acusacion de Páris envuelta en el dístico:

Pastor cum traheret per freta navibus
Idæis Helenam perfidus hospitam.

se ha añadido, pues, en la nueva traduccion; es decir, que se le ha dado al pensamiento de Horacio su verdadero carácter. Faltaba tambien en la primera el *celeres ventos*, traducido ahora perfectamente por *vientos desatados*, que forma con *súbito encadena* el mismo poético contraste que resalta en el texto de la reunion de las voces *celeres otio*, contraste que no habia, ó estaba muy débilmente suplido con el inciso:

Que al piélago agitara.

Encadenar el viento, por *obruit ventos*, era expresion que no podia mejorarse, y el señor Burgos ha hecho muy bien en conservarla; todavía me parece mas poética, porque pinta más que la original. *Anuncia* dice menos que *caneret;* pero en castellano no podia emplearse otra locucion: de todos modos, ya no se halla en la estrofa el ligero descuido gramatical que hay en el uso del imperfecto del subjuntivo *anunciara*, puesto por perfecto de indicativo, lo cual no es lícito en nuestra lengua. En ambas estrofas el giro final es extremadamente poético, mas poético aun que en el texto, donde el *ut* causal liga demasiado la frase. Mejor todavía lo dijo fray Luis de Leon, suprimiendo toda partícula pegadiza:

> Del Tajo sin testigo,
> El pecho sacó fuera.....

Antes de salir de esta estrofa primera, quisiera someter una observacion al juicio de los inteligentes. *En bajel ideo*, ha dicho en sus dos traducciones, por *navibus idœis*. Yo creo que hubiera sido muy preferible conservar la locucion en plural, porque se me figura que con toda intencion la empleó así Horacio para hacer contrastar la pompa de la imágen de *muchas naves surcando el mar*, con la denominacion enfáticamente humilde de *pastor* dada á Páris, príncipe troyano; antítesis que por no ser de palabras, y sí solo de pensamientos y de imágenes, no deja por eso de ser tan bella como las mas celebradas de Horacio. *Naves* en plural indica tambien que el rapto de Elena, de una reina, de la mujer mas hermosa de su tiempo, de la hija de un Dios, en fin, no era un suceso oscuro, y que podia esconderse en la estrechez de una sola nave.

El *traheret per freta* del texto, lejos de envolver, en mi concepto, la idea de un rapto clandestino, parece como que pinta la escandalosa publicidad del atentado que precipitó á la Europa sobre el Asia y ocasionó la ruina de Troya. No sé si, llevado de esta propension que todos tenemos á descubrir sentidos ocultos en los grandes poetas, haré decir á Horacio en esta ocasion mas de lo que en realidad dijo.

SEGUNDA ESTROFA.

Primera edicion.

En mal punto á esa hermosa
Conduces á Ilion. La Grecia presto
Requerirála en hueste poderosa
Tu himeneo funesto
Rompiendo, y en su encono
De Troya antigua hundiendo el rico trono.

Segunda edicion.

Con auspicios funestos
Llevas á esa mujer, que Grecia toda
Requerirá con bélicos aprestos,
Pronta á romper tu boda,
Y resuelta en su enconò
A hundir de Troya antigua el rico trono.

Ambas estrofas son hermosas. Aplaudo la supresion del adverbio *presto* con que acaba el segundo verso de la primera; pero no quisiera ver sustituido *tu boda* por *tu himeneo*: lo primero es menos poético. El epiteto *funesto* dado á *himeneo* no debió haber desaparecido, porque suple, en cuanto lo permite nuestra lengua, la fuerza enfática del *tuas nupcias* del texto, donde *tuas* no es meramente un pronombre posesivo, sino un término de reprension: una figura análoga tenemos en

castellano, pero solamente en el estilo familiar, como cuando decimos: *has hecho una de las tuyas*. Tambien advierto en la nueva version la falta de dos locuciones *en mal punto*, traduccion felicísima de *malâ avi*, y *esa hermosa*, denominacion mas poética que la de *esa mujer*; ambas son de fray Luis de Leon, y acaso por escrúpulo de conciencia las habrá suprimido el señor Burgos; pero los escritores como él pueden decir con Moliere: *Je prends mon bien partout oú je le trouve*. Así debe ser, por aquello de que «el Parnaso es como el mundo; solo á los ricos se les permite robar.» El *conjurata* del texto que faltaba en la primera version, y que era necesario, se ha suplido muy bien en la segunda con el inciso *pronta á romper tu boda*.

De la estrofa tercera solo diré que el último verso ha ganado mucho en rapidez y valentía. La gradacion de las voces *escudo*, *carro*, *golpe*, es magnífica: *golpe* me parece todavía superior al *rabien* del texto, porque pinta más. Nada de esto habia en la primera version, donde el lánguido y postizo hemistiquio y *el escudo embraza* con que acaba la estrofa, desfigura enteramente el pensamiento del autor, porque destruye la gradacion.

En la siguiente no hay mas alteracion que el haberse sustituido *cabellera airosa* á *cabellera hermosa*, y haberse suprimido la repeticion *en vano* del verso segundo, que no me disgustaba, porque envolvia una intencion irónica conforme con el tono general de la estrofa. *Fiado en el favor de la ciprina diosa*, es débil; pero ¿cómo expresar, ni aun en prosa, la admirable energía del *præsidio ferox*, de Horacio? ¿Cómo conservar la antítesis *ferox*, *fœminis*, *imbelli?* Estas son dificultades insuperables. Lo mismo diré del *adúlteros*

crines de la estrofa siguiente, traducido en ambas versiones por *adúltera frente*. Aquí, por desgracia, la alteracion es no solo de palabras, sino de ideas: en la version, el epíteto *adúltero* resulta verdaderamente supérfluo, porque nada añade á lo que ya se ha dicho; en latin expresa admirablemente que el esmero mujeril con que peinaba Páris sus cabellos, *pectes cæsariem*, tuvo gran parte en la seduccion de Elena; de aquí la elegancia y la verdad del epíteto *adúlteros*. Así nos explicaba á sus numerosos discípulos este pasaje el señor Lista, en su inolvidable cátedra de la calle de Valverde.

Todas las demás correcciones hechas en la oda son felices; únicamente en la penúltima estrofa es de sentir que haya desaparecido el pensamiento del autor, *melior patre*, que estaba perfectamente vertido en el inciso *mas que el padre denodado*. Hay, sobre todo en la estrofa última, una correccion que no acertaria á elogiar bastante, y es la introduccion del verso:

Mas correrán los dias.....

Este verso tiene todo el énfasis del *post certas hiemes*, que faltaba absolutamente en el adverbio *en fin* con que se suplió en la primera version.

El *aciago furor de Aquiles* pinta menos que el *iracunda classis Achilles*; pero es muy preferible á la *ira insana de Aquiles*, como decia el primer texto. Este epíteto de *insano*, siempre vago, y manoseado ya sobre toda ponderacion, me es tan soberanamente antipático, que hasta en fray Luis de Leon me disuena cuando dice:

Menea fulminando el hierro *insano*

Desde luego *hierro insano* es un desatino, porque el hierro, que nunca ha tenido juicio, mal puede volverse *loco*; y esto, y no otra cosa, significa el dichoso *insano*. Ha hecho, pues, perfectamente en suprimirle el señor Burgos.

En la oda á Póstumo *Eheu! fugaces* (14 del libro 2.°) he notado que *Pluto* está puesto por Pluton, contraccion sobre cuya mayor ó menor oportunidad podria discutirse, si *Pluto* no fuese cabalmente el nombre de otro dios: el de las riquezas. Este descuido no se hallaba en la primera edicion:

> Que no al inexorable
> Pluton aplacarias.....

El mismo se repite en ambas ediciones en el penúltimo verso de la oda tercera, segundo libro, á *Delio*:

> De la vida el tributo
> Fuerza es pagar al inflexible Pluto.

Por lo que va dicho de las pocas odas que he procurado ir analizando hasta aquí, puede juzgar el lector de la justicia de mis elogios al señor Burgos, así como le será una prueba de mi imparcialidad el cuidado que he puesto en notar de paso sus mas leves negligencias. De las bellezas de primer órden de que están salpicadas estas traducciones, he hecho menos mérito, porque me faltaba espacio para desenvolverlas cumplidamente. Solo un detenido exámen de la traduccion de la oda *Beatus ille* (2.ª del libro 5.°) daria márgen para un largo estudio, en el que apenas habria que hacer otra cosa mas que elogiar, ya la propiedad de la traduccion, ya la dulzura de los versos. Véanse estos:

Si de frutos y pámpanos ceñida,
Alza otoño sus sienes placentéras,
¡Cuál las injertas peras,
Y las uvas de púrpura teñidas
Coger le agrada, de que á tí, Silvano,
Divino protector de los linderos,
Los presentes primeros,
O Priapo, y á tí consagra ufano!

No sé si en estos dos versos de la estrofa octava

Sus párpados abruma
El blando sueño que sus ojos cierra.

estará puesta con intencion la antítesis de las voces *abruma* y *blando*, que aunque es muy del género de Horacio, no está en el texto, ni, á mi parecer, debia estar en la traduccion; porque, en primer lugar, las dos ideas se excluyen; y en segundo, nada es mas contrario á la mente y aun á la letra del texto latino que la idea de un contraste, aquí donde todo es molicie, serenidad y calma. *Abruma* envuelve una idea de *pesada fatiga*, que desdice del *somnos leves*, mejor todavía que *blando sueño*. Por lo mismo no me parece oportuno en la situacion el verso:

Y despeñada de la altiva sierra...

en el delicioso cuadro que pinta Horacio, las aguas no se *despeñan*, sino *se deslizan (lavuntur aquæ)*; las mismas aves no *trinan*, sino *se quejan (querentur aves)*, lo que todavía es más lánguido. Luego es cuando viene el contraste, hermoso por cierto, de esta apacible descripcion con la severidad y aspereza del otro cuadro de invierno, expresadas con las imágenes *tonantis Jovis*, *imbres*, *nives*.

Si el invierno á su vez torna escoltado
De aguas y truenos y de escarcha fria.....

Transicion que el traductor ha comprendido y expresado perfectamente.

Resumiendo: la traduccion del señor Burgos es uno de esos libros que deben estudiar los jóvenes, y que no puede faltar en la biblioteca de ningun hombre de gusto. En ella, Horacio está, no solo bien traducido, sino perfectamente comentado, lo que no es inútil, ni aun para los mas consumados latinos. La versificacion es excelente; la prosa de las notas es un modelo de lenguaje moderno, de ese lenguaje que debe huir, tanto de la manía de los arcaismos, como de la de los neologismos; solo hay que notar tal cual abuso de los pronombres demostrativos *él*, *ella*, que sin ser, rigorosamente hablando, un defecto gramatical, entorpece la frase, y le da cierto color extranjerado, sin añadir nada á la claridad. Así, en el periodo: «Objeto mas alto debió proponerse el poeta; y es muy verosímil el que se le atribuyó, cuando se supuso que bajo el nombre de Páris quiso *él* designar á Marco Antonio» (tomo I, página 194), el pronombre está seguramente de más. Pero ¿qué son estos insignificantes descuidos en una produccion de tanto mérito?.....

III.

(TOMO 3.º — LAS SÁTIRAS).

Acabo de leer este tomo III de la segunda edicion de Horacio, traducido por el señor Burgos, y su lectura me ha complacido tanto como la de los anteriores. No

eran por cierto menores las dificultades con que tenia que luchar el traductor en esta parte de su trabajo, que las que debió presentarle la primera: las odas, por su contextura lírica, por la elevacion de los conceptos y la sostenida nobleza de la expresion, inflaman necesariamente la fantasía del poeta que se propone traducirlas, al par que por su naturaleza se prestan mucho á la índole peculiar de nuestra lengua y de nuestra poesía. No así, ó á lo menos, no tanto las sátiras y las epístolas; ambos géneros se han cultivado poco en España. Nuestra lengua, como poco trabajada al efecto, se doblega mal á las exigencias del lenguaje filosófico, ó para expresarme como se usa en el dia, *es poco filosófica*, á diferencia del francés, que lo es en grado superlativo; tambien en cambio este es muy poco poético (á fuerza de trabajarle va siéndolo cada vez más), y el castellano lo es muchísimo. Los oidos españoles se pagan sobre toda ponderacion de la brillantez y rotundidad de los periodos, de la vivacidad de las imágenes, de todo lo que constituye el *lirismo* de las inspiraciones, y á todo esto se presta admirablemente la traduccion de las odas: en las sátiras y en las epístolas, que en Horacio vienen á ser una misma cosa en sustancia, ya no es lo mismo. Ya aquí se habla menos á la fantasía y más á la razon; el lenguaje es mucho mas llano; las imágenes son menos atrevidas; el traductor, como el poeta original, tiene ya menos recursos para seducir y fascinar á sus lectores: la dificultad es, por consiguiente, mayor para ambos. Pero las dificultades, lo mismo que lo mucho y lo poco, son cosas puramente relativas, y como dice muy bien el mismo señor Burgos, en una de sus lindísimas comedias *(Los tres iguales)*:

Solamente has olvidado,
Al ajustar esa cuenta,
Que los hábiles se ilustran
Donde los tontos se estrellan.

Con efecto, la dificultad de la empresa solo sirve en este caso para hacer que campeen con mas lucimiento las altas dotes naturales y adquiridas; es decir, el talento y el saber con que el señor Burgos ha conseguido llevarla á cabo.

En la primera edicion de esta traduccion de Horacio, los tomos III y IV, que comprenden las sátiras y las epístolas, llevaban mucha ventaja á los dos primeros (las odas), como escritos, segun declara el señor Burgos en su prefacio, y manifiestan además claramente muchas circunstancias, en una edad mas madura, y por consiguiente, con un gusto ya mas formado y seguro. Natural era, pues, esperar que la reforma hecha en ellos seria menor; pero no ha sucedido así: lo mismo que para las odas, el señor Burgos ha hecho el trabajo por entero, castigando y corrigiendo verso por verso, y la prosa renglon por renglon, el tomo III en que voy á ocuparme.

Examinemos ante todas cosas el carácter general de las sátiras de Horacio, copiando el juicio que hace de ellas en globo el señor Burgos en la primera nota de este tomo (pág. 16), juicio que seria difícil mejorar en la sustancia como en la expresion: «Se engañaria el que juzgase del carácter de las sátiras de Horacio por las composiciones satíricas que se leen entre las obras líricas de este poeta. Las sátiras contra el orador Casio Severo, el liberto Mena y el poeta Mevio, que forman parte de las piezas contenidas en el tomo ante-

rior, no son mas que invectivas atroces, que por honor de su autor se deberia desear que no hubiesen sobrevivido á las catástrofes de tantos siglos, para dar una idea poco ventajosa de su dulzura y de su urbanidad. Por dicha, si en un arrebato de cólera pudo el ilustre Venusino olvidarse alguna vez de lo que se debia á si mismo y aun á la posteridad, en cuya memoria estaba él seguro de vivir eternamente, las sátiras que escribió á sangre fria y cuando no estaba subyugado por ninguna pasion imperiosa, son en general un archivo inagotable de chistes ingeniosos y de sarcasmos agudos; una coleccion preciosa de preceptos generales de moral y de reglas particulares de conducta; una galería, en fin, de cuadros diversos y variados, á cuya vista se cree todo hombre perspicaz é inteligente trasladado á la antigua capital del mundo, donde se figura estar viendo las estravagancias de un siglo no menos fecundo en ellas que el nuestro.»

Este juicio es exactísimo. Las sátiras de Horacio no corresponden, en efecto, á la idea que generalmente nos formamos de la composicion llamada *sátira*, y que envuelve siempre algo de acriminacion violenta, y por lo comun *personal;* son unos verdaderos *discursos*, generalmente templados *(sermones)*, lo mismo que las epístolas, con la sola diferencia de que en estas es condicion esencial dirigirse á ausentes, lo que no es de rigor en las primeras. Lo propio de la *sátira* romana, diferente del género de composiciones que bajo este nombre cultivaron los griegos, era tratar de muchos asuntos, y pasar mas ó menos rápidamente de unos á otros, lo que concuerda con el orígen de esta voz, no tomada, como comunmente se cree, del *sátiro* de los griegos, sino del adjetivo latino *satura* (harta). Horacio

perfeccionó este género, como todos aquellos en que ejercitó su soberano ingenio, y aun es en el que tiene mas celebridad. De las sátiras y de las epístolas de nuestro autor, dice Voltaire en su epístola á Horacio, que leemos,

«Comme on boit d'un vin vieux qui rajeunit les sens!»

Como se bebe un vino añejo que rejuvenece los sentidos, metáfora bellísima y verdaderamente digna de Horacio.

Como ya dejo dicho en las anteriores páginas, no es tanto mi propósito en este exámen de la excelente obra del señor Burgos analizarla en sí, cuanto manifestar algunas de las principales mejoras que ha hecho en esta segunda edicion. Ante todo, ha dado suma extension á la parte de las notas, en solo lo cual ha hecho ya un señalado servicio á los apasionados de Horacio; pues es de advertir, como sin dificultad conocerá cualquiera, que desde este tercer tomo inclusive en adelante, la necesidad de largas y buenas notas va siendo mucho mayor que en los anteriores. Las sátiras, escritas en un lenguaje familiar, y por consiguiente, muy difícil de entender, están llenas además de alusiones oscurísimas, aun para los lectores mas instruidos, á usos, costumbres y sucesos vulgares contemporáneos, de aquellos que no consigna en sus páginas la severa historia; hay en ellas tambien cierto desaliño propio del género, que aumenta la dificultad de entenderlas. Por eso son en general menos conocidas y apreciadas que las odas, aunque seguramente no es menor su mérito. «A mí mismo,» decia el señor Burgos en su primera edicion (tomo III, pág. 21), y repite en la segun-

da, «que desde la edad de veinte años sabia de memoria las sátiras de Horacio, me sucedia muchas veces desconocer su mérito, no saborear sus gracias, no encontrar el modo de enlazar los pensamientos, no sentir por consiguiente el placer de las transiciones, ni ver, en fin, aquella coherencia y conexion, sin las cuales de ninguna composicion puede decirse que tiene mérito; y solo la meditacion profunda y la necesidad de desentrañarlas para traducirlas me hicieron conocer el mecanismo ingenioso de estos festivos discursos, la trabazon sábia, aunque á veces oculta, de sus partes, la moral pura y sublime que encubren bajo formas, á veces picarescas, y las demás cualidades que las distinguen.»

La silva y el romance octosílabo son las clases de metro que ha adoptado muy acertadamente el señor Burgos para las composiciones de esta clase. En la version de la primera sátira, esmeradísima y á todas luces excelente en la primera edicion, no ha hecho el señor Burgos sino tal cual leve enmienda de poca importancia, pero todas felices; en la segunda, ya las correcciones son mas frecuentes, lo mismo que en la tercera, si bien en esta ya no tanto, por el motivo de que, considerándola el señor Burgos, con razon, como la composicion tal vez mas filosófica que nos ha legado la antigüedad, puso desde un principio en ella el mayor esmero; y en efecto, su traduccion es una obra maestra. Veamos, por ejemplo, este lindo trozo, en el que nadie adivinaria las trabas de una traduccion; tales son la facilidad y soltura con que está versificado:

Mas nuestro juicio escaso
Convierte en vicio la virtud mas pura,
Y mancha y desfigura
Con un feo barniz el limpio vaso.
Al hombre más honrado y mas modesto
Mazacote llamámosle y molesto;
Al otro que sospecha
Que él crimen y la envidia vil le acecha,
Y prudente por ello,
Cuida que nadie pueda sorprendello,
En vez de precavido ó de juicioso,
Le llamamos falaz y artificioso:
Si al que lee ó medita llega alguno
Sencillo ó importuno,
A interrumpir con una fruslería,
Cual yo lo hago contigo cada dia,
¡Oh Mecenas querido!
Decimos que es un hombre sin sentido.
Sin reparar que cuando así fallamos,
Terrible ley contra nosotros damos;
Pues sin vicios ninguno al mundo viene,
Y aquel es el mejor que menos tiene.
Pese el leal amigo, como es justo,
Mis faltas y mis prendas á su gusto,
Y cuando á aquellas estas sobrepujen,
Inclínese á mi lado,
Si es que de mí pretende ser amado,
Y que con igual vara yo le mida:
Que el que indulgencia pida
Con sus tachas, Mecenas,
Debe indulgente ser con las agenas,
Y el favor que alcanzar de uno se piense,
Es justo que á él tambien se le dispense.

Este es el tono propio del género, y en cuanto podemos juzgar, tratándose de una lengua muerta, este es el del texto; quiero decir, que la misma sensacion de placer que producen en nosotros ese lenguaje natural, pero sin bajeza, esos giros llanos, esas locucio-

nes familiares, pero á que dan, á pesar de todo, cierta elegancia inexplicable, ya la pureza de la dicción, ya el artificio rítmico, debia producir en los romanos la lectura del texto latino; y,—sea dicho en paz y sin que se ofendan los fautores y perpetradores de las mil traducciones modernas de otro género de que estamos apestados,—esto es lo que se llama traducir; lo demás es ultrajar, calumniar, asesinar al infeliz autor original. Mil veces se ha dicho; pero no estará de más decirlo mil y una, ya que de tan poco ha aprovechado á la rebelde grey de los traductores: no basta verter exactamente las palabras en la lengua á que se traduce; es menester conservar la *mente*, el espíritu del texto;—usar locuciones nobles para verter pensamientos elevados; locuciones familiares para pintar situaciones ordinarias. ¿En qué se parece el trozo que acabo de copiar á cualquiera de los varios de la misma obra del señor Burgos, que transcribí en el exámen de las odas? Lo único que tienen de comun entre sí, es el estar unos y otros en muy correcto y puro castellano, y el reproducir exactísimamente los pensamientos de Horacio. En el trozo antes citado, todos los del texto están acertadamente reproducidos; solo podria notar una crítica severa que haya sustituido el señor Burgos una máxima general:

Que el que indulgencia pida
Con sus tachas, Mecenas,
Debe indulgente ser con las agenas,

al chistoso y palpable ejemplo material que pone Horacio, diciendo en sustancia: «Perdona sus verrugas al prójimo, si quieres que te perdone tu joroba.»

Qui ne tuberibus propriis offendat amicum
Postulat, ignoscet verrucis illius.

Claro está que en el fondo lo mismo vienen á decir con distintas palabras uno y otro; de modo que el pensamiento de Horacio está entendido y bien expresado; pero creo que hubiera sido preferible conservar con el *pensamiento* la *expresion*, porque un chiste y un caso que fácilmente se representa cualquiera, son armas de efecto seguro en la discusion, y tambien por aquello que dice el fabulista:

«Vale un ejemplo más que mil consejos.»

A trueque de este pequeño lunar, si tal nombre merece (pues no se me oculta que puedan alegarse buenas razones en contra de la enmienda que propongo), la traduccion de esta sátira tercera está llena de bellezas de primer órden. Nada mas elegante y bien redondeado que este final de la expresada sátira:

Mientras de mis amigos por su parte,
Las faltas disimule la indulgencia
Y yo las suyas sufra con prudencia,
De mas feliz mi oscuridad blasona,
Que tú con tu quimérica corona.

Pocos versos del género familiar propio de la sátira conozco mas llenos y bien construidos digámoslo así, que este dístico final. Si no temiera la nota de cansado, multiplicando citas, probaria con ellas que si bien el señor Burgos ha adoptado para la traduccion de la mayor parte de las sátiras la combinacion métrica llamada *silva*, por ser sin duda la mas adecuada á este género de composiciones, no ha sido por aco-

gerse á la gran latitud que da aquella combinacion para sacudir las trabas de la rima, y á las libertades de todo género que consiente, pues son contados en sus silvas los versos sueltos, señaladamente en esta segunda edicion. El señor Burgos lima su lenguaje con una severidad, que apenas parece compatible con el extremado rigor que pone en la fidelidad de la traduccion.

He dicho que son muchas y felices las enmiendas que ha hecho el traductor en esta segunda edicion. Probarlo cumplidamente seria asunto largo; pero tomemos á la ventura un trozo cualquiera, v. gr.: el principio de la lindísima sátira quinta del libro quinto, en que cuenta Horacio el viaje que hizo á Brindis con Mecenas en ocasion de ir este á celebrar, á nombre de Octaviano, el segundo tratado con Antonio; viaje á que acompañaron tambien al privado los tres mas ilustres poetas de Roma con el nuestro, Virgilio, Plocio Tucca y Lúcio Vario, además del doctísimo orador griego Heliodoro y de otros muchos personajes de cuenta. Así decia la primera edicion:

Salí de la gran Roma, acompañado
De Heliodoro, retórico afamado,
Y en la pequeña Aricia noche hicimos.

Veamos ahora estos tres versos en la segunda.

Dejé de la gran Roma la morada
Con el griego doctísimo Heliodoro,
Y en Aricia encontré pobre posada.

En primer lugar esta traduccion es mas rigorosamente conforme al original. Aquí tenemos conservado el *hospitio módico*, que forma con *magna Roma* una de

esas felices antítesis en que Horacio no reconoce igual: muy oportuna era, sin embargo, la que le sustituyó en la primera version el traductor, con el epíteto *pequeña*, dado al pueblecito de Aricia. *Retórico afamado* dista mucho del *Græcorum longé doctissimus*, que el moderno traductor francés M. Genin, profesor de humanidades en Strasburgo, entiende así: el *mas docto de nuestros griegos*; esto es, *de los griegos que tenemos en Roma*. Mejor todavía lo dice el señor Burgos en su nueva edicion, el *griego doctísimo*.

Sigamos adelante:

Primera edicion.

De allí al mercado de Apio proseguimos,
Que lleno de ladinos posaderos
Hallamos y truhanes marineros.
Caminantes de menos sangre fria
Andan las dos jornadas en un dia,
Pero el algo rehacio,
Como el camino es bueno, va despacio.

Segunda edicion.

Desde allí proseguimos de Apio al foro
Solo de marineros
Poblado, y de ladinos posaderos.
El viajante listo y no rehacio
Anda las dos jornadas en un dia,
En dos nosotros, que al que va despacio,
Se hace menos pesada la Apia via.

Basta un regular conocimiento del texto para apreciar la ventaja que lleva esta version á la primera, no obstante de ser esta ya muy bastante á satisfacer á una crítica exigente; pero es cualidad del verdadero mérito no estar enteramente pagado de sus obras, y

buscar siempre para ellas mayor perfeccion : así ha conseguido el señor Burgos hacer desaparecer algunos leves defectos que habia en la primera version, y ceñirla mas estrechamente al original. El verso *Caminantes de menos sangre fria*, era poco feliz. En los dos últimos versos de la primera traduccion, el pensamiento del autor está, ó mal entendido, ó confusamente explicado : *minus est gravis Appia tardis*. Esto exactamente dice la nueva version, tan clara y concisamente, que ni en prosa puede decirse mejor. Por de contado, el epíteto *truhanes*, dado á los marineros, era un ripio, que no está en el texto ni en la nueva traduccion; — era un ripio, digo, porque ese adjetivo no es característico, como el que luego se da á los posaderos, *camponibus malignis*, perfectamente traducido por *ladinos*. Expresion es esta que no se puede mejorar.

Pero ¿á qué llevar adelante este cotejo? Lo mismo que en estos trocitos, en todo lo demás ha mejorado extraordinariamente el señor Burgos su primer trabajo. Algunas sátiras, como, por ejemplo, la primera del libro segundo, están hechas enteramente de nuevo y en otro metro; la que acabo de citar ha ganado mucho, á pesar de la novedad y gracia que daba á la primera version el estar en el romance propio de la comedia, considerando sin duda el traductor esta composicion como una escena dramática, por lo cual ha puesto en sus respectivos lugares los nombres de los interlocutores *Horacio* y *Trebacio*, como han hecho tambien otros traductores. Así empieza esta composicion en la edicion nueva :

HORACIO. Punzante en demasia
Mi sátira reputa cierta gente,
Y mas amarga que la ley consiente.
Algunos sin vigor mis versos hallan,
Y mil como ellos fallan
Que pudieran hacerse cada dia,
¿Qué me aconsejas tú, Trebacio amigo?

Entre las mas felices enmiendas son de notar las que ha hecho el señor Burgos en la larguísima sátira tercera del libro segundo, que pasa generalmente por la mas acabada obra en su género que se conoce: en ella sostiene Horacio con inimitable gracia este tema eternamente verdadero, á saber: que *este mundo es una gran casa de Orates.* Esta es una de las composiciones en que más se ha esmerado el traductor.

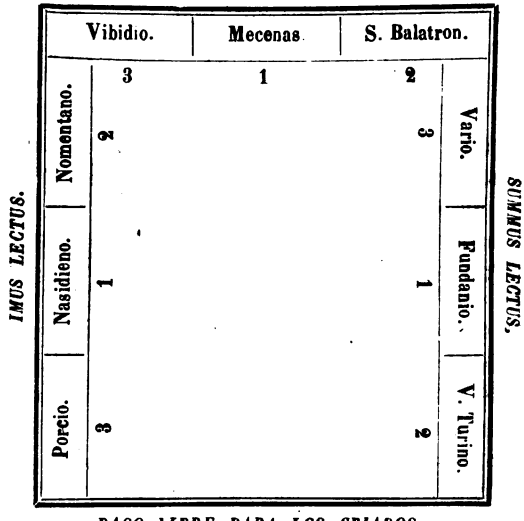
En la que sin duda son mas importantes y sustanciales las mudanzas hechas en la segunda edicion, es en la sátira octava y última del libro segundo, por la sencilla razon que el mismo señor Burgos confiesa en una nota (pág. 422) con un candor que le honra, y de que solo son capaces los ingenios del temple del suyo. Dice que en su primera version desconoció el carácter de esta sátira, error de que participó con casi todos los traductores y comentadores de Horacio, y de que le ha sacado el profundo estudio que ha hecho para dar á luz esta nueva edicion.

El que quiera pasar un buen rato, lea esta saladísima composicion, reformada con arreglo al nuevo punto de vista bajo el cual la considera el señor Burgos, y para contribuir por mi parte á aumentar en él el placer de esta lectura, facilitándole la inteligencia de los versos en que se explica la colocacion de los convidados de Nasidieno, desde aquel que dice:

Summus ego et prope me Vicus Thurinus et infra.....

Voy á representarla aquí en el siguiente *cuadro sinóptico*, conforme con la explicacion que da el señor Burgos en la nota 13: en él se comprenderá á primera vista la situacion respectiva de las camas que rodeaban á la mesa, pues sabido es que los Romanos no comian sentados, sino tendidos en lo que llamaban *lectus* y tambien *torus*, como vemos en el segundo verso del libro segundo de la *Eneida* y en otros muchos pasajes:

MEDIUS LECTUS.



PASO LIBRE PARA LOS CRIADOS.

El *medio* era el asiento de preferencia, y por eso le ocupaba Mecenas con sus dos *parásitos* Vibidio y Servilio Balatron *(umbras)*; de suerte que el puesto prin-

cipal no era el *summus lectus* que el señor Burgos denomina muy bien cabecera de la mesa. En cada lecho, el segundo puesto estaba á la izquierda *(super)* del primero; el tercero á la derecha *(infra)*.

Nomentanus erat *super* ipsum; Porcius infra.....

El accidente de la súbita caida del dosel está referido en la version con tanta gracia como en el original, y no hay mas que decir. Es curioso cotejar esta sátira con la del *Mauvais diner* de Boileau, inspirada por la de Horacio, y no inferior á ella seguramente.

IV.

(TOMO 4.º—LAS SÁTIRAS).

Voy á completar mi exámen del importante trabajo del señor Burgos sobre Horacio, analizando el cuarto y último tomo de su traduccion.

Lo mismo que su poeta, puede decir el elegante traductor:

Exegi monumentum ære perennius.

Tambien como él puede añadir con noble orgullo: *non omnis moriar*,—no moriré todo entero! Y en efecto, ó mucho me engaño, ó la traduccion de Horacio del señor Burgos obtendrá de nuestros descendientes mas aplausos todavía y sobre todo mas autoridad que de nosotros, sus contemporáneos, no obstante que la tenemos en tan grande estima.

Contiene este tomo IV la traduccion de las epístolas de Horacio, lecciones magníficas de fácil y amable moral al par que rico repertorio de la filosofía antigua.

«Yo creo,» dice con mucha razon el señor Burgos en una nota á la epístola décimaséptima del libro primero (páginas 160 y 161), una de las mas bellas de Horacio, «yo creo que en ninguna clase de composicion mostró nuestro autor mas profundidad y flexibilidad de talento que en sus buenas epístolas.»

Ya he dicho que estas composiciones pertenecen á la misma categoría que las *sátiras*; pero como observa sagazmente el traductor en el preámbulo de las notas á la epístola primera, en estas (en las epístolas) se sostiene mas que en la sátira la gravedad del género didáctico y se nota tambien mas correccion y elegancia.

Por lo demás, en unas como en otras, Horacio es, segun el juicio de Laharpe, que cita y adopta el señor Burgos, el mas amable de todos los poetas moralistas y, por consiguiente, el mas útil; «porque sus preceptos, cuya verdad está al alcance de todos y cuya aplicacion es de cada instante, encerrados en versos llenos de precision y de facilidad, acostumbran á cada cual á hacer en órden á sí, igual trabajo que el poeta hizo en órden á sí mismo, y se dirigen, no á que el hombre corra tras una perfeccion de que rara vez es capaz, sino á enseñarle á ser siempre mejor para sí y para los otros.»

En este mismo preámbulo se empeña el señor Burgos en probar que el carácter esencial de la epístola no es, como han creido algunos, el *de ser dirigida á algun individuo*; pero ni estoy de acuerdo con él en este punto, ni me convencen las razones que alega. Para probarlo, hubiera debido, no solo manifestar, como lo hace, que hay sátiras, odas, epígramas dirigidos á determinadas personas, sino tambien que hay epístolas que no presentan esta circunstancia; y como no lo hace, ni

puede hacerlo, porque no las hay, su raciocinio no es concluyente. Por de contado *epístola* y *carta* es todo uno; y ¿cómo se concibe una carta que no vaya dirigida á alguien? Yo creo, ya lo he dicho, que es condicion esencial y característica de la epístola el estar dirigida á alguna ó algunas personas, reales ó imaginarias, y que se hallen ó se supongan ausentes, á diferencia de la sátira, de la oda y de otros géneros de composiciones, que indistintamente se dirigen, aunque no es de rigor en ellas como en la epístola, á ausentes ó presentes. Así lo creo, repito, aunque con la desconfianza en mi opinion que debe inspirarme el no verla conforme con la de un hombre tan consumado en el conocimiento de estas materias, como el señor Burgos.

No son menos numerosas ni menos acertadas las correcciones que ha hecho en este tomo el traductor al texto de su primera traduccion; y lo mismo en adelante que hasta aquí, estas felices enmiendas serán el objeto principal de mis observaciones. Ya desde la epístola primera se descubre una severa lima; ya vemos aquí reemplazados con singulares bellezas los lunares del primer texto. Decia este, por ejemplo:

¡Oh Mecenas! en vano ya apeteces
Despues que fuí probado tantas veces,
Y una jubilacion merecí buena,
Que á presentarme torne yo en la arena,
Otro será mi empleo,
Que no es la edad la misma ni el deseo.

En la siguiente nueva version de este pasaje ha desaparecido ese cuarto verso de un giro algo prosáico, y no se ha desleido sobre todo en dos versos el lacónico

y bello inciso *non eadem est ætas, non mens*, tan magníficamente conservado en otro de casi igual número de palabras y tan enérgico, por lo menos, como el original.

> ¿Por qué quieres, Mecenas, que me lance
> De nuevo al circo en que mi honor sostuve
> Y mi florete de retiro obtuve?
> Otra es mi edad y es otro mi deseo.

Aquí tenemos dicho mejor y mas poética y fielmente en *cuatro* versos, lo que antes se dijo en seis. Así son todas las correcciones que ha hecho el señor Burgos en esta edicion. En las más, no solamente descubro mayor concision y elegancia que en el texto antiguo, sino tambien, lo que es todavía mas esencial, una mejor inteligencia del original, fruto de largas meditaciones: así el verso (epíst. primera):

Nunc in Aristippi furtim præcepta relabor,

está en mi concepto mas hábilmente vertido en estos dos

> A veces de Aristipo poco á poco,
> A la moral resbálome en secreto,

que no en los que se leian en la primera edicion, aun prescindiendo de la desagradable repeticion *me-me* que afea al segundo.

> A veces de Aristipo poco á poco,
> En la moral me meto ....

Aquí no estaba entendida, ó por lo menos no estaba bien interpretada la fuerza del *furtim relabor*.

Sobre la traduccion del célebre pasaje de esta epístola:

«O cives, cives, quærenda pecunia primum est,
Virtus post nummos:» hæc Janus summus ab imo
Prodocet.....»

se me ocurre una observacion. Dice así:

«Ciudadanos, el oro es lo primero,
Antes que la virtud es el dinero,»
De este modo se grita
De la plaza en las varias reuniones.....

Ciertamente que los dos primeros versos no se pueden mejorar: son en su género excelentes, pues además de su facilidad y donaire, llevan cierto carácter de aforismo y no sé qué tono ridículamente sentencioso que los pone en la misma categoría que los del texto que parecen hechos para llegar á ser proverbiales, como lo son en efecto; pero á los dos siguientes se les puede, en mi concepto, poner un reparo aunque leve: á tales reparos, sin embargo, habré de atenerme, como ya anteriormente he manifestado, si algunos he de poner, á fuer de crítico severo (y yo no entiendo la verdadera crítica literaria de otro modo) en un trabajo tan acabado como el del señor Burgos. Se me figura que la traduccion no dice exactamente lo mismo que el texto original, aunque lo parece á primera vista. Recuerdo haber leido en un buen comentador de Horacio, que habia en Roma una calle llamada de Jano, en la cual vivian los banqueros y donde se trataban, como en nuestras bolsas, los negocios de comercio. De esta calle, ó si se quiere, de esta plaza, habla aquí Horacio:

Hæc Janus summus ab imo,

manifestando así que de ella, como del centro natu-

ral del agiotaje, sale y se derrama sobre toda la ciudad el espíritu especulativo y mercantil.

El señor Burgos diciendo de un modo absoluto

De la plaza en las varias reuniones,

no indica, en mi concepto, con bastante claridad la intencion del autor, tanto mas cuanto por la *plaza* entiende naturalmente el lector la *plaza pública* ó el *foro*, y no creo que deba entenderse así, como no lo entendió tampoco, en efecto, el mismo señor Burgos en este pasaje de la sátira tercera del libro segundo:

Postquam omnis res meam Janum
Ad medium fracta est, aliena negotia curo.....

donde toma con suma propiedad, á lo que entiendo, á *Janum medium*, es decir, literalmente, al *Jano de en medio*, por la *Bolsa*, pues eran tres, segun el comentador citado y segun indica este pasaje, las estátuas de Jano que habia en la calle ó plaza de este nombre. El señor Burgos, en una nota á este pasaje, dice que esta plaza era la plaza Romana ó Mayor: aun cuando así sea, todavía me parece preferible la leccion adoptada en dicha sátira tercera, diciendo:

De la bolsa en las varias reuniones;

pues así se indica mas clara y propiamente la intencion del autor arriba manifestada.

Por su brevedad, por su raro mérito y por la excelencia de su traduccion, voy á copiar aquí íntegra la epístola octava, á Celso Albinovano, una de las mas tiernas y elegantes de esta preciosa coleccion.

Véase cómo, á pesar del rigor de la rima, saben los verdaderos poetas interpretar á su modelo:

A Albinovano vuela, Musa mia,
De Neron, secretario y confidente,
Y el saludo le vuelve que él me envia.
Y cuando preguntarte por mí intente,
Di que con tanto plan como he formado,
Ni vivo bien ni vivo felizmente.
No porque haya mis vides lastimado,
La piedra ó mi olivar austro funesto,
O muértose en la sierra mi ganado;
Mas porque del espíritu indispuesto
Nada de oir ni de aprender yo trato,
Que mi grave dolencia alivie presto.
Y á amigos riño, á médicos maltrato,
Porque sacarme con benigna maña
Pretenden del letargo en que me abato.
De lo útil huyo, y busco lo que daña;
Por Roma ansio en el campo; á Roma llego
Y loco vuelvo á ansiar por la campaña.
Si se halla bueno le pregunta luego,
Si á sí y sus cosas rige feliz mano
Y si agrada á Neron y al palaciego.
Cuando «sí» diga, el parabien ufano
Por mí le da, y despues dile al oido:
«Así hemos de sufrirte, Albinovano,
Como tú la grandeza hayas sufrido.»

No se puede interpretar con mas elegancia y exactitud el verso, muy difícil de traducir en su hermosa concision.

Ut tu fortunam, sic nos te, Celse, feremus.

Veamos ahora, en otro género, la epístola á Claudio Tiberio Neron, dechado de elegancia y urbanidad, y que no es, sin embargo, mas que una carta de recomendacion, como observa el traductor en esta erudita nota, curiosa é instructiva como todas: «Esta carta de recomendacion es tan fina y expresiva en favor de la

persona á quien recomienda, como delicada por lo relativo á la persona á quien se dirige. Horacio podia sin duda pedir á un príncipe de la familia de Augusto cuanto se le antojase, pues que Augusto mismo le trataba con una predileccion que nadie igualaba en la corte y que impedia rehusarle nada; pero ¡cuántos miramientos no emplea el poeta para justificar la libertad que se toma de recomendar á Tiberio la persona de Septimio! Estos miramientos, que debian lisonjear al príncipe, no podian menos de ser útiles al recomendado, como lo fueron en efecto, pues despues de haber servido á Tiberio algun tiempo, entró Septimio en la confianza de Augusto que por conducto del recomendado mismo de Horacio, dirigió á este alguna vez muestras de la mas calificada y lisonjera benevolencia.» Dice así la epístola:

Septimio, segun la cuenta,
Es el único á estas horas,
Que sabe, príncipe mio,
Cuánto tu bondad me honra;
Mas cuando á fuerza de ruegos
Mé obliga, más que me exhorta,
A hablarte de él, como digno
De tu casa y tu persona,
Á quien solo sirven hombres
De probidad y de forma,
Y la influencia me atribuye
De un íntimo amigo propia,
El favor que me dispensas
Mayor que á mí se le antoja.
Para excusarme le he dicho,
Príncipe, un millon de cosas,
Pero temiendo que él piense
Que el crédito que pregona,
Por egoismo recato,
De osado contigo ahora,

Antes que de mal amigo,
Prefiero sufrir la nota.
Si en favor de la amistad,
Esta libertad perdonas.
Al bueno y fuerte Septimio
En tu palacio coloca.

He copiado estas dos epístolas enteras con el objeto de manifestar palpablemente uno de los mayores méritos de esta traduccion, que es un arte singular en adaptar el tono y hasta el metro al carácter del texto original.

En este volúmen, lo mismo que en los anteriores, parece que el traductor, como seguro de sus fuerzas, juega con las dificultades, y se las impone por el solo placer de luchar y vencer. Ya he citado una composicion en tercetos, combinacion tan difícil como saben cuantos se han ejercitado en ella, y cuya dificultad sube de punto traduciendo un poeta tan expresivamente conciso y á veces tan oscuro como Horacio: pues en el mismo metro está la epístola décimacuarta en la que á cada paso se hallan tercetos tan bellos como estos:

Si á mi pesar aquí de Lamia amado,
Que al muerto hermano inconsolable llora,
Me retiene el cariño y el cuidado,
A ese rústico asilo sin demora
Mi espíritu me empuja, y apetece
Saltar la valla que lo impide ahora.
Todo en el campo dicha me parece
Y en Roma á tí. Su suerte uno moteja,
Cuando la agena envidia ó encarece;
Pero sin causa del lugar se queja;
La culpa es del espíritu turbado,
Que nunca de sí mismo huye y se aleja.

¿Quién adivinaria en estos fáciles tercetos las trabas

de una traduccion? ¿Caben mayor soltura y fluidez? Por mi parte no lo creo. Parece que está uno leyendo á Rioja; la misma energía, las mismas felices repeticiones, el mismo sabor anticuado, cierta grandilocuencia y solemnidad naturales en la expresion. Obsérvese cuánto mejor dicho está esto que en la primera version, tan buena, sin embargo, que se necesitá mucho deseo del acierto para haberse decidido á retocarla.

.. .. Si á mí ahora
En Roma me retiene aprisionado
Del dolorido Lamia que aquí mora
El sentimiento y la piedad sincera,
Que al muerto hermano inconsolable llora,
Mi alma al campo volar ansia y espera
Y ver desaparecer cuanto le empece
El que pueda saltar esta barrera.
Todo en el campo dicha me parece
Y á tí en Roma: Su suerte odia y moteja
Quien la del otro alaba ó apetece.

En la epístola siguiente (la 15.ª) es felicísima la inversion de los versos, notoriamente alterados, del texto, para hacerle claro y aun inteligible, que no lo es, como está; pero esta no es enmienda nueva, pues ya se hallaba en la primera edicion, y tal cual en ella salió toda la composicion, tal la ha conservado en esta el traductor muy acertadamente, pues era imposible retocarla sin echarla á perder.

No así la siguiente epístola casi toda nueva, y tan mejorada como conocerá cualquiera que se tome el gusto de cotejarlas, y digo el *gusto*, porque creo debe serlo para los aficionados, como lo es para mí y muy grande observar por qué gradacion van despejándose

y perfeccionándose las ideas en los ingenios privilegiados. Unas veces, las más, esa gradacion descubre grandes adelantos; así sucede cuando las ideas giran sobre argumentos filosóficos ó didácticos, como en estas epístolas; á veces manifiestan una lamentable decadencia; así suele suceder siempre que aquellas tienen por objeto asuntos amatorios, líricos, ó anacreónticos: de esta decadencia son insigne ejemplo las fatales enmiendas hechas por el ilustre Melendez Valdés, en la última edicion de sus poesías bucólicas y amatorias.

Tanto ensanche como en los anteriores ha dado el señor Burgos en este tomo á las notas, así históricas, como gramaticales, filológicas y de costumbres. Son muy notables las de la epístola primera del libro segundo, á Augusto, y entre ellas merece particular atencion la que consagra á los tres grandes poetas que se citan en el verso.

Quia Sophocles et Thespis AEschylus utile ferrent.

Toda esta larga y sábia nota puede conceptuarse enteramente nueva, pues en la primera edicion era tan diminuta, que no ocupaba mas que algunas líneas. Sobre todo, en punto á notas, ningunas mas importantes y útiles que las que con mucha profusion ha añadido el señor Burgos á las de su nueva traduccion de la *Epístola á los Pisones*, que tal puede considerarse; tantas son y tan acertadas las enmiendas que en ella ha hecho en su segunda edicion.

En esta ha añadido, segun la respetable y sana usanza de nuestros antiguos escritores, un *Indice general* de las cosas mas notables contenidas en toda

la obra, y por ella le damos y debemos dar á sus lectores un cordial parabien. Esos índices son utilísimos; en el dia no se estilan, porque son largos de hacer, y porque se quiere ante todas cosas acabar pronto. No se hacen así trabajos duraderos. Tambien yo, no porque quiero, sino porque debo acabar pronto, suspendo aquí este exámen, aunque mucho pudiera decir en elogio de una obra de tanto honor para el señor Burgos, y de tanto provecho para la juventud estudiosa. Yo creo que este excelente trabajo está destinado á reanimar entre nosotros la aficion á los estudios clásicos; que excitará á otros á probar sus fuerzas en la traduccion de los buenos autores del siglo de Augusto. La *Eneida*, por ejemplo, está reclamando una buena traduccion: la de Hernandez de Velasco, única completa que tenemos, no es digna de nuestro tiempo. Animo, pues, jóvenes poetas; uno de los mas respetables patriarcas de nuestra literatura contemporánea os abre la senda; su ejemplo debe mostraros que hay en esa senda enseñanzas que sembrar y laureles que recoger; pero es preciso para esto entrar en ella con un ingenio muy cultivado y seguirla con firme perseverancia.

(1844.)

II.

UN PASEO POR AMÉRICA.

(Lettres sur la Havanne, *par Mme. la comtesse de Merlin. Paris*, 1844).

I.

La señora condesa de Merlin ha resuelto un problema dificilísimo en todas partes, y sobre todo en Paris, donde ella reside (1), cual es fijar sobre sí por mucho tiempo la atencion, ó, en otros términos, constituirse de un modo permanente en lo que allí se llama una *celebridad*. Triunfo es este maravilloso, y que parece poco menos que increible á los que conocen bien aquella capital, tan distinta de todos los demás pueblos presentes, pasados y futuros. Llamar la atencion en Paris, y llamarla mucho, con *furor*, es la cosa mas fácil del mundo; mejor y mas pronto se consigue allí que en una aldea de veinte vecinos; pero se consigue por una hora, por dos, por medio dia: llegar á un dia entero es ya mucho, á una semana, eso es ya *fenomenal*.

(1) Esto se escribia en 1844: hoy, la ilustre y bella Condesa, tan aplaudida entonces en el gran mundo, es una de las pálidas sombras que pueblan la *Necrópolis* imaginaria de que mas adelante, en este volúmen, hablaré á mis lectores.

Paris está organizado de suerte que irresistiblemente necesita estar siempre devorando algo; pero el mónstruo dovora tan aprisa, sus fáuces son tan gigantescas, que es menester renovarle el pasto con frecuencia, y dársele proporcionado á su tamaño, es decir, muy voluminoso y de muy difícil digestion. Una causa criminal espantosa, la de Mme. Lafarge, por ejemplo, ó la de Rousselet, son para él confites con que se entretiene un rato, pero que no sacian su apetito: una tentativa de asesinato contra la persona del rey, ya esto es cosa que por un par de dias le deja satisfecho; para que se sacie una semana entera, es menester un suceso importantísimo, por ejemplo, la introduccion de la *polka*, la aparicion de una novela de Eugenio Sué, una revolucion como la de julio. Como no siempre se presentan novedades de esta trascendencia, tiene á veces el minotauro que recurrir á los mas extraños é insustanciales alimentos,—un *bon mot* de este ó el otro; la última *romance* de Mlle. Luisa Puget, la llegada de una inglesa particularmente excéntrica, de un príncipe indio, tártaro ó chino,—una caricatura de Dantan ó de Daumier,— una patochada de Odry,— un *calembourg* de Arnal,—la cosa mas trivial, mas absurda, mas estúpida, mas ridícula, todo es bueno para él, con tal que le ocupe una hora, media, un minuto, un segundo. Lo esencial es que no esté jamás sin pábulo su hambre devoradora. El Parisiense nació papa-moscas; pero á falta de moscas se contenta con mosquitos. A estos y á aquellas prefiere con mucho los moscones, cuando se presentan; pero este es bocado raro y de los que caen pocos en libra. Esto supuesto, discurra ahora el lector en su buen juicio, si será fácil llamar por largo tiempo la atencion de semejante público, que

se la presta á todo y que, como los niños, todo lo deja con la misma facilidad con qué lo toma.

Sin embargo, ya lo he dicho, la señora condesa de Merlin es uno de los pocos seres privilegiados que conservan en Paris un valor constante y fijo, una de aquellas personas á quienes todos conocen y aprecian, aunque no sea mas que de nombre; en suma es lo que allí se llama una *notabilidad*.—¿A título de qué? preguntarán VV. ¿Cómo una señora extranjera,—la condesa de Merlin, hija de padres españoles, nacida en la Habana,—que ni ha publicado grandes obras, ni posee uno de esos caudales fabulosos que constituyen las mas sólidas reputaciones europeas; que ni es *artista* célebre, ni en fin ha dado ninguna de esas campanadas que ponen en evidencia á un hombre, y mas todavía á una dama, mejor que las mas preciosas dotes físicas y morales, ha podido conquistar una posicion tan rara?—Voy á responder á VV., y perdónenme si la respuesta no es tan explícita como desearia, porque el asunto es delicado y requiere algunas explicaciones concernientes á lo que hoy se llama *colorido local*. Además de todos los títulos á la celebridad que dejo enumerados, y de otros que pudiera añadir, hay en Francia uno que se estima tanto como aquellos ó más, y la señora condesa de Merlin le posee en grado superlativo:—dicha señora es el tipo mas acabado, mas perfecto, de lo que nuestros vecinos llaman *une femme du monde*. Traducir literalmente á nuestra lengua estas palabras, seria muy fácil; traducir este pensamiento, me parece imposible. El diccionario de Taboada les dirá á VV. (hablo á los que no saben francés, pero saben castellano, y por consiguiente, salvo esta última circunstancia, á los traductores de oficio) que *femme*

significa mujer, y por consiguiente *une* significará *una*. Si *du* llevase un acento circunflejo, significaria *debido*, participio irregular del verbo *devoir*, deber; pero como no lo lleva, no significa mas que *de* ó *del*, preposicion del sustantivo *monde*, que vale tanto como *mundo*, ó en la acepcion que se da á esta voz en francés, *alta sociedad*. Ya le hemos sacado al diccionario todo lo que da de sí, y más; pues esta última acepcion de la voz *monde* no está en Taboada. ¿Hemos traducido la expresion *femme du monde*? Nada menos que eso. No todas las mujeres que hay en el mundo, ni todas las que frecuentan la alta sociedad son, como se entiende en Francia, y menos como se entiende en España, *mujeres de* ó *del mundo*, ó sea *mujeres mundanas*. Para merecer aquel título, es preciso tener además todas ó algunas de las dotes que recomiendan á la señora condesa de Merlin, que es, lo repito, el prototipo del género; por eso es una *notabilidad* á título de *femme du monde*: veamos, pues, cuáles son esas dotes que, todas reunidas, han puesto á la señora de quien hablamos en la situacion susodicha. Un nacimiento ilustre, una hermosa figura, una buena posicion social, gran talento natural muy cultivado; de aquellas dotes, estas son las primeras y mas esenciales, en cuanto todas ellas son imprescindibles; pero no bastan en sí; no son en cierto modo mas que el cimiento de las otras. La señora condesa de Merlin escribió y publicó para sus amigos, hace algun tiempo, una obrita lindísima titulada: *Mes douze premières années;* es, pues, *autora*: — toca el piano y canta superiormente; es, pues, *artista:* — hace los honores de su casa como nadie; reune en sus salones á las primeras celebridades de Paris y aun de Europa (cuya verdadera capital es aquella moderna Atenas), atraidas

por la inteligente amabilidad que la caracteriza; — es, pues, *une femme d'esprit* ó *spirituelle*, una señora de talento *(mujer espiritual* traducirian otros); ha tenido la indecible fortuna de poner en evidencia, de sacar á las tablas, de abrir en fin las puertas de la inmortalidad á la divina Malibran García, su amiga, su protegida, casi su *creacion;* es, pues, una protectora, una *patrona de las artes y de los artistas;* — posee una no disputada reputacion de elegancia y buen gusto, tanto que tiene derecho para inventar modas; los periódicos de las damas citan entre las noticias de *á última hora* sus tocados y sus vestidos: sus caprichos forman autoridad; es, pues, *une femme à la mode.* Ya ven VV. que nada de esto estaba en la traduccion literal *mujer del mundo:* pues todo esto y mucho más, que suprimo, porque es menos sustancial, y por no ser prolijo, está incluso en la locucion francesa *une femme du monde:* todo esto es, pues, la condesa de Merlin, y aquí tienen VV. explicado en tosco estilo, por qué es en Paris esa señora una verdadera *notabilidad* bajo el concepto arriba dicho. Tanto lo es, que sin tener yo el honor de tratarla, ni haber pisado jamás los umbrales de su casa, sé todos estos pormenores por los periódicos, por el *run run* de la fama *(fama erat)*; en fin, por lo que se llama pública notoriedad, como lo saben todos los que se han detenido un poco en la capital de Francia.

II.

Excusado es, pues, añadir que esta señora es de aquellas cuyos actos públicos, por insignificantes que sean, consignan todos los periódicos parisienses en la

Crónica de la capital. — « Anoche abrió sus salones la señora condesa de M. » — « La señora condesa de M. regresó ayer de los baños de Spa. » — « La señora de M. está indispuesta, y no recibirá mañana. » — Y como lo que dice un periódico, lo repiten todos, lo mismo allende que aquende los Pirineos, es incalculable el número de ejemplares á que resultan *tiradas* estas importantes noticias.

Hácia la segunda mitad del año 1840, estos retacitos periodísticos figuraban entre las *Noticias extranjeras*, verbi-gracia: « Nos escriben de Boston: Ayer tuvimos el gusto de recibir en nuestra ciudad á la señora condesa de Merlin, etc., etc. » — Y así sucesivamente en otros términos, iban escribiendo multitud de corresponsales verdaderos ó imaginarios desde diferentes pueblos de la América del Norte y luego de la América española. Muy sonado fué, en efecto, aquel viaje, y con doble ocasion hablaron de él los periódicos: la amable Habanera le hizo en compañía, no ya de una *notabilidad*, sino de una *celebridad*, la graciosísima y nunca bien ponderada ni suficientemente retribuida Fanny-Elssler. La prensa francesa siguió entonces todas las pisadas de ambas señoras por la tierra firme, todas sus fortunas prósperas y adversas por el *húmedo elemento*, hasta que una y otra, por distintos rumbos, volvieron cada cual al natural teatro de sus glorias: la primera á sus salones de la rue de Bondy, la segunda á la Grande Ópera.

Una elegante y circunstanciada relacion de aquel viaje es lo que contienen las *Cartas sobre la Habana* por la señora condesa de Merlin, de que voy á hablar á mis lectores.

III.

No bien se publicó esta obra, el periódico francés *La presse* reprodujo largos fragmentos de ella en su folletin, pero verdaderamente mal elegidos; no es fácil por ellos formarse una idea de la importancia real de esta publicacion.

La obra lleva al frente la siguiente dedicatoria al Gobernador-Capitan general de la isla de Cuba D. Leopoldo O'Donnell:

« Permitidme, general, que ponga bajo vuestro amparo protector esta obra concebida por el sentimiento patriótico de una mujer, y que me ha inspirado tan solo el vehemente deseo de ver feliz á mi patria. Al revelar sus males á la metrópoli, al indicar los remedios de estos, apelo á vuestra alma generosa; la omnipotencia en vuestras manos puede llegar á ser su áncora de salvacion. Gobernador general de la Habana, sed Habanero, general; reformad las leyes, obtened una representacion nacional para la isla; mitigad vos mismo legalmente la dictadura del jefe supremo, y añadireis nuevos lauros á los que ya ha merecido tan altamente vuestro denuedo. Las virtudes cívicas, general, valen tanto por cierto como los sacrificios militares, y la gloria de haber dado la vida moral y la prosperidad al país mas hermoso del mundo, no es menos brillante que las mas insignes proezas del guerrero. La vida no reside solo en el tiempo presente; reside tambien en el porvenir, reside en el bien que se hace y que atestigua nuestro paso por la tierra; tal es la verdadera inmortalidad que os está reservada. En cuanto á mí, flaca mujer, mi vida no reside mas que

en mi fé, y tengo fé en vos, mi general; vuestro nombre, vuestra reputacion de bondad, de valentía y de honor; — aquí estriban mi fuerza, mi esperanza y el premio que aguardo de mis vigilias.»

¡Sueños dorados de una lozana imaginacion mujeril, ó revelacion elocuente tal vez de prematuras esperanzas!

A esta dedicatoria oficial, sigue otra muy tierna y sentida *A mis compatriotas*. En ella se leen estos notables párrafos en que la autora manifiesta lo que piensa de su obra:

«He escrito estas cartas sin arte, sin pretensiones de autor, pensando solo en reproducir con fidelidad las impresiones, los sentimientos y las ideas que nacen de mis viajes. Nada he disfrazado, ni en lo tocante á la situacion actual en que he hallado á la América del Norte, situacion amenazadora para las repúblicas de Washington y para la Europa, que quiere arrastrarse en pos de ellas, ni en lo relativo á lo que puede faltarnos á nosotros los Habaneros para ser una de las mas poderosas y, sobre todo, de las mas felices naciones del globo.

»Mis intenciones me justificarian si mi franqueza pudiese ser vituperada: *nunca he indicado un mal sin poner al lado la indicacion del remedio:* aquí el disimulo hubiera sido un peligro, la sinceridad es un homenaje. ¡Ojalá sean útiles mis esfuerzos!...»

Por lo que dejo copiado se ve que el objeto de la autora no ha sido meramente escribir una relacion amena y entretenida de los varios incidentes de su largo viaje, sino que además se ha propuesto altas miras políticas. Vamos á seguirla en su narracion, y podremos juzgar si ha conseguido ó no su intento.

Entre tanto, hagámosle la justicia de declarar que si este se hubiera limitado á lo primero que antes indiqué, desde luego podria decirse que es imposible lograrlo mas completamente. Las *Cartas sobre la Habana* forman un libro que se lee con el mayor placer: la autora posee superiormente el don de pintar y de interesar; leyéndolas, se cree uno transportado con ella á los sitios que describe, y la variedad de las materias de que trata, junta con la ligereza y gracia de su lenguaje á que tanto se prestan la lengua francesa y el estilo epistolar, se llevan embelesada la atencion del lector, como pudiera hacerlo una buena novela, que es cuanto hay que decir en estos tiempos en que la novela es la reina de la literatura.

IV.

Las primeras observaciones críticas de la autora tienen por objeto la ciudad de Nueva-York, donde desembarcó despues de una feliz travesía, en cuya relacion emplea tres lindísimas cartas dirigidas á su hija Mme. Gertien de Dissay. Solo en francés y con un *ingenio francés*, — pues la autora ha llegado á identificarse con la índole de su nueva patria adoptiva, — pueden llenarse sesenta páginas de impresion con purísimas fruslerías, con lo que nuestros vecinos llaman *de jolis riens*, sin producir un momento de fastidio y antes bien causando sumo agrado. La señora condesa de Merlin no es amiga de los Anglo-americanos; los trata á la baqueta; no pierde ocasion de zaherirlos, y si no siempre lo hace con justicia, por lo menos nunca falta la gracia en sus sarcasmos. «La igualdad republicana, dice, reina aquí (en Nueva-York) en la construccion

de los edificios, como en las leyes, si se exceptúan no obstante algunas imitaciones de lo antiguo; porque los Americanos profesan un amor irresistible á la arquitectura griega y romana. Sin duda se imaginan que los gérmenes del arte, como los de la libertad, heridos de esterilidad en otras partes, se han refugiado en su fecundo territorio; pero hasta ahora la libertad americana ha producido menos frutos sabrosos que hojas exuberantes, y en ellos la aficion á las artes se reduce á algunas grotescas copias del Partenon y del Coliseo. No hay provincia en los Estados-Unidos que no ofrezca algunas pobres aldeas bautizadas con el nombre de Corinto, de Atenas ó de Roma; no hay calle sin pórticos ó sin pilastras, pero desprovistas de gusto y de proporcion. Mezquinas puertecillas, flanqueadas de columnas gigantescas, estriban sobre frágiles bases que hacen temblar á los transeuntes... Casi toda la campiña circunvecina no es mas que un vasto taller de Vulcano. Cuando desembarca uno en las costas de América, lleva la imaginacion poblada de árboles seculares y gigantescos, de flexibles é inmensos bejucos; pero en breve no ve mas que terrenos descuajados, montones de arena y de piedras arrancadas de las entrañas de la tierra, máquinas de vapor, humo, y aquí y allá algunos miserables arbustos, desdeñados por el hacha: en vez del dulce perfume de las flores, los hediondos olores de la grasa derretida, del gas y del betun. ¡Compasion da verte tratada así, oh santa vírgen, pobre naturaleza!»

Y luego: «Anoche asistí á la primera salida de Fanny Elssler, que fué aplaudida con *furor:* parecia que revelaba el arte del baile á los Americanos. El entusiasmo no podia ser mayor; creíame transportada

á Roma, y apenas podia reconocer á este pueblo que no habla mas que á compás, ni anda mas que con resortes; pero pronto aquellos hombres con el sombrero puesto y en mangas de camisa, tendidos en sus asientos y que, despues de haber dejado en el suelo sus zapatones rusos, apoyaban groseramente los pies calzados con medias de lana en el respaldo de sus vecinos, me recordaron que me hallaba en los Estados-Unidos.»

Si la autora no fuese refiriendo lo que ha visto, creeriamos exagerada esta pintura, porque no es tan triste la idea que nos dan otros viajeros de la cultura de aquellos rígidos republicanos.

Es curioso, sobre todo, oirla lamentar los inconvenientes que contínuamente acarrea el principio de la igualdad, tan bello en teoría, y que resulta ser en la práctica la mas insoportable de las tiranías. Ningun americano debe servir á otro hombre, *su igual;* de aquí la necesidad de servirse uno á sí propio. La policía coarta la libertad del ciudadano; la policía es, pues, allí casi nula; de aquí la opresion del débil por el fuerte, una horrorosa confusion en los parajes públicos y frecuentísimos robos. «La policía, dice nuestra autora, no atiende aquí mas que á los crímenes y poquísimo á los robos; tendria demasiada ocupacion si hubiese de atender á todos.»

En cambio, la autora elogia francamente algunas de las instituciones de aquel pueblo, prueba de imparcialidad, que debe inspirarnos confianza en sus censuras. «La instruccion primaria, dice, está muy difundida en los Estados del Norte; en ellos todo el mundo sabe leer, escribir y contar. Además de los establecimientos de caridad, el estado de Nueva-York posee

10,238 escuelas, y sobre un número total de 582,181 niños, 545,425 reciben la instruccion elemental. — El americano de los Estados-Unidos, que no comprende ni el brillante lujo de las artes, ni el generoso impulso de los sacrificios caballerescos, y cuya vida es un eterno curso de geometría, se presta, no obstante, gustoso á las asociaciones de progreso y de caridad pública. De sobre diez y seis millones de reales que vienen á costar las escuelas primarias, más de dos tercios son producto de suscripciones particulares. »

V.

Despues de visitar detenidamente varios establecimientos de caridad, las escuelas de sordo-mudos y de ciegos, admirablemente dirigidas, hace la autora esta curiosa descripcion en la carta quinta, dirigida al ilustre marqués de Pastoret: «Luego que salí de la casa de los ciegos, visité otro establecimiento, que me produjo una profunda impresion. Figúrese V., amigo mio, una bellísima y espaciosa quinta, construida en una lengua de tierra, en la extremidad de una península, entre dos rios navegables y rodeada de un risueño jardin á la inglesa, muy bien cultivado, en medio de un terreno animado por el contínuo tránsito de los barcos de vapor, y limitado á lo lejos por el Océano. La arquitectura de este edificio, que es un verdadero palacio, carece de columnas, de peristilo, de frontis de mal gusto; ningun rastro hay aquí, á Dios gracias, de caricatura griega ó romana; está construido á la italiana, con un estilo sencillo. Una hermosa escalinata conduce á un gran vestíbulo adornado de mapas, y que remata, al lado opuesto, en una segunda escalinata por donde

se baja al jardin. Dos grandes escaleras, á derecha é izquierda del vestíbulo, terminan en unas galerías altas, iluminadas por techos de vidrieras, y adornadas con gran número de juegos y sillones de muelles, destinados á reemplazar, cuando hace mal tiempo, el ejercicio del paseo. En las piezas contiguas á esta galería, amuebladas con esmero y aun con primor, nada falta. En el piso interior la disposicion es la misma, solo que los juegos están reemplazados por una mesa de billar, libros, periódicos y folletos.

«Todas estas habitaciones, perfectamente aseadas, todos estos primores, este lujo, esta elegancia, este palacio, ¿lo creerá V., amigo mio? todo esto es una casa de locos. Aquí viven una multitud de pobres dementes, tan felices como pueden serlo los dementes. El piso superior está destinado á las mujeres, el inferior á los hombres: todo está combinado para que no echen de ver su esclavitud: creen habitar en una casa de campo con sus amigos; y como pasan allí una vida deliciosa, mas deliciosa tal vez de lo que la han disfrutado nunca, no se les ocurre la idea de dejarla, Tienen carruajes, especies de *ómnibus* muy cómodos. para pasearse algunas horas al dia, cuando lo permite el tiempo: por la noche se convidan mútuamente á tomar el té. Tratados con los mayores miramientos, exentos de todo castigo corporal, se dejan subyugar gustosos por la voz, el ademan y la dieta, únicos medios empleados para corregirlos. El ejercicio, el paseo, los baños, una manutencion sana y arreglada, y sobre todo las apariencias de la libertad, suavizan su humor y acaban con su locura. No hay ningun furioso; el carácter general de su demencia es suave y melancólico.»

A cada paso halla la autora ocasiones de insistir sobre los inconvenientes, en la práctica, de lo que con razon llama el *yugo de la igualdad*, y sobre la increible grosería de los Anglo-americanos. De esta refiere cosas originalísimas: los desaires, que, segun cuenta, le valió en sus viajes, fueron muchos; naturalmente debieron ofenderla, y como mujer, se venga ridiculizando á los que se los hicieron, y de paso al país en que los recibió. «Estos hábitos (los de una soez descortesía) están en las costumbres. Aquí no se califican de insulto las groserías; los golpes se pagan con golpes; lo demás con dinero. El estupro, el adulterio tienen un precio, y la mente del legislador, de acuerdo con la de la raza, no ha tenido presente mas que la reparacion de un perjuicio material. Parece que la ley cree más en los vicios que engendra el egoismo que en la natural probidad del hombre; de aquí resulta que la *multa* es la raiz madre de la jurisprudencia. La espada de la justicia cae siempre sobre la bolsa, y de esta fuente emanan la moral, el órden y las buenas costumbres... Aquí el dinero es el único móvil... aquí todo se compra... así es que, de los nobles sentimientos, no hay mas que las apariencias... Arranquemos el velo, y hallaremos un cadáver, —la hipocresía.»

¿Tendrá acaso alguna parte en este durísimo juicio el recuerdo de aquellos antedichos desaires, que las mujeres no perdonan? ¿Hablará aquí por ventura la voz del resentimiento? ¿Hasta tal punto han podido abjurar aquellos nuevos pueblos las tradiciones de urbanidad y nobleza de sentimientos que les dejó la madre patria?

VI.

De aquel *yugo de la igualdad*, antes citado, resulta la desagradable situacion que formula enérgicamente la autora en estos términos: *libertad colectiva y esclavitud individual*. Sin embargo, aquellos austeros republicanos se pagan más que los Europeos de los títulos de nobleza; á ellos solos conceden las distinciones que niegan á la hermosura, al talento y aun á la riqueza: la aristocracia sola, — verdadera ó supuesta, — está exenta de las duras condiciones que, en el comercio habitual de la vida, pesan igualmente sobre todos los ciudadanos, cualesquiera que sean sus gustos, sus recursos ó sus necesidades. El principio de la igualdad absoluta engendra en la práctica las mas monstruosas desigualdades: en los viajes, sobre todo, si la autora no recarga los colores de su paleta, debe ser realmente intolerable. Pero ¿qué digo en los viajes? Estas son sus propias expresiones: «En este país es preciso andar al paso de todo el mundo, vivir como todo el mundo. En el teatro, en camino, en las posadas, en el hogar doméstico, la esclavitud es general, inevitable; todos los actos de la vida son colectivos.»

A este precio pagan los Americanos su libertad; pero ¿la consiguen á lo menos? ¿Vale mas su libertad que su igualdad? Veamos ahora este otro lado de la medalla: «Verdad es que, en cambio, este pueblo nombra á sus gobernantes, los paga mal y los destituye al menor capricho: el jurado, que condena ó absuelve, es elegido por la voluntad arbitraria de los *select-men* ó *escogidos*, empleados subalternos!... En fin, para poner de acuerdo las exigencias de la libertad con las de

la igualdad, la representacion nacional es elegida y delegada por electores entre quienes figuran mendigos, vagamundos y malhechores escapados de los presidios de Europa, fangosa espuma arrojada por las oleadas sociales y asimilada aquí á los hombres de bien... En este país, que pasa por libre, el gobierno puede poner y pone efectivamente en la calle, á la primera derrota electoral, sin dar cuenta á nadie de sus motivos, á todos los empleados, desde el primero hasta el último.»

De Nueva-York pasa la autora á Filadelfia.

VII.

El viaje de Nueva-York á Filadelfia en que se tardaba hace algunos años tres dias, se hace actualmente en siete horas, costeando en camino de hierro la orilla izquierda del Delaware, tan poetizado en las interesantes páginas de Fenimore Cooper, como el Tweed en las de Walter Scott, y continuando luego en barco de vapor por el rio Hudson. Oigamos á la amable viajera: «Las márgenes del Delaware son muy risueñas, y su corriente está graciosamente salpicada de islotes cubiertos de verdura. A medida que se aleja uno de las ciudades, la naturaleza va tomando un aspecto mas sencillo y agreste; el silencio, la soledad, un no sé qué de robusto y juvenil anuncia que la mano del hombre no ha alterado allí todavia el órden de la naturaleza; no se ven ni arados, ni chozas, ni frutos, ni injertos; las doradas espigas no han reemplazado á los viciosos ramilletes de arbustos silvestres, cuyos perfumes se exhalan por donde quiera. El alma, arrebatada por un impulso simpático, procura vivir algunos instantes la vida del desierto, y, batiendo sus

alas, quiere volar por aquella soledad, libre de las trabas y de las miserias del mundo social.

»Pero en breve aparece este mundo, y se presenta mas terrible, bajo la forma industrial y mercantil; las máquinas de vapor, soplando como mónstruos marinos, vomitando torrentes de chispas y de humo, bramando como búfalos bravíos, llegan por todos lados con la rapidez del relámpago y surcan caminos y campiñas. Entonces las aves tienden su vuelo, los rebaños, mugiendo despavoridos, ciegos de terror, huyen por los campos; y el alma, triste, desalentada, sucumbe de nuevo bajo el peso de la cadena que la amarra á la vida real, y de nuevo encuentra con ella todas sus agitaciones, todos sus cuidados y todas sus miserias.»

VIII.

La carta octava dirigida á M. Cárlos Ledru, uno de los buenos criminalistas de Francia, es tal vez la mas importante de esta primera parte del viaje de la condesa; pues en ella refiere esta señora sus observaciones locales sobre el tan célebre sistema penitenciario de Filadelfia, comunmente llamado el sistema celular. Es tan importante esta cuestion, el ejemplo de otros países en este punto, — ¡y en tantos! — puede ser de tan útil aplicacion á España, que no extrañará el lector me detenga un poco en el análisis de esta carta, aunque dilate así mas de lo que quisiera el momento de llegar al objeto principal de la obra que voy examinando. Dice así la autora:

«Mucho se han discutido y analizado las ventajas y los inconvenientes del sistema celular; mucho se ha hablado, mucho se ha escrito, y poco se ha hecho. Por

mi parte, dejo estas discusiones á los moralistas, y me limito, amigo mio, á comunicar á V. las diversas impresiones que he experimentado al recorrer este hermoso establecimiento (la prision del Este).

»La sociedad, cuando castiga al culpado, no cumple mas que una parte de su obligacion; para que le cumpliese por entero, seria preciso que el hombre, al salir de la cárcel, se hallase corregido y rehabilitado. — Eso no es fácil, me dirá V., pero es posible; y aun cuando no se obtuviese mas que una parte de la conquista deseada; aun cuando, merced á un sistema juicioso y acertado, establecido en las cárceles, un corto número solamente se aprovechase del castigo, todavía se lograria mucho. Regenerar una naturaleza depravada es cosa superior á las facultades humanas, pero mejorarla por medio de la educacion, estimularla con el cebo de un interés positivo y material, comprimir las malas inclinaciones con el temor del castigo, son medios infalibles, siempre que se emplean todos á la par y que no se turba su armonía.

»¿Cuál es el preso que sale corregido de las cárceles de Francia? — Ninguno. Yo he visitado muchas de aquellas casas, y de ellas he salido con un profundo horror, causado no solo por el aspecto del crímen, mas tambien por el de la abyecta degradacion en que están sepultados los miserables á quienes encierran, por su desaseo, su miseria, y en fin, por aquella cínica desfachatez con que ostentan á la faz de la sociedad sus inmundos vicios, haciendo gala, con sus carcajadas y sus malas palabras, del oprobio de su conducta. Al salir de aquel albañal, no lleva uno ninguna esperanza, porque conoce que el hombre que ha llegado á aquel grado de envilecimiento, ya no puede levantarse.»

Si esto puede decirse con verdad de los presidios y cárceles de Francia, donde es objeto de tantos cuidados y estudios todo lo relativo á la mejora del régimen penitenciario, ¿qué dirémos de lo que en este punto pasa en España, Dios mio? Diremos solamente que, atendido el estado actual de nuestras prisiones, la pena de muerte, esa usurpacion flagrante, ese escandaloso atentado de la justicia humana contra los derechos de Dios, es un verdadero acto de caridad; —acto de caridad con el reo, en cuanto le cierra las puertas de esos asilos de todas las miserias y de esas escuelas de todas las depravaciones (cárceles y presidios), donde el cuerpo sufre y donde necesariamente se corrompe el alma cada vez mas con el ejemplo; — acto de caridad tambien con la sociedad, en cuanto la liberta de un ser fatalmente consagrado á nuevos y cada vez mas atroces delitos. A la salida de la cárcel, el ratero es ladron; á la salida de presidio, el ladron es asesino. La idea de la *correccion* no ha entrado nunca en la mente de nuestros legisladores: nunca, á lo que parece, los ha animado mas que una intencion impía, —la *venganza*, ó como se dice en la jerga forense, la *vindicta pública*. De aquí nace el profundo desconsuelo que inspira el siniestro aspecto de nuestras prisiones.

«Otros sentimientos se apoderan del alma al visitar la casa penitenciaria de Filadelfia, prosigue la autora; lo que se experimenta allí no es la indignacion, sino una misericordia grave. La idea del crímen causa siempre una dolorosa impresion; pero no inspira aquí ni desprecio ni horror: el órden, el decoro, la limpieza, y el silencio que reinan aquí unidos, predisponen á una melancólica esperanza. Aquí nada es incompatible con la dignidad del hombre; parece esto una mansion

depositaria de una gran desventura ó de sérias enfermedades. Se ve aquí el espectáculo de la naturaleza doliente, pero no envilecida, – del dolor interior, y no del castigo; — este es un asilo destinado al desórden moral como á una terrible enfermedad que se procura sanar con un régimen saludable y fortificante, pero severo é inflexible.»

Sigue la descripcion del edificio, notable por la intrincada disposicion de su planta que imposibilita á los presos el conocerla (conocimiento que tanto favorece las evasiones), y tambien por la circunstancia de que, desde un punto dado, domina un solo hombre, sin ser visto, todos los puntos del edificio, lo que hace tan fácil como eficaz la vigilancia sobre los presos. Estos están cada uno en una celda separada.

« Cuando llega un preso, se le lleva á la sala de *preparacion*, ó por mejor decir, á la sala de *purificacion*.

»Se le desnuda, se le afeita la cabeza, se le baña y se le pone el uniforme de la casa; luego, con los ojos vendados, se le conduce á la celda que le está destinada. Allí uno de los dependientes del establecimiento le examina acerca de su vida pasada, le amonesta, le representa las consecuencias de su crímen y le explica las reglas de la casa: luego le encierra sin darle ocupacion. Al cabo de una semana ó dos, el tédio le devora; la vida se le hace insoportable, é implora un trabajo cualquiera, que se le concede como un favor.

Se exige de los presos sumo aseo en sus personas, como en sus celdas. Estas, que tienen cada una once piés y nueve pulgadas de longitud, sobre siete piés y seis pulgadas de anchura, forman una larga hilera y comunican con un corredor por medio de ventanillas enrejadas, dispuestas á tres piés del suelo y que sir-

ven para introducir los alimentos al preso y observarle sin molestarle. Otras aberturas dispuestas en la pared hacen penetrar el aire cálido en invierno, fresco en verano. Los corredores, espaciosos, muy limpios y bañados de luz, están caldeados de un extremo á otro por medio de caloríferos..... La luz penetra en las celdas por ventanas á diez piés del suelo; los pisos son de madera y las paredes están blanqueadas con yeso... Cada celda tiene su patio de diez y ocho piés sobre ocho, rodeados de tapias cuya altura es de once piés y nueve pulgadas: casi todos los presos los transforman en jardines.....

»En la prision nadie es conocido por su propio nombre: cada uno tiene su número inscrito en su puerta y en sus vestidos; este número es allí el hombre, y no se designa al preso de otro modo, de suerte que el dia en que se ha cumplido el castigo, la culpa del reo queda desconocida y se borra el padron de la ignominia. Puede encontrarse con su compañero de cárcel sin conocerle: ni uno ni otro tienen que temer las amenazas ni las recriminaciones.....

»La reclusion celular estrictamente observada, es decir, sin ocupacion, bastaria ella sola para reducir al preso mas rebelde.

»El último alcaide en jefe, Guillermo Griffith, lo experimentó hace tres años en Guillermo Nappier, célebre ladron. Este hombre, de una fuerza hercúlea y de un carácter indómito, empezó por doblegarse con blandura á cuanto se le exigia y hasta afectaba mucho celo en cumplir sus deberes religiosos; pero al cabo de algun tiempo rehusó el trabajo y echó á perder la obra en que debia ocuparse. Despues de varias amonestaciones inútiles, Griffith le hizo quitar sus libros y su obra,

y le dejó en una inaccion completa: aun no habia transcurrido una semana, cuando ya el rebelde empezó á pedir ocupacion; suspiró, lloró; pero el alcaide fué inflexible, y dejó transcurrir otras tres semanas sin acceder á sus reiterados ruegos. En fin, al cabo de este tiempo se le restituyó su trabajo, y desde entonces no volvió á dar motivo de queja. Mas adelante confesó que al principio habia esperado obtener su perdon á fuerza de hipocresía; que luego, irritado de no haber conseguido su intento, se habia decidido á no hacer nada, pero que jamás á bordo, — habia sido marino, — habia experimentado castigo comparable á la reclusion solitaria sin ocupacion.

»Es cosa notable que, un año con otro, sobre cien reos, se cuentan apenas dos mujeres, desproporcion atribuida, no á la infalibilidad del sexo, sino á la culpable indulgencia de los jurados y de los tribunales. Cítase entre otros casos el de una mujer, del apellido de Chapmann, que habiendo envenenado á su marido, descubierta con su amante, fué absuelta; su cómplice fué ahorcado. En verdad que, á juzgar por las costumbres del país, esta singular deferencia parece mas bien efecto de una especie de lógica equitativa, que del interés inspirado por el sexo femenino. La mujer cuenta aquí por tan poco en la felicidad del hombre, su existencia es tan reducida, se hace tan poco caso de sus afectos, que la nulidad á que vive condenada debe servirle de testigo en descargo; — al que no tiene, el rey le hace libre.»

IX.

Muy dignas de consideracion me parecen las siguientes reflexiones de la autora sobre el estado actual y el

porvenir de la América del Norte. Este ejemplo no debe ser del todo perdido para los pueblos de Europa, á pesar de las diferencias que median entre aquella y estos; en todos hay partidos mas ó menos violentos, que claman porque se dé mas ensanche á las libertades política y civil, porque se establezca en fin decididamente el reinado de la democracia; veamos cuáles son sus frutos en los Estados-Unidos, y cuáles serian probabilísimamente en nuestra Europa, como no fuesen todavía mas amargos.

«Me hallo en un país donde reina la democracia, bajo el gobierno mas popular del mundo. — Aquí la omnipotencia de las masas tiene en su mano todos los resortes del Estado, y el reinado de la igualdad se extiende hasta los mas menudos pormenores. — ¿Qué he hallado aquí? — La justicia corrompida; el derecho electoral, el sagrado poder del jurado ejercidos por ladrones y asesinos; el pueblo dictando sus caprichos como sentencias; el robo, la estafa impunes; la licencia en las conciencias como en las calles; el respeto intolerante á las formas exteriores de la religion, y el desenfreno en las creencias; en fin, el sacrificio de todos los indivíduos, de sus gustos y de sus hábitos, á la exigencia de la multitud. Sin duda que este pueblo está destinado á un inmenso porvenir, pero solo despues de una terrible crísis. Es verdad que, aprovechándose de las diversas civilizaciones que se han sucedido, ha hecho progresos rápidos, prodigiosos: la rueda que arrastra á las generaciones acelera su movimiento á medida que acarrea las ruinas orgánicas y fecundantes de lo pasado; pero no porque se ande aprisa se llega siempre antes; el trabajo de los hombres nunca es bastante perfecto para no necesitar de aquella fuerza de gravitacion, que es la

única que consolida y perpetúa sus obras, — el tiempo.

» Obstáculos mas graves opondrán tal vez trabas á la prosperidad progresiva de esta asociacion: si la ambicion y el amor al trabajo son elementos fecundos, la corrupcion es un gérmen de decadencia; — es empezar por el fin, y nadie ignora lo que de esto resulta; ahí está la historia. No es esto decir que el lujo enerve hoy á la nacion americana; pero diversas causas conducen igualmente á la corrupcion; y si el cortesano de Cárlos II desgastaba su vida y su hacienda en el libertinaje y la prodigalidad, el americano del Norte no rebaja menos su alma ni aja menos su vida con la codicia y el egoismo. El amor al dinero circula aquí en todas las venas, fermenta en todas las cabezas, tarde ó temprano la gangrena penetrará hasta el corazon, á menos de que la misma fuerza del mal determine una regeneracion completa.

»Además, es imposible que un territorio tan extenso, poblado de razas heterogéneas, de intereses contrarios é incompatibles, pueda conservar la unidad del gobierno. — ¿Cómo esperar una fusion entre las repúblicas del Norte y las del Sud? Apenas se presente una cuestion importante, la conmocion sacudirá hasta en sus mas hondos elementos la Union americana, que no tiene centro y es imposible que le tenga. Cuanto mas extienda sus límites sobre el territorio indio, mas débil será la cohesion nacional. Las repúblicas americanas están destinadas á formar algun dia dos ó tres gabiernos, á menos de que un nuevo Carlo-Magno, lanzándose de en medio de la anarquía, abarque con su poderosa mano el continente entero.»

X.

Otro elemento de disolucion para aquellas repúblicas es la infinita variedad de sectas religiosas á que imprudentemente han dado y están dando entrada todos los dias. La simple enumeracion de los nombres de esas sectas formaria una lista poco menos larga que la de los ciudadanos de aquellas repúblicas: el análisis de sus creencias y de sus prácticas podria considerarse como el repertorio de todas las extravagancias, de todos los delirios humanos.

XI.

Desde Filadelfia pasa la autora á recorrer las ciudades de Baltimore, donde el *furor* de crear papel-moneda ha llegado al extremo de poner en circulacion billetes de banco (*bank-notes*) del valor de *diez cuartos*;—de Washington, cuya calle única está cercada por una risueña campiña,—y de Georges-Town, que en contacto con Washington, forma con ella la capital de la Union. Aquí conoció la autora á nuestro digno ministro en aquella época, el señor Argaiz, de quien, como de su señora, recibió, dice, los mas finos agasajos.

«La señora de Argaiz me ha presentado al presidente Van-Buren. Su habitacion es un lindo palacio construido á la italiana en medio de un espacioso jardin. El presidente Van-Buren es un anciano de hermosa presencia, con el pelo empolvado y batido *á la nieve*, muy colorado, de una mirada penetrante y llena de astucia, de una fisonomía dulce, agraciada y algun tanto jesuítica. Sus modales son excelentes: este hijo de un labrador podria muy bien pasar por un noble de

nacimiento. En la efusion de su hospitalaria cordialidad me ha apretado la mano y sacudido la muñeca con tal brio, que á duras penas he podido contener una exclamacion de dolor.....

»Ayer me presentaron á los señores Clay, Webster y Calhoun.....

— »Todos estos señores, me dijo M. W*, mi compañero de viaje, son senadores *whigs*, es decir, de la oposicion, y los hombres mas eminentes de la cámara actual.

— »¿Con que es decir que son los defensores del pueblo?

— »Al contrario, son los conservadores.

— »¡Cómo!

— »Sí, forman la minoría, la oposicion; defienden lo que es aquí la alta clase, es decir, á la clase media, oprimida por el despotismo popular. En Inglaterra, por el contrario, se llaman *whigs* los partidarios de las clases populares.

— »Y á estas últimas ¿quién los protege en América?

— »Ellas mismas; el poder está en sus manos, y no tienen necesidad de apoyo; al contrario, de su tiranía es de lo que hay que defenderse.....

— »Comprendo, le respondí: en otras partes la tiranía pesa de arriba; aquí viene de abajo. El bordado es diferente, pero la trama es la misma.»

Y en efecto, con dificultad se hallará ejemplo en nuestros estados de Europa de una tiranía mas dura y sobre todo mas incomprensible que la que describe la autora en el rápido exámen de las instituciones y organizacion social de los pueblos de la Union que pone en boca de su *cicerone*. Oigámosle:

«Los representantes de la magistratura se reeligen

todos los años; por este medio se consolida la omnipotencia del pueblo y aumenta la dependencia del mandatario. La justicia aquí es la voluntad del pueblo.» El pueblo, en los Estados-Unidos, comprende *á la hez de los otros países, baba venenosa que se filtra en la sangre de la antigua raza inglesa.* La ley electoral admite *hasta á los mendigos.* El extranjero, al cabo de un año y aun de *tres meses de residencia* en un distrito, recibe *el título de ciudadano.* De esta suerte *todo malhechor puede hallarse rehabilitado, y ejercer, á poco de su llegada, el derecho de elector y de jurado.* (Tomo I, página 161). Téngase esto presente para entender bien la significacion de la voz *pueblo* en los pasajes que vamos citando. «Como V. ve, vivimos al dia; lo pasado no cuenta para nosotros; no pensamos en el porvenir ni poco ni mucho : entre tanto las leyes no se obedecen, los culpables rara vez son castigados. Aquí el pueblo ahorca sin forma de proceso..... estipula tratados entre un Estado y otro Estado, sin la sancion del gobierno central..... Aquí toda ley que puede alcanzar mas particularmente á la muchedumbre es proscrita; se respetan la bancarrota y la prevaricacion, contagios reinantes: como los empleados son comunmente pobres y duran muy poco en sus destinos, procuran por todos los medios posibles hacer caudal. El jurado, muy mal retribuido, es generalmente corruptible é ignorante...» Completa esta sombría pintura otra que no lo es menos por cierto, de las costumbres de aquellos pueblos, mezcla singular de austeridad y depravacion aparentes de austeridad tambien y de depravacion disimuladas y ocultas, ó sea monstruosa alianza de una corrupcion la mas refinada, y de una brutalidad harto primitiva. Corramos prudentemente un velo sobre esta parte de

la narracion original. En francés todo puede decirse; es la lengua de las oscuridades, de las reticencias discretas y de los pensamientos rebozados; en suma, la enemiga nata de la claridad á despecho de sus pretensiones á ser clarísima; el castellano, por el contrario, es terminante, positivo y franco como nuestro carácter: —no pongamos, pues, en castellano lo que decorosa y aun elegantemente dice la autora en punto á la moralidad anglo-americana, porque en verdad no resultaria una traduccion ni decorosa, ni elegante; aun cuando la hiciese una pluma mejor cortada que la mia.

XII.

Despues de visitar las citadas ciudades, se embarca de nuevo la viajera, y de nuevo tambien vamos á dejarla por ahora, terminada ya su feliz navegacion, si bien llena de incidentes dramáticos, curiosísimos de leer en las pintorescas páginas de su libro, como el encuentro con el buque desarbolado, — la historia de Gaetano y la de la pobre mujer muerta, ambas deliciosamente referidas, —la pintura de los bancos de Bahama, y mil *lindos nadas (jolis riens)* que forman el gracioso engaste peculiar de las mejores relaciones francesas; — vamos á dejarla por ahora, repito, á la vista de su amada patria, término de su viaje, — *inmóvil, embelesada, aspirando con todo su pecho el aura embalsamada que le llega de aquella tierra bendita de Dios*, y dirigiéndole desde su nave este elocuente y sentido apóstrofe:

«¡Salve, isla encantadora y virginal! ¡Hermosa patria mia, yo te saludo! No, ni la distancia ni los años han entibiado mi primer amor hácia tí; lo conozco en

estos latidos de mi corazon, en este estremecimiento de mis entrañas. Te amo y no podria decirte por qué; te amo sin investigar la causa de este amor, como la madre ama á su hijo, y como el hijo ama á su madre, sin explicármelo ni querer explicármelo, temerosa de disminuir mi felicidad..... Cuando respiro este perfumado aliento que me envias, cuando le siento deslizarse con blandura por mi frente, me estremezco hasta la médula de mis huesos, y creo sentir la tierna impresion del beso materno.....»

XIII.

Si no me hubiera propuesto descartar de este exámen de la interesante obra de la señora condesa de Merlin toda la parte puramente amena y pintoresca, ya conocida en España, á lo que entiendo, por una elegante traduccion de los extractos que de ella publicó la *Presse* en su folletin, muy buena ocasion tendria de interesar á mis lectores, repitiendo aquí la bellísima descripcion que hace la autora, con toda la efusion de su alma y con todas las galas de la poesía, del mágico panorama que presentan á la vista del navegante las costas de la isla de Cuba. Esta descripcion es como una série de cuadros á cual mas lindos, en que agota, por decirlo así, la autora los mas brillantes colores de su rica paleta. Aunque con sentimiento, resisto á la tentacion de seguirla en esa encantadora pintura: dejémosla tambien saborear con delicia y referir con aquella superioridad que tienen sobre nosotros las mujeres en todas las cosas que tocan al corazon, las íntimas alegrías de la llegada, de los primeros abrazos, de la vista, tras larga ausencia, de los sitios queridos, y las mil inefa-

bles sensaciones que despierta en las almas bien templadas el dulce nombre de *patria*.

A estas primeras expansiones de un corazon conmovido en sus fibras mas delicadas, sigue un elegante compendio de la historia de aquella isla desde los tiempos de Colon, Velazquez y Cortés; — pero ¿cómo compendiar aquí aquel compendio? Una narracion seca y descarnada interesaria poquísimo á mis lectores. Estos sucesos, además, para nosotros, pertenecen á la historia nacional, y debo suponerlos conocidos. Pasando, pues, por alto, con sentimiento tambien, lo confieso, la pintura de las poéticas costumbres de los *guajiros*, — las amorosas aventuras del poeta Pepe María, tan hábil en improvisar décimas y romances al son de la guitarra como en manejar su irresistible *machete*, — recordando solo de paso y con veneracion el tributo de patriótica gratitud que paga la autora á la memoria del gran ciudadano D. Francisco Arango, ilustre habanero, tan superior á su siglo y á quien tantos beneficios debe la isla, — busquemos en esta obra objetos de un interés mas general, y por fortuna la cosecha que ofrece la autora en sus variadas páginas es bastante rica para que no nos falten: examinemos, por ejemplo, la cuestion de la esclavitud en aquella colonia, cuestion vital y *palpitante*, sobre la cual discurre con rara sensatez la ilustre viajera en su Carta vigésima dirigida al célebre jurisconsulto Mr. Cárlos Dupin.

«Nada mas justo que la abolicion de la trata (1), nada mas injusto que la emancipacion de los esclavos. Si la

(1) El diccionario de la Academia no ha admitido todavía esta voz; pero como es ya de uso corriente para significar el tráfico de negros, y como evitar circunloquios me parece un bien, no veo inconveniente en emplearla.

trata es un horrible abuso de la fuerza, un atentado contra el derecho natural, la emancipacion seria una manifiesta violacion de la propiedad, de los derechos adquiridos y consagrados por las leyes, una verdadera expoliacion. ¿Qué gobierno seria bastante rico para indemnizar á tantos propietarios despojados de esa suerte de un bien legítimamente adquirido? La compra de los esclavos no ha sido solamente autorizada sino aun fomentada por el gobierno, que dió el ejemplo de ella, trayendo los primeros negros para el laboreo de las minas.»

XIV.

Sentadas estas justas reflexiones, echemos ahora una ojeada sobre la historia de la trata.

«Despues del descubrimiento de las Américas, las naciones mas ilustradas protegieron el comercio de los esclavos, Inglaterra especialmente obtuvo el monopolio de la trata y le conservó por espacio de mas de medio siglo. En aquellos tiempos en que el mundo estaba regido por la fuerza material, un negro mantenido y vestido por su amo, y que pagaba este beneficio con su trabajo, era mas feliz que el vasallo ó siervo del terruño que, despues de una servidumbre señorial, pagaba primeramente sus pechos, y luego comia y se vestia si hallaba con qué comer y vestirse.

»Para formar un juicio equitativo sobre los hechos históricos, es preciso trasladarse mentalmente á los tiempos y á los sitios que los vieron nacer; examinar el grado de ilustracion, los usos y aun las preocupaciones de la época ó del país: tan injusto es, por consiguiente, vituperar á España por haber sido en otro

tiempo una de las primeras naciones que fomentaron el comercio de los esclavos, como reprensible seria tolerarlo en la actualidad. Sin embargo, cuando se considera que, entonces como ahora, los Africanos condenados á la esclavitud deben á ella el libertarse de ser sacrificados ó devorados, no sabe uno dónde está el beneficio, dónde la crueldad.»

Esta sola consideracion, de todos conocida, bastaria, aun cuando no hubiese otras mil en su apoyo, para hacer apreciar en su verdadero valor la execrable hipocresía que envuelven esas *filántropicas* declamaciones de los *abolicionistas* ingleses contra la *inhumanidad* de la trata. Veamos cuál es el verdadero secreto de esa interesada filantropía.

«Es indudable que la isla de Cuba produce azúcar mejor y en mas cantidad que las colonias inglesas de la India, y que la ruina de la industria colonial de España, entregando á los ingleses el monopolio exclusivo de un género que es hoy de primera necesidad en el mundo, llegaria á ser una fuente de prosperidad para la suya, porque como el azúcar de la Nueva Orleans y del Brasil no es comparable con el de la Habana, la isla de Cuba es la verdadera y única rival de las colonias inglesas: por eso la rivalidad de Inglaterra ha empleado contra ella las mas culpables, las mas hostiles tentativas.»

XV.

Sí, las mas *culpables* en efecto, las mas odiosas, las mas pérfidas. Que una nacion trabaje para su propio engrandecimiento, nada es mas justo; que no aplique al sistema de su política las máximas exageradamente

caballerescas y generosas que tanto realce dan á la conducta del simple particular que religiosamente las observa; en suma, que prescinda como de una flaqueza ridícula, como de una verdadera sandez, de lo que se llama *política sentimental*, es tambien cosa justísima y que ojalá hubiese hecho siempre nuestro gobierno, que algo mas medrados estariamos! Pero que una grande y poderosa nacion descienda á miserables tretas, á verdaderos crímenes vergonzantes, de que se desdeñaria el último de los estados berberiscos; —á tenebrosos amaños que se dejan muy atrás las mas viles combinaciones del senado Cartaginés; que una gran nacion, en fin, se cubra con la inmunda máscara de la *hipocresía*, es cosa que inspira asco y que solo merece desprecio. Esto solo inspira y esto solo merece (¿qué digo? algo mas mereceria si la fuerza acompañase siempre al derecho), un gobierno que afecta *moralidad*, y que para proteger el *contrabando*, echa á pique un buque en plena paz é intenta asesinar villanamente á toda una tripulacion amiga; esto solo inspira y esto solo merece un gobierno protestante que falsifica una bula de Su Santidad para excitar sublevaciones en una colonia de un gobierno amigo, é inundarla de sangre y horrores; esto solo merece... pero veo que insensiblemente me echo á escribir y comentar la historia de una nacion *amiga* en estos últimos tiempos. Volvamos á la cuestion de los esclavos.

XVI.

«La esclavitud es un atentado contra el derecho natural; pero existe en Asia, existe en Africa, existe en Europa, existe en los Estados-Unidos, existe en el cen-

tro mismo de la civilizacion, y en todas partes se tolera; jamás hasta ahora, que yo sepa, ha pensado nadie, con ayuda de una doctrina religiosa, en atacarla en Rusia. Solo despierta las reclamaciones de la filantropía contra las colonias españolas de América, donde en otro tiempo fué protegida por las mismas potencias que ahora la anatematizan; y como la fuerza de la ley y el derecho se oponen á la realizacion de sus miras, apelan al fanatismo, á la sedicion, á la matanza.

»Póngase término á la trata; desgraciadamente no se logrará el objeto indicado por los filántropos, la emancipacion de la especie humana; pero entre una imposibilidad y una injusticia, se habrá hecho lo que es posible hacer; los Estados de la Europa civilizada habrán cumplido un deber, rendido homenaje á la humanidad y calmado la conciencia del siglo XIX. Sin embargo, es preciso que empiecen, ante todas cosas, por respetar la hacienda y la vida de sus hermanos.»

XVII.

Que no se logrará el objeto indicado por los filántropos, es harto evidente y bien lo saben ellos; por eso sus hipócritas declamaciones prueban solo una cosa, y es que tienen mucho cinismo y poca vergüenza. «La exportacion de los esclavos á las Antillas,» dice el célebre viajero escocés, Mungo Park, en su *Ultimo viaje á las regiones de Africa* (1805), «lejos de ser una desgracia, »es una gran ventura para la humanidad; primeramente, »porque son esclavos en su país, y luego, porque los »negros, si no tuvieran la esperanza de vender á sus »prisioneros, los matarian.» Tal es la fuerza de la verdad, que quien lanza á los filántropo-negrófilo-hipó-

crito-humanitarios ingleses este argumento decisivo, es un súbdito inglés, hechura de la sociedad africana de Londres, y nutrido de aquellas máximas filosóficas, verdadero cebo de tontos, que bajo el velo del amor á la humanidad, encubren solo miras de interés y de monopolio.

¿Qué más? (y permítaseme insistir sobre este punto, pues importa no dejar refugio ni escapatoria posible á esos falsos amigos de la humanidad, cuyos mas encarnizados enemigos son). ¿Quién fué el primero que introdujo la esclavitud en las Antillas? ¿Fué por ventura algun déspota, algun bárbaro conquistador? No; el grande y sublime apóstol de la conquista, el santo obispo de Chiapa, el evangélico varon fray Bartolomé de las Casas, condolido de las miserias de la raza india, cruelmente diezmada por la dura opresion de sus nuevos señores, fué el primero que pidió esclavos africanos para la América, no solo con el fin de aliviar á los Indios, sus hijos, sino tambien con el fin de atajar los horrendos sacrificios humanos de que era, y tal vez seguiria siendo todavía, teatro el Africa. Lo consiguió en efecto: desde entonces, aquellas tribus bárbaras, anteponiendo el interés á la venganza, reservaron á sus prisioneros para venderlos á los Europeos. Su introduccion en América como esclavos mejoró, pues, su condicion; y aun así, sin embargo, todavía no se citará tal vez un solo ejemplo de un negro emancipado que voluntariamente vuelva á su país. Sobre esto refiere la autora una anécdota muy curiosa: «Hace algunos años, por fraude ó por violencia, un buque negrero portugués apresó y trajo aquí dos hijos de un cacique, los cuales fueron vendidos. Poco tiempo despues aportó en la isla una embajada de *Culumis*, pintados y vestidos

de plumas de colores, que iban de parte de su caudillo á reclamar del gobernador los dos príncipes cautivos. Consintió el gobernador sin dificultad en que se los llevasen; pero ambos se negaron á salir de Cuba, donde disfrutaban, decian, de una felicidad que jamás habian probado en su país. De suerte que el estado de príncipe en Africa es peor que el de esclavo en nuestras colonias.» Muchos casos de esta especie pudiera añadir. ¡Y luego nos hablarán enfáticamente los filántropos de *víctimas arrancadas al dulce suelo patrio y á los dulces lazos de la familia*, como si aquellos infelices Africanos tuviesen patria ni familia, y como si no supiese todo el mundo que á la mayor parte de los esclavos los venden sus propios padres!

¿Se dirá por eso que la esclavitud es un estado feliz y que abogo por ella? Nada menos que eso; mi objeto ha sido únicamente tapar la boca á los hipócritas de filantropía; razones hay mas sólidas para probar sus perniciosos efectos, que las que ellos impudentemente invocan. Dios no puede querer que una cosa tan esencialmente mala como la esclavitud produzca buenos resultados: la esclavitud en realidad los produce desastrosos. Oigamos sobre este punto á nuestra elegante autora:

«¡Perdóneme el santo hombre de Chiapa! la esclavitud que él importó fué para la Habana un gérmen fatal; convertida ya en árbol gigante, ofrece hoy los amargos frutos de su orígen, pero no es posible derribarle sin exponerse á perecer bajo su mole. Fuente inagotable de dolores, de graves responsabilidades y de recelos, es además, por los excesivos gastos que ocasiona, un principio de ruina permanente. El trabajo del hombre libre seria no solo un elemento mas puro

de riqueza, sino tambien mas sólido y mas lucrativo. Si la prohibicion de la trata se observase rigorosamente y se fomentase la colonizacion con actividad y perseverancia, la extincion de la esclavitud se efectuaria sin sacudimiento, sin daños y por el solo hecho de la emancipacion individual. Seria preciso, para obtener este resultado, que la impericia y el amor del lucro no se sobrepusiesen á los verdaderos intereses del Estado y al amor de la humanidad; seria preciso que, en presencia del solemne convenio que prohibe la trata, no hubiese *barracones* ó mercados públicos de negros bozales; seria preciso que los gobernadores de las ciudades no autorizasen, con la asistencia de agentes de policía, el desembarque de los buques negreros; seria preciso, en fin, que al contrabandista traficante de esclavos, no se le impusiese una onza de oro por cabeza de negro que introduce en la isla. Este vergonzoso pacto tiene por pretexto el celo de las autoridades por la colonia que, á lo que pretenden, pereceria sin el comercio de los esclavos; celo peligroso aun para aquellas mismas autoridades, porque se comprometerian mucho, si el gobierno superior llegase á tener noticia de su culpable tolerancia. Desde la nueva prohibicion de la trata; es decir, de cinco años á esta parte los gobernadores de las ciudades han sacado de esta impura fuente mas de un millon de pesos fuertes, suma enorme, pero fácil de explicar, si se considera que en este espacio de tiempo se han introducido en nuestros puertos mas de 100,000 esclavos, al paso que apenas han entrado en ellos de 30 á 40,000 colonos ú otros emigrantes de raza blanca.» Al llegar á este punto pone la autora la siguiente nota: «Esta carta se escribió hace un año (es decir, en 1841); desde entonces acá, el general Valdés, ac-

tual gobernador de la isla, ha corregido todos estos abusos y hecho ejecutar con una legal severidad el tratado que prohibe el comercio de negros en la colonia.»

XVIII.

Una de las mas tristes consecuencias de la esclavitud es envilecer el trabajo material. Como la agricultura es el primer recurso y el mas general de las clases proletarias, el excedente de la poblacion europea preferiria emigrar á un país que le ofrece un buen jornal, el bienestar y una hermosa naturaleza, á dirigirse á los frios desiertos de la América del Norte; pero apenas llegan aquí, se ven confundidos con una raza esclava y maldita. Su orgullo se indigna, se avergüenzan de su afrenta, y luego procuran á su vez hacerse servir. El primer uso que hace de sus primeros ahorros un pobre labrador, es comprar un negro, ante todo para disminuir sus fatigas, luego para rescatar la ignominia de trabajar con sus propias manos. Así en todas las épocas, los mismos abusos han desarrollado las mismas pasiones, y nuestras costumbres recuerdan todavía en el siglo XIX las de los griegos, las de los Romanos y las de los tiempos feudales.

Hace algunos años, un habanero, patriota ilustrado, concibió un proyecto que le hace honor. Llamó por medio de un periódico á 50 labradores de Castilla, de donde era oriundo, ofreciéndoles todas las ventajas imaginables para que fuesen á habitar la isla de Cuba y á cultivar la caña de azúcar en sus haciendas. Pocos dias despues, en el mismo periódico, salió á luz la mas furibunda reclamacion firmada por un castellano residente en la Habana, el cual se quejaba amargamente

del insulto hecho á su país, añadiendo que los honrados Castellanos no estaban todavía reducidos á tal grado de miseria y envilecimiento, que tuviesen que *aparejarse* con los negros esclavos de la isla de Cuba. Este soberbio desden de los blancos hácia los negros, no proviene solo del desprecio que inspira la esclavitud, sino de la desgracia del color, que parece que perpetúa, aun despues de la emancipacion, la mancha de una condenacion primitiva, como si la naturaleza hubiera rubricado con su mano la incompatibilidad de las dos razas. Acaso algun dia deberemos á la civilizacion una fusion fraternal; pero desgraciadamente no está cercana.

Es circunstancia singular que los blancos criollos en nuestras colonias, son mas humanos con los negros que los Europeos. . . . . .

El europeo, que lleva á Cuba las refinadas exigencias de su país, empieza por manifestar á los negros una compasion exaltada; de aquí pasa, sin transicion, al desprecio de su ignorancia; luego se impacienta con su estupidez; y como el pobre negro no le entiende, acaba por persuadirse de que un negro es una especie de bruto, y se da á zurrarle como á un camello. Este proceder no es exclusivo de los amos; tambien le practican los criados europeos que llevan á Cuba; su orgullo, irritado en vista de la domesticidad degradada hasta la esclavitud, los hace insolentes y crueles.

XIX.

Sin embargo, como observa muy bien la autora, estos inconvenientes no son insuperables: el tiempo y la civilizacion han destruido mil preocupaciones, asi como los progresos de la razon han allanado dificultades mayo-

res que estas todavía. Muy hacedero seria atraer á la colonia labradores extranjeros, señaladamente Alemanes, gente honrada y laboriosa; pero por desgracia la política seguida hasta el dia no ha hecho ni hace mas que preparar y aumentar los obstáculos que se oponen actualmente á que el trabajo de los hombres libres reemplace al de los esclavos. Conocidos son los esfuerzos que se han hecho de algun tiempo á esta parte para dar impulso á la colonizacion de la isla de Cuba, los trabajos de la *Junta de fomento*, obra del capitan general D. Alejandro Ramirez, á los que se debieron los establecimientos de *Nuevitas*, *Santo Domingo*, *Isla Amalia*, *Fernandina* y otros, inutilizados por falta de recursos; no es menos conocido en todos sus vergonzosos trámites ese funesto tratado del *derecho de visita* ó *registro*, que, sin impedir la trata, porque no es contra ella contra quien va dirigido, es orígen para nuestro comercio de intolerables humillaciones y rapiñas ejercidas por los Ingleses: —á pesar de todo, la colonizacion no prospera, y la poblacion negra aumenta en una progresion realmente alarmante. Esta poblacion, que en 1827 no pasaba de 311,051 negros, asciende en el dia, segun los datos que ha recogido la autora, á más de 700,000.

XX.

Una de las causas á que debe sin duda atribuirse el aumento progresivo de la raza negra en nuestras Antillas, es la condicion relativamente feliz que debe allí á las leyes y á las costumbres. Proverbial es en Europa, no tanto la sabiduría, como la humanidad evangélica de nuestra legislacion de Indias; sus saludables efectos han destruido en la práctica hasta la significacion na-

tural y genuina de la palabra *esclavo*. En los códigos romanos, la calificacion de esclavo equivalia á la de hombre *excluido de todo derecho civil*, y con mas razon *político;* el esclavo no podia *poseer* cosa alguna; — en nuestras colonias, y solo en ellas, el esclavo tiene derechos civiles y muchos; puede ser propietario, y su propiedad es tan sagrada como la del hombre libre. Esto basta para destruir todas las ideas admitidas acerca de la *esclavitud;* los negros de nuestras colonias no son propiamente esclavos, en el sentido rigoroso de esta voz; su condicion es incomparablemente mas feliz que la del pobre proletario inglés ó irlandés, porque estos conocen el *hambre*, y aquellos no. Nuestros esclavos están sujetos á los castigos corporales, es cierto, y esta condicion es cruel, pero mucho menos para ellos de lo que nos lo parece á nosotros con nuestras ideas de dignidad y honor. Esa condicion, además, no es peculiar de la esclavitud; el soldado inglés está sometido al *flogging*, el ruso al *knout*, el aleman á la *schlag*, los marineros de todos los países á la *bolina:* salvo que el castigo de nuestros esclavos está determinado por la ley, y el de estos hombres libres depende del capricho de un jefe tal vez injusto y brutal. ¡Qué diferencia entre las leyes que rigen en nuestras colonias, las relaciones del amo con el esclavo y las que contiene el *código negro (le côde noir)* francés! Pero todavía distan estas mucho de igualar en barbarie y ferocidad á las de las colonias inglesas.

Y obsérvese, cosa notable, que aquellas leyes de nuestras colonias no vienen á ser mas que una sancion de los usos preexistentes. Estos hechos inspiran á la autora las siguientes juiciosas reflexiones: «Cuanto mas liberales son las instituciones que rigen á un pue-

blo, mas aprieta este el collar de hierro que oprime á sus esclavos; no parece sino que la necesidad de dominio y el orgullo humano, comprimidos por leyes equitativas, procuran explayarse á expensas de la raza subyugada. La España, con su gobierno absoluto, es la única que se ha ocupado en suavizar la suerte del negro. La humanidad de nuestros colonos con sus esclavos hace la vida material de estos últimos mas feliz, sin ningun género de duda, que la de los jornaleros franceses, al paso que los Ingleses y los Americanos del Norte abrevan á los negros de humillaciones y de amargura con sus crueles tratamientos y su orgulloso desprecio. Prohiben á sus esclavos de ambos sexos hasta que se calcen, y mientras que entre ellos, como en las colonias francesas, se ve á aquellos infelices andar con los piés descalzos y á veces ensangrentados... vemos á nuestras dichosas é indiferentes *chinas* ostentar *coquetamente* á los rayos del sol, en el remate de sus piernas de ébano, un elegante zapato de raso blanco.»

XXI.

Muy indignada se manifiesta la autora contra la legislacion vigente de su patria, no menos que contra los inauditos abusos arraigados en ella. «La administracion de la injusticia, dice, reemplaza aquí á la administracion de la justicia. Jamás cuento de brujas igualó en cómicas singularidades y en invenciones estravagantes al cáos de las leyes, al laberinto de los tribunales, al desórden de los códigos, á la anarquía de las jurisdicciones y al confuso batallon de los buitres de la ley que se disputan aquí los restos de los cauda-

les bastante desdichados para caer en sus garras insaciables y legales.»

Por este preámbulo juzgue el lector de lo que sigue. Lo que sigue viene á reducirse á esto: «Podria decir á V. en pocas palabras (esta carta, la XXIII, está dirigida á Mr. Berrier): En Cuba no hay tribunales, no hay códigos, no hay abogados y diria la verdad. Pero contra esta asercion se elevarian de súbito montañas de autos que se llevan á los litigantes en carretones, legiones de asesores, escuadrones de jueces, de los cuales unos tienen obligacion de saber escribir,—*letrados*, y de los cuales otros están obligados á no saber nada,—*legos*, sin contar nidadas enteras de *escribanos* y bandadas de *pica-pleitos*, que le probarian á V. victoriosamente que la justicia abunda en la isla de Cuba. Por desgracia, amigo mio, abunda demasiado... ¡Tenemos *once* códigos y *diez y seis* tribunales!.....» El objeto de esta carta es en suma demostrar que todos esos códigos y todos esos tribunales, en perpétua contradiccion unos con otros, concuerdan todos admirablemente en un punto muy importante, á saber: en chupar el dinero á los desventurados litigantes. Francamente, creo que hay en esto alguna exageracion; creo que no se roba tanto en aquellos tribunales como le han dicho á la autora; la dictadura del Capitan general no es tampoco tan absoluta, no se ha conservado desde los tiempos de Hernan Cortés en un *estado de petrificacion* tan completo como dice; pero seguramente hay muchos males que remediar en aquella magnífica colonia, si hemos de conservarla, y los nuevos códigos que están formando en el dia los hombres mas competentes de España en la materia, los remediarán sin duda, sin necesidad de peligrosas reformas políticas.

XXII.

El siguiente juicio de la célebre administracion del general Tacon me parece notable por su exactitud é imparcialidad; creo que puede considerarse como un eco de la opinion pública en la Habana, y bajo este concepto es doblemente curioso: «El sucesor de estos dos indolentes jefes (los generales Vives y Ricafort) fué el célebre general Tacon... Merced á la incuria de los precedentes gobernadores, la Habana habia llegado á ser una cueva de ladrones, donde no habia ni policía ni seguridad, no ya en las aldeas y en los campos, mas ni aun en la misma capital. En las calles mas frecuentadas, el robo y el asesinato se presentaban con la frente erguida; los dependientes de los banqueros no podian ir á sus cobranzas sino escoltados por tropa en mitad del dia; de noche, á cada paso se oia resonar en las plazas y calles el fúnebre grito *¡atajal* No eran el robo y la venganza solos los que se aprovechaban de este estado de cosas; frecuentes muertes eran el resultado de tamaño desórden. Al anochecer, todos los vecinos se parapetaban en sus casas.

«Bajo el sol de los trópicos, dos pasiones, la del juego y la de la venganza, amenazaban con su impunidad subvertir la sociedad misma. Veíase á los criminales, y aun á los ya sentenciados, pasearse libremente por las calles, merced á las inmunidades, y continuar sin disimulo su culpable vida. Los empleados se guardaban en el bolsillo el dinero destinado al sosten de las cárceles; sin alumbrado y sin policía, las calles no estaban siquiera empedradas; en fin, por do quiera campeaba la desorganizacion social.

»A la voz del dictador todo cambió. El general Tacon arrancó al Ayuntamiento los fondos de que no hacia uso alguno, empedró las calles, las alumbró con buenos faroles, construyó mercados y paseos, creó un campo para los ejercicios militares, edificó una prision, y atajó las dilapidaciones particulares que la costumbre habia convertido en ley. Una vez empedradas y alumbradas las calles, los serenos y las patrullas ejercieron una vigilancia implacable. Las casas de juego, frecuentadas por hijos de las mejores familias, fueron cerradas; se suprimieron las loterías cuotidianas; ¡pero la terrible mano que destruyó todos estos abusos, pesaba tan duramente sobre el país!... Tacon era un bienhechor inflexible que hallaba ingratos, porque era violento!

»Despues de la insurreccion de la Granja, el general Lorenzo proclamó la Constitucion en la isla, y toda la parte oriental se sublevó: numerosos destierros pronunciados por el general Tacon sin forma de proceso, sofocaron la rebelion ó mas bien la previnieron, sin costar una gota de sangre. En esta circunstancia no se apreció debidamente su prudencia... En fin, se le reemplazó con el general Ezpeleta, hombre probo y conciliador, pero que no gobernó mas que interinamente.»

Siguen á este otros juicios no menos imparciales.

«Coadyuvó muy eficazmente á todas las reformas útiles de Tacon el intendente general de las rentas de la isla D. Claudio Pinillos, conde de Villanueva, Habanero, hombre hábil, íntegro y activo, cuya capacidad económica ha acudido frecuentemente en auxilio de la metrópoli. En menos de tres años, duplicó el producto de las rentas y disminuyeron las contribuciones en algunos puntos... Al nombre de este intendente ejemplar, es justo unir el de D. Francisco Ramirez, natural de

Asturias, y que, trasladado siendo aun muy jóven á América, aprendió á estimar á los Habaneros, que no olvidarán sus servicios. Él dió el primer impulso á nuestra educacion primaria; estableció varias cátedras y muchas escuelas; luchó contra el comercio de Cádiz en favor de la libertad de nuestros puertos; favoreció la colonizacion blanca, y fundó el pueblecito de Nuevitas al norte de Puerto-Príncipe.

»Citemos tambien con elogio al príncipe de Anglona, gobernador general: su administracion, que sucedió á la de Ezpeleta, se distinguió por muchas obras de utilidad pública y de ornato, pero sobre todo por la animosa firmeza de su conducta con respecto á las autoridades británicas. Él fue quien restableció y reparó el paseo antiguo que hoy lleva el nombre de *Paseo de Anglona*, y al que acude la buena sociedad con preferencia al de Tacon!!...»

XXIII.

El lamentable estado de la agricultura en la Habana suministra á la autora ocasion para hacer excelentes reflexiones sobre la causa de su atraso y los medios de reanimarla. Entre estos seria uno de los mas esenciales la introduccion en la isla del sistema de abonos, adoptado como una necesidad en la agricultura de Europa, y que empieza ya á serlo, poco menos urgente, en la Habana. Tambien es fuerza, so pena de gravísimos males, poner coto á las arbitrarias y ruinosas cortas de montes de que se está abusando hace tres siglos: por feraz y rico que sea un territorio, al cabo llegan á agotarse sus recursos productores, cuando lejos de ayudarle, se le exprime y destruye por todos los medios que puede dictar la barbarie: nada resiste al vandalismo

organizado por efecto de insensatas preocupaciones; testigos, nuestros inmensos eriales de la Mancha y de ambas Castillas.

En ninguna parte seria tan conveniente la aplicacion de las nuevas máquinas de la industria para las operaciones de la agricultura como en un país donde tanto se hace sentir la falta de brazos. Con los inauditos recursos naturales de aquel suelo privilegiado, con su clima, único en el globo, y con su feliz situacion, que la hace como la llave de las Américas, la isla de Cuba, bien administrada, pudiera ser el granero de aquella parte del mundo y la escala del comercio entre los dos grandes continentes americanos.

XXIV.

Voy ahora á dar algunos someros pormenores sobre los dos cultivos mas importantes de Cuba, el del azúcar y el del tabaco. Sobre ambos, como sobre el de todos los demas productos de la isla, da la autora completas y muy curiosas noticias, apuntando ademas con laudable celo patriótico las ventajas que de muchos de ellos pudieran sacarse para la industria: así, por ejemplo, ve una fuente de riqueza en la hábil elaboracion de los hilos ó sedas que se extraen muy fácilmente de las fibras sutilísimas que contienen las hojas de la piña de América, y de que se saca ya bastante provecho en la India y en las Islas Filipinas.

El cultivo del azúcar, como actualmente se practica, es desastroso para el territorio de la isla, en cuanto, como antes dije, por falta de órden y de prevision, se desmontan todos los años, solo para él, mil *caballerías* de bosque, lo que á la larga no puede menos de

atacar radicalmente la rica vegetacion natural de la isla., y de desarrollar por tanto nuevas enfermedades, maleando necesariamente el clima.

«Veamos un cálculo que debo á nuestros mejores economistas y cuyo resúmen le sorprenderá á V., escribe la autora á uno de sus amigos, porque es colosal como la naturaleza de los trópicos. Diez caballerías de bosque, á razon de cinco ó seis leguas de la Habana, bien cuidadas y repartidas en cortas regulares de diez años, es decir, de una caballería al año, producen 50 pesos diarios, ó sean 18,250 pesos anuales. De aquí hay que deducir los gastos de laboreo que se reparten del modo siguiente:

Compra de 25 caballos.	3,150	pesos.
Diez y seis negros á 500 pesos para confeccionar, acarrear, etc. el carbon. .	8,000	
Gastos imprevistos.	850	
Total de los desembolsos. . . .	12,000	pesos.
Interés á 1 por 100 al mes.	1,440	
Arriendo del terreno á 100 pesos por caballería.	1,000	
Manutencion de los negros.	730	
Id. de los veinte y cinco caballos. . .	4,562	
Gajes de dos mayorales.	600	
Gastos imprevistos.	168	
	8,500	pesos.
Producto.	18,250	pesos.
Ganancia líquida.	9,750	pesos.

«¡De donde resulta, que con un desembolso de 12,000 pesos, se obtiene un rédito de 9,750!»

Es decir, ¡al pié de un 70 por 100! Y todavía, añade

la autora que pueden obtenerse ganancias poco menos cuantiosas con otros muchos cultivos mas en pequeño, como el algodon, el añil, el cacao, el nopal para la cochinilla, las moreras para los gusanos de seda, la vainilla, etc., etc. ¡Qué de recursos, qué de ventajosas salidas para los capitales y los brazos superabundantes de nuestra Europa!

Todas estas cosas de América le recuerdan á uno las maravillas de las *Mil y una noches*.

«La planta que produce el tabaco crece hoy sin cultivo en la mayor extension del nuevo continente y de las islas adyacentes, pero parece oriundo de Cuba. Digan lo que quieran algunos compiladores modernos, allí fue donde los Españoles la hallaron por primera vez, como lo acreditan todos los testimonios de la época: luego se difundió con rapidez por todo el globo. La naturaleza, como si hubiera previsto su brillante destino, la dotó de todas las facultades flexibles, de todas las facultades resistentes; la hizo apta á todos los climas; y desde Cuba hasta la Suecia, desde la Turquía hasta el Maryland se ve crecer y prosperar esta curiosa y singular planta. La abundancia de sus productos es prodigiosa...» Sigue una excelente reseña histórica sobre su introduccion y diferentes vicisitudes en los principales pueblos de Europa; luego continúa: «La superioridad del tabaco de Cuba es de todos reconocida; cultívase aquí particularmente en el Oeste, en un distrito llamado la *Vuelta de abajo*. Los mejores terrenos para este cultivo son las tierras arenosas y ligeras... El tabaco mas exquisito se coge en las vegas contiguas á los rios de la Consolacion y de San Sebastian...

»El tabaco se cultiva y se elabora en familia, y en pequeñas proporciones. Un labrador activo puede,

ayudado por su mujer y sus hijos, cultivar hasta media caballería de tierra (sobre dos fanegas y media), que contiene de veinte y cinco á treinta mil piés de tabaco, plantados á dos palmos de distancia unos de otros; los intervalos se llenan con maíz, arroz y otras semillas, que se recogen sin faena ni coste.

»Una de las grandes ventajas del cultivo del tabaco es abrir un vasto campo á la industria y al bienestar de la poblacion blanca. — Dividido en pequeñas propiedades, ofrece á los colonos un despacho seguro, sin competencia ni rivalidad, y nunca puede ser demasiado abundante, porque el uso del tabaco está generalizado por todo el globo, y el de Cuba tiene la supremacía sobre todos. El trabajo que exige es suave, la mano de obra es poco costosa; en los delicados y diversos trámites de la manipulacion y confeccion, el cultivador halla medio de emplear á su familia y hasta á sus hijos mas jóvenes. Si por medio de preparaciones hechas en la tierra se consiguiera extender el cultivo del tabaco á todos los puntos de la isla, se poblarian los campos, y con el trabajo y la riqueza se propagaria la civilizacion por medio de las relaciones mercantiles.»

XXV.

Casi inútil es decir que la instruccion pública está muy atrasada en la Habana. A los recelos de la metrópoli lo atribuye exclusivamente la autora;—en esto, sin embargo, no me parece enteramente justa, pues ademas de que ella misma conviene en que no faltan escuelas (1) ni colegios en la isla; tambien reconoce que el

(1) He dicho, citando sus propias expresiones, que D. Francisco Ramirez fundó algunas.

gobierno, si no autoriza, á lo menos tolera que las familias envien á sus hijos á educarse en países extranjeros. Esto en cuanto á las clases ricas. Por lo que hace á las clases bajas del pueblo, ¿cómo puede extrañar la autora que les falte en una colonia el beneficio de una instruccion gratuita que todavía esperan en vano y esperarán mucho tiempo en la metrópoli? Además, ¿no sucede lo mismo y no oimos sobre ello contínuamente las mismas quejas en Francia é Inglaterra?

La alta prosperidad en que se halla el comercio de la isla de Cuba, sostenido únicamente, sin embargo, por los productos de su suelo, ofrece una prueba singular, dice con razon la autora, de esta verdad tan importante en economía política, á saber: que la riqueza de los pueblos consiste, no en sus minas de oro ó plata, sino en su industria. «En diez años nuestro comercio nacional ha aumentado en un 13 por 100, y nuestro comercio extranjero en un 18. La mitad de este tráfico pertenece al puerto de la Habana... Si ascendemos á la fuente primera de esta prosperidad sin igual, que ha ofrecido á España entre los años 1825 y 1835 el enorme socorro de 252.000,000 de reales, reconoceremos que estriba en un solo hecho, que es la libertad del comercio.»

XXVI.

La carta trigésimasegunda, dirigida al ilustre autor del *Genio del Cristianismo*, contiene una multitud de preciosas noticias biográficas, muchas desconocidas, acerca del grande apóstol de las Indias, fray Bartolomé de las Casas, me limito á recomendarla como un bellísimo trozo de elocuencia y erudicion histórica.

No es menos notable, bajo otro concepto, la carta tri-

gésimatercera, dirigida al Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, sobre las relaciones existentes y las que deberian existir entre la metrópoli y su colonia. Cierto que en todo lo que en ella dice la autora, si se considera en teoría abstracta, la razon está de su parte; desgraciadamente los cálculos de la prevision y las lecciones de la experiencia no están conformes con los resultados que ella promete, llevada de su buen deseo.

« Permítame V., amigo mio, V., el tipo de la fé política constitucional, V., el candor y la lealtad encarnados, que le pregunte: ¿por qué las nuevas instituciones de España no son aplicables á todos sus ciudadanos, con tal que estén sometidos á las leyes y paguen sus contribuciones? ¿Por qué, á medida que ha ido siendo mas popular el sistema representativo y mas favorable á los derechos de todos en la metrópoli, su fiel colonia se ha visto mas oprimida, su comercio ha recibido nuevas trabas, sus contribuciones han sido mas onerosas? Porque, cosa increible, donde quiera que se ve todavía en la colonia un beneficio paternal, se halla su orígen en el gobierno absoluto; donde quiera que hay aumento de cargas, de humillacion y de opresion, seguramente se debe al gobierno representativo..... »

Mas adelante dice la autora: « Jamás, bajo la administracion de Calomarde, fué la censura tan severa é intolerante como lo es en el dia. » — Esto se escribia en tiempo del general Valdés.

« Es menester que los Españoles se persuadan de que la voz *colonia* no tiene ya la misma acepcion que en los tiempos de fiera barbarie; de que los Habaneros son Españoles tan instruidos como ellos mismos acerca de sus propios intereses; de que tienen derechos como ellos y están mas abrumados que ellos de contribucio-

nes, de que', por una inevitable consecuencia, á medida que la metrópoli se da fueros y libertades, su colonia, que no es ya una conquista, sino una fraccion de la España, tiene derecho á un puesto en el banquete: concedérsele, es cosa tan justa como prudente... Cuba no puede ser gobernada en 1843 como lo era á fines del siglo XVI, bajo el vireinato de Diego Colon y de Velazquez... »

XXVII.

Veamos ahora el resúmen de los deseos de la autora, que podemos considerar como el de las pretensiones de sus paisanos. Si, en efecto, se limitasen á esto solo, nadie podria desconocer su justicia; pero ¿no hay por ventura en aquellas ardientes cabezas aspiraciones á otras libertades? Tristísimos sucesos recientes acreditan demasiado que las hay, y que se necesita una mano muy firme para reprimirlas y alejar cuanto se pueda sus desastrosós efectos.

« El gobierno español ignora sin duda los vicios de nuestra administracion, y no es fácil prevea las calamidades que puede acarrear este sistema desorganizador. —¿Y cómo podria saberlo cuando no es accesible mas que á los que tienen interés en ocultarle nuestros males, cuando los habitantes de Cuba no pueden hacer oir sus quejas y manifestar sus heridas? —Todo español imparcial y sensato reconocerá la necesidad de dar en fin á la colonia:

» 1.° Una ley fundamental que instituya una asamblea colonial con poderes para intervenir en todo lo relativo á la parte económica;

» 2.° La inviolabilidad individual;

» 3.° La responsabilidad de los empleados;

»4.° La reforma del sistema judicial;

»5.° Leyes especiales y enérgicas contra las sublevaciones interiores (las de los negros).

»Tales son las reformas imperiosamente indicadas por la situacion de las cosas. Estas saludables concesiones son lo único que podrá despertar la esperanza en los corazones desalentados, y hacer posibles los sacrificios que exige la lucha á muerte de que se halla amenazada la colonia» (por efecto de aquellas sublevaciones).

Lo restante de la obra tiene por objeto completar, con nuevas y elegantes relaciones, el cuadro histórico y descriptivo que la autora se propone presentar, así de los primitivos tiempos, como de las pintorescas costumbres actuales de la isla, señaladamente en las clases populares. Es muy notable, bajo este concepto, la carta trigésimaquinta, dirigida á S. A. R. el príncipe Federico, de Prusia; pero seguir á la autora en este terreno, me llevaria demasiado lejos, pues ya aquí los extractos no son posibles, y habria de traducir literalmente para conservar á la relacion original su interés novelesco, que es grande.

Al fin de la obra hay una série muy importante de *aclaraciones y documentos justificativos*. Entre estos figuran varias cartas del harto célebre M. Turnbull, una de las calamidades de la isla. Casi todos estos documentos son relativos á la cuestion de los esclavos, sobre la cual queda dicho lo bastante.

En suma, esta obra hace mucho honor á la señora condesa de Merlin, y, seguramente, de su propagacion resultarán verdaderas utilidades á la isla de Cuba, porque la hace conocer, y porque lo bueno gana siempre en ser conocido.

III.

EL EMIGRADO.

Lejos, muy lejos de mí la idea, no ya de escarnecer ó ridiculizar al infortunio, mas ni aun de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que á todos debe inspirar la triste suerte de los proscriptos. En todos tiempos la proscripcion se ha considerado como el mas duro de los castigos, despues de la pena de muerte. Apartar á un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez primera se abrieron sus ojos á la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implícitamente al aislamiento y la miseria, ¿no es por ventura un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío y abominable á los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo ó el pretexto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un exceso tal vez de amor patrio, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiacion impuesta á la virtud y al genio por el egoismo y la medianía.

Circunscribiéndonos á nuestra España, es cierto que los hombres que mas la honran en virtud, en letras y en armas han comido en alguna época de su vida, el

pan amargo del destierro, esa triste y solemne sancion del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos.

Esto basta para honrar, digámoslo así, el carácter de *Emigrado*; pero á la sombra de tantas ilustres víctimas del mezquino encono de nuestras pasiones políticas como cuentan en España todos los partidos, ha llegado á formarse una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesion, la emigracion en industria, y que son á la respetable clase de los verdaderos emigrados, lo que es la moneda falsa á la de buena ley, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *Emigrado*, que son el *legítimo* y el *bastardo*, hay una multitud de matices que, aunque someramente, iré describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente incomensurable, cuales son el emigrado *rico* y el emigrado *pobre*: estas dos clases apenas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instruccion, de talento, de carácter, separan mucho á los hombres; pero las separaciones que establecen son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas líneas matemáticas, en comparacion del insondable abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, emigrado ó no emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido, ¿con quién se ha de rozar mas que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablo en general: á esta regla hay muchas excepciones, honrosas para los pobres que las forman, mas honrosas todavía para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras.

Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavía en los modernos mas de lo que generalmente se cree. Hay tambien emigraciones *temporales* y emigraciones *perpétuas* : estas pueden incluirse en la categoría de las forzosas; pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el exceso de la poblacion respectivamente á los recursos del terreno: esta es la causa mas general de las emigraciones : de ellas nos ofrecen contínuos ejemplos la Alsacia en Francia, Inglaterra, Alemania y algunas de nuestras provincias del Norte.

Excusado es decir que no hablo ahora de estas emigraciones. *Emigrado*, en la acepcion en que tomo aquí esta voz, que es en el dia la mas comun, es el hombre que no puede residir en su patria, *bajo la proteccion de la ley comun*, que es lo que generalmente se llama el *Emigrado político*, único de qué por ahora voy á tratar. Obsérvese bien la expresion que he subrayado, *bajo la proteccion de la ley comun*, porque ella es la que determina el verdadero carácter que distingue al *Emigrado* en la gran familia social. La ley comun no alcanza al Emigrado : este está sujeto á la ley excepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el Emigrado, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demás ciudadanos. Expliquemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposicion para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en la apariencia, que

media entre lo que he llamado el Emigrado *legítimo* y el *bastardo*. Supongamos que entran en España y son cogidos por la justicia un hombre que ha cometido un delito ó un crímen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un Emigrado: el primero, por grande que sea el crímen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario, con arreglo á la ley que rige para todos los españoles; el segundo lo será en virtud de una ley excepcional, dictada siempre por la pasion, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interés la condicion del Emigrado; esta es la causa por qué en todos los países cultos donde no dominan las *pasiones* ó la *injusticia* que dictaron la ley de proscripcion, se mira á los emigrados con respeto, y se los acoge como á hermanos; esta es, en fin, la razon por qué conviene tanto no confundir en la gran masa de los emigrados la categoría de los que lo son por motivos políticos, con la de los que lo son ó lo están por delitos comunes.

A veces es muy difícil distinguirlos: en las emigraciones modernas, resultado casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinion política del delincuente. Es admirable, sin embargo, ver hasta qué grado se forjan ilusiones en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fé miraban como *emigrado político* al asesino ó al ladron fugado que mató ó robó, so color de exaltacion en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejaran de ser crímenes ordinarios y se convirtiesen en delitos políti-

cos por solo ejercerlos contra personas de distinta opinion. ¡Pues esta casta de emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

Fuera de esta emigracion, ó mas bien *proscripcion*, que pudiéramos llamar *legal*, porque es el triste fruto de una ley, por lo general inícua, hay otra mas triste todavía y no menos comun en estos tiempos (1), que es aquella que se origina de los enconos privados, en virtud de los cuales huye una porcion del pueblo de los furores del populacho, siempre dispuesto á ponerse del lado del partido vencedor y á ensangrentar su victoria. Esto motiva que sea todavía mas difícil de definir exactamente al Emigrado, y distinguir bien al verdadero del falso; pues hay, en efecto, muchos hombres á quienes no condena ley alguna escrita; y que, sin embargo, no pueden volver á su patria sin arriesgar la vida; justo es, por consiguiente, considerarlos como verdaderos emigrados, y tratarlos con el respeto á los tales debido, aunque por desgracia esta es la clase á cuya sombra pululan mas impostores ó falsos emigrados. No todos pueden inventar una ley que los proscriba del suelo patrio; pero todos, con razon ó sin ella, pueden asegurar que son el blanco de las iras populares en tal ó cual poblacion, y acogerse, por consiguiente, al sagrado carácter de verdaderos emigrados. De aquí resulta que si el populacho no tomara, como acostumbra, parte en las disensiones políticas, haciéndose juez y verdugo de los que ni sabe ni le importa saber si son criminales ó inocentes, si tenian razon ó no en el punto que dió ocasion á la discordia, las emigraciones serian mucho menos frecuentes, menos numerosas, y por de-

(1) Esto se escribia en 1843.

contado menos duraderas. Verdad es que, despues de verificada la emigracion, suele esta convertirse en destierro, porque el gobierno ó el partido que se apodera de él, niega la entrada ó cierra las puertas de su país al que le abandonó *voluntariamente*, y crea un delito especial, que á falta de otro título que justifique la pena, suele llamarse *delito de emigracion*, como si esta por sí sola pudiese ser jamás un delito. Esta sola consideracion, que no trato ahora de amplificar, daria suficiente materia para un largo tratado de derecho público, y es una de las infinitas pruebas de lo atrasadas que están todavía las ciencias políticas y morales en la culta Europa. La misma consideracion basta para que desde luego resulten tambien patentes dos grandes categorías en la gran masa que forma una emigracion, que son la de los *proscriptos* y la de los simples *emigrados*. Generalmente se confunden, y para los resultados vienen á ser ambas, en efecto, una misma cosa.

Los emigrados se dividen en otras dos clases: la de los que viven en libertad, y la de los que viven en depósitos.

Nada mas triste y monótono que la vida de los emigrados pobres en los *depósitos*, donde los confina la policía del país en que van á refugiarse. Estos depósitos son por lo comun lugares de corto vecindario, y por consiguiente de escasísimos recursos. Yo he recorrido de *aficionado* algunos de ellos, y jamás olvidaré la impresion de profundo desconsuelo que casi siempre me dejaba el aspecto de tanta miseria, de tanta incuria, y, siento decirlo, á veces, de tanta degradacion. La razon de esto último es muy óbvia: generalmente los emigrados que se resignan á quedarse en los depósitos (pues rara vez se les niega la traslacion á otros puntos á los

que lo solicitan, renunciando al socorro que les pasa el gobierno del país), son aquellos á quienes ha dotado la suerte de menos recursos naturales y adquiridos, y aquellos tambien para quienes mas atractivos ofrece la holgazanería. Los que poseen algun caudal ó alguna instruccion, y tienen buena voluntad de trabajar, pronto consiguen trasladarse á las ciudades, donde, aunque bajo la severísima inspeccion de la policía, viven de su industria con bastante libertad. Los que se sienten con alguna travesura para *sacar el caballo adelante*, como suele decirse, viviendo de la trampa en este pícaro mundo, tambien hallan medio de proporcionarse un campo mas fecundo para ejercer sus habilidades que el que presenta la pobretería de los depósitos: lo que queda en estos es, por lo general, esa masa inerte de inteligencias lánguidas, de cuerpos indolentes y de bolsas vacías, que constituye el gran fondo de toda emigracion, sin que entre la multitud de gansos que suelen formar esta gran masa de indivíduos falten tambien algunos milanos, cuya mision sobre la tierra es despojar á los primeros de la poca pluma que les ha dejado su mala estrella.

Por miserable que sea el lugar en que le establece el gobierno (sea el francés, sea el inglés, pues de estos principalmente hablo, como que á Francia y á Inglaterra es á donde van siempre á parar las grandes masas de nuestras emigraciones); por miserable que sea, repito, el lugar donde establece el gobierno un depósito, al instante, como por encanto, se alza en él: 1.° un café con su mesa ó mesas de billar; 2.° un garito reservado y tenebroso con abundancia de barajas españolas. Como dice muy bien la sagrada Escritura, *no solo de pan vive el hombre*: en todas partes

se observa la verdad de esta sentencia, y señaladamente en los depósitos, donde faltará acaso el pan alguna vez; pero no hay cuidado de que falten las otras cosas, de que tambien vive el hombre, como son el *mingo*, el *as de oros*, la copa de *aniseta*, etc., etc. En esos nidos de miseria, que se llaman depósitos, el juego, con todas sus punzantes emociones, reina cual déspota absoluto, lo mismo, más aun que en las mas ricas poblaciones, porque allí es la distraccion casi única, y en estas hay otras muchas: el juego es la lepra que devora el escasísimo socorro que da el gobierno á los emigrados en depósito. Así es que solo viéndolo, puede uno formarse idea del grado de pobreza á que llegan algunos infelices. Yo he conocido en un depósito, que no quiero nombrar, siete emigrados que no tenian entre todos mas que un roto pantalon y tres chaquetas: cada uno de ellos se vestia alternativamente un dia á la semana, y pasaban los otros seis en la cama. Esto, que me sorprendió, como es natural, era, me dijeron, cosa vulgarísima en los depósitos, siempre chupados, exprimidos hasta el último maravedí por tres ó cuatro sanguijuelas, que luego que han hecho su agostillo en un depósito, se van á otro á acabar de llenarse ó á vaciarse en Burdeos, Paris ó Lóndres, para volver en seguida á las mismas rapiñas en los mismos sitios.

En los depósitos, la vida del Emigrado *que se levanta de su cama*, es decir, del hombre acomodado, de aquel de quien todos dicen *que tiene posibles*, viene á ser la siguiente. De su casa, donde una rústica patrona le ha servido el mas frugal de los desayunos presentes, pasados y futuros, va al café á leer ó á oir leer el periódico ó periódicos que reciben en el pueblo, porque lo que es esto tampoco puede faltar en ningun depósito,

aunque jamás se haya visto hasta entonces, en todo el distrito, mas papel impreso que las boletas del recaudador de contribuciones: la hora de la llegada de los emigrados al café coincide siempre con la llegada de los periódicos, de suerte que varía en cada punto: por la lectura de las *Nouvelles d'Espagne* dejaria el Emigrado español sus mas preciados placeres; lo mismo digo respectivamente de los emigrados de otras naciones, pues cuenta que lo que voy diciendo de nuestros paisanos es aplicable, con levísimas modificaciones, á los polacos, los portugueses y los italianos, únicos pueblos que, con el nuestro, gozan en el dia el alto honor de suministrar á Francia é Inglaterra su contingente de emigrados políticos. En todos los hombres el amor de la patria aumenta cuando están ausentes de ella, pudiendo aplicarse á este amor la conocida cuanto ingeniosa seguidilla popular:

El amor que te tengo
Parece sombra;
Cuanto mas apartado
Mas cuerpo toma.
La ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y enciende el grande.

En el corro que forman los emigrados en el café se comentan y amplifican las noticias de España, sometiendo en este comentario y amplificacion todas las figuras retóricas que reconoce Hermosilla y muchas más. Allí se explica cómo y por qué, donde el periódico, si es de opinion contraria á la de la emigracion (lo que rara vez sucede, porque esta cuida de hacerle trizas si comete tal pecado); donde el periódico, repito, dice *blanco*, debe entenderse que aquello significa

negro, ironía sutilísima, pero lícita. Allí, cuando el periódico amigo dice que un lugar de veinte vecinos se ha pronunciado en favor del partido emigrado, se entiende, y pasa en autoridad de cosa juzgada, que *toda España* se ha levantado como un solo hombre para derrocar la tiranía existente; aplicacion feliz de la figura llamada *sinécdoque*, que consiste en tomar la parte por el todo, ó, como decia Larra, en tomar una cosa por otra.

Con estas inocentes ilusiones conforta el Emigrado su decaido espíritu y se aferra más y más en la opinion que le tiene proscripto. Estas ilusiones, aunque á veces hagan sonreir, por lo erróneas, nunca, á mí á lo menos, nunca dejan de conmover á quien las oye manifestarse de buena fé: la esperanza, esa última áncora de nuestro corazon en las grandes tribulaciones de la vida, esa dulce y hermosa hermana de la fé, es un bien demasiado precioso para que le hagamos nunca objeto de befa ó de desprecio. ¡Respetemos las ilusiones del proscripto! ¿Quién sabe si mañana tal vez esas ilusiones serán las nuestras? Como Damocles tenia siempre suspendida una espada sobre su cabeza, nosotros, los españoles, de cualquier partido que seamos, tenemos siempre suspendida sobre las nuestras la perspectiva de una emigracion.

Acabada la lectura del periódico, apurados los comentarios, asentado ya como verdad inconcusa que antes de un mes, y esto lo mismo un dia que otro, cada Emigrado habrá vuelto á su casa (se entiende, los que tengan casa), todos con un grado más por de contado, para los militares, con un empleo muy superior para los cesantes, llenos todos de alegría con tan risueño porvenir, fórmanse unos en cuadro, alrededor del billar,

para que decidan las bolas del órden que ha de seguirse en los tacazos de una *guèrra* ó de un *chapeau*; emprenden otros con el *dominó* entre dos, ó tres, ó cuatro, robado ó no robado; estos, los que carecen de metálico y de crédito en la plaza, se sientan en los banquillos laterales para representar el desairado papel de mirones, y aquellos, los Rotschilds del depósito, se encaminan con grave y reposado continente, muy embozados en sus capas, á la casa donde está establecido el monte. ¿A qué describir el local? Aunque es claro que lo que voy refiriendo pasa fuera de España, para mi propósito es lo mismo que si pasára dentro, pues donde quiera que se juntan dos españoles, allí está España, es decir, allí están los hábitos, gustos y carácter de España. El garito en cuestion es, pues, el mismo exactamente que puede verse en la calle de..... en Madrid, ó mas bien en cualquier pueblo de provincia donde hay guarnicion: el mismo tapetillo verde, los mismos naipes mugrientos, el mismo humazo pestilente, las mismas caras morenas, enjutas y muy barbadas. A falta de fascinadoras onzas de oro y doblillas francesas sobre el tapete verde, aparecen y desaparecen en él con suma rapidez puñados de calderilla, tal cual franco, un Napoleon de cuando en cuando, y en fin..... sí, señores, lo digo, porque lo he visto, un par de calcetines llenos de puntos, un corbatin raido, un par de botas viejas, y aun tambien, ¡*proh pudor*! una espada que acaso brilló algun dia con gloria en las batallas. Lo que no se juega en un depósito de emigrados, no se juega en ninguna parte, y sabido es que un verdadero jugador pondria su alma sobre la sota de copas contra medio duro. Lo que es su patrona, en caso de no ser excesivamente vieja, fea y dura de corazon, no hay jugador en de-

pósito y sin dinero, que no la haya jugado y perdido mas de diez veces. El juego dura hasta la hora de comer, que tambien varia, segun las provincias; lo comun, en los depósitos, es comer temprano, á la española, y todos juntos, á lo pobre. En este punto, el triste Emigrado pasa mil trabajos: acostumbrado al buen trato que nos damos en España, donde es refran popular que el *estómago es lo primero*, las patatas inglesas, las judías fatales, el mezquino y ético *bouilli* de los franceses, miserable parodia de nuestro sustancioso puchero, son el constante objeto de las maldiciones del Emigrado español, siempre bamboleado entre el hambre y el cólico. Lo general, en Francia y en Inglaterra, entre la clase acomodada, es comer á las seis de la tarde; pero la gente que vive del trabajo manual, lo mismo que los lugareños, comen á las doce ó la una, método mas racional que el que ya vamos copiando de los extranjeros, en cuanto supone que no se hace del dia noche y *vice-versa*. Claro está que para comer á esa hora es preciso haberse levantado temprano y haber disfrutado, por consigniente, de esa hermosa luz del sol que, segun todas las apariencias, hizo Dios para alumbrar nuestra vigilia mas bien que nuestro sueño. El Emigrado, pues, como he dicho, come en los depósitos á la hora del pueblo, es decir, alrededor de la una. Luego, fiel á los recuerdos de su patria, duerme la siesta; luego, en virtud de la misma fidelidad, da su paseo corriente; á media tarde vuelve al *gazapon*, y así pasa su vida lo mismo un dia que otro, que es lo que llamaria nuestro Mariana, en su enérgico lenguaje, una *holgazanería miserable*. Adviértase que hablo de lo que sucede en general. Esta pintura, harto fiel por desgracia, tiene muchas y muy honrosas excepciones. O fi-

ciales y aun generales emigrados he conocido que emigraron poseyendo por único caudal de conocimientos, la *Ordenanza militar* y el *Tratado de equitacion*, y á quienes son familiares en el dia los mas recientes adelantos hechos en el arte de la guerra. Con decir que algunos de estos dignos militares han estado ó *están* en depósitos, dicho se queda que el cuadro que poco antes he bosquejado, pinta sí á la mayoría, pero no á la universalidad.

Una regla que no tiene excepcion, digámoslo con orgullo, es esta: entre todos los emigrados, tanto en Francia como en Inglaterra, los españoles se han distinguido por su resignacion en los trabajos, su obediencia á las leyes, y su profunda y sincera gratitud á sus bienhechores. Al paso que los emigrados de otros paises han solido desconocer su situacion hasta el punto de ser un objeto de contínua inquietud para las autoridades, y del descontento mal disimulado de los pueblos; los españoles, lo repito, han sido modelos de sumision y decoro, de suerte que, aun prescindiendo de algunas otras ventajas de que mas adelante hablaré, que han producido entre algunos males, de que tambien haré mencion, las últimas emigraciones políticas han traido para España la de dar á conocer el noble y pundonoroso carácter de sus hijos, bastante desconocido hasta la época actual: así es que los emigrados españoles son mirados en todas partes, entre los demás, con particular predileccion. Muchísimo tienen que agradecer, es verdad, sobre este punto, á la generosa conducta observada por el gobierno de Cárlos IV, y por los particulares españoles, señaladamente por el alto clero, con los refugiados franceses durante los furores de su revolucion, porque ha provocado la cons-

tante correspondencia del gobierno y del pueblo francés con los nuestros, sin distincion de colores ni de opiniones, y sin atender á amigos ni á enemigos. Este es el signo mas visible de una civilizacion adelantada, y el propio y verdadero carácter de la nacionalidad bien entendida; pues al paso que se ejerce una virtud internacional, se sacan sin sentir inmensas utilidades y se esparcen grandes riquezas que nada cuestan á los gobiernos ni á los pueblos.

Del sombrío cuadro que arriba he bosquejado, pasemos á otro que viene á ser su antípoda. La escena es en Paris; son las doce de la mañana, una de las rigurosas de invierno. En una pieza deliciosamente amueblada del Hotel de Castilla, delante de una chimenea de mármol blanco, cubierta de terciopelo carmesí con rapacejos de seda, todo claveteado de tachuelas que parecen de oro, y brillante con una magnífica lumbrada, están sentados cuatro hombres de diferentes edades y cataduras, pero todos vestidos con la última elegancia, alrededor de un veladorcito de laca, sobre el cual se ven todavía los restos de un delicadísimo almuerzo. Llévaselo un mozo, con todas las apariencias de un señor, y el mismo trae y pone sobre la mesa una bandeja en que vienen una tetera de metal inglés, lustroso como plata, café, chocolate y tazas adecuadas á cada uno de estos líquidos digestivos: un cajon de excelentes *vegueros* de la Vuelta de abajo, verdadera *basura* habanera, llega en manos del mozo que lo baja de encima de un *secrétaire*, estilo *rocaille*, y acaba de llenar el velador. Váse el mozo, elige y enciende cada uno de los convidados su cigarro despues de haber tomado té, café ó chocolate, y prosigue entre los cuatro, en nuestra hermosa lengua castellana, una interesante y profunda

discusion sobre el mérito respectivo de las españolas y de las francesas. Estos cuatro personajes son ni mas ni menos que cuatro emigrados, y sin embargo, encima de la chimenea se ven todavía con sus fajas el *Diario de los Debates*, la *Prensa*, el *Siglo*, y otros periódicos políticos franceses, igualmente que algunos de los nuestros, el *Heraldo*, la *Posdata*, etc.; solo están desplegados y sin duda leidos el *Diario de los teatros*, un periódico de modas, y el mordaz *Charivari*.

Esta indiferencia ó desden á la política es el rasgo que mas distingue al Emigrado rico del pobre, y la razon es sencilla. No es ciertamente porque sean unos mas ó menos patriotas que otros, sino porque para el rico la emigracion es un mal muy llevadero, cuyo término no siempre desea con gran vehemencia, al paso que para el pobre es una situacion llena de amarguras: salir pronto de ella es su sueño de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos. Esta es una prueba mas de la falsedad que envuelve esa supuesta igualdad ante la ley que nos imaginamos haber conseguido y disfrutar como una gran conquista. El mismo castigo impuesto á dos hombres es para uno insignificante, para otro durísimo. Esa decantada igualdad es la mas monstruosa de las desigualdades, y por consiguiente, de las injusticias. Sin manifestarlo con una impaciencia febril de leer las noticias de España, el Emigrado rico abriga, no obstante, en su corazon un vivo apego á las cosas de su patria: así vemos á los cuatro felices proscriptos que acaban de desayunarse, salir, acabada su conversacion (y sustituida ya á la elegante bata del anfitrion una levita forrada de ricas pieles), y encaminarse por el *boulevard* á una imaginaria *Puerta del Sol* improvisada en la *Plaza Vendome*, donde encuentran á varios amigos paisanos con quienes

forman bullicioso corro. Es la hora á que pasan por aquella hermosa calle muchedumbre de coches y de ginetes que van al bosque de Bolonia, y de parejas pedestres que se encaminan al jardin de las Tullerías. No pasa buena moza á quien no se le eche disimuladamente algun requiebro, á la española; allí se fuma, de allí se baja al Prado (*vulgo* las Tullerías); allí se decide á qué restaurador se irá á comer, en qué teatro se empezará la noche, á cuál *soirée* se irá despues..... Porque, digámoslo ya en fin, y me excusaré llevar mas adelante este bosquejo, el Emigrado rico en todas partes es perfectamente recibido: en realidad no tiene de emigrado mas que el nombre: su vida es en todo la misma que la del viajero rico de su mismo país. Ya entra en una categoría aparte, que merece tambien su descripcion especial, porque se diferencia enteramente de la del Emigrado, cual es la del *Español fuera de España.* Por eso deben omitirse aquí muchas observaciones críticas que ocurren, y que seria injusto aplicar al Emigrado, no recayendo sobre cualidades esencialmente propias de esta clase.

El principal carácter del Emigrado en general, que es el anhelo por volver á su patria, falta en el Emigrado rico; fáltale tambien el aislamiento entre los suyos, la exclusion de todo trato con los representantes del gobierno de su país, y aun con todas las personas de distinta comunion política, que tan altamente caracteriza al Emigrado; ¿qué le queda, pues, de tal? Nada mas que el nombre: ningun rasgo propio esencial le distingue de cualquier otro español no emigrado y ausente de su patria, fuera del hecho material de no poder volver á ella. No debo, pues, hablar aquí de él mas que muy de pasada, por mera fórmula de recordacion. Por

lo mismo me abstendré de pintar al falso Emigrado que hace de su usurpado título un recurso para estafar á sus paisanos: este Emigrado no es mas que una variedad del *caballero de industria*, otro de los tipos que tambien merecen pintarse y en el que no renuncio á emplear mi tosco pincel; porque son tantos y tan curiosos los que me ha deparado la suerte adversa, que sin mas que apuntar unas cuantas figuras de las que mas impresas se me han quedado, verá el lector cosas que le maravillarán.

Hasta aquí solo he hablado del Emigrado soltero, ó á lo menos que no lleva consigo su familia, si la tiene, que es, como naturalmente debe ser, la clase mas numerosa; pero fuerza es decir algo tambien del Emigrado con mujer é hijos. Este, si no es rico, en cuyo caso tenemos lo mismo que antes dije, una familia fuera de las duras condiciones características de la emigracion, es sin disputa el Emigrado mas digno de interés y lástima. Rara vez el Emigrado de esta especie se fija en un depósito; rara vez tambien deja de añadir al socorro del gobierno el producto de alguna honrada industria: aunque nunca haya sido apto para nada, aunque nunca haya hecho ni creido posible hacer otra cosa mas que cumplir bien ó mal con las obligaciones de su destino, la necesidad, que, como todos saben, tiene cara de hereje, le fuerza á trabajar: en esto se distingue esencialmente del Emigrado soltero, el cual, por lo comun, se abstiene prudentemente de toda ocupacion que pueda redituarle algun provecho. El trabajo á que mas generalmente se dedica el Emigrado con familia es á dar lecciones de español ó á traducir para los libreros que comercian con nuestras antiguas colonias de América; así están inundadas de traducciones in-

creibles; las hay tan sublimemente desatinadas, que merecerian estamparse con letras de oro, para delicia de las personas de buen humor.

La casa del Emigrado con familia es el punto de reunion, por las noches, de todos los emigrados del pueblo, ó cuando menos del barrio, si se halla en Paris ó en una ciudad grande; allí se forma una verdadera *tertulia*, con su murmuracion, sus amoríos, su poquito de mala música y aun de baile de cuando en cuando. A estas tertulias suele asistir algun indígena que aspira á poseer la *especialidad* española, en la literatura de su país, estudiando la lengua, el *colorido local*, las costumbres de los españoles; pero es preciso que tenga mucha magnanimidad para resignarse á oir con indiferencia las mil pestes que probablemente dirán, de las cosas de Francia, aquellos mismos que tan humana acogida están recibiendo en esta hospitalaria nacion. Solo una docilidad á toda prueba y una grandísima despreocupacion pueden granjear al extranjero el honor de ser visto sin desagrado como indivíduo, ó tal vez de ser positivamente excluido de la susodicha tertulia española y emigrada.

Otras variedades hay del tipo *Emigrado*, pero muy secundarias y que poco ó ningun carácter general presentan al observador; pues los que tienen, le son comunes con el otro tipo arriba indicado del *Español fuera de España*, tipo que va bosquejado á continuacion de este.

Terminaré mi cuadro con algunas consideraciones de las que prometí al principio, sobre las ventajas é inconvenientes de las emigraciones (1).

(1) Estas consideraciones están tomadas de un excelente artículo que

Las emigraciones políticas ¿son un bien, ó un mal para el país de donde salen y en que se repiten de tiempo en tiempo? Esta es la primera pregunta que se hace á sí mismo el hombre que piensa, sobre todo cuando ya no es emigrado; porque claro está que, mientras dura su emigracion, la tiene de cierto por un mal, sobre todo si escasea el dinero. Mas lo que parece ofrecer poca duda es que si en el mundo no hubiera habido emigraciones, la marcha de la civilizacion habria sido mucho mas lenta y probablemente menos segura; porque no hay Emigrado, por rudo y desaplicado que sea, que no haya hecho voluntariamente ó por fuerza una multitud de observaciones y comparaciones que, á su vuelta, aplica ó comunica con cierta vanidad á sus amigos y compatriotas. El uno observa el progreso ó atraso de las artes mecánicas; el otro, las costumbres domésticas y familiares; este se pone á traducir mal ó bien los libros que cree pueden ser útiles ó por lo menos venderse en su patria; algunos estudian los métodos mas aventajados en tal ó cual ramo de industria ó de la agricultura; no pocos se dedican á enseñar su propia lengua y la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte ó su situacion particular les permite residir; varios aprenden un oficio á que tal vez tenian inclinacion cuando eran jóvenes, ó de que poseian ya algunas nociones elementales; quien hace valer las habilidades que aprendió por solo recreo, y enseñándolas se perfecciona en ellas; quien adquiere aplicacion al trabajo, cuando antes era un haragan de

escribió, á ruego mio, el tan justamente celebrado autor *De las Cartas de un pobrecito holgazan* para una *Revista enciclopédica* que publiqué hace años en Paris con mi amigo D. Patricio de la Escosura.

por vida; los más leen una multitud de libros ó periódicos que probablemente no hubieran ojeado jamás si hubiesen permanecido en su país; todos aprenden bien ó mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hay uno que no adquiera por fuerza el hábito de la economía doméstica y el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenia por necesidades indispensables; y por último, ninguno deja de pensar en su país á cada cosa buena que ve en el que accidentalmente habita, y que no desee llevar ó introducir para bien de su patria, siendo á nuestro entender las emigraciones uno de los verdaderos estímulos al verdadero patriotismo, como en general todo Emigrado ama más á su patria, que cuando nunca habia salido de ella.

Verdad es que contra esta última reflexion acostumbran oponer algunos que con la emigracion suele, si no perderse, á lo menos debilitarse eso que han dado en llamar *nacionalidad*. Pero, antes de decidir esta cuestion, me parece que convendria ponernos de acuerdo sobre lo que se entiende y debe entenderse por esta palabra, que la mayor parte confunden con el patriotismo. Si por nacionalidad se entiende esa manía de aborrecer á todas las naciones extranjeras, como hicieron los judíos desde que se escaparon de Egipto y se reunieron por primera vez en cuerpo de nacion, obedeciendo al pié de la letra lo que les decia la ley de Moisés, á saber: «Las naciones extranjeras que no adoran al verdadero Dios, no son nada para él: vosotros debeis sujetarlas y exterminarlas.» Semejante nacionalidad, ni la quiero, ni la deseo para España, ni para ningun otro pueblo del mundo. Si se entiende tambien por esta voz aquella bárbara y grandiosa resolucion que se

atribuye á los Romanos, casi desde la cuna de su imperio, de dominar á todo el mundo conocido, sin perdonar para ello la violencia, ni la astucia, ni la traicion, arrogándose el derecho de matar ó hacer esclavos á los vencidos, y cumpliendo ferozmente el precepto de las doce tablas que dice: «*Adversus hostem (hostis* aquí quiere decir extranjero) *perpetua auctoritas esto.*» Tampoco nos acomoda una nacionalidad que jamás ha producido ni tenido otro orígen que la injusticia. Y por último, si por nacionalidad se entiende lo que hasta ahora han entendido y parece que siguen entendiendo los Ingleses y los Rusos, es decir, el derecho de valerse de la fuerza para usurpar y hacer suyo todo lo que pueden adquirir sin gran peligro, esa nacionalidad es detestable como el robo y la piratería. Así hemos visto á Inglaterra ejercerla constantemente sobre todo el globo, despojando á casi todas las naciones, muy particularmente á la nuestra, de las posesiones que habiamos adquirido legítimamente en ambos hemisferios, y así vemos á Rusia absorber poco á poco lo que ya quedaba de la nacionalidad polaca, al paso que va minando la nacionalidad turca.

No es así como nosotros quisiéramos que se entendiese la nacionalidad española, sino como quiso que se entendiera el espíritu del cristianismo desde su aparicion sobre la tierra, es decir, procurando mirar como hermanos á todos los demás hombres, sin perjuicio de que cada nacion procure tener entre todos los individuos que la componen identidad de ideas y de intereses, así materiales como morales. Cuanto mayor unidad haya en estos caractéres esencialmente constitutivos, mas firme, mas compacta y vigorosa será la nacionalidad. Hay gentes tan estrechas en sus ideas

ó tan mezquinas en sus juicios, que con solo ver que los emigrados, y particularmente aquellos contra quienes están mal prevenidos, vuelven á su patria con distinto traje del que en ella se acostumbra, ó prefiriendo esta ó la otra manera de comer ó de estar en visita, al momento pronuncian el anatema de que el tal ó la tal han perdido su nacionalidad, y gracias sí no propalan caritativamente que se han desmoralizado del todo. Como si la nacionalidad ni la moralidad consistiesen en la forma de un sombrero ó en comer á las cinco, ó á la una de la tarde. Ese modo de calificar las nacionalidades solo probaria que desde que dejamos de usar las anguarinas y las calzas atacadas, hemos perdido el carácter de españoles.

No por eso negaré que ha habido, hay y habrá muchos emigrados y aun simples viajeros, para quienes la estacion mas ó menos prolongada en extraños países, no es otra cosa que una escuela de imitaciones pueriles ó ridículas; un pretexto para despreciar ó hacer despreciable su propio país, y un modelo tal vez de vicio y corrupcion que acaso no hubiera tenido la desgracia de copiar, no habiendo salido de su patria. Admito tambien y veo con harta pena muchos fátuos que desde que un sastre los viste á la francesa ó á la inglesa, ponen todo su conato en remedar, no los usos, sino hasta los movimientos, las frases mas ó menos estropeadas, y en general todos los defectos visibles con que les parece que llevan escrita en la frente la noticia de que han viajado por tal ó cual país; que no reparan en traducir malditamente las expresiones mas usuales haciendo un potaje casi ininteligible de la lengua ajena y de la propia, en términos de no dejar la menor duda al hombre inteligente que los escucha,

de que no han aprendido la una, y han procurado olvidar la otra. ¿Pero qué especie de gentes son las que se hacen notar por este defecto, y cuántos podrán contarse en cada emigracion? Desde luego me atrevo á asegurar que no hay uno por ciento en quien se eche de ver semejante ridiculez, al paso que podria citar bastantes á quienes ha servido de mucho el conocimiento mas perfecto que han adquirido de un idioma extraño para limar y corregir el suyo, y sobre todo para estimarle más y más, en fuerza de la comparacion. Lo que me parece un axioma, es que, para saber amar á su patria y para aprender á servirla, es menester haber salido de ella, pero con instruccion anticipada, sin que á esto deje de haber algunas honrosas excepciones.....

¡Ojalá que tantas ventajas de las emigraciones no sufriesen una dura compensacion en la masa de numerario que necesariamente obligan á extraer estas peregrinaciones forzadas, á que con tanta frecuencia están dando lugar nuestras discordias políticas y los efímeros triunfos de los partidos!.....

¿Pero se inferirá de lo dicho que, pues las emigraciones ocasionan tantas ventajas y solo producen en mi sentir un solo perjuicio, deben los gobiernos promoverlas ó cuando menos no economizarlas? No, de ninguna manera, pues á pesar de ser evidentísimo cuanto acabo de exponer, á nadie mas que á los mismos gobiernos interesa evitar las ocasiones de que se repitan semejantes desgracias. Lo primero, porque las emigraciones, lejos de ser un signo de fuerza de la autoridad pública, denuncian, por el contrario, su propia debilidad, y tal vez tambien la de las leyes. Lo segundo, porque siempre presuponen una grande injusticia,

como que nadie podrá persuadirse de que un número tan crecido de hombres que á veces llegan ó exceden de diez, de quince ó de veinte mil, puedan ser todos criminales. Lo tercero, porque ya he repetido dos veces, son una señal infalible de que el gobierno está supeditado por la opinion, no del pueblo, que esto seria generalmente un bien, sino por el capricho, la ignorancia y las malas pasiones del populacho, ó lo que es lo mismo, de la hez de la sociedad. Lo cuarto, porque se desacredita y pierde su consideracion con las potencias extranjeras, un gobierno cuyos súbditos tienen que huir por no encontrar ni proteccion en los tribunales ni en las leyes de la suya propia. Y, por último, porque, lo repito, las emigraciones son un signo de debilidad, asi como las amnistías son una señal de fuerza y de confianza en la ley y en el derecho comun.

¡Plegue á Dios que estas ligeras reflexiones sirvan á lo menos para excitar otras mas profundas en los que sepan hacerlas, y sobre todo, para poner término á la ferocidad de los partidos, ya que todos ellos han sido alternativamente víctimas ó verdugos de las opiniones que les eran contrarias!

IV.

EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA.

¿No han observado VV., lectores mios amadísimos, los diferentes aspectos que suelen tomar todos los objetos cuando se los saca del elemento para que los destinó la naturaleza y se los coloca en otro? Precisamente lo habrán observado, y si no, pongan en ello alguna atencion, y lo observarán de cierto. Metan en agua una rama de un árbol, y les parecerá, ó mas chica, ó mas grande, ó tal vez quebrada, aunque no lo esté; saquen del agua un pez, y verán cómo á los pocos instantes desaparecen aquella nítida tersura de sus colores, aquel brillo metálico de sus escamas, aquella satinada limpieza de su superficie. Hasta el infinito podria multiplicar los ejemplos; pero más importará para el caso completar aquella primera observacion, que ya supongo hecha por el lector, con otra no menos profunda, y que viene á ser, en efecto, el complemento de aquella, y es que los susodichos cambios de aspecto son unos *en bien*, otros *en mal*. A este género pertenece el antes citado del pez fuera del agua; ejemplo insigne del cambio en bien es el del mineral sacado del centro de la tierra y despojado de la corteza que le rodea, al que vemos convertirse, como por encanto, de vil pedrusco, en preciosa barra de oro ó plata.

Pues, señores, lo mismo, mismísimo que con los brutos y los objetos inanimados, sucede con las personas, en esto como en otras muchas cosas.

Excusado es decir que no tomo aquí la palabra *elemento* en su acepcion recta, sino en la figurada, en que tanto se usa; y que hablando, como voy á hablar, de hombres y de mujeres, entendiendo por su elemento, no la tierra en general, sino aquella porcion de territorio en que á cada uno colocó la Providencia. Admitida esta metáfora, nuestro elemento es España, y descendiendo así de más á menos, el del Castellano, es Castilla, el del Madrileño, Madrid, etc. A los cambios de esta especie de elemento es aplicable todo lo dicho anteriormente; no es mas distinta la fruta puesta en el plato, de la misma fruta pendiente del árbol, de lo que lo es un Español en Francia, de un Español en España. Esta diferencia es, por su naturaleza, de aquellas que no todos pueden haber observado; pero los que hayan tenido ocasion de observarla, probablemente tendrán gusto en verla aquí consignada en algunos de sus principales matices.

He dicho que no todos habrán tenido ocasion de observarla; pero la verdad es que entre los lectores de esta obra, á quienes supongo personas de alguna importancia, habrá muchísimos que la hayan observado; ya por haberse visto inclusos en alguna de las grandes emigraciones que han afligido á nuestra pobre patria en lo que va de siglo; ya porque su aficion al estudio los haya llevado á completar su educacion en país extranjero; ya, en fin, por satisfacer la moda de viajar, que tan general se ha hecho de veinte años á esta parte. Esto de viajar por recreo, puede considerarse como usanza esencialmente moderna, á lo menos

en España, si hemos de creer lo que nos cuentan nuestros padres, y más aun nuestros abuelos. Todavía á principios de este siglo, un hombre que habia pasado la raya de Francia y penetrado hasta las murallas de Bayona, era ya una especie de fenómeno; se le llamaba *cosmopolita*: al que habia llegado á Burdeos, se le considerába como un intrépido viajero, un capitan Cook; llegar á Paris era cosa excesivamente inverosímil, temeridad en que rarísima vez se creia, por mas señas que se diesen de las orillas del *Sena*, del *Louvre*, del *Palais Royal* y de las revistas del campo de Marte.

Aquella incredulidad era muy natural; las dificultades, los peligros de la mas insignificante excursion eran tales, que se necesitaba, en efecto, un ánimo no vulgar para arrostrar unas y otros. El primer cuidado del que emprendia entonces un viaje era hacer testamento y reconciliarse con el Señor; luego habia que proveerse, como para una navegacion, de todas las cosas necesarias á la vida por los dias que durase el viaje, que, calculados á razon de siete ú ocho leguas diarias, formaban al pié de medio mes para llegar de Madrid á Irun; distancia que hoy recorre el correo en 56 horas (1), *perdiendo voluntariamente*, y en virtud de una de esas anomalías que solo se ven entre nosotros, *de ocho á diez horas*, largas de talle. Y no era esto todo; tambien habia que buscar y ajustar un coche de colleras, y contratar los correspondientes mayoral, zagal y escopeteros, todo por cuenta y á expensas del viajante. Figúrese

(1) Así sucedia en 1844, época en que esto se escribia y en que no teniamos ferro-carriles. Hoy, merced al del Norte, esa distancia se recorre en unas 19 horas, de las cuales pudieran muy bien ahorrarse de tres á cuatro con algo mas de carbon en las locomotoras y de puntualidad en el servicio.

el lector el coste enorme que suponen todas esas necesidades.

Hasta aquí, lo que he llamado las dificultades de viajar en aquellos benditos tiempos de los señores Cárlos III y Cárlos IV tan decantados; pasemos ahora á los peligros del viaje. Sabido es que el salteador de caminos ha sido siempre una de las plantas que mas han prosperado en nuestro fecundo suelo; el encuentro con el salteador de caminos aislado ó en cuadrilla, era, no ya una probabilidad, sino una seguridad para el pobre viajero. Las dulzuras de esta perspectiva no necesitan encarecerse : si el viajero oponia resistencia, solo se exponia ¡friolera! á recibir un balazo ó una cuchillada en la accion; si se resignaba á su suerte, ¿quién le libertaba de una rapiña general de todos sus efectos, incluso el dinero? Ahora bien; para un hombre acomodado, como debemos suponer al viajero de aquellos tiempos, acostumbrado á los recursos de la vida social, hallarse con dinero ó sin él en un lugar de Castilla, distante de alguna gran poblacion, sujeto á lo que da de sí el país, equivalia á verse en inminente riesgo de morir de hambre ó de asco: en el dia ya no es así; pero cuenta que esto último no se entiende mas que de los pueblos de la carretera, pues en los demás continúa la misma inmundicia, la misma falta de todo manjar no repugnante que en los tiempos del rey Don Rodrigo: nunca se me olvidará la sorpresa que causó á los vecinos de un lugarejo extraviado del bajo Aragon mi resistencia á apagar la sed que me devoraba con un jarro de agua que me presentaron todo lleno de moscas : mi repugnancia pasó por el mas exagerado de los melindres; al fin un alma caritativa y amiga de la limpieza simpatizó con mi situacion, y tuvo la cortesía de

ir extrayendo una á una aquellas aves con las puntas de dos dedos que parecian pegados uno á otro con pez ó brea, tal estaban de puercos! Estos eran algunos de los peligros que corria el viajero; luego hay que tomar en cuenta los que se originaban de la falta ó pésimo estado de los caminos reales, cuales eran los vuelcos, los atrancos y algunos otros...

¡Qué diferencia entre esto y lo que sucede en el dia! Asi es que ahora, por el contrario de lo que pasaba hace un siglo, lo extraño, lo increible es, en ciertas clases de la sociedad, un hombre que no ha salido de España: para que ahora empiece á llamar un poco la atencion por sus viajes un Madrileño, es preciso que haya residido en Arcángel, penetrado en el estrecho de Behring, ó cuando menos doblado el cabo de Buena Esperanza. *Cuando menos* he dicho, porque es de observar que los viajes al Sud y al Occidente, llama mucho menos la atencion y acreditan mucho menos á un hombre de *viajero* que los viajes al Norte ó al Oriente. Yo creo haber hallado la razon de esto: con los primeros estamos muy de antiguo familiarizados en España; además va unida á ellos cierta idea mercantil que les quita toda su poesía: el hombre que va á Filipinas ó á América, aunque sea todo un *touriste*, nos recuerda involuntariamente el hijo ó el sobrino del comerciante A ó B, de Santander, de Cádiz, y de otros cien puertos, que emprendieron el mismo viaje en busca, no de románticas ruinas ó pintorescas perspectivas, sino de cargamentos de cacao y azúcar, y de productos de la industria china: el hombre que se encamina al Norte ó al Oriente, pasa desde luego, ó por un caprichoso que va á sembrar alegremente sus caudales en las magníficas tiendas de *Regent-Street* y de la *rue de la Paix*, ó por un artista

que aspira á empaparse en las inspiraciones clásicas de la deliciosa Italia, ó en fin por un piadoso peregrino sediento de beber la fé cristiana en las sagradas fuentes, de donde se derramó el cristianismo sobre todo el mundo, y que exclama, con el tierno Lamartine, en la anhelosa angustia de su corazon:

Y no he seguido las divinas huellas
Donde bajo el olivo lloró Cristo;
La impresion de sus lágrimas no he visto
Que aun conserva su eterno resplandor·
En éxtasis sublime sumergido
No he llorado una noche en aquel huerto,
Donde de sangre y de sudor cubierto
Bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
Dónde impresa al partír quedó su planta,
Y no he besado con fervor la santa
Tumba donde su madre le lloró,
Y no he doblado la rodilla en donde,
De su vida mortal rotos los lazos,
Para ceñir al mundo abrió los brazos
Y para bendecirle se inclinó!

El Español fuera de España forma, pues, ya un tipo aparte en nuestra sociedad moderna, tipo bastante comun para que salga de las condiciones de una mera excepcion y para que puedan y aun deban consignarse los principales rasgos de su fisonomía. Eso es lo que voy á procurar hacer ahora, aprovechando la circunstancia feliz para el caso que me permite dibujar este tipo, copiándole del natural.

Muchas son las variedades de este tipo; cualquiera conocerá á primera vista que así debe ser en efecto. Un sin número de circunstancias le modifican en cada uno de los mil aspectos que presenta al observador.

Uno de ellos, es decir, una de estas variedades, es el *Emigrado*, tipo que ya he procurado bosquejar, y en el que, por consiguiente, no volveré á ocuparme, tanto más cuanto, como ya manifesté en aquel bosquejo, este es en rigor un tipo aparte, que ya tiene su fisonomía peculiar y sus rasgos característicos que le constituyen en ente *sui generis*, aunque, considerado en globo, entra completamente en el asunto de este segundo cuadro. Descartemos, pues, al Emigrado; sin recurrir á esta, no me faltarán curiosas variedades del mismo tipo en qué ocuparme.

La primera que naturalmente se ofrece á la observacion, como la mas frecuente, es la del *Español fuera de España* con el tiempo contado para volver á ella, ó sea el Madrileño, por ejemplo, que está pasando una temporada de tres meses en Paris, verbi gracia. Observémosle en todas las fases de su viaje, tomando la cosa *ab ovo*. Un mes antes de meterse en la diligencia ó en el correo, ya empieza nuestro Madrileño á presentar los caractéres del tipo que me propongo delinear: hasta entonces ha sido un hombre como otro cualquiera; desde entonces entra ya en condiciones distintas, propias, sintomáticas de la situacion excepcional en que va á encontrarse, condiciones que, por una natural reaccion, se prolongan hasta otro mes despues de terminado el viaje y efectuado el regreso: — pasado dicho mes, vuelve igualmente nuestro hombre á confundirse con los demas de su esfera: ya le falta el barniz, digámoslo así, ó más bien el reflejo, el crepúsculo (ahora de la tarde, antes de la mañana) — de la situacion por donde ha pasado. La pintura del *Español fuera de España* empieza y acaba dentro de España; si no, no es completa, le falta el antecedente y el con-

siguiente, la causa y el efecto, el principio y el fin.

Un mes antes de emprender su viaje, el Madrileño ha ido cacareando por todo Madrid que se va á Paris. ¡Insensato! el vano placer de excitar tal cual envidia, de *darse tono*, le hace arrostrar no el peligro, sino la certeza de recibir de cada persona á quien anuncia el noticion de su partida, uno, dos, diez, veinte, tal vez mas encargos, —y muy cómodos y fáciles de cumplir por cierto: —ya dos sombreros para dos hermanas, un vestido de baile para la señora de ***, un traje negro completo para D. Fulano, seis pares de botas para don Zutano, —todo sin dar las medidas, ó, lo que es peor, dando por medida un par de botas viejas, un frac raido y cosas así, con que tiene el viajero que llenar su baul, —y por de contado, sin pagar jamás de antemano, y rara vez con posterioridad, el importe de las susodichas impertinentísimas comisiones. Gracias cuando estas no son de objetos rigorosamente prohibidos, que obliguen al comisionado á discurrir mil tretas para pasarlos en la aduana, como suele ser, por ejemplo, meterlos entre la camisa y la carne, ó colocarlos de suerte que le hagan parecer muy panzon ó muy jorobado, cosas todas deliciosísimas: no lo es menos tener, por culpa agena y mera complacencia propia, que andar en dimes y diretes con el gobierno representado por los vistas, todo á expensas del bolsillo, que es en suma á donde asestan sus miras todos los gobiernos conocidos. Lo primero es pagar, y luego se entra en explicaciones, muy en hora buena. Saturado ya perfectamente de encargos, de los cuales hará los que pueda, llega para el viajero el momento de las despedidas, momento de abrazos, de repartimiento de tarjetas á los menos íntimos, con las consabidas iniciales S. D. P. P. (se despide para Paris);

todo esto muchos dias antes de tener el pasaporte y el billete de la diligencia; — pero ya sin vivir como hasta entonces; es decir, sin ir á la oficina, si el viajante es empleado, sin comer á las horas acostumbradas: excusa ó motivo de esta inversion de hábitos son los *preparativos del viaje*. Si este es para Paris ó Londres, es de rigor que el viajero, en los últimos dias de su residencia en Madrid, vaya por esas calles y esas tertulias muy desastrado y casi roto: esto da pié para decir á todo bicho viviente: — No quiero hacerme ropa, porque como voy á Paris..... allí me vestiré..... aquí no hay sastres, ni zapateros..... — Si tiene ropa decente, la vende ó la regala. Pues, señor, acaban todos los preparativos; ya está sacado el pasaporte, enviado el equipaje á la diligencia, dado el último abrazo, y: — ¡Adios Madrid, que te quedas sin gente! dice todo jubiloso nuestro viajero: ya va andando al son de los latigazos del mayoral y de las eternas excitaciones *¡Coronelaaaa! Capitanaaaa! Pulíaaaa!*. ... camino de Somosierra Si conocen VV. este camiño, nada tengo que decirles de él; si no le conocen, debo en conciencia darles la enhorabuena de no conocerle; pues territorio mas pedregoso no le ha creado el Supremo Hacedor en toda la superficie de este mundo sublunar. En ese miserable hacinamiento de chozas indecentes que llaman Somosierra, hace noche el viajero con la diligencia..... á las cuatro de la tarde; come y se acuesta al instante por no ver aquel pueblo y aquellos pobladores de ambos sexos, que humillan profundamente su orgullo nacional. Al dia siguiente echa un rápido vistazo á la catedral de Burgos: ya esto merece la pena de haber hecho un viaje; ya, si el viajero está en los trotes de la moda, puede empezar á tomar apuntes, á escribir su

diario y sus *impresiones*. De Burgos en adelante el país es generalmente hermoso y pintoresco : en la provincia de Alava, es como una digna antesala de la deliciosa Guipúzcoa, que verdaderamente le parece un paraíso terrenal al Madrileño, acostumbrado á las increibles cercanías de Madrid y al árido terreno que ha atravesado durante los dos primeros dias de su viaje. Al cuarto pasa la raya de Francia; pocas horas despues se apea todo molido y empolvado (supongamos que la escena es en verano) en la plaza de Armas de Bayona, á la puerta del *Hotel du Commerce*.

Ya tenemos á nuestro Español fuera de España: apelo á cualquier tratado de geografía, que no me dejará mentir, pues por lo demás nadie sospecharia, hallándose en Bayona, que no está en España, y prueba de ello es que en nada se diferencia nuestro Madrileño de cualquiera de las personas que allí le rodean. Si, dotado de un loable espíritu de prevision, se ha provisto del suficiente caudal de frases francesas para hacerse entender en Francia, puede considerar en Bayona su trabajo como enteramente inútil : á sus frases francesas le contestarán con frases castellanas, algo chapurradas, es verdad, pero no mucho más que las que oyó en Vitoria ó en Astigarraga. Si pide de comer, le darán un buen puchero; si no lleva moneda francesa, que será muy raro yendo de España, no importa : la española allí es recibida con palio, como que su valor intrínseco es muy superior al que nosotros discretamente le damos : hasta el realillo de ventaja que reconocemos en el peso duro sobre el napoleon le reconocerán los bondadosos Bayoneses, aunque el peso duro no es en Francia moneda nacional, como lo es el napoleon en España.

En general, el pueblo de Bayona le gusta mucho al Español *á la ida :* á la vuelta le parece muy mal. Lo mismo le viene á suceder en Burdeos: el que ve esta hermosa ciudad antes de haber visto á Paris, se queda estupefacto; solo la comparacion con Paris puede hacer que decaiga esta gran poblacion del alto concepto que de ella se forma siempre á primera vista. Poco mas de veinte y cuatro horas tarda la diligencia desde Bayona á Burdeos: la distancia material entre ambos pueblos no es, pues, muy grande : en civilizacion, en cultura, en belleza, la distancia que los separa es grandísima. El terreno intermedio se compone, en su mayor parte, de lo que los franceses llaman *Les Landes*, que pudieramos traducir los Arenales: la aridez y miseria de este terreno es proverbial en Francia y en España:—yo conozco ese terreno á palmos, y puedo decir que los susodichos *arenales* son un verdadero jardin, un vergel delicioso, comparados con todo lo que se ve desde Burgos hasta Madrid, y digan lo que quieran los que se dejan llevar de un patriotismo mal entendido.

El Español que lleva su tiempo tasado, como arriba dije, no se detiene en Burdeos arriba de tres ó cuatro dias cuando más, con lo cual tiene el gusto de irse sin haber visto el pueblo: quince dias bien empleados son apenas bastante para conocerle medianamente. Entre tanto, nuestro viajero continúa, como en los últimos dias de su residencia en Madrid, desastrado y casi roto; ¡se ha propuesto no vestirse hasta que llegue á Paris! Lleva en su cartera, al lado del pasaporte y de varias cartas de recomendacion, las señas *(l'adresse)* de un sastre de la *rue Vivienne!* ¿Qué importa que en los pueblos del tránsito le tomen por un

riencia. Las mas sorprendentes y *sólidas* bellezas de Paris no excitan en el *patriota* mas que una sonrisita de desden ó de incredulidad. De este y de sus semejantes es de quienes dice la Escritura: «Y tendrán ojos y no verán, y tendrán orejas y no oirán, etc.» Hombre de estos he conocido yo que nunca pudo persuadirse de que las columnas del Palacio Real eran verdaderas columnas de piedra: —á pesar del testimonio de la vista y del tacto, persuadidísimo se volvió á España de que aquellas columnas eran de carton ó de madera, ó *de alguna otra invencion de esos trapalones de gabachos*, como él decia. Otra de las ideas fijas del *patriota* es que fuera de España *todos* roban. —«Mire uzté,» me decia un dia un Andaluz parándome en una de las calles mas concurridas de Paris: «¿ve uzté eze zeñó que va tan arrellanao en zu coche? Puez eze roba. ¿Ve uzté eza zeñora que yeva detráz ezoz doz lacayoz? Puez eza tambien roba. Porque aquí, dezengáñeze uzté, aquí toiticoz roban.» Y por mas que le dije que aquel señor era cabalmente el respetabilísimo arzobispo de Paris; que aquella señora, á quien una feliz casualidad me habia hecho conocer recientemente, en una ocasion muy honrosa para ella, era una verdadera perla de la mas alta aristocracia francesa, uno de esos ángeles á quienes desde las mas encumbradas esferas sociales conduce diariamente la caridad á las mas humildes guaridas de los indigentes para llevarles *ellas mismas*, con sus propias manos y sus propios labios pan y consuelos (junto al lecho de la esposa moribunda de un infeliz emigrado español conocí á aquella señora), por mas que le dije, repito, esto que acabo de referir, añadiendo que son numerosos, muy numerosos en Paris, en todas las clases y en ambos

sexos, esos ángeles consoladores de todas las miserias, no pude sacar á mi compatriota *patriota* de su eterna cantinela: «Dezengáñeze uzté: aquí toiticoz roban.» ¿Qué se responde á una preocupacion tan estúpida?

A otros les da, no por despreciar ó desconocer la realidad de lo que ven, sino por no querer ver: esta nueva extravagancia es rara, pero no tanto, como debe parecer á primera vista, y yo he hallado entre otros, un ejemplo insigne de ella. Una vez me fué recomendado un sugeto que no debia detenerse en Paris mas que dos dias, lo necesario para hacer ciertas compras, y que llegaba, no ya de Madrid ó de otra ciudad principal, sino de un pueblo muy secundario de una provincia. Le acompañé en todas sus correrías, y naturalmente, aunque era imposible enseñarle en tan poco tiempo la capital, para que á lo menos pudiese decir que habia visto algo, siempre que pasábamos por delante de una curiosidad, le llamaba la atencion para que reparase en ella. Pues ¿podrán VV. creer que no conseguí recabar de aquel alcornoque que levantase una vez siquiera la cabeza para mirar cosa alguna de las que yo procuraba enseñarle? —«Deje V. eso, hombre, me decia; deje V. eso: vamos al grano.» Y con su gorra de gran visera encasquetada hasta las cejas, y parapetado contra toda *emocion* con su gran capa de paño recio como tabla, proseguia su marcha á paso redoblado, tirándome del brazo como si le incomodase que viese yo lo que á él no le daba la gana de ver. —Este es el patriota *superlativo*, lo sublime del género. De esta casta de *Españoles fuera de España* salen los que de vuelta en su patria, dicen muy ufanos estas y otras sandias fanfarronadas: «He estado ocho años en Londres y tengo el gusto de haber vuelto sin

saber una palabra de inglés,» — y se lo celebran ellos á sí mismos como si hubieran hecho una gran cosa. Excusado es añadir que lo mismo que en punto á lengua, han aprendido en todo lo demás; burros salieron de España, y archiburros vuelven á ella. La especie es muy numerosa. Si esta clase de hombres supiese de versos y fuese capaz de comprender la poesía de su situacion, deberia adoptar por divisa y tener siempre en los labios este bellísimo pensamiento de D. Alberto Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

Tan cierto es que no hay cosa que no pueda poetizar un claro ingenio, y que toda medalla tiene dos caras, diametralmente opuestas, físicamente siempre, moralmente muchas veces, como en este caso. Por un lado vemos un tonto, por otro un filósofo.

No son tan opuestos á estos los caractéres distintivos del *cosmopolita*, como pudiera inferir un observador superficial: una profunda incapacidad por parte del sugeto es la base esencial de estas dos *entidades*. El cosmopolita no admira lo bueno de los extranjeros, porque es bueno, sino porque es de los extranjeros, y prueba de ello es que igualmente admira lo malo. Sin embargo, en no llegando á las exageraciones de este carácter, alguna vez se encuentran en el tipo cosmopolita individuos de talento, aunque verdaderos monomanos: en algunos la aversion á su país llega á ser una especie de enfermedad, antítesis de la nostalgia, — lo opuesto á la proverbial *murriña* de los gallegos. Los ha habido que se han ahorcado al llegar á Irun, entrando en España.

Para estos, ya se sabe, hay frases consagradas que les repetirán á VV. siempre que venga á cuento:—*Madrid es un corral de vacas:*—*En España no se puede vivir:*—*La Europa llega hasta los Pirineos:*—*En España tres y dos no son cinco,*—y otras *vulgaridades* de este jaez. Lo peor, lo realmente imperdonable. es que suelen repetirlas, por un efecto de la costumbre, ó por echarla de despreocupados delante de los extranjeros. Así consiguen dos cosas: hacerse despreciables á los ojos de estos, y odiosos á los de sus paisanos. La Bolsa es el recurso de la mayor parte de estos cosmopolitas.

Este tipo suministra el fondo no despreciable (por su número se entiende) de los Españoles decidida y perdurablemente establecidos fuera de España. De estos, unos se naturalizan en el país que mas les agrada y no vuelven á acordarse del suyo mas que para renegar de él; otros, sin llegar á este extremo, emplean todos los ardides imaginables para no volver á España: nuestras revueltas políticas, la funesta instabilidad de nuestras instituciones son la causa ó el pretexto de esa invencible aversion que manifiestan á vivir en su país. La verdad es que en ellos predomina un grosero egoismo, y no quieren pagar el tributo de amor y de servicios que todo ciudadano debe á su patria. Los hay que se quejan de la *instabilidad* de nuestras cosas, y que todavía en este momento están cobrando á la sordina en tal ó cual capital extranjera, que pudiera nombrar, el sueldo que les señaló hace veinte ó mas años un ministro amigo para ir á desempeñar una comision que jamás desempeñaron y que maldita de Dios la falta hacia que se desempeñase: estos viven solapadísimamente como tristes *abusos* vergonzantes, no salen á las calles mas que al anochecer, siempre van con ademan cauteloso,

sombrío: su idea fija es hacerse olvidar, — que nadie piense en que existen, — mas que el banquero pagador de las comisiones inútiles.

Del tipo *sensato* es muy poco lo que hay que decir: su carácter distintivo es un constante anhelo de ver introducidas en España todas las cosas buenas que ve y francamente admira en los paises extranjeros. Entre sus paisanos, lamenta con calor, alguna vez con exageracion, el atraso y las miserias de España; entre franceses é ingleses, habla de su patria con decoro y con cierto respeto filial, sin consentir que nadie la insulte: su máxima favorita es este aforismo de Napoleon: *Il faut laver son linge sale en famille.* Literalmente: La ropa puerca debe lavarse en casa — En su sentido figurado, no es fácil traducir en toda su patriótica energía esta expresion proverbial. Mis lectores deben conocer muy bien este tipo, pues los supongo pertenecientes á él, como cree serlo, sin vanidad, el que tan imperfectamente acaba de bosquejarle.

V.

UN ENIGMA.

Voy á describir á mis lectores un personaje bastante singular á quien conocí y traté mucho hace años en Madrid. Recientemente he vuelto á encontrarme con él, cuando no esperaba ya verle más, por lo que diré despues; pero es el caso que no solo me he llevado chasco en esto (chasco muy agradable en verdad), sino que le he encontrado hace pocos meses en un parque de Lóndres, *igual absolutamente* á como le dejé hace mas de veinte años en el Prado de Madrid, la penúltima vez que me despedí de él. Entonces me dijo que salia al dia siguiente para Calcuta: esta su última despedida ha sido para Sidney, en la Australia, de donde me escribe un amigo comun que nuestro D. Luis Belmonte (con este nombre designaré al personaje de quien se trata) está allí presidiendo un club brillantísimo de amigos de la baraja y de la botella, y que continúa *tan campechano como siempre.*

Para que el lector pueda apreciar todo el valor de estas noticias sírvase leer estos apuntes que le doy en forma de recuerdos de lo que era D. Luis Belmonte hace veinte años próximamente, que es, repito, cuando le traté en Madrid con alguna intimidad, aunque sin saber de él nada mas que lo que voy á decir.

Era el tal D. Luis un hombre de pequeña estatura, adamado en su porte y modales, bastante delgado, y, en suma, de complexion endeble al parecer: cualquiera hubiera dicho al verle que todo el jugo vital de aquel cuerpo seco y amojamado como una momia se habia refugiado en sus ojos, cuya expresion era verdaderamente admirable. Sin ser grandes ni rasgados; sin ser negros como el azabache, ni azules como el cielo, que son las formas y los colores mas generalmente ponderados, habia en la doble línea de sus párpados, en el limpio contorno de su pupila, en el tinte ligeramente azulado de la córnea, en la inclinacion de sus largas pestañas, y sobre todo en la movible curva de sus cejas, una especie de armonía general, una serenidad de expresion y tales perfecciones de dibujo, que un pintor las hubiera pagado á peso de oro en un *modelo*. Desgraciadamente, aquellos ojos privilegiados en punto á belleza artística estaban, como diria un francés, *en très-mauvaise compagnie* (muy mal acompañados); eran como dos preciosas perlas engastadas en cobre. Las demás facciones de D. Luis eran vulgares, algunas decididamente feas, y todo el cutis de su rostro presentaba una palidez cadavérica, casi repugnante, sobre todo por la noche, á la luz artificial, y por las mañanas á poco de levantarse, cuando le sorprendia uno en su cuarto antes de que hubiese apurado los recursos de su tocador. Por lo demás á nadie ocultaba que hacia de él un uso inmoderado, y aun se jactaba de poseer secretos inapreciables para disimular los estragos de la edad, ó, como él decia, para mellar la guadaña del tiempo.

Acaso no habia en Madrid, en la época á que se remontan estos recuerdos, un hombre mas verdaderamente elegante que D. Luis. Su edad era un misterio

impenetrable; sin embargo, le gustaba apurar la cuenta de los años que tenian ó podian tener los demás, y su infalibilidad en tales cálculos le constituia en un objeto de terror para las damas y para muchos caballeros. Generalmente pasaba por muy viejo, aunque su rara agilidad, la viveza de su ingenio, la constante igualdad de su humor y el nimio esmero que ponia en el aliño de su persona eran esencial y eminentemente juveniles. De público se le conocian varios trapicheos amorosos; su resistencia en una buena mesa, entre amigos alegres, era prodigiosa; los néctares de Jeréz, del Rhin, de Champaña y de Burdeos pasaban por su garganta en copiosos raudales, sin hacer mas impresion en su cabeza que en los tapones de las botellas que antes los contenian; lejos de turbarle la razon ó de darse por vencido con ellos, considerábalos nada mas que como meros preámbulos, como simples preparaciones para mas ardientes bebidas de sobremesa. Pocos eran los buenos profesores de esgrima á quienes á los primeros pases no derribaba el florete de la mano ó contaba por lo menos, con la punta del suyo, los botones del peto. Ginete consumado, se ofrecia á montar aun los potros no domados, que por demasiado briosos rechazara el intrépido Francisco Sevilla, entonces en todo el vigor hercúleo de su juventud y en todo el auge de su fama como torero y caballista.

Todas estas circunstancias, unidas al teson que ponia en no declarar nunca su verdadera edad, podian hacerle pasar por hombre, si no jóven, á lo menos no viejo; pero una razon sin réplica invalidaba todas aquellas apariencias de juventud: los recuerdos, las citas textuales de D. Luis se remontaban á épocas de una antigüedad muy respetable. En este punto no po-

nia D. Luis el menor disimulo, antes bien como que se complacia en evocar sucesos y tiempos pasados.

Se hablaba, por ejemplo, de sobremesa en una comida de amigos en la Fontana de Oro, de la *hermosa* L....., de la *sin par* condesa de Santa C....., de la *incomparable* marquesa de V....., ó de cualquiera otra de las muchas bellezas que por entonces (lo mismo sucede hoy) formaban las delicias de Madrid, y todos á porfía levantaban hasta las nubes sus perfecciones; el entusiasmo era universal; de comun acuerdo se convenia en que, por una mirada de la una, por una sonrisa de la otra, por el amor de todas, cualquiera que mereciese el noble dictado de hombre debia exponerse sin titubear á perder la vida. D. Luis entonces, para los que le observábamos atentamente, presentaba un fenómeno muy singular; una completa transformacion se efectuaba en todo su sér: momentos antes le habiamos oido explicarse con todo el fervor de una imaginacion de veinte años sobre todas las materias de que se habia hablado; habíamosle visto encendida la frente, iluminados los ojos por un superabundante espíritu de vida asombrar al concurso, ya defendiendo con sutilísimo ingenio la mas inaudita paradoja, ya ganando la prodigiosa apuesta de apurar él solo, sin tomar aliento, un gran vaso de kirch: — luego, de pronto, parecia como que se iba apagando todo aquel fuego de su cuerpo y de su alma; la palidez de la cera se extendia en un momento sobre su rostro, dejábase caer como quebrantado sobre el respaldo de su silla, se sonreia con una indefinible expresion de dulzura y de tristeza y levantaba al techo, en una especie de éxtasis, sus ojos, que conservaban solos en aquella súbita metamórfosis los caractéres de la vida. Así escuchaba

un rato los entusiastas elogios qu haciamos de nuestras jóvenes bellezas contemporáneas; luego empezaba á circular por sus facciones una casi imperceptible sonrisa de desden, y exclamaba por último con el acento que podriamos llamar de una desesperada pasion:

—¡Ah! ¿qué dirian VV., amigos mios, si hubieran visto como yo á la célebre doña J. T.? (y aquí citaba un nombre histórico de mujer, de la que solo quedan ya en el mundo respetables ruinas). ¿Qué dirian VV. si la hubieran visto como yo el dia que se presentó por primera vez en Aranjuez, una mañana de mayo, bajo las frondosas enramadas del jardin de la Isla? No era aquella una mujer, amigos mios; era una encantadora sirena, era Vénus misma desprendida del Olimpo griego para poner en buen lugar á Fidias y á Praxiteles, probándonos que nada exageraron cuando la hicieron tan hermosa en sus mármoles de Paros. Aquella era una hermosura, no esas que VV. ponderan tanto. La verdadera hermosura va desapareciendo del mundo, créanme VV.; todo degenera, todo va á menos; ingenio, belleza, fuerza. No hay ya ni habrá ya nunca mujeres como la que acabo de citar á VV., por ejemplo, —y que, sin embargo, no era con todos sus encantos mas que un pálido reflejo de otras que yo conocí cuando esa era aun muy niña.....

A buena cuenta los recuerdos de D. Luis en tales momentos ascendian á algo más de un siglo. ¿Mentia ó soñaba aquel hombre al hablar así? El lector irá juzgando.

Si caia la conversacion sobre pérdidas en el juego, D. Luis recordaba una noche famosa en que el príncipe de la Paz perdió al tresillo, jugando á onza el tanto, trescientas onzas en una *puesta cargada* que él,

D. Luis Belmonte, favorito entonces del gran favorito, ganó *contra estuche* en una *voltereta ciega*, rasgo de temeridad que por mucho tiempo fué proverbial entre los cortesanos. El embajador de Rusia, y un rico general indiano que hacian aquella noche la partida al príncipe, perdieron el color y soltaron las cartas ante aquel raro golpe de fortuna. —Si se hablaba de versos, D. Luis, cuyo gusto en literatura era exquisito, confesaba francamente que ya no los hacia, que siempre le habia costado mucho trabajo componerlos; pero que en tal número, de tal mes, del *Mercurio madrileño*, habia una égloga suya, que el gran Melendez Valdés no se habia desdeñado de corregir y de leer como suya, por broma, en casa del señor Jovellanos, antes del confinamiento de este varon insigne en el castillo de Bellver. Es de advertir que D. Luis profesaba á Jovellanos una especie de culto (por cuya causa rompió mas adelante con el príncipe de la Paz), y así decia que nunca se hubiera atrevido á distraer la atencion del *Sr. D. Melchor Gaspar* con la lectura de una composicion suya; por eso el *Sr. D. Juan* (así designaba él al inmortal *Batilo*) tuvo la bondad, para animarle, de prestarse á aquella inocente supercheria. Jovellanos cayó en la red; elogió mucho la composicion, á la cual dispensó el singular honor de leerla luego él mismo en voz alta, y dijo á Melendez Valdés con aquella noble urbanidad que era, segun D. Luis, otra de las muchas cosas buenas que han venido á menos en el mundo: —«Veo, amigo mio, que ni los »años, ni los cuidados del foro cuentan para V.: le»yendo estos delicados versos, se me figuraba que to»davía estábamos V. y yo allá en los tiempos de la »*Flor del Zurguen.*» Descubriósele el engaño, y el au-

tor del informe sobre la *Ley agraria* lo celebró en extremo, abrazando cordialmente al modesto poeta. Esta anécdota, que D. Luis se complacia en repetir á sus amigos con un acento de veneracion tan profunda á la memoria de los ilustres personajes citados en ella, que hacia desaparecer toda idea de jactanciosa presuncion, era, decia él, uno de los mas dulces recuerdos de su vida, —*harto escasos ¡ay!* solia añadir con un acento tan amargo, que era imposible oirlo sin sentirse conmovido.

Un bello metal de voz es sin duda una de las cosas que mas previenen á favor de una persona, sin que sea fácil, aunque tampoco es imposible, decir por qué. Hay muchas razones, tomadas del órden físico como del órden moral, para que así sea; pero no hay ahora para qué explicarlas. En este punto D. Luis no podia estar mas favorecido por la fortuna: su voz tenia un encanto, una suavidad indecibles. Ni los años (que debian ser muchos, juzgando piadosamente), ni el cigarro, ni el rapé, grandes enemigos de las buenas voces, ni el abuso de las bebidas espirituosas, ni, por último, los mayores excesos imaginables, pues de todos citaba con el acento de la verdad casos estupendos aquel hombre singular, habian bastado á alterar la limpia pureza de su melodioso órgano. Sorprendia generalmente que un hombre tan pulcro y cuidadoso del aseo de su persona como lo era D. Luis, fumase y tomase tabaco por narices y boca, *hábitos* que pasan por poco limpios y de que suelen abstenerse los hombres muy pulidos; pero D. Luis practicaba una especie de filosofía epicúrea que le hacia dar suma importancia; y, lo que es más, una importancia razonada, á los placeres de los sentidos. Muchas veces decia con raro can-

dor de cinismo, que le pesaba de que no hubiese mas *vicios*, para tenerlos tambien, como todos los demás conocidos: — excusado es decir que D. Luis no llamaba vicios, sino tonterías ó delitos á las acciones malas para uno mismo ó para el prójimo que reprueban las leyes divinas y las humanas, y que malamente se anatematizan con aquel dictado. Sin ser de una moral muy rígida, distaba mucho, sin embargo, de hacer alarde de corrompido: tenia, como suele decirse, *manga ancha*; pero no era un mal hombre. Lejos de eso, nadie como él sabia ejercer generosa y discretamente, entre otras, la virtud de la caridad, que es ejercerla dos veces. Por lo demás, su sibaritismo tenia una explicacion muy natural, que era la que él mismo daba en sus momentos de buen humor. La exquisita delicadeza de su organizacion centuplicaba para él la fuerza de las sensaciones, al paso que le hácia saborear extraordinariamente el deleite de los sentidos, y que le constituia del todo inapto para soportar, sin un sacrificio enorme, las sensaciones enojosas: por eso decia él, sin rebozo, que era sensualista *de nacimiento*. Rara vez fumaba un rico veguero, ó tomaba un polvo de rapé superior, sin exclamar, con una gravedad que parecia burlesca á los que no le conocian á fondo, pero que era muy sincera, como que el asunto tenia para él una importancia máxima: — « ¡Pobres griegos! ¡Insensatos romanos! ¡Pobres insensatos que no conocian ni aun sospechaban esta nueva y de-li-cio-sí-si-ma sensacion del paladar y de la pituita!!... » Los goces físicos eran tan vivos en él, que le sumergian en una especie de arrobamiento extático. Su ídolo era el placer. Tipo encarnado del hombre del siglo XVIII, D. Luis se adoraba á sí mismo como á una divinidad; pero por lo

mismo miraba como un deber esencialísimo señalar bien el límite á donde podrian llegar en él los goces sin pasar una línea mas allá ni quedarse una mas acá de lo conveniente. Este deslinde era el gran pensamiento de su vida : causarse á sí propio el menor daño, le hubiera parecido cargo de conciencia, casi un sacrilegio: abstenerse de la mas pequeña dósis de placer lícito (luego diré lo que él entendia por *lícito*), era para él un grave delito de lesa-personalidad. Para saber lo que D. Luis entendia por lícito, baste decir que á su juicio era ilícito todo aquello que personalmente podia causarle molestia ó daño. En virtud de este principio cifraba él en una sola máxima toda su moral práctica: —«El hombre, decia, debe tener todos los vicios; pero es preciso qué ninguno *le tenga á él.*»

Seis mil duros de renta líquida, cobrada por semestres en el Banco de San Fernando, daban á D. Luis Belmonte los medios ostensibles de sostener la vida ociosa y elegante que llevaba en Madrid desde que yo le conocia; él á lo menos no manifestaba tener otros bienes de fortuna. Sin embargo, como Madrid, aunque ciudad, capital y grande, tiene el privilegio de ser un hervidero de chismes, donde no hay secreto que no se divulgue, ni vida que no se escudriñe, algunos hábiles calculadores habian echado la cuenta de que seis mil duros no podian bastar para el boato que sostenia don Luis. Es verdad que era soltero, ó viudo, —punto problemático— y que á un hombre sólo *con poco le basta*, dice el refran; pero de cuando en cuando, y aun con frecuencia, se aparecia nuestro hombre en un baile, con unos botones de pechera, en cuyos *solitarios* iba evidentemente invertida la renta de un año. No pasaba mes en que no estrenase alguna prenda visible impor-

tada de Paris, que daba el tipo á la moda. Aficionado á montar á caballo, siempre tenia dos ó tres de las mejores *familias* de Europa. D. Luis era todo un *sportman*, un *gentlemanrider*. ¿De dónde, pues, salian aquellas misas? Nunca llegué á saberlo, ni realmente lo procuré; pero confieso que ahora me han despertado la curiosidad estas palabras con que concluye el párrafo en que un amigo residente en Sidney me habla de don Luis, segun dije al principio de este artículo. Las copio aquí que es lo mas corto: «Sabes que siempre tuve á » Belmonte por un jugador afortunado, suponiendo que » no tenia otro orígen su desenfrenado lujo; sabes tam- » bien que lo menos que yo le daba hace veinte años » era un siglo. Ahora tengo motivos para creer que me » engañé en uno y otro cálculo. Acaso en mi próxima » carta te aclararé este enigma. »

Si lo cumple, prometo á mis lectores contarles lo que me diga..... si es para dicho en letras de molde.

VI.

NO HAY BUEN FIN

POR MAL CAMINO.

I.

LAS TRIBULACIONES DE UN MÉDICO.

Barcelona, hoy martes 3 de diciembre de 1839.

«Señor D. Luis: Si desea V. cerciorarse hoy mismo »de la verdad de lo que le he dicho en mis dos ante- »riores, no tiene que hacer mas que hallarse esta »tarde, entre seis y media á siete, en la calle de..... »frente al número 14. Excuso decir á V. que procure »disfrazarse de modo que no pueda conocerle la per- »sona que, á no mediar esta precaucion, tendria na- »turalmente tanto interés en evitar el ser descubierta »como puede V. tenerle en descubrirla.»

El D. Luis, á quien un criado acababa de entregar esta esquela sin firma, bajo un sobre, era un médico de Barcelona, jóven y rico, casado hacia cosa de un año con una de las mas hermosas y acaudaladas herederas de un pueblo principal de Cataluña. En el momento en que le entró su criado este anónimo estaba

en el gabinete de su mujer, adornado con exquisito gusto, despachando, al suave calor que despedia la llama de una elegante chimenea, el almuerzo que, entre los dos esposos, se veia servido en un velador, cubierto, á manera de mantel, con un tapete de fino hule pintado de varios colores, formando graciosos arabescos. Serian las nueve de la mañana; hacia un frio agudísimo; y aunque la temperatura de la estancia era la del mes de julio, la jóven y linda esposa del médico estaba cubierta, desde los hombros hasta los piés, con un ropon de merino entretelado, y llevaba una de aquellas graciosas puntas de encaje que suelen usar las señoras por la mañana y cubren la parte superior de la cabeza y las orejas, anudándose debajo de la barba. La palidez de su rostro, sus ojos encendidos y la languidez de todo su cuerpo podian hacer creer que aquel extraordinario abrigo tenia por causa, no tanto el rigor de la estacion, como la quebrantada salud de la hermosa dama.

Vestido tambien de mañana, pero con cierta elegancia, en bata y gorro griego de terciopelo carmesí, bordado de trencilla de oro, D. Luis ocupaba una silla junto á la chimenea, en frente de la ancha y profunda butaca en que estaba, mas bien que sentada, tendida su mujer, con los piés cruzados uno sobre otro, y apoyada la punta de uno de ellos en uno de los morillos de cobre que relucian como dos áscuas. Pocos momentos hacia que habia empezado D. Luis á almorzar solo, pues su mujer ya habia apurado una macerina de chocolate, que vacía estaba en su platillo de filigrana sobre el mármol de la chimenea, cuando recibió la esquela que ya han visto nuestros lectores; y aunque su contenido era muy propio para causarle una viva agi-

tacion, logró, no obstante, dominarse á punto de que nada se trasluciese en su rostro, notable por una gran regularidad de facciones, que le daba aquel aire de inteligente serenidad, que es tan general en las fisonomías inglesas. De un carácter naturalmente reservado y severo, habia acostumbrado á su mujer á no entrometerse, ni poco ni mucho, en sus asuntos particulares; y así, á pesar de la mirada algun tanto inquisidora,—pero en la que se descubria, no obstante, mas interés que curiosidad, — interés justificado por la expresion grave y pensativa del semblante de D. Luis desde que desplegó la carta; — á pesar, digo, de la ojeada que echó aquella al misterioso papel mientras lo leia su marido, y que mudó al punto de direccion bajo una fria mirada de este, guardóse el anónimo en el bolsillo despues de haberle leido, y concluyó su almuerzo aparentando una completa indiferencia.

Para que pueda juzgar el lector de lo árduo y doloroso que debia ser para el jóven médico aquel esfuerzo, me bastará poner en su conocimiento las dos cartas de que se hace mencion en la que ya ha leido, advirtiéndole que la viva ternura con que D. Luis habia llevado al altar á la hermosa niña, de quien era, hacia cuatro años, amante correspondido, habia sobrevivido á las castas delicias del matrimonio, y aun en cierto modo habia encontrado nuevo pábulo en la conviccion, cada vez mas íntima, que fué adquiriendo en el trato conyugal, de que difícilmente pudiera haber colocado mejor su amor y confianza. La primera de aquellas cartas decia así:

« Barcelona, hoy martes 26 de noviembre de 1839.

» Tal es el desprecio que inspira á la persona que es-
» cribe á V. estas líneas el manoseado y vil medio de
» meter cizaña en las familias con cartas anónimas, que
» se necesita nada menos que todo el interés con que
» mira á V., por razones que no es del caso especificar,
» para que se resuelva, por primera vez de su vida, á
» no autorizar con su firma lo que escribe su pluma.
» Consideraciones, por las que le es de todo punto im-
» posible atropellar, le impiden descender en esta carta
» á pormenores que pudieran suplir el crédito que le
» quitará, sin duda, el ir sin firma; por eso se limita á
» decir á V. que vigile más que hasta aquí la conducta
» de doña Isabel, y á desear sinceramente que no sea
» esta tan culpada como indican las apariencias. »

Así esta carta, como la siguiente y la que queda copiada al principio de esta narracion, llegaron á manos de D. Luis, sin que le fuese posible inferir, del conducto por donde se la dirigian, cuyas eran. A causa de su profesion y de su numerosa clientela, D. Luis recibia muchas al dia; y cuando preguntó á su criado quién le habia entregado las esquelas que voy comunicando al lector, no supo aquel qué responderle, pues en nada se diferenciaban estas, por el sobre, de las muchas otras que á todas horas llegaban al despacho del médico por diferentes manos. El segundo anónimo, que recibió D. Luis tres dias despues, estaba concebido en estos términos :

«Barcelona, hoy viernes 29 de noviembre de 1839.

»Despues del violento esfuerzo que tuve que hacer »sobre mí mismo para escribir á V. mi esquela del 26 »del corriente, solo el que tengo que hacer hoy para »escribir á V. esta carta podria causarme una amargura »mayor que la que experimenté entonces. Tal es esta, »que hay momentos en que casi deseo que mi carta »tenga la suerte que merecen las que se cubren bajo »el infame velo del anónimo; pero esta sensacion, que »no es en realidad mas que la indiscreta compasion »de la madre que quisiera alejar al cirujano próximo »á hacer una operacion cruel, pero necesaria, en el »brazo de su hijo herido de la gangrena, no puede ni »debe resistir á consideraciones de un órden superior. »*El velo infame del anónimo* he dicho, y lo he dicho »con toda sinceridad; y cierto que se necesita una »combinacion de circunstancias tan inaudita como la »que en este momento me ata las manos para pro- »ducir en el caso presente una excepcion de aquella »regla general. Dos cosas son indudables: es un deber »en mí dar el paso que doy, por doloroso que me sea; »lo es tambien darle del modo que lo doy; y si entro »en estas medias explicaciones, —¡ojalá pudiera dar- »las completas! — es solo para precaver á V. de la »justa desconfianza que le inspirará, sin duda, el orí- »gen incierto de esta carta, y que le inspiró, segura- »mente, á lo que puedo juzgar por su ningun resul- »tado, la primera que le dirigí hace tres dias.

»No extrañará V. este largo preámbulo, cuando le »haya dicho que va encaminado á preparar á V. á un »golpe harto cruel. Lo que mi primera carta presentaba

»á V. como una mera sospecha, debo presentarlo en »esta como una dolorosa realidad; pero ¿no seria »posible evitar una desgracia y un escándalo? Sí, lo »es ciertamente; y digo esto, porque conozco la fuerza »de carácter, la rectitud, el verdadero pundonor de »que está V. dotado. Puede evitarse una desgracia, »porque si doña Isabel ha incurrido en una grave »falta, todavía seria una grandísima desgracia que, por »no apartarla pronto del precipicio, á que la han ar»rastrado su inexperiencia y un traidor, dejase V. que »se corrompiese sin remedio esa alma que el cielo hizo »tan hermosa; puede evitarse un escándalo, si V., »como espero que lo será, es bastante dueño de sí »mismo para no dejarse arrebatar de una cólera in»sensata ó de una vanidad pueril. Una separacion, á »que podria darse á los ojos de las gentes un colorido »cualquiera,—fácil seria discurrir un pretexto,—lo »conciliaria todo. A pesar de los furores revoluciona»rios, todavía hay conventos en España, á alguno de »los cuales, en alguna provincia lejana, podria ir doña »Isabel á llorar su culpa: yo estoy cierto, conociendo, »como conozco, sus piadosos sentimientos, de los que »no sé cómo ha podido triunfar, en un momento de »flaqueza, un pérfido..... yo estoy cierto, digo, de »que á la primera reconvencion de su esposo ofendido, »su propio corazon le aconsejaria este saludable reme»dio del daño que se ha causado á sí misma, y que »seria tambien una justa expiacion de su delito.

»Puesta la mano en el pecho, consultando mi con»ciencia con la escrupulosidad con que estoy acostum»brado á hacerlo, mucho tiempo he dudado si debia »declarar ó no á V. el nombre del indigno cómplice de »su esposa; pero el papel de delator me es muy repug-

»nante y harto he recabado de mí mismo resolvién-
»dome á anteponer el honor de V. y la consideracion
»de que mi silencio podria acarrear dos grandes peli-
»gros—(ó que esa desgraciada acabase de corromper
»su alma en la senda del vicio, ó que V. descubriese
»su deshonra en un momento en que la pasion triun-
»fase de la sensatez),—á anteponer, digo, esas conside-
»raciones á los escrúpulos de mi educacion y de mi
»carácter. Además, y sobre todo, no es necesaria esa
»delacion, que tal vez desgarraria su pecho de V. toda-
»vía mas que la primera..... Acaso he dicho dema-
»siado; pero cuando la indignacion rebosa del alma, es
»difícil contenerse. Firmeza, serenidad, resignacion,
»esto es todo lo que aconseja á V. uno de sus mejores
»amigos que, por efecto de uno de los mas extraños ca-
»prichos de la suerte, se ve en el caso de hacer á V.
»un gran bien con apariencias de un gran mal, y de
»decirle la verdad con apariencias de mentira.»

Cómo quedaria D. Luis despues de la lectura de este singular anónimo, fácilmente se lo imaginará el lector. Con efecto, como indicaba su misterioso corresponsal, D. Luis habia rasgado y arrojado á la lumbre con indignacion la primera carta: su carácter franco y leal miraba los anónimos y á sus autores con el desprecio que en general merecen, y su confianza en la virtud de Isabel no le permitia mirar aquel sino como una broma pesada, como una venganza miserable ó como una infame calumnia. Otra consideracion le afianzaba más y más en esta creencia y aun le hacia inclinarse á la segunda suposicion: D. Luis habia disputado la mano de Isabel á muchos rivales, atraidos por su dote y su hermosura, y no le parecia imposible que en-

tre aquellos galanes desairados hubiese alguno bastante ruin para intentar, por satisfacer un antiguo rencor, infundirle indignas sospechas. Hubiera creido don Luis ofender á su mujer haciendo el menor caso de aquellas pérfidas insinuaciones, y aun estuvo tentado de leerle la carta anónima.—Pero no, dijo entre sí un momento despues, no; Isabelita no comprende siquiera la idea del mal, y no quiero ser yo quien contribuya, ni aun indirectamente, á empañar la celestial pureza de su alma. Vaya á la lumbre esta carta; es hacerle mas honor del que merece el pensar tanto en ella.

No era D. Luis, como pudiera inferirse de aquí, uno de esos hombres tan benignamente cándidos que no creen posible ninguna falta de que ellos no son capaces, ó tan pagados de su propio mérito, que la idea de que su mujer pueda preferirles otro hombre les parece una extravagancia absurda. La confianza de D. Luis en su mujer tenia un orígen mas noble; y aun prescindiendo de las cualidades morales en que la fundaba, casi bastaba á justificarla la expresion angélica que animaba su hechicero semblante de diez y ocho años. Habia en sus ojos, grandes y de un color indeciso, pero cuya órbita estaba como bañada de un matiz azulado, algo que parecia pertenecer mas bien al cielo que á la tierra: traslucíase en ellos la alta inteligencia de un serafin y la inocencia de un niño. Su tez de una blancura trasparente como la de una perla, que hacia resaltar el brillo de su largo cabello negro y brillante como el azabache; su nariz recta y delicada; sus labios del mas puro carmin, que dejaban ver entreabriéndose sin afectacion una dentadura blanca y menuda como aljofar, el óvalo perfecto de su rostro, y, en fin, la

gracia natural, la indecible suavidad derramadas en toda su persona, y que se traslucian en sus menores movimientos, formaban un conjunto de casta y noble hermosura que la imaginacion se complacia en unir á las mas perfectas dotes del alma. Si á esto se añade que D. Luis no habia visto nunca desmentida en Isabel ninguna de las promesas de su delicioso rostro, y antes bien cada dia descubria en su mujer nuevos motivos para justificar la ciega ternura, que era en él como una segunda naturaleza, no extrañará el lector que aquel dichoso marido tratase el primer anónimo con el desprecio y la indignacion que he dicho.

Pero al segundo ya no fué lo mismo. No hay verdad mas cierta ni mas dolorosa que esta: de la calumnia siempre queda algo. Jamás la obra del calumniador es enteramente perdida; su palabra emponzoñada es como la mancha que deja sobre la piel el ácido sulfúrico, que resiste á todos los reactivos. Fuese porque involuntariamente D. Luis hubiese sucumbido á esta ley comun, que es uno de los mas vergonzosos misterios de nuestra pobre naturaleza (pues rara vez halla en nosotros la verdad el mismo crédito ciego), y que hubiese hecho mas caso de lo que él mismo creia de la fatal carta; fuese porque en efecto las sospechas que daba al inquieto marido no eran del todo infundadas; en fin, fuese ilusion ó realidad, D. Luis creyó desde entonces observar en Isabel cierto desasosiego contínuo, una palidez no comun, una vaga tristeza, distracciones que no sabia explicar; —síntomas todos que le parecieron de mal agüero, pero que Isabel explicó alegando que se sentia indispuesta. —Como, en efecto, la noche anterior al dia en que recibió su marido la larga carta que tan dolorosa impresion hizo en su alma, Isabel tuvo una

calentura acompañada de delirio, D. Luis pasó la noche vestido junto á su cabecera, sin osar confesarse á sí mismo que el deseo de sorprender alguna revelacion importante en las expresiones que murmuraba confusamente la enferma, tenia tanta parte en aquella prueba de cariño como su inquietud por una vida tan cara; pero nada pudo sorprender que pusiese en claro sus sospechas. A la mañana siguiente, Isabel aseguró que se sentia muy bien, se levantó y salió á la calle. D. Luis, abrumado de ocupaciones, dejaba á su mujer una completa libertad, persuadido de que era incapaz de abusar de ella; pero en la situacion en que se hallaba su ánimo, y atendida la de la salud de Isabel, no dejó de chocarle mucho aquella intempestiva salida despues de una noche tan agitada. Afectando una serenidad de que estaba muy distante, preguntó á su mujer á donde habia ido aquella tarde; ella respondió que habia salido á dar una vuelta por la Ramblea con su cuñado Lorenzo, hermano de D. Luis; y á la observacion que hizo este de que no habia estado el tiempo muy propio para pasear, pues no habia cesado de llover en toda la tarde, Isabel respondió confusa y bajando los ojos que, sin embargo, lo que decia era cierto y que podia preguntárselo á su hermano.

La excusa mas inverosímil, el mas absurdo pretexto no hubieran producido en D. Luis tan mal efecto como esta respuesta. Apelar al testimonio de otro es confesar implícitamente que el propio no merece entera confianza; y ¿por qué razon creia Isabel haber perdido la que su marido tenia en ella? ¿Le decia por ventura su conciencia que ya no la merecia? Y no pararon aquí sus dolorosas reflexiones, pues una vez suelta la rienda de la fantasía, no hay caballo desbocado que

la iguale en su desordenada carrera. Uniendo la disculpa de su mujer, pues no podia considerarla de otro modo, con algunas expresiones del anónimo, una horrible sospecha atravesó como un relámpago por su dolorida imaginacion. Volvió á leer la carta, y á cada renglon le parecia ver destacarse en caractéres de fuego esta frase: «Además y sobre todo no es necesaria esta revelacion que tal vez desgarraria su pecho de V. mas que la primera.»

—¿Quién puede ser ese cómplice? exclamó fuera de sí, andando como desatentado por su despacho, encerrado bajo llave y revolviendo entre sus manos la fatal carta. ¿Quién puede ser ese infame cómplice? repitió con nueva vehemencia; pues tanto camino habian andado desde aquella mañana las sospechas en su imaginacion, que ya ni aun se le ocurría la idea de la duda.—Quedó largo rato como quebrantado bajo el peso de sus amargas reflexiones, sentado en un sillon, con la cabeza entre las manos, y teniendo sobre las rodillas el fatal anónimo que le abrasaba los ojos y las entrañas como la túnica de Neso. Las ideas mas negras, mas inconexas, mas extravagantes se cruzaban con increible rapidez por su exaltado cerebro; pero entre ellas dos pensamientos principales dominaban con espantosa tiranía: – ¿Quién es el cómplice?—¿Quién es el autor de la carta?

Una voz interior murmuraba en sus oidos la palabra *hermano*; pero sus labios se resistian á pronunciarla.

—Es imposible, es imposible, exclamaba el infeliz, pasándose la mano por los ojos con una fuerza que casi le arrancaba involuntarias lágrimas de dolor entre las que el despecho y la amargura hacian asomarse

á sus párpados: para que eso fuera cierto seria menester que el anónimo dijese la verdad, y... ¿quién me lo garantiza? ¿Por qué no ha de ser una atroz calumnia?

Y en vano se afanaba por hallar en aquel escrito algun indicio de falsedad, alguna dañada intencion de burlarse de sus mas sagrados sentimientos; á pesar suyo reconocia en él el acento de la sinceridad y de un verdadero interés.—No hay artificio que baste á remedar así el lenguaje de la verdad, decia leyendo por la centésima vez el anónimo, despues de hacer los mayores esfuerzos para recurrir á su acostumbrada sangre fria: esta carta es de un amigo. ¿Pero quién me la ha escrito? ¿Quién ha descubierto mi deshonra? ¿Será esta un secreto solo para mí? —Y su amor propio, puesto en movimiento por estas dudas, envenenaba más y más las llagas de su corazon.

Despues de haber pasado revista en su mente á todos sus amigos y conocidos sin rastrear ni aun una apariencia de verdad, paróse en fin en una conjetura que le pareció la única probable.

—Su confesor es quien me ha escrito esa carta, dijo en fin, animados los ojos con la luz de una horrible conviccion: esa *combinacion de circunstancias*, *que le ata las manos*, ese cuidado por el alma de Isabel, esa intimacion de que debe retirarse á un convento, la expresion *los furores revolucionarios*..... Es evidente; su confesor, aterrado en vista del precipicio á que corre esa infeliz; convencido de que las facultades que le da su ministerio son impotentes á contenerla, ha recurrido al único medio que cree suficiente para cortar los progresos del mal. En casos extremos, medidas extremas; la salvacion es antes que todo...

El confesor no habrá considerado mas que esto, y en su ardiente celo no habrá titubeado en traspasar los límites del deber, revelando el secreto de su sagrado tribunal: se habrá fiado en la bondad de su intencion para justificar la impiedad de su acto... ¿Con que es decir, que no hay duda? exclamó D. Luis levantándose repentinamente y soltando los últimos diques de la cólera, que hasta entonces habia procurado reprimir y que á la sazon contractaba sus facciones y hacia temblar todo su cuerpo, porque semejante á cuantos tienen la desgracia de echarse á sentar aventuradas conjeturas, se habia pagado tanto de la que le parecia mas plausible, que la prueba mas palpable y evidente no hubiera obtenido de él mayor crédito.

—¿Con que no hay duda, no hay duda? repitió con espantosa vehemencia;—y luego, ya una vez fuera del mar de incertidumbres en que habia batallado consigo mismo á la ventura, ya retraido, digámoslo así, en el puerto de una certeza horrible, sí, pero exenta de agitaciones y embestidas momentáneas de nuevos pensamientos, toda la fuerza nerviosa que le habia sostenido durante su cruel incertidumbre desapareció de pronto en frente de la triste realidad; y herido en lo mas vivo, en su honor, en su amor, en el cariño fraternal, sintió que le abandonaba toda su fuerza física y moral, y cayendo de nuevo en un sillon, se echó á llorar como un niño. El exceso del dolor habia roto, en cierto modo, todos los resortes de su alma. Dos horas pasó en este estado, sumido en sus amarguras, insensible á toda impresion externa, pero sintiendo solo confusamente que padecia, que padecia como un condenado.

Ya he dicho que esto pasaba el 29 de noviembre,

cuatro dias antes de la escena con que empieza esta historia. Durante los cuatro dias que transcurrieron entre aquel y el momento en que recibió D. Luis el tercer anónimo, que iba precisamente á desatar el nudo gordiano en que se veia enredado, mil proyectos, mil resoluciones pasaron por su cabeza, y acaso, á no mediar una circunstancia que todavía no he tenido tiempo de comunicar á mis lectores, D. Luis hubiera optado por el severo partido que le aconsejaba su misterioso corresponsal: una separacion de comun acuerdo, sin estrépito ni escándalo. Pero Isabel estaba embarazada de seis meses: este suceso, que habia puesto el colmo á la felicidad de D. Luis y acrecentado la viva ternura que profesaba á la compañera de su vida, le imponia el deber de abstenerse más que nunca de toda resolucion precipitada. Cualquiera que fuese su confianza en la carta que causaba su desgracia, al fin aquella carta era anónima, y hubiera sido una ligereza imperdonable y aun criminal fundar en base tan sospechosa una resolucion en que estaban comprometidos tan graves intereses. Luego, sea dicho en descargo de nuestro héroe, las dos horas de honda meditacion en que le dejamos sumergido al fin del párrafo anterior, no fueron perdidas para él. Si en un momento de frenesí pudo, para dar un fundamento á su propia credulidad (que así hacemos todos: siempre sometemos las cosas á nuestros deseos, y no nuestros deseos á las cosas); si en un momento de frenesí, digo, pudo atribuir aquella carta al confesor de su mujer, esta hipótesis absurda no resistió al exámen de su razon, luego que estuvo un poco serenada. El confesor de Isabel era un sabio respetabilísimo y de consumada prudencia, á quien sus virtudes y su raro mérito habian elevado

recientemente á la dignidad de prelado en una diócesis de Castilla, y que si bien en el momento actual no residia en su obispado y aun se hallaba cabalmente en Barcelona, era hombre incapaz de faltar, bajo ningun pretexto, al mas sagrado de los deberes de un sacerdote, el sigilo absoluto sobre los secretos de la confesion.

Una vez destruida esta respetable base de sus terribles sospechas, perdieron estas en el ánimo de D. Luis gran parte de su fuerza, y sobre todo de su amargura: solo un testimonio irrecusable podia hacerle dar crédito á la circunstancia mas dolorosa y cruel del crímen de su mujer.

Si D. Luis tenia una fundada confianza en la virtud de Isabel, con mas motivo debia tenerla en su hermano Lorenzo, con quien le unian desde la infancia, aun más que los vínculos de la sangre, los de una tierna é inalterable amistad; y para que todavía fuese mas descabellada toda sospecha que recayese sobre aquel buen hermano, cabalmente no hacia todavía un mes que D. Luis é Isabel habian sido padrinos en su boda con una señorita de Barcelona á quien amaba entrañablemente, muy jóven, muy hermosa é hija única de uno de los mas ricos fabricantes de la provincia. Lorenzo, que ejercia de un modo brillante la profesion de escritor público, desde que empezó en España, en esta última época, la libertad de imprenta, y á quien un buen casamiento y una probidad reconocida por todos los partidos permitian ejercer aquella delicada profesion con una independencia harto rara, habia tenido una juventud de las mas borrascosas. Amores estrepitosos, raptos, desafíos, complicidad en conspiraciones políticas, todo linaje de aventuras novelescas, pero de

las que Lorenzo tuvo la buena suerte de salir sin ninguna de aquellas manchas que duran toda la vida, habian dado á su nombre una celebridad que no podia quedar encerrada en los estrechos límites de una provincia: ya por los años 34 y 35, el nombre del personaje que nos ocupa, era uno de los que formaban autoridad en las acaloradas discusiones patrióticas del *Café nuevo*, lo mismo que en las disputas literarias del *Parnasillo*, de la calle del Príncipe.

Establecido regularmente en Barcelona, aunque hacia frecuentes viajes á Madrid, D. Lorenzo A..... habia renunciado hacia dos ó tres años á la vida calaveresca de su primera juventud; y continuando por aficion, como por patriotismo, la carrera de publicista, dando de cuando en cuando á la prensa algun escrito mas sólido y sustancial que un artículo de periódico, investido con la confianza de sus compañeros de un grado importante en la milicia nacional; en vísperas de ir á ocupar un asiento en las Córtes, gozaba del comun aprecio en la buena sociedad de Barcelona, y, finalmente, como he dicho, acababa de echar el ancla en el puerto del himeneo, en conserva con una fragatita muy linda, recien salida del astillero, de muy buen nombre en el honrado comercio catalan, y lastrada con cosa de seis ú ocho mil duros de renta, amen de las esperanzas.

Tal era el hombre á quien, al parecer, designaba en sus terribles acusaciones el autor de la carta que tan acerbo rato habia dado á D. Luis. No pudo este sostener por mucho tiempo, como era natural, atendidas las circunstancias que dejo expresadas y la nobleza de su carácter, la idea de las viles sospechas que habia concebido en un rapto de delirio; y si tampoco le fué

dable borrar enteramente de su imaginacion la profunda herida que habia recibido, tuvo á lo menos bastante cordura, bastante dominio sobre sí mismo para resolverse á esperar antes de tomar un partido violento.

II.

NUEVAS TRIBULACIONES.

Desde la boda de Lorenzo, los dos matrimonios iban alternativamente á comer, un dia de la semana, el uno en casa del otro: aquel dia, 29 de noviembre, le tocaba á D. Luis ir con su mujer á casa de su hermano. Firmemente se habia propuesto el médico no sucumbir á la tentacion de un indecente espionaje; tambien se habia hecho á sí mismo la promesa formal de poner su imaginacion muy sobre la defensiva, para no dejarse llevar fácilmente de necias ó precipitadas sospechas. Lorenzo era naturalmente muy cariñoso y demostrativo; queria á su hermano y á su cuñada con la vehemencia propia de todos sus afectos, y lo manifestaba con aquella especie de franqueza atropellada é irreflexiva que le era natural, y que suele ser indicio de una conciencia limpia.

Nada mas distinto en figura y carácter que los dos hermanos, y aun acaso esto mismo era gran parte á que fuese tan entrañable el afecto que los unia, si es cierto lo que se dice de la necesidad de estos contrastes para que sean perfectos, tanto el amor como la amistad, fenómeno que Víctor Hugo explica ingeniosamente con la teoría de los ángulos entrantes y salientes, necesarios tambien para que dos cuerpos encajen materialmente uno en otro.

D. Luis, de poca mas edad que su hermano, era alto, medianamente grueso, rubio, muy blanco y algo sonrosado, de un aspecto frio y observador, siempre en extremo aseado y compuesto, pero sin asomos siquiera de afectacion; tenia una frente muy despejada, los ojos algo parados, pero de una forma bella, como todas sus demás facciones, tipo de fisonomía muy comun en Cataluña, y que va siéndolo cada vez más, conforme se va subiendo hácia el norte. Su carácter era en un todo análogo á lo que prometia su presencia: reflexivo, bondadoso, sumamente mirado y nada propenso á dejarse llevar de poéticas ilusiones. Solo tenia un defecto, pero capital, y que ya habrá podido observar el lector. D. Luis era muy caviloso, y, por una consecuencia natural, lo que generalmente se llama *mal pensado*. Lorenzo, por el contrario, naturaleza esencialmente meridional, ardiente, impetuosa, expansiva, llevaba estampada en el rostro y en todo su cuerpo la huella de las pasiones que hacian hervir su sangre. De mediana estatura, muy delgado, pero vigoroso y ágil, como aquellos índios que nos pinta Fenimore Cooper; moreno y muy pálido, pero con aquella palidez nerviosa que no excluye una grande animacion de semblante; de facciones muy marcadas, aunque no irregulares; vestido siempre con cierto desaliño, pero pintoresco; con cierta originalidad, pero elegante, era la viva personificacion de esos séres novelescos y medio fantásticos que, bajo el nombre de *artistas*, ha puesto en moda el moderno romanticismo. Su hermosa cabellera, negra y singularmente poblada, le caia en anchos rizos naturales sobre el cuello, como un torrente de tinta; á la menor agitacion parecia que arrojaba chispas su mirada, profunda y som-

bría como la de un beduino. En aquella organizacion volcánica, la fantasía era soberana absoluta. En un estado de exaltacion habitual, la menor sacudida le electrizaba; y en tales casos, su aspecto, sus palabras llenas de inspiracion, su temerario arrojo, ejercian en los demás una especie de fascinacion. Sus amigos le comparaban, en figura como en talento, á un moderno y célebre poeta español, cuya dolorosa pérdida está demasiado reciente para que mis lectores madrileños no reconozcan la exactitud de una parte, á lo menos, de esta comparacion (1). Su vida nómada, llena de peregrinaciones y peripecias, habia contribuido á aumentar la natural independencia de su carácter y el número de las que muchos llamaban sus extravagancias.

Así, entre otras *excentricidades* que habia traido de sus largas excursiones por tierras extranjeras, tenia la de no hacerse el menor escrúpulo de gastar con Isabel, delante de las gentes, ciertas llanezas al uso de Francia, que los bien intencionados no atribuian mas que á su genio vivo y atolondrado, y á que, por no estar tales demostraciones exteriores en nuestras costumbres, no mejores por eso ciertamente que las de otros países, daban los más una interpretacion torcida.

—Tal vez, decia D. Luis entre sí, y ya profundamente dispuesto, como he dicho, á poner de su parte todo lo posible para borrar hasta el rastro de unas sospechas de que se avergonzaba; tal vez de ahí habrá tomado pié el calumniador anónimo para sus abominables delaciones; pero, por otra parte.....

(1) Esta alusion era entonces (1844) muy transparente: el nombre del poeta aludido, Espronceda, estaba por aquella época en todas las bocas y en muchos corazones. Véase lo que sobre esto digo mas adelante, en *Necrópolis*.

Y siempre, á pesar suyo, una sorda inquietud le hacia experimentar una sensacion parecida á la que nos aqueja cuando en la habitacion mal ventilada de un enfermo se nos figura que va á faltarnos el aire para respirar.

Como si la suerte se hubiera empeñado en hacer de D. Luis, por todo aquel dia, su miserable juguete, Lorenzo, siempre alegre y decidor, siempre con grande apetito, solo se sentó á la mesa para ver comer y sostener friamente la conversacion de las tres ó cuatro personas convidadas; apenas probó bocado; no dijo cosa que llevase ni aun visos de chiste; presentó constantemente una cara de entierro, y, en suma, estuvo lo mas contrario de lo que solia, que imaginarse puede. A pesar de su propósito de no espiar; á pesar de su decidida resolucion de abstenerse de interpretaciones malignas; en suma, á pesar de toda su disposicion á aumentar por aquel dia el número, ya incalculable, de los maridos sordos y miopes, no pudo menos D. Luis de sorprender algunas miradas de inteligencia entre Lorenzo é Isabel, para las que evidentemente se recataban de ser vistos. Era indudable que entre ellos habia un secreto,—un secreto amoroso, segun todas las apariencias,—y debia esto ser tan cierto, que todas las personas que estaban á la mesa manifestaron, cada cual segun su carácter, aunque todas con aquella profunda beatitud y aquella admirable discrecion, que podrian hacer creer en una conjuracion universal, contra los intereses maritales, haber hecho el mismo sabroso descubrimiento.

Pocas cosas causan á nuestra moralísima sociedad moderna una satisfaccion mas íntima y general que la vista de un trato ilícito, sobre todo si es cuando em-

pieza, cuando está todavía formándose y necesita, por consiguiente, el cuidado, los desvelos, la incubacion, digámoslo así, de una benevolencia protectora. Esos tiernos desvelos que prodiga la madre al niño recien nacido, el poeta á su obra, apenas creada, y sin los cuales ni esta ni aquel adquiririan su natural desarrollo, los prodigamos todos con entrañas verdaderamente maternales á la ilícita pasion naciente, que, tampoco sin ellos, llegaria acaso las más de las veces á dar sazonados frutos.

Así sucede en todas partes, y así sucedió aquel dia en casa de Lorenzo, pero naturalmente con algunas excepciones, como sucede siempre tambien; así, por ejemplo, lo que tanto parecia regocijar á los convidados ponia en un verdadero tormento al pobre D. Luis y á otro personaje, de quien todavía no he tenido ocasion de hablar mas que muy de paso, es decir, á su cuñada, la jóven esposa de Lorenzo. Menos disimulada y sufrida que aquel, parecia, segun una enérgica expresion vulgar, que estaba en brasas, su mal humor era tan notorio, las contínuas distracciones de su marido, su tristeza, el poco ó ningun caso que hacia de ella, hubieron de causarle tal enojo, que antes de los postres se levantó de la mesa, con los ojos arrasados de lágrimas, pretextando una indisposicion; y despues de haber echado á Isabel una mirada triste y desdeñosa. Isabel se levantó un momento despues para seguirla á su cuarto, y la comida prosiguió y se acabó con la misma alegría que debemos suponer que reinaria en los festines con que solemnizaban antiguamente los Escoceses, al decir de Walter Scot, la muerte de un pariente cercano.

Esta ocurrencia fué para D. Luis como la desapiadada

mano del niño que vuelve á enredar en una telaraña á la pobre mosca que, á fuerza de afanes y medio quebrantada, ha logrado escaparse una vez de las sutiles redes de su enemiga. Todas las alternativas de duda, de certeza, de terror, de amargura, que le habian agitado por la mañana, volvieron á asaltarle con nuevo ímpetu; la voz se le anudaba en la garganta, apenas oia lo que le decian, la sangre le batia en las sienes como un martillo, y no sin recurrir á inmensos esfuerzos de firmeza, logró hacer creer que no sentia mas que un recio dolor de cabeza, ocasionado por el excesivo trabajo de toda la mañana y parte de la noche anterior: nadie ignoraba que D. Luis era uno de los médicos mas estudiosos y solicitados de Barcelona, y fácilmente se creyó aquella disculpa. Lorenzo, con muestras de vivo interés, instó á su hermano á que fuese á acostarse, ofreciéndose á acompañar á Isabel para volver á su casa, pues los dos hermanos vivian bastante lejos uno de otro, y la misma Isabel, que acababa de salir del cuarto de su cuñada, y de ocupar su asiento á la mesa, tuvo la irreflexion ó la impudencia de apoyar esta proposicion, sin ocurrírsele que era mucho mas natural ofrecerle retirarse al instante con él.

Parecia fatalidad: cada nuevo incidente de aquel dia, tan infausto para nuestro D. Luis, debia añadir alguna nueva gota de hiel al amargo cáliz que estaba apurando desde por la mañana el atribulado doctor. Acabada la comida y luego que pasó la concurrencia á la sala á tomar café, Lorenzo é Isabel se sentaron en un rincon junto á una ventana, y allí estuvieron cuchicheando, tan embebidos en su conversacion cual si estuvieran solos en el mundo. Para colmo de su despecho, pues á lo menos aquel olvido de todas las reglas del bien pa-

recer, siendo franco y público, así podia ser indicio de un embebecimiento amoroso, como de la familiaridad propia de hermanos, D. Luis reparó varias veces que Isabel hacia señas á Lorenzo de que él los observaba, y siempre en estos casos levantaban la voz, hablaban un momento de cualquier insulsez, y cuando creian con este pobre y vulgarísimo artificio haber distraido la atencion de la concurrencia, volvian con nuevo brio á su misterioso cuchicheo.

Acababan apenas dos criados, tiesos y respetuosos como dos lacayos ingleses, de quitar el velador de la sala, la bandeja en que estaban las tazas de café y la salvilla de los licores, cuando le entraron recado á don Luis de que una señora, que estaba á la puerta, tapada la cara con un velo, le suplicaba que bajase al instante, pues se trataba de ir á ver á un enfermo de grave peligro.

Por primera vez desde que ejercia su noble profesion titubeó D. Luis en acudir á un llamamiento de esta naturaleza; una terrible sospecha le tenia clavado en su sitio.—¿Será un ardid para echarme de aquí? —dijo entre sí, lanzando á su hermano una mirada de desconfianza. Acabaron de confirmarle en esta opinion las instancias de su mujer y de Lorenzo para que bajase, aun despues que él hubo insistido sobre la desazon que sentia, y á pesar de que por malicia ó por cualquier otro motivo, los convidados le dijeron con afectada compasion que no se incomodara; que antes era él que nadie; que su salud valia más que la de cualquier enfermo, etc., etc. Para persuadirle más, uno de ellos, que la echaba de gracioso, declamó en tono de zumba aquellos conocidos versos de Tirso:

Dad al diablo esos Galenos
Si os han de hacer tanto daño:
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos más ó menos?

Pero esta cita poética produjo un efecto enteramente contrario al que esperaba el gracioso: D. Luis, esclavo de su obligacion, no hubiera dejado de cumplirla por un temor acaso ilusorio, aun cuando un nuevo recado con nuevas y mas vehementes súplicas de la señora del velo no le hubiera decidido del todo. Despues de haber tomado, vencido por un resto de desconfianza de que él mismo se sonrojaba, la precaucion de concertar con Isabel que volveria á buscarla, insistiendo particularmente en que le aguardase, pues de todos modos *volveria por ella*, bajó precipitadamente las escaleras y encontró, en efecto, en la puerta á la persona que le habia hecho llamar. Excusóse esta con corteses razones de la molestia que le daba, en atencion á la gravedad del caso, añadiendo que habia ido á buscarle á su casa, y que en ella le habian indicado dónde le encontraria. Ofreció el médico el brazo á la señora del velo, que á lo que podia juzgarse por su talle, parecia de alguna edad, é inmediatamente se pusieron en marcha á muy buen paso.

A fines de noviembre - (recordemos de paso, porque así conviene para la mayor claridad de estos sucesos, que esto pasaba el dia 29 en que recibió D. Luis la segunda de las cartas citadas al principio de esta historia), — á las seis de la tarde, con lluvia y frio, las calles están desiertas en Barcelona; así fué que D. Luis y su compañera no hallaron alma viviente hasta la calle de.....; núm. 14, donde entraron en una casa de poca

apariencia por fuera, y de ninguna por dentro, pues la completa oscuridad de la escalera no permitia divisar cosa alguna. Conducido por la dama del velo, subió el médico tres pisos, encontró en el último tramo dos ó tres mujeres bastante bien vestidas, pero de muy mal parecer, una de las cuales llevaba por fortuna una palmatoria en la mano, entró en un recibimiento pobremente amueblado, y llegó, en fin, á una alcoba alumbrada solo por la escasa luz de una lamparilla.

Antes de pasar adelante, deho decir que cuando llegó el médico á aquella alcoba, que parecia deber ser el término de su excursion, ya no era para él un misterio á qué especie de casa le habia conducido el riguroso cumplimiento de su deber. D. Luis habia sido siempre de soltero, y naturalmente todavía más despues de casado, hombre de excelentes costumbres: antes de enamorarse de la que fué su mujer, la ciencia habia sido su única querida, el estudio su mas dulce pasatiempo. Aunque habia seguido parte de sus cursos en Barcelona, era, pues, D. Luis uno de los pocos jóvenes de cierta clase que no conocian, ni aun de nombre, á la dueña de la casa núm. 14, calle de....., que es precisamente en la que acabamos de verle entrar en compañía de la señora del velo, señora que, sea dicho de paso, no era ni mas ni menos que la dueña de la susodicha casa.

Sin embargo, la inexperiencia de D. Luis no era ni podia ser la inocéncia angelical de una niña de quince años: segun la enérgica expresion de la Escritura, conocia al árbol por sus frutos, pues tenia, merced á su profesion, motivos muy graves para saber que hay en Barcelona, como en todas las grandes poblaciones, inmundas cloacas donde se comercia infamemente con

criaturas humanas; y cuando llegó al tercer piso de aquella casa no le quedó duda de que se hallaba en una de ellas. Ya he dicho que la escalera estaba sumergida en profundas tinieblas, y así nada vió D. Luis mas que las tres mencionadas mujeres, y eso por la circunstancia antedicha de llevar una de ellas una luz en la mano; pero lo mismo fué subir el primer tramo que empezar á zumbarle en los oidos aquellas expresiones licenciosas y aquellas risotadas brutales, que son el acompañamiento obligado de semejantes sitios. El lector me permitirá que no le dé mas señas ni éntre en mas pormenores.

—Señora, ¿qué es esto? á dónde me ha traido V.? exclamó D. Luis, dando una vigorosa patada en el suelo y parándose de repente. ¿Se burla V. de mí?

—Por amor de Dios, sígame V., respondió la del velo: se trata de salvar la vida á una infeliz, y es menester que todos nos ayudemos unos á otros: todos somos hermanos. ¡Por la Vírgen de Montserrate no me abandone V.! San Pedro y san Pablo se lo premiarán.....

No paró aquí esta retahila: sabido es que cuando cierta casta de hembras y de varones empieza á ensartar santos y santas, el calendario les viene corto, y tienen que inventar nuevos bienaventurados, tales como san Ginojo y san Porro. Aun cuando el acento de sincero dolor con que pronunció la del velo aquella súplica, no hubiera determinado á D. Luis á llevar los auxilios de su arte á quien, al parecer, los necesitaba tanto, fuese quien fuese, difícil le hubiera sido volverse atrás, pues la escalera formaba mil vueltas y recodos, y el rayo de luz artificial que salia de vez en cuando, ya por una rendija de una puerta, ya por un

agujero de una cerradura, solo servia para hacer visibles las tinieblas.

Encontró D. Luis en la alcoba una pobre enferma jóven y bonita, pero tan pálida y desencajada que parecia una muerta. Estaba acostada en una cama sin colgaduras, aunque bastante aseada, y tenia sacados fuera de las sábanas sus dos brazos secos y amarillentos como dos velas de cera: su aspecto era horrible, y solo un médico acostumbrado á conservar toda su presencia de ánimo en frente de la muerte, podia descubrir en aquel rostro, abrasado por la calentura y entrè los estragos de una larga enfermedad, la no vulgar hermosura de que debió estar dotado en tiempos mas felices. Una respiracion trabajosa y rápida hacia resonar su pecho como el fuelle de una fragua ó como una tabla cuando se raja; sus labios lívidos y entreabiertos, secos como esparto, no se movian sino para dar paso á algun doloroso ¡ay! ó para pedir *agua* con voz tan sorda y triste, que verdaderamente movia á compasion. Metida la cabeza en su delantal, acurrucada en un rincon de la alcoba y reprimiendo á duras penas algunos sollozos, una viejecita, vestida como las labradoras de la montaña de Cataluña, no salia de su desconsolada inmovilidad mas que para llevar á la jóven enferma el agua que esta pedia regularmente de diez en diez minutos.

Lleno de celo por su hermosa profesion, D. Luis, en vista de un peligro verdadero, olvidó completamente sus propios cuidados é intereses, y atento solo á sorprender en sus mas recónditos caminos los progresos del mal en aquella infeliz, consagró mas de media hora á examinarla, á consultar á las que parecian sus enfermeras, y ultimamente, á prescribir el régimen que

debia seguirse con ella. La viejecita vestida de labradora le escuchaba con tal interés, que desde luego D. Luis la tomó por la madre de la enferma, razon por la cual le fué todavía mas sensible el tener que decir al despedirse:

—No debo ocultar á VV. que la situacion de esa desgraciada es muy grave; pero nunca se debe desesperar de la bondad de Dios. Presenten VV. al facultativo que la asiste el plan que yo he dejado ahí escrito: en él expongo las razones por qué creo conveniente que se adopte. Motivos particulares, añadió bajando los ojos sonrojado y como si le costara mucho decir una cosa que tanto debia humillar y afligir á las que le oian, me impiden volver á poner los piés en esta casa. Cuiden VV. mucho á esa pobre enferma, y tengan confianza en el Señor.

Todas las instancias de las dos mujeres para que prometiese volver fueron inútiles: don Luis rehusó el precio de su visita, y antes bien *olvidó* sobre una mesa su bolsillo; dejó á la vieja llorando amargamente, y salió de aquella casa con el corazon oprimido, y descontento de sí mismo como si acabara de cometer una mala accion. Por primera vez de su vida acababa de respirar la pestilente atmósfera de un lugar de disolucion, y como si este acto, aun involuntario, debiese llevar en sí su castigo, tambien por primera vez en su vida habia tenido que negarse á cumplir su deber de aceptar hasta el fin un desafio con la muerte. En la agitacion nerviosa en que se hallaba su espíritu, comparaba su situacion á la de un soldado que abandona sus banderas y vuelve cobardemente la espalda al enemigo. Pero D. Luis era sincera y profundamente religioso: aquellos sitios infames le inspiraban un horror y una indignacion invencibles.

—Y además, añadia, ¿debo mirar por nada el cuidado de mi reputacion? Los que me vieran salir de esta casa, ¿creerian todos en la pureza de mis intenciones? Si llegase á saberlo, ¿creeria en ella Isabel?.....

A este nombre querido, todas las agitaciones de aquel triste dia se despertaron en su imaginacion con nueva violencia, y unidas á las del momento, le pusieron en un estado de desasosiego é irritacion, que casi rayaba en los límites de la demencia.

Era ya enteramente de noche cuando salió á la calle: la lluvia habia cesado, pero el frio era aun mas intenso que antes. La calle estaba desierta, circunstancia que le libertó de uno de sus mas graves temores por el momento, que era el de ser visto. Embozado en su capa hasta las cejas, mirando á todos lados como un amante ó un malhechor que temen ser descubiertos —(lo siento por los amantes, pero la asimilacion es exacta), salió D. Luis del portal, y tiró rápidamente hácia la izquierda para dirigirse á casa de su hermano; pero no bien hubo andado veinte pasos, cuando divisó en la sombra, á poco mas de cuatro varas de sí, un bulto que, mirado con atencion, descubrió ser un hombre y una mujer de bracero, él embozado en una capa parda como de arriero, y ella con un chal ó manton sobre la cabeza. Si grande fué el disgusto que causó á D. Luis aquel encuentro, no pareció ser menor el que causó su aparicion á los dos recien llegados: paráronse los tres como de comun acuerdo, torció D. Luis á la acera opuesta, y en vez de proseguir su camino volvió hácia el otro lado de la calle. El hombre y la mujer del chal siguieron adelante; y D. Luis, que iba volviendo la cabeza á cada instante, movido por una inexplicable cu-

riosidad, los vió entrar en la casa número 14, de donde él acababa de salir.

—Hé aquí, exclamó D. Luis, hé aquí otro de los grandes inconvenientes de tolerar esos lugares malditos: merced á ellos, cualquiera mujer á quien dejan alguna libertad no merecida sus padres ó su marido, puede á favor de un disfraz, sin comprometerse á los ojos del público, satisfacer su indigna pasion, sin los peligros que correria en su propia casa. Las que tienen, por ejemplo, amores con un hijo de familia, con un hombre casado...

Si es cierto que todos tenemos un diablillo familiar que nos sopla al oido los malos pensamientos, el de D. Luis fué ciertamente quien le inspiró aquella analogía, tan traida por los cabellos, con la presunta situacion de su mujer. Sin embargo, grande debió ser la vehemencia con que se apoderó esta idea de su imaginacion delirante, cuando le dejó como clavado en el sitio en que le sorprendió antes de salir de la angosta y ominosa calle, y lo que es aun más, cuando se le figuró que habia hallado á primera vista, aunque sin darse cuenta á si mismo de lo que sentia en el primer momento de turbacion, en el talle de la mujer del chal una vaga semejanza con Isabel.

Hay quien asegura que nada es inexplicable en este mundo, y particularmente en las acciones físicas y mentales del hombre, aun las mas insignificantes, y que si tantas de estas acciones, como, por ejemplo, los presentimientos, nos lo parecen, es porque nuestra limitada comprension no siempre alcanza las ocultas razones que las determinan.

Con arreglo á este sistema, bien podria con fundamento tacharse de impropia la calificacion de *inexpli-*

cable que di poco antes á la curiosidad que hacia á D. Luis volver atrás la cabeza para ver al misterioso grupo que entró en la casa número 14. Pero por otra parte, aquella idea tenia tan poco asidero; D. Luis habia visto tan confusamente á aquella mujer; era tan ageno de toda verosimilitud que Isabel hubiese descendido á aquel vergonzoso grado de depravacion, que despues de haber reflexionado un segundo, él mismo ahuyentó de sí aquella ilusion como un mal pensamiento, como una sujestion infernal. —¡Insensato! insensato! decia: aquel maldito anónimo me ha trastornado la cabeza... Se me ha figurado, es verdad, ver en esa miserable á Isabel; pero es porque en mi locura la veo en todas partes... ¿No se me figuró tambien en el primer momento reconocerla en aquella infeliz que acabo de dejar espirando en la ignominia y el dolor?...

É indignado contra sí mismo por haberse dejado llevar de tan viles cavilaciones, torció de nuevo á la izquierda y echó á andar á pasos precipitados hácia la casa de su hermano. Decir todos los pensamientos que iban bullendo en su imaginacion durante el camino; enumerar todos los encontrones que se pegó en las esquinas y en las piedras de la calle; repetir todas las palabras confusas é inconexas que iban barbotando sus labios, seria empresa superior á mis escasas fuerzas. Como en el privilegiado suelo de Andalucía toda semilla que se deja caer á la ventura, prende y brota espontánea é irresistiblemente, así en la exaltada fantasía de D. Luis, cada sospecha que le habian infundido, cada conjetura que habia formado, cada ilusion que se le habia pasado por la cabeza, aun las que no habian durado más que un momento, aun las mas extravagantes y desatinadas, habian echado raices, habian

brotado con prodigiosa fecundidad, y digámoslo así, todas las ramas de aquella fantástica vegetacion, revueltas y entretejidas unas con otras, formaban en su pobre cerebro el mas enmarañado laberinto en que jamás se perdió la sana razon de un alumno de Hipócrates.

Cuando llegó á casa de su hermano, supo que este, viendo que tardaba en volver, habia ido á acompañar á Isabel á su casa. Mil lucecitas de mil colores le pasaron al pobre médico por delante de los ojos al oir esta inesperada respuesta; y mientras se la daba el criado que salió á abrirle, tuvo que apoyarse en la baranda de la escalera para no dar consigo en tierra.

—La señora creia que V. iria á sus visitas como acostumbra de seis y media á once, y que no volveria ya por aquí, prosiguió el criado: además se sentia desazonada.

—Bien, bien, respondió D. Luis, y temiendo venderse delante del criado, bajó las escaleras pálido, asido á la baranda, sin poder apenas tenerse, como alguno de los muchos desdichados á quienes tantas veces habia visto en el hospital de Barcelona bajar á la sala de operaciones á hacerse cortar un brazo ó extirpar un cáncer. En efecto, era muy singular lo que le pasaba: una hora hacia poco mas ó menos que habia salido de casa de su hermano dejando á Isabel sana y buena; esta nunca solia retirarse hasta la diez ó las once, en que él iba á recogerla de vuelta de sus visitas; á mayor abundamiento, le habia recomendado con el empeño que antes dije que aguardase allí, —pues volveria sin falta á buscarla; habia creido, como ya hemos visto, reconocerla en la calle..... Fuerza es confesar que si cada una de estas circunstancias en sí y considerada

aisladamente, poco ó nada significaban, la reunion de todas ellas era grave indicio de la culpabilidad de Isabel, ó suponia un particular encono de la suerte contra la tranquilidad del malhadado D. Luis.

—¡Una certeza! una certeza! exclamaba desesperado, y pedia á Dios como un favor supremo que le sacase de aquel piélago de inquietudes, aun á costa de una terrible conviccion.

Como si estuviera destinado todo aquel dia á contínuas alternativas de temor y de esperanza, cuando volvió á su casa, en lo que tardó el doble de lo que buenamente se necesitaba para andar aquel camino, tanto le temblaban las rodillas, encontró á su mujer acostada y con una calentura aun mas fuerte que la que habia tenido la noche anterior. No era, pues, falsa la desazon que habia alegado para retirarse temprano de casa de Lorenzo, y quitada esta piedra angular del edificio ilusorio en que habia fundado su deshonra, gran parte de aquel edificio se venia abajo. Desde luego ya era evidente que se habia engañado creyendo reconocer á Isabel en la tapada del chal, y no era esta entre las muchas espinas que llevaba clavadas en el alma, una de las que menos le escocian á despecho de su clara razon.

Toda la noche veló D. Luis á su mujer, y como á la mañana siguiente no se declaró ninguna mejoría, y la situacion excepcional de la enferma exigia particular cuidado, dejó el médico sus visitas por aquel dia, y no se apartó un punto de la cabecera de su mujer. Tres ó cuatro veces fué Lorenzo á verla, y con la mejor voluntad del mundo, no pudo menos D. Luis de sorpronder entre ellos algunos de aquellos signos de inteligencia que tanto le habian desazonado el dia antes

á la mesa; y para que todo volviese otra vez á renovar para el desdichado marido las agitaciones de la víspera, á cada nueva visita de su cuñado, una visible mejoría se notaba en la enferma.

Al dia siguiente esta pudo ya levantarse, y D. Luis por su parte no tuvo valor para privar por mas tiempo á sus enfermos de su asistencia. Con motivo ó con pretexto de ir á ver á su cuñada, cuya salud, sin embargo, no daba ningun cuidado, Isabel salió al anochecer con Lorenzo y no volvió hasta las nueve de la noche. Así lo averiguó D. Luis resolviéndose por primera vez á la mañana siguiente, aunque con indecible repugnancia y haciendo un gesto como si tragara una toma de quínina, á preguntar á qué hora habia venido la señora. Parecíale al celoso médico que aquella pregunta tan natural, pero á la que quitaba algo de su naturalidad la afectada indiferencia con que él la hizo, iba á dar derecho á su criado para despreciar á Isabel. Esto pasaba, como habrá observado el lector, si ha llevado cuenta con la cronología de estos sucesos, el 2 de diciembre, y el 3 por la mañana fué cuando recibió don Luis la esquela anónima con que empieza esta verídica narracion.

Volviendo ahora á nuestro punto de partida, acaso reconocerá el lector que este largo rodeo que hemos dado, no ha estado enteramente de más para hacerle comprender bien la situacion de nuestro protagonista cuando leyó la susodicha esquela. Todavia la comprenderá mejor cuando le haga observar una circunstancia en que él tal vez no habrá reparado; pero en que ciertamente reparó D. Luis, y es que las señas de la casa calle de...., núm. 14, que designaba el corresponsal anónimo para objeto de la observacion del

ultrajado marido entre seis y media y siete de la tarde de aquel dia, eran puntualmente las de aquella casa á donde cuatro dias antes le condujo la señora del velo, y donde le pasó todo lo que dejo referido. Descritos, pues, ya nuestros principales personajes, y pintada con la claridad que me ha sido posible la situacion respectiva de cada uno, y señaladamente la del principal de ellos, tiempo es ya de que comience la *accion* propiamente tal de esta historia.

III.

TERRIBLE CONVICCION.

Casi me parece inútil decir que desde luego se propuso D. Luis hacer la prueba que le encargaba la esquela anónima; y á fin de ahuyentar mejor toda sospecha del ánimo de su mujer y de dejarla en completa libertad, determinó, acaso por primera vez de su vida, inventar una mentira y sostenerla con impavidez. La vulgaridad del arbitrio que se le ocurrió es la mejor prueba de su inexperiencia en punto á ficciones novelescas, pues, despues de haberlo pensado mucho, no halló en su prosáica imaginacion mas que el trilladísimo y altamente inverosímil medio, atendida la estacion, de decir á su mujer que, pues ya la veia tan restablecida, no titubeaba en acceder al ruego de un amigo que le llamaba con mucha prisa y grandes instancias para partear á su mujer, con quien residia en una torre (1) á un cuarto de legua de Barcelona.

—Por lo que me escribe mi amigo y por el mal es-

(1) Quinta ó casa de campo. Es término provincial.

tado de los caminos, añadió con una afectada naturalidad que solo podia engañar á una pecadora muy novicia, pero que él tomaba por el *non plus ultra* del disimulo, tanto que, allá en sus adentros, se creia en aquel momento por lo menos un Talleyrand, es regular que tenga que quedarme á pasar allí la noche; con que no me esperes hasta mañana.— Una viva expresion de alegría que sorprendió D. Luis en los ojos de su mujer, le hizo darse interiormente el parabien de lo que él conceptuaba su refinadísima perfidia, y no le dejó duda de que estaba en vísperas de acabar de una vez con el suplicio de tantas y tan crueles dudas.

Eran las seis y media de la tarde de aquel dia, y ya hacia dos horas largas que un arriero aragonés, con su sombreron pando y su capa parda, que no dejaba ver hácia los piés mas que la parte inferior de dos botines de cuero, y hácia la cara, mas que dos patillazas negras y dos cejas que parecian una sola, espesas como matorrales, rondaba la angosta calle de..... por las cercanías del núm. 14. Probablemente habrá ya adivinado el advertido lector que aquel arriero aragonés no era otro que nuestro buen D. Luis, que habia creido necesario nada menos que aquel disfraz, aquellas patillas monstruosas y aquellas cejas unidas y soldadas entre sí para ocultar una fisonomía conocida de toda Barcelona, y particularmente de las dos personas de quienes mas le importaba recatarse. Ni aun esto era invencion de D. Luis, cuya infecundidad de imaginacion ya hemos podido notar, pues no hacia en ello mas que seguir literalmente el acertado consejo de su corresponsal anónimo: «Excuso decir á V. que procure disfrazarse de »modo que no pueda conocerle la persona que, á no »mediar esta precaucion, tendria naturalmente tanto

»interés en evitar el ser descubierta, como V. puede »tener en descubrirla.» Estas eran, si no lo ha olvidado el lector, sus palabras textuales.

Cierto que por mucho servicio que hubiese hecho en el mundo, jamás debajo de aquel sombreron zaragozano, redondo, achaparrado y negruzco como una hogaza de pan de municion, habian fermentado pensamientos mas amargos y tempestuosos que los que bullian á la sazon en la cabeza de D. Luis y derramaban sobre su frente un velo funeral. ¿Qué descubrimiento iba á hacer? ¿Iba á decir un eterno adios á todas sus ilusiones de felicidad? ¿Iba á quedar condenado á no ver mas que un ser infame y despreciable en la mujer que habia sido el ídolo de su venturosa juventud; en la que todavía amaba con delirio; en la que llevaba en sus entrañas maternales la mas dulce esperanza de su vida? ¡Ah! sin la cruel preparacion de los cuatro aciagos dias que habian precedido á aquel; sin el duro aprendizaje de paciencia y dolor á que le habian sometido; sin la lenta y horrible gradacion de amarguras que se habian ido sucediendo en su alma en aquel corto espacio de tiempo, acaso Isabel y su supuesto cómplice hubieran pagado con la vida su traicion. Pero aquellos cuatro dias habian envejecido á D. Luis: ya no le quedaba energía mas que para padecer; pero para esto la tenia en un grado espantoso, porque, en efecto, padecia como un mártir, como deben padecer los réprobos en el infierno. Tiritaba de frio, y al mismo tiempo se sentia arder interiormente; un insoportable dolor de cabeza, ocasionado por el frio, la agitacion y la falta de sueño y de alimento le partia la frente. De cuando en cuando tenia que apoyarse en una pared para no dar consigo en el suelo. Cierto que me es do-

loroso pintar á nuestro héroe con todas estas flaquezas mujeriles, y que no se me oculta cuánto mas dramático seria presentarle hecho un Amadis, ó un Malek-Adel, impávido y sereno en medio de la mas importante crísis de su vida; pero no es mi ánimo hacer aquí una excursion por el mundo fantástico de las novelas, sino describir una situacion posible y aun verdadera. Sobre todo, D. Luis era así, y no es regular levantarle falsos testimonios para *producir efecto*. No es culpa del que va relatando estas escenas de la vida íntima, si la realidad no es siempre heróica.

Acababan de dar las siete en el reloj de la iglesia vecina; una lluvia fria y copiosa hacia relucir como conchas las limpias piedras de la calle, que estaba desierta á la sazon y empezaba á cubrirse de espesas sombras. A pesar de aquella oscuridad, acrecentada por la fria niebla que toda la tarde habia cubierto á Barcelona, con entera certeza reconoció D. Luis en un hombre y una mujer que, dados del brazo, entraron en la casa núm. 14, á su esposa Isabel y á su hermano: tambien se cercioró de que eran los mismos que habia encontrado en aquella calle dos noches antes. Ninguna duda le quedó, ninguna; vió á Isabel, oyó su voz, pues no recelándose del arriero y estando por lo demás, como ya he dicho, la calle solitaria, hablaba naturalmente con Lorenzo: ¡ella era! él era! Toda incertidumbre habia desaparecido.

Si un rayo hubiera caido á sus piés; si le hubieran leido su sentencia de muerte; si le hubieran dado en aquel momento una puñalada en el corazon, no habria quedado D. Luis tan profundamente anonadado como quedó con aquel terrible descubrimiento. — ¡Dios mio! Dios mio! exclamó con voz moribunda. No pudo decir

más: la cólera, el dolor, la indignacion, mil afectos á cual mas violentos se reunieron en aquel horrible instante para privarle enteramente de razon. No sabia si soñaba ó estaba despierto: queria andar y no podia, como si tuviera los pies clavados en el suelo por efecto de algun irresistible sortilegio.

Así permaneció algunos instantes, como suspendido entre la vida y la muerte. — Luego de pronto, haciendo un esfuerzo desesperado, lanzando un grito de rabia y de dolor que resonó en la desierta calle como el rugido de una fiera, los ojos llameantes, entreabiertos los labios por una espantosa contraccion de todos los músculos de su rostro, lívido, desencajado, lo que daba entonces á su expresion una vaga semejanza con aquella horrible sonrisa sardónica que imprime á cierta luz una apariencia de vida en los blancos huesos de una calavera, se precipitó furioso, insensato, hácia la fatal casa donde acababan de sepultarse para siempre su honor, su felicidad y acaso su razon. — Pero el exceso de sus pasadas y presentes angustias fué superior á las fuerzas de su alma, ya tan quebrantada y dolorida; el estrago que habia hecho en ella aquel último golpe acabó de postrarla: un súbito arrebato de sangre á la cabeza le hizo caer sin sentido al suelo en el momento mismo de ir á poner el pié en el portal, por donde pocos momentos antes habian entrado, en alas de una impaciencia que en breve podrá calificar el lector, su hermano y su esposa.

Mas de dos horas pasó D. Luis en aquel profundo parasismo, que, á prolongarse mas tiempo, hubiera podido serle mortal, y en él le dejaremos por ahora para hacer, aunque en menos violentas disposiciones de ánimo, lo que á él le impidió verificar su desmayo,

esto es, para introducirnos en el oscuro portal de la casa en seguimiento del hombre y de la mujer en quienes habia creido reconocer el desgraciado médico á Isabel y á Lorenzo.

IV.

ACLARACIONES.

En efecto, no se habia engañado D. Luis: su esposa y su hermano eran los que acababan de entrar en aquella casa, donde tan inocentemente, como sabe el lector, habia entrado él tambien cuatro dias antes. Subieron rápidamente la escalera como personas que conocian muy bien aquellas localidades, y llegado que hubieron al piso tercero, acudió con una palmatoria en la mano al vigoroso campanillazo que dió Lorenzo, la mujer que hasta ahora he designado con el nombre de la señora del velo.

—¿Cómo sigue? cómo va? ¿Hay alivio? está mejor? preguntó al verla Isabel con voz agitada, y desembarazándose á toda prisa de su capa y del manton que le cubria la cabeza á guisa de mantilla, este y aquella empapados en lluvia.

La señora Jacinta, que así se llamaba la del velo, ó lo que es lo mismo, la dueña de la casa, no respondió palabra: bajó los ojos y precedió á Isabel para entrar en la alcoba contigua á la piececita donde se hallaban. Lorenzo se quedó en ella sentado en una silla, con la frente apoyada en la palma de la mano derecha y los ojos fijos en el suelo, como engolfado en melancólicos pensamientos.

La misma escasa luz de una lamparilla, la misma

pobre cama, la misma vieja labradora acurrucada en un rincon, y la misma jóven enferma que vió en la alcoba el médico cuatro dias antes, daban en aquel momento un aspecto de singular tristeza á aquella pobre estancia; solo una cosa habia cambiado en ella, y era el estado de la infeliz que ocupaba la cama: enferma de gravedad cuando la vió D. Luis, estaba á la sazon moribunda. En su pálido y descarnado semblante, en sus ojos mates y cristalinos, en la celeridad mecánica con que sobaba con los dedos los pliegues de las sábanas, en el precipitado y ronco sonido de su respiracion, fácil era conocer que ningun auxilio humano podia salvarla.

Estaba echada boca arriba, y como á causa del excesivo calor que hacia en aquel cuarto siempre cerrado, y cuya atmósfera abrasaba la respiracion calenturienta de la enferma, habia esta con sus movimientos convulsivos y casi contínuos tirado al suelo las mantas; sus formas angulosas se dibujaban fuertemente en largas líneas duras y secas sobre la sábana que la cubria como una blanca mortaja. Solo interrumpian el tétrico silencio que reinaba en aquel sitio el anheloso resuello de la enferma y los sordos sollozos que salian de un oscuro rincon de la estancia, donde arrodillada delante de una imágen de nuestra Señora de Montserrate estaba la viejecita labradora á quien D. Luis habia tomado por la madre de la enferma. Isabel, pálida, reteniendo el aliento, los ojos arrasados de llanto, se acercó de puntillas á la cama, cogió una mano á la enferma, apartó con sumo tiento un mechon de pelo que le habia caido sobre la frente y enjugó con su pañuelo las gotas de sudor que le corrian por las sienes.

—¡Clara! Clarita! Clara!..... subiendo lentamente

de tono, pero siempre con voz apagada, tres veces llamó Isabel por su nombre á la pobre enferma, sin que á las dos primeras diese esta señal de oirla; pero á la tercera volvió los ojos hácia la voz que la llamaba, retorciéndolos en sus órbitas de un modo horrible.

—¡Isabelita! respondió con voz apenas inteligible, y haciendo un esfuerzo para coger y apretar la mano con que la esposa del doctor, iniciada sin duda por su marido en los primeros rudimentos de la ciencia médica, le tomaba el pulso, agitado, desigual como un reloj descompuesto. Púsole Isabel un dedo en la boca en señal de que callase; pero la pobre enferma á quien el ardor de la calentura y tambien probablemente la viva alegría que, aun en medio de su dolorosa postracion, mostraba haber recibido con aquella visita, comunicaban una especie de energía ficticia, prosiguió diciendo con voz lenta y cavernosa al principio, pero que por grados se fué animando hasta llegar á una entonacion casi natural:

—¡Isabel! Isabel mia!... ¡Ya no hay remedio para mí!.....

Isabel volvió rápidamente la cabeza para enjugarse los ojos con su pañuelo, miró con una indecible expresion de cariño y compasion á la pobre enferma, quiso hablar; pero profundamente enternecida por el eco de aquella voz casi exánime y de una dulzura llena de melancolía, no pudo pronunciar ni una sola palabra. De nuevo puso á la enferma la mano en la boca para indicarla que callara, y de nuevo tambien tuvo que volver la cara para enjugarse los ojos.

—¿No es verdad, Isabel? Bien sabes tú que ya no hay remedio para mí.

— Calla, calla, interrumpió Isabel, venciéndose para hablar.

La enferma prosiguió con sin igual abatimiento.

— Cuando has vuelto á verme á este sitio, es señal de que no te queda esperanza de verme en otro. De aquí me sacarán para la sepultura.

— Clara, no digas eso... sanarás... serás féliz...

Siguió á estas palabras, que sin duda produjeron en el ánimo de la enferma una dolorosa impresion, á juzgar por el movimiento que hizo con la cabeza, lleno de amargura y desconsuelo, un breve rato de silencio. Clara seguia apretando entre las suyas una mano de Isabel, mientras esta tenia, como antes dije vuelta la cabeza, para no desanimarla con su involuntario llanto, que en vano queria disimular.

— ¿Ha venido Lorenzo? preguntó de pronto la enferma haciendo un violento esfuerzo para incorporarse, y adelantando la cabeza hácia la puerta que comunicaba con la pieza contigua donde habia quedado aquel, y que estaba entornada: ¿Ha venido? ¡Tendria tanto gusto en verle!... Que no crea que le guardo rencor... ¡Dios sabe que muero perdonándole!

— Pero, Clara, tú sabes que nada te hace tanto daño como el hablar... Sosiégate... no pienses en esas cosas.

Como si estas palabras que á duras penas lograba articular Isabel no llegasen á los oidos ó no alcanzasen á penetrar en la entorpecida inteligencia de la moribunda, esta prosiguió sin cortar el hilo de sus ideas.

— No fué solo suya la culpa... él no podia prever que hallaria en mí un corazon tan bien preparado para las miserias á que me reservaba la suerte. El no podia prever que al cabo, de caida en caida, vendria á parar

aquí... ¡Aquí! repitió con acento tan desolado, que Isabel, no pudiendo ya contenerse por mas tiempo, se abrazó á ella prorumpiendo en llanto. Los roncos sollozos con que respondió la enferma á aquella espontánea señal de cariño hubieran quebrantado un corazon de piedra.

Esta dolorosa escena se prolongó así en silencio algunos minutos, al cabo de los cuales, recobrando una y otra alguna serenidad, y como si aquella dulce expansion hubiese despejado algun tanto la cabeza de la enferma, prosiguió esta volviendo al mismo órden de ideas que antes la ocupaba y que era su tema favorito en los escasos momentos lúcidos que le dejaban la calentura y la violencia de sus dolores.

—Tú eras muy niña, Isabelita, y no podrás acordarte de cuando iba á vernos, tan amable, tan seductor, á aquel pueblo de la montaña... ¿te acuerdas? á aquel pueblecito donde vivia mi nodriza...

—¡Eh! ¿qué manda V.? saltó la viejecita vestida de labradora que hasta entonces habia estado llorando en un rincon, inmóvil, abatida, silenciosa, como una de esas estátuas de mármol que se ven tristemente sentadas en los zócalos de algunos antiguos sepulcros.

—Nada, nada; Clara me estaba recordando los tiempos en que ibamos las dos á pasar un mes todos los años á tu casa... en la montaña... donde conoció á aquel jóven...

—¡Mal rayo en él! exclamó la vieja.

—¡Silencio! dijo Isabel.

—¡Maldito! maldito sea! prosiguió la labradora en su enérgico dialecto catalan con la exaltacion de una inspirada sibila.—¡Maldito! maldito sea! ¡Él tiene la culpa de todo; él es, él su verdadero asesino!... pero

algun dia lo purgará en el infierno, añadió levantando su descarnado brazo con ademan profético.

—¡El infierno! el infierno! murmuró la enferma con voz que partia el alma.

Y por primera vez, desde que habia empezado aquella dolorosa entrevista, por primera vez corrieron dos lágrimas por sus mejillas lívidas y abrasadas. Isabel se apresuró á enjugarlas con su mano, mientras la irritada anciana, despues de echar una sombría mirada á la puerta que comunicaba con la estancia inmediata, como si *rastrease* con el instinto propio de las fieras, la presencia en ella del hombre á quien con tanta energía acababa de maldecir, fué á sentarse en su rincon, donde quedó como antes, inmóvil, con la cabeza entre las manos, acurrucada en la siniestra actitud de una bruja de Goya.

—¿Crées tú que me salvaré, Isabel? prosiguió en fin la enferma mirando á esta con una inefable expresion de angustia. Desde que recibí anoche la Extrema-Uncion, Dios sabe que no ha pasado por mi cabeza ni un solo mal pensamiento. El buen sacerdote que me asiste dice que Dios tiene compasion de los arrepentidos: toda la mañana me ha estado hablando de la Magdalena, que tambien fué muy gran pecadora, y que ahora es una Santa en el cielo, como las que nunca tuvieron grandes pecados que llorar. Ella lloró los suyos, como yo lloro los mios: ella hizo penitencia, como yo la he hecho; se arrepintió... yo tambien; Isabel, estoy muy arrepentida... y el Señor perdonó á Magdalena...

—Tambien á ti te perdonará, Clara, dijo Isabel con voz ahogada en llanto, porque presentaba en verdad un espectáculo profundamente triste la conformidad

con que la pobre enferma hablaba de su cercana muerte.

Lorenzo, en pié junto á la puerta entornada desde que habia oido la voz de Clara, sacó entonces su pañuelo y le acercó á sus ojos.

—¿Lo crées de veras, Isabel? ¿Crées que me perdonará? prosiguió Clara. ¡Ah! tú no sabes, tú no puedes saber, hija mía, hasta donde ha llegado mi perdicion; tú nunca sabrás cuántos perversos pensamientos ha abrigado mi alma, destrozada por pasiones que tú no podrias comprender. Isabel mia, y sobre todo, añadió en voz baja, y pugnando por acercarse al oido de su interlocutora con un ademan de loca,—y sobre todo, por un grande, por un terrible resentimiento!... acaso legítimo... acaso injusto... ¿quién sabe? ¡No! no fué de Lorenzo toda la culpa: yo merecí mi suerte, y yo te juro, Isabel mia, que ha sido cruel, muy cruel! ¡Ah! Dios no ha tenido compasion de mí!!.....

Despues de una breve pausa, durante la cual anubló por un momento su rostro cadavérico la expresion de una amargura infinita luchando con la triste resignacion que poco antes la animaba, prosiguió la infeliz:

—Solo una buena inspiracion he tenido, Isabel;—solo hay una accion en mi vida que puedo recordar sin remordimiento y cuya idea endulza un poco el rigor de este momento supremo. Mi deshonra á nadie ha manchado mas que á mí misma... siempre, á todo el mundo he ocultado el honrado nombre de nuestro padre... ¡Muerta para la virtud, he querido morir tambien para mi patria y para los mios!

—Sí, ¡pobre Clara! tu expiacion ha sido completa, y por eso debes tener confianza en el Señor...

—Pero ¿cómo quieres, Isabel, que olvide la desesperacion de nuestro buen padre cuando?...

—Nuestro padre murió sin conocer tu... desgracia...

—Me engañas, Isabel, —harto sé que lo que tú llamas mi *desgracia*... harto sé que mi infamia aceleró el término de su vida, añadió Clara con acento sombrío.

—No, Clara, no; bien te acordarás de que cuando salimos para la montaña, le dejamos peligrosamente enfermo, y de que por eso no pudo acompañarnos mamá...

—Sí, me acuerdo, y tambien sé que cuando supo que habias vuelto sola, murió maldiciéndome...

Isabel, á fin de ahuyentar de la imaginacion de la angustiada enferma aquel triste órden de ideas, la interrumpió para decirle si queria beber, y aunque aquella, en su mortal abatimiento, nada le respondió, se levantó, fué á tomar en una mesa una botellita de jarabe y dió á Clara dos cucharadas que ella tomó maquinalmente. Su imaginacion estaba en otra parte.

—¿Te acuerdas, Isabel, prosiguió luego que esta se hubo sentado junto á su cabecera; te acuerdas cuánto nos queria? ¡Dios sabe lo que debió sufrir el infeliz para maldecir á su hija idolatrada!... ¿Te acuerdas tambien de aquella mañana en que nuestra pobre madre lloró tanto á mis piés, perdonándome y pidiéndome que me arrepintiera?... ¡Pobre, pobre madre mia! ..

Y la triste Clara gemia y se desolaba sin consuelo. Isabel la besó en la frente, la arregló la cama y dijo reprimiendo los sollozos que la sofocaban:

—Calla, Clarita, no hables más; procura sosegarte, y luego que hayas descansado un poco, podrás seguir hablándome sin tanto inconveniente como ahora. Yo me estaré aquí, á tu lado, toda la noche si quieres, porque hoy, gracias á Dios, no tengo ninguna prisa. Luis ha salido esta tarde de Barcelona y no volverá hasta

mañana. Hoy podemos estar juntas sin ningun recelo. Vamos, procura descansar un rato.

Clara, sin embargo, prosiguió diciendo:

—La señora Jacinta me ha dicho que la otra tarde estuvo aquí tu marido... No sé cómo pude disimular delante de ella, cuando me lo dijo al dia siguiente. Aunque nunca le habia visto, creo que á no haberme hallado aquel dia tan á las puertas del sepulcro, mi corazon me hubiera dicho que era él. ¡Me le represento tan bien en mi imaginacion por lo que tú me has dicho! y luego, le profeso, sin conocerle, un cariño tan entrañable desde que sé que te hace tan dichosa, que es imposible que al verle no me hubiese dicho una secreta voz en el alma: ¡Ese es tu hermano, más que tu hermano!...

—Ya sé, Clara, ya sé que estuvo Luis aquí, y te aseguro que en mi vida he pasado un susto mayor que el que me dió la señora Jacinta cuando me dijo: «En este instante sale de ver á su protegida de V. el mejor médico de Barcelona, D. Luis A.....» Tampoco yo comprendo cómo mi turbacion en aquel momento no le descubrió lo que con tanto cuidado le estamos ocultando hace muchos dias. ¿Tú no crées que sospeche nada?

—Nada, al dia siguiente me dijo, como siempre, que habias venido á verme, que era mucho lo que te interesabas por mí, que bien se conocia que eras una señora muy caritativa. Estoy segura de que nada absolutamente sospecha. Tambien me contó que al entrar aquí te habias sentido muy desazonada y habias tenido que retirarte al instante...

—En cuanto tuve tiempo para llegar á casa y meterme en la cama; —si tardo diez minutos más... sobre todo, ¡si llega á encontrarme aquí! Solo de pensar-

lo me estremezco... aunque ¿quién sabe? Hay momentos en que creo que lo mejor seria descubrírselo todo y salir de una vez de esta intolerable situacion...

—¡Para que te prohibiese volver á verme!...

—Tal vez no; es tan bueno, tan generoso. ¿Por qué ha querido mi mala suerte que haya tenido que mentirle una vez? Toda mi desgracia viene de ahí.

—Y yo soy la causa de ella. ¡Perdóname, perdóname, Isabelita mia!

—¿Estás en tí? No me digas eso, Clara, interrumpió Isabel procurando sonreirse entre sus lágrimas. Por bien empleado doy el gran susto que me llevé la otra noche, cuando considero que á la visita de Luis debes el estar un poco mejor... Porque no te hagas ilusiones, añadió viendo la triste expresion de incredulidad que se pintaba en el semblante de la enferma; con esa pocion que te recetó Luis vas mucho mejor... No sé cómo pagar á esa pobre señora Jacinta el interés que la hizo acudir espontáneamente á buscar al que le indicaron como el mejor médico de Barcelona. Sin duda fué una inspiracion del cielo... dirás que soy supersticiosa, pero nadie me quitará de la cabeza que la venida de Luis á esta casa ha sido un golpe de la Providencia, que nos promete dias mas felices. Tú veras, tú verás...

—Tú verás, prosiguió Isabel, tomando la profunda postracion en que habia caido su hermana, y aquella especie de extática serenidad que se observa algunas veces en los moribundos, por señales de la íntima alegría con que escuchaba sus palabras de consuelo; tú verás, Clara, cómo todavía somos todos felices. Seguiré estrictamente el plan que tú deseas; Luis nada sabrá hasta que, á fuerza de expiaciones, de sacrificios, que en la excelente disposicion de tu ánimo no te se-

rán seguramente dolorosos, adquieras, como tú dices, el *derecho* de que te dé algun dia el nombre de hermana. Luego que te pongas buena, y salgas de aquí, cumplirás el voto que has hecho de pasar un año en un monasterio; luego vivirás algun tiempo retirada mateniéndote del trabajo de tus manos... Tambien se me ha ocurrido una cosa que todavía no he querido decirte, porque temia que el exceso de la alegría te hiciese daño; pero hoy por fortuna vas mejor y ya te lo puedo decir.

La amarga sonrisa que contractó por un momento las facciones de Clara, contribuyó á prolongar la ilusion de su hermana, la cual prosiguió con aquel tono de exagerada confianza, que suele emplearse con los niños y que ellos escuchan dóciles y embelesados.

—Sabrás que he resuelto, para ir preparando á Luis poco á poco á que te aprecie con el trato, como mereces, que luego que hayas cumplido tu voto y te retires á vivir de tu trabajo, vengas algunos dias á casa con diferentes pretextos,—unas veces para traerme los encargos que yo te haré,— otras para hacer costura, para bordar conmigo... Y luego, cuando ya Luis, siempre sin saber quién eres, ni conocerte mas que por el nombre fingido que adoptes, se haya acostumbrado á verte en casa, y se haya interesado por tí, yo le pediré que vengas enteramente á quedarte con nosotros como aya de mis hijos, que te querrán como á una segunda madre..... ¿No me respondes?..... ¿Qué es eso? ¡Clara! Clara!.....

Pero la pobre Clara no podia responderle. El violento esfuerzo que habia tenido que hacer para seguir con su hermana aquella larga plática; el tropel de ideas que se agolpaban á su débil imaginacion oscurecida por

las sombras precursoras de la muerte; hasta el mismo risueño porvenir que le pintaba Isabel, todo contribuyó á producir en ella una crísis que por espacio de dos horas tuvo á la jóven enferma en un letargo que la hacia insensible á todas las cosas externas. Un copioso sudor corria por su frente, y un momento despues todo su cuerpo tiritaba de frio; su semblante iba descomponiéndose por instantes; las pupilas de sus ojos empezaban á *desleirse*, digámoslo así, en un vago flúido amarillento, terribles y frecuentes señales exteriores de la cruda batalla que sostiene el alma inmortal para romper su cárcel de barro.

V.

FANTASMAGORÍA.

Apenas se desmayó Clara, entró en la estancia Lorenzo, que hasta entonces no se habia atrevido á presentarse por no agravar la situacion de la enferma con las vivas sensaciones que naturalmente debia despertar en ella su vista Llegóse al lecho á cuyos piés estaba Isabel sentada llorando, y contempló largo tiempo con ojos tétricos y sombríos aquel rostro, ahora trabajado por todos los síntomas de una angustiosa muerte, y tan hermoso algun dia. Clara era el vivo retrato de su hermana Isabel, y ya hemos visto que no se le escapó esta semejanza á D. Luis, aunque él la atribuyó naturalmente á la turbacion de su espíritu.

Durante aquellas horas de profunda meditacion, en pié junto al lecho de una infeliz que probablemente no veria salir el primer sol, toda su vida pasada se le representó á Lorenzo en la imaginacion con la fuerza y

la verdad que dan á los objetos de la naturaleza, reproducidos en un papel, los efectos mágicos de la cámara oscura.

Trasladóse mentalmente á doce años antes del momento actual, á aquel pintoresco pueblecito de las montañas de Cataluña, donde, bajo la custodia sobrado negligente de una aya francesa y *sentimental*, mas atenta á enternecerse con las heróinas del vizconde de Arlincourt, entonces en todo su ange, y á exhalar por aquellas agrestes soledades, en melancólicas reminiscencias de Lamartine, las amarguras de su alma no resignada á la esterilidad de un celibato desmesuradamente prolongado, que á cuidar sus hermosas alumnas; —donde, bajo la custodia de una aya, vuelvo á decir, y al cuidado harto indulgente tambien, pero por motivos mas legítimos, de la buena labradora que habia criado á Clara, esta y su hermanita Isabel pasaban todos los años el mes mas caluroso del verano. Veia á las dos hermanas, lindas y puras como dos flores de mayo, con sus vestidos blancos y sus anchos cinturones azules, cuyas largas puntas, formando graciosos lazos, ondeaban á merced del viento en derredor de sus airosos cuerpos, como las alas de un ángel. Veia, y de ángeles le parecian tambien, sus hechiceros r stros de leche y rosa, llenos de donaire y de candor, bajo sus grandes sombreros redondos de fina paja de Italia á *la pastora*. Creia seguirlas con los ojos al rayar el alba por los valles y las verdes praderas, ya corriendo hasta faltarles la respiracion, ya andando lentamente por entre las altas matas esmaltadas de aquellas mil lindas florecillas silvestres de todos matices, que nacen con preferencia en los terrenos que por muchos meses ha cubierto el invierno de nieve. Su imaginacion exaltada las tomaba en

aquel instante, en que creia verlas entre las flores, formando con ellas frescos ramilletes con que adornaban sus cinturas y sus sombreros, por dos azucenas vivas y animadas, é involuntariamente se le venia al pensamiento aquella deliciosa aparicion de que habla el Dante:

E la m'apparve...

Una donna soletta que si gia
Cantando ed iscegliendo fior da fiore
Onde era pinta tutta la sua via.

Veia á Clara, ya de cuando en cuando séria y pensativa, alzando á veces al cielo sus rasgados ojos azules, ó echando largas miradas á los lejanos horizontes, cual si se esperase á ver aparecérsele de pronto, radiante de juventud y de hermosura, como se ven en las encantadoras leyendas alemanas, el ser ideal que vagamente anhelaba su corazon de diez y seis años. Isabel, mucho mas niña, indiferente todavía á las aspiraciones del alma, alegre y ligera como un cabritillo, corria y trepaba por los floridos collados, saltaba los arroyos, perseguia á las mariposas, llevando á mil puntos distintos cada diez minutos sus piececillos de silfide y su bulliciosa alegría. El contraste entre las dos hermanas era tan bello como ellas mismas.

Pasaba esto en la época en que habia llegado Lorenzo al apogeo de su gloria á la *Lovelace;* un desafío muy sonado en Barcelona y aun en toda España le habia obligado á huir de aquella ciudad y á refugiarse en una aldea de la montaña, aguardando un momento favorable para pasar á Francia. El lance era muy sério y podia conducir á su héroe á un presidio, ó tal vez

mas allá; tratábase de un bofeton dado en plena Rambla á un coronel francés rezagado del ejército del duque de Angulema y hombre de gran influencia entonces; el ciego espíritu de partido, propio de aquella aciaga época, habia envenenado la causa de Lorenzo, muy tachado de liberalismo, dando á su provocacion un colorido político, mortal en aquellas circunstancias; la fuga era, pues, su única áncora de salvacion. En efecto, logró, con el favor de algunos amigos, llegar á T***, graciosa aldea encajada, como el nido de un águila, entre dos picos de una montaña magnífica, que por su posicion casi inaccesible le ofrecia un refugio seguro, pero donde debia tambien hallar un orígen de acerbos sinsabores para toda su vida.

En aquel lugarcito habitaba la labradora que habia sido nodriza de Clara, y á cuya casa, como ya he dicho, iban las dos hermanas todos los años á pasar un mes. La delicada constitucion de la mayor, en quien descubrian ya los médicos tristes señales de la terrible enfermedad del pecho, que tan jóven la llevó á la sepultura, exigia que fuese á respirar de cuando en cuando el aire puro de las montañas. Desgraciadamente, aquel año, —como ya vimos en la anterior conversacion de las dos hermanas, —no pudo acompañarlas su madre, aunque con mucho sentimiento, por tener á la sazon muy gravemente enfermo á su marido.

Era á fines de agosto. Lorenzo conoció allí á las dos hermanas, y pronto llegó á ser el inseparable compañero de sus largos paseos campestres. La buena labradora, ocupada en sus faenas caseras, rarísima vez podia acompañarlas; además, aquella alma sencilla, dotada de esa rectitud nativa que no tiene ojos para el mal, no debia prever los peligros de aquella intimidad

naciente. El aya francesa, ya lo he dicho, en nada pensaba menos que en su obligacion de vigilar á las niñas; su presencia fué mas bien un nuevo escollo que no una salva-guardia para la pobre Clara. Ridículamente novelesca, como la mayor parte de las infelices condenadas á una doncellez sin término probable por su escaso caudal ó por su poca hermosura — (mademoiselle de Saint-Amand, que así se llamaba el aya, acumulaba en grado superlativo estos dos aciagos elementos anti-matrimoniales); — entusiasta admiradora de todos los hombres solteros en general y de cada uno en particular, señaladamente de los *artistas*, Lorenzo reunia todas las cualidades necesarias, — la de hombre, la de soltero y la de poeta, — para hacer una profunda impresion en aquel corazon virginal. Dotada además de aquella tendencia al coqueteo que suele acompañar á sus compatriotas hasta en la edad mas provecta, mademoiselle de Saint-Amand no tardó en soñar en una *intriga* amorosa con el jóven fugitivo, y este por su parte conocia demasiado á la mujer en todos los períodos de su vida, para no cultivar hábilmente aquella extravagante pasion, haciéndola redundar en provecho de sus funestos planes contra la felicidad y la inocencia de Clara.

Cierto que fué un doloroso y fatal capricho de la suerte aquel singular encuentro de un jóven, — no diré absolutamente depravado, pero de pasiones vehementes, maestro consumado en el arte de la seduccion, de una moralidad mas que fácil, ocioso, sin ninguna de las distracciones á que estaba acostumbrado — y de una niña hermosa, inocente, dotada por su desgracia de una de aquellas imaginaciones exaltadas, harto predispuesta á un precoz divorcio con la inocencia, y

abandonada sin defensa á un peligro, siempre renaciente, en la edad mas peligrosa y en medio de la fatal combinacion de circunstancias que acabo de bosquejar.

Una mañana, al despertarse, quedó Isabelita muy tristemente sorprendida de no hallar á su hermana á su lado, imaginándose que habria salido á paseo sin ella por no despertarla, pero contando con que volveria por ella. Largo rato aguardó con el corazon oprimido, no en verdad por el presentimiento de una desgracia, harto probable, pero que la inocente no estaba en edad de prever, sino por la natural pesadumbre de quedarse aquella mañana sin su acostumbrado paseo. Al fin se decidió á despertar á su aya, que dormia en una pieza contigua: la labradora habia salido, en la tarde del dia anterior, para ir á buscar algunas provisiones en un lugar distante de aquel muy pocas leguas, y solo habian quedado en la casa sus dos hijos y el mozo de la labranza. Este declaró que habia visto salir á doña Clarita poco despues de amanecer, mientras estaba preparando los aperos y la yunta para los amos; que notó que iba *así*, *como llorosa*, y que habiéndole preguntado qué tenia, la señorita le respondió que le dolia mucho la cabeza y que, como no podia dormir, iba á ver si se aliviaba con el fresco de la mañana; que no despertase á nadie, pues pronto volveria.

Toda la mañana la esperaron en vano; los dos hijos de la labradora hicieron las mayores pesquisas por todas aquellas montañas; recorrieron todos los lugares inmediatos: todo fué inútil; ni Clara ni Lorenzo parecieron en todo aquel dia. Renuncio á pintar la aflicion de Isabelita, los extremos de sorpresa, los aspa-

vientos de melodrama que hizo el aya, combatida por el temor de perder su empleo, y por la indignacion de verse así burlada por un *perjuro amante* (pues ella al punto vió un *rapto* en la desaparicion que los otros interpretaban aun mas siniestramente); reunció sobre todo á pintar la desesperacion de la pobre labradora cuando al volver á su casa se encontró con aquellas tristes nuevas. Por fin á la mañana siguiente un expreso á caballo trajo una carta de Clara para su nodriza, en que la desgraciada niña anunciaba en términos descabelladamente novelescos su fuga con el jóven seductor.

Aun en aquel momento solemne, al recordar y ver presentes con los mas vivos colores hasta las menores circunstancias de un suceso tan fecundo en amargas consecuencias, no pudo Lorenzo reprimir un asomo de sonrisa momentánea cuando se representó el durísimo, pero justo trato que dió la exasperada labradora, convertida por el furor en una verdadera arpía, á la negligente aya, causa de aquella irreparable desgracia. Ya por su calidad y sus dengues de extranjera, era la pobre aya mas que medianamente antipática á nuestra catalana; figúrese el lector lo que seria cuando descubrió en ella una culpabilidad tan flagrante. Corramos un velo sobre la escena que pasó entre ambas, escena que, aunque sangrienta en sus resultados, no podria describirse sin descender á lo que generalmente se llama el *bajo cómico*.

Ahuyentando tambien esta grotesca imágen, tan agena de su tristeza presente, luego se representó Lorenzo en su fantasía la deliciosa temporada que pasó con su hermosa querida recorriendo embebecidos, encantados ambos, en su insensato sueño de felicidad—(hay naturalezas, tan desgraciadamente organizadas, que el pla-

cer, aunque culpable, nunca tiene espinas para ellas!); recorriendo, digo, la culta Francia, tan hospitalaria, tan hermosa con su inmenso manto de verdura; — la opulenta Inglaterra, devorada por la incurable llaga de su pauperismo; — los nebulosos montes y poéticos lagos de Escocia, donde á cada instante cree uno divisar entre la neblina las fantásticas vírgenes de Osian y todas aquellas brillantes figuras inmortalizadas por Walter-Scott; — la Italia clásica, esa primera Hesperea de los antiguos, tan hermosa, tan desgraciada como nuestra España, su hermana segunda!..

No pudo menos el jóven de sonrojarse, oprimiósele el corazon de un modo cruel, cuando trasponiendo en su mente aquellos primeros meses de ventura, llegó al momento en que, hallándose en Milan, se enamoró perdidamente de una *prima donna* á la moda. Dos ardientes lágrimas surcaron sus mejillas, cuando recordó la imperdonable, la criminal ligereza con que abandonó á la pobre víctima á quien habia arrastrado al precipicio, por volar á Nápoles en seguimiento de la célebre sirena italiana.

En vano reavivaba en la mente, para de cargo de su conciencia, la memoria de los defectos esenciales de Clara; su carácter frívolo é inconsecuente, su coquetería, su funesta predisposicion al mal, que tanto habia allanado la senda de su perdicion, su loca prodigalidad, merced á la cual se halló su amante á los pocos meses con el bolsillo tan exhausto, que tuvo que pedir prestados cien luises á su nueva querida, para no dejar á la antigua materialmente en la calle. En aquellos primeros momentos en que la violencia de una reciente pasion acallaba en su pecho la voz del honor, decíase el jóven á sí mismo que con aquel dinero podria Clara

volver á España, obtener tal vez de su indulgente madre el perdon de sus extravíos; —luego conoció la insensatez de esta suposicion, vió toda la monstruosidad de su conducta que no le fué posible reparar; y este recuerdo fué desde entonces para él un remordimiento que todavía llevaba clavado en el alma como una flecha envenenada. Siempre al llegar á este punto se reconocia absolutamente imperdonable.

En vano, para atenuar su culpa, recordaba tambien, que si él abandonó á Clara por una cantatriz, ella se consoló muy pronto de aquel abandono saliendo á los pocos dias para Paris en una magnífica silla de postas, tirada por cuatro caballos, con un jóven y gallardo inglés, que se decia lord del parlamento y posesor de media Inglaterra. Menos delicado que Lorenzo, el elegante isleño, que no era ni mas ni menos que un aventurero gaditano, jugador célebre en toda Europa, no dejó á la pobre Clara, cuando la abandonó dos meses despues, en *Regent's Hotel*, en Londres, mas que algunos centenares de libras esterlinas de deudas, que otros aventureros de algo mas baja calidad que el fugitivo se encargaron de pagar por ella á infame precio. La infeliz habia ya puesto el pié en la horrible pendiente en que nunca se sube y siempre se va bajando, ¡bajando cada vez más! ¿Cuál fué desde entonces la suerte de Clara? Lorenzo no lo sabia positivamente; pero harto le decia la actual degradacion de aquella desgraciada cuán rápida y completamente habia descendido la escala fatal de las miserias á que con tanta frecuencia condena á las mujeres un primer extravío. Él por su parte, como ya queda dicho, pronto renunció á las locuras de su mocedad, se casó en Barcelona, y no le quedaba ya mas que un recuerdo confuso, pero muy

amargo, de su aventura con Clara, cuando quince dias despues de su boda recibió y leyó con indecible agitacion una carta de aquella infeliz, en que le pedia un momento de entrevista en la casa infame donde habitaba hacia poco mas de una semana.

Muy enferma, muy mudada la encontró Lorenzo; á duras penas podia reconocer á su antigua querida en aquella jóven descolorida, macilenta, casi en los huesos, ajada por el vicio y la miseria, consumida por una calentura tenaz. Clara queria ver á su hermana antes de morir, y este deseo se habia apoderado de su alma con aquella ciega obstinacion que suele acompañar á las últimas voluntades. Por su nodriza, que la habia acompañado á Barcelona, sabia que Isabel estaba casada, y que por un escrúpulo muy natural, atendido el carácter frio y severo de su marido, habia ocultado á este, por consejo de su madre, ya difunta, la deshonra que de la conducta licenciosa y degradada condicion de Clara redundaba sobre toda la familia. Su existencia misma era un misterio para él. Acaso, á pesar de su vehemente amor, D. Luis, muy rígido en sus principios, incapaz de transigir con las flaquezas del corazon, hubiera preferido desgarrar el suyo á unirse á la hermana de una mujer perdida. Isabel, pues, como queda dicho, le ocultó en un principio esta circunstancia, que supo poco antes de su boda con indecible amargura.

En el verano de 1837, Isabel y su madre se hallaban en los baños de Saint-Sauveur. Representábase Lorenzo la horrible impresion que ambas debieron experimentar el dia que reconocieron en la dama que todos señalaban con el dedo como un objeto de desprecio y de escándalo en el pueblo, la una á su hija, la otra á su hermana.

Al dia siguiente, recatándose de ser vistas, como si fueran á cometer una mala accion, fueron las dos, madre é hija, á la posada donde les dijeron que vivia Clara bajo un nombre supuesto. La pobre madre quiso llevar consigo á Isabel á aquella entrevista decisiva, esperando que la presencia de una hermana querida, los mil recuerdos de felicidad y de inocencia que debia despertar en ella su vista, contribuirian á hablar mas profundamente á aquella alma herida de maldicion. ¡Triste, dolorosísima fué la escena que pasó entre aquellas tres mujeres! Veia Lorenzo en su imaginacion á aquella infeliz madre arrastrándose á los piés de Clara, llorando como solo saben llorar las madres por sus hijos perdidos para ellas, ó por la muerte, ó por la corrupcion, hablándola con una elocuencia que nunca han sospechado los retóricos, conjurándola por la memoria de su padre que saliese de aquel cenagal de infamia para ser feliz á su lado, porque la perdonaba, le prometia un amor, una indulgencia sin límites, una ternura aun mayor que la que profesaba á Isabel; ¡á Isabel, su ídolo, que jamás le habia dado el mas leve motivo de queja! Las madres son así; misterios incomprensibles que no alcanza á sondear la razon. La pobre Isabel lloraba tambien, y unia sus ruegos á los de su madre; invocaba los recuerdos de su infancia, pasada con ella en esa deliciosa union fraternal, tesoro inagotable de sensaciones y memorias dulcísimas para toda la vida... ¡Súplicas y lágrimas perdidas! Clara huyó del pueblo aquella misma mañana. Todavía no estaba madura para el arrepentimiento.

Luego, siempre en aquella especie de fantasmagoría mental de que era teatro su inflamado cerebro y

cuyo fondo formaban ya sus propios recuerdos, ya su imaginacion, ayudada por las relaciones que tantas veces le habia hecho Clara recientemente, pero todo mezclado y confundido en aquel momento, —Lorenzo mudaba el lugar de la escena. Transportábase á dos años despues; creia ver delante de sí las altas cumbres de los Pirineos, cubiertas de nieve eterna; una brisa glacial sacudia las secas ramas de algunos pinos, las zarzas y las malezas, única y sombría vegetacion de aquellas yermas alturas, y barria de su superficie un menudo y punzante polvo de hielo. Empezaba á caer la noche; un silencio sepulcral reinaba en aquellos despoblados. —Envuelto en una especie de capote negro con capucha, como los que usan los pastores de aquellas montañas, un bulto negro semejante á un fantasma avanza lentamente entre la nieve, apoyando en un palo sus trémulos pasos; próximo á sucumbir al cansan io, doliente, encorvado bajo el peso de los años y de las desgracias, aquel ser humano de un aspecto tan miserable parece que cobra fuerzas á medida que, bajando la rápida vertiente de un cerro, se acerca á una aldea sepultada en la sombra que proyecta en los vecinos riscos. Aquel personaje es una mujer, es Clara; en aquel estado bajaba la infeliz al angosto valle donde para siempre se habia marchitado la flor de su hermosa inocencia.

¡Oh! ¿quién podria expresar lo que debió sentir aquella infeliz tan cruelmente tratada por la suerte al aspecto de aquellos sitios tan cambiados para ella, desde que los vió por última vez? Donde habia dejado flores y verdura, arroyos en que se reflejaba el vivo azul de nuestro hermoso cielo meridional, un ambiente embalsamado con las ricas emanaciones estiva-

les, solo hallaba una lúgubre escena de desolacion, hielos cortantes como cuchillos afilados, recios vendabales que traspasaban su cuerpo rendido. Por donde quiera veia ruinas y muerte, lo mismo que en su corazon.

Era muy entrada la noche cuando llegó Clara á la casa de su nodriza. Ni una luz se divisaba, ni el mas leve rumor se oia en el pueblo; solo los zumbidos del viento y el compasado caer de la nieve. Creia Lorenzo ver á la infeliz peregrina llamar á la puerta con mano trémula; oia su voz suplicante, á que solo respondian los hostiles ladridos de un perro. Cerca de una hora esperó así, recibiendo la nieve que caia en grandes copos, el duro granizo que á veces venia á azotar su frente, impelido con violencia por las frias ventiscas de las cumbres, dando diente con diente, casi moribunda. No por inhumanidad, no por temor, —y justo es decir que hubiera sido muy natural, — dejaba la labradora de levantarse de la cama para ir abrir; la verdad es que estaba durmiendo, y sabido es que en los pueblos se disfruta un sueño de piedra: la voz de Clara salia harto débil de su pecho enfermo para llegar hasta el interior de la choza. Horrible momento de expectacion pasó entonces la pobre Clara! Hizo en fin un esfuerzo supremo de dolor y desesperacion; la labradora oyó sollozar á su puerta, y aunque no reconoció la voz que la imploraba pidiendo un asilo, fué á abrir: —Dios le habia dado uno de aquellos corazones que hacen el bien sin aguardar á oir el dictámen de la razon. Ya lo he dicho; en aquel trabajo retrospectivo de su espíritu, en aquel momento de triste repaso de lo que fué, las visiones de Lorenzo adquirian un grado de lucidez prodigioso. Veia, como si la tuviera delante, la inmen-

sa lumbrada que encendió la labradora en un momento; oia sus gritos, veia sus extragavantes extremos de alegría; verdaderamente parecia una loca.

Clara estaba sentada en el hogar, inmóvil, yerta, pálida como un cadáver, recibiendo insensible los ardientes reflejos de la llama. Mientras permanecia con los ojos medio cerrados y la cabeza echada hacia atrás, en su quietud de muerta, Lorenzo, dotado entonces de aquella *segunda vista* que dan á veces los sueños y que las preocupaciones populares atribuyen en Escocia á algunos ilusos, leia como en un libro abierto todo lo que pasaba entre tanto en el corazon de Clara, tan serena en la apariencia, tan agitada interiormente; Dios sabe, sin embargo, qué de sensaciones, qué de recuerdos, qué de punzadas profundas, rápidas, inauditas destrozaban entonces aquella alma sin consuelo!

La miseria á que se veia reducida, y más aun, esa inteligente fatalidad que liga irremisiblemente *al mal* á los que se entregan *al mal* sin arrepentimiento (— combinacion providencial de que no son mas que una explicacion materializada aquellos *pactos infernales*, tan comunes en las leyendas de la edad media), — condujeron despues á Clara á casa de la Jacinta, á quien habia conocido en Perpignan en una de las mil contingencias de su desastrada vida. La vieja labradora, demasiado débil para resistirle, y sin recursos por su parte para pagar mejor posada, la habia seguido á aquella casa. Un irresistible deseo de volver á ver su pueblo natal, la sepultura de su padre, la calle donde habia vivido feliz, la iglesia, donde tantas veces habia rezado, piadosamente arrodillada, en su niñez, el colegio, el paseo, todos aquellos sitios amados, tantas veces reproducidos en sus sueños, mientras arrastraba una vida de

miserias en suelo extranjero, y siempre empapados para ella en una inefable dulzura, habian, por decirlo así, impelido á Clara maquinalmente á Barcelona. Sabido es que los catalanes llevan el amor de su provincia hasta el fanatismo; en Clara, este amor, tan natural en todos sus compatriotas, recibia nuevo pábulo de un vago presentimiento de su cercana muerte.

Arrostrando el rigor de la estacion, á pesar de sus vivos padecimientos físicos y morales, púsose, pues, en camino; pero apenas llegó á Barcelona cuando toda la fuerza nerviosa que la habia sostenido en aquel penoso viaje á pié, se aplomó bajo el peso de tantas pasadas desgracias, y ni uno solo de aquellos verdaderos ensueños de oro que tanto tiempo habia acariciado su imaginacion, pudo ver convertido en realidad. La desventurada no debia dejar el lecho de angustia que le ofreció la hospitalidad, muy desinteresada, por cierto, de la señora Jacinta, pues el aspecto de Clara mas era para ahuyentar que para inspirar deseos. Sintiendo que se acercaba su hora postrera, escribió á Lorenzo; queria volverle á ver á lo menos; queria sobre todo ver á Isabel. Durante el camino, entre los mil proyectos que se iba forjando en su cabeza, acabó por fijarse decididamente en este:

—Por ahora, decia, iré á casa de la señora Jacinta, ya que no tengo con qué pagar ni aun la mas miserable posada: le pediré que me adelante algun dinero para tomar un cuartito en cualquier barrio retirado, y con el fruto de mis labores viviremos mi nodriza y yo... ¡Qué placer tendré en trabajar noche y dia! Y Dios no querrá que me falten recursos ni fuerzas: haré costura, copiaré música, pintaré aguadas, bordaré en cañamazo. Nadie absolutamente sabrá quién soy; solo al caer la tarde, ó

muy de mañana, iré algunas veces á contemplar los sitios que fueron testigos de mi perdida felicidad. Veré á Isabel sin descubrirme á ella. Cuando haya reunido algunos ahorros, pasaré un año entero en un convento pidiendo perdon á Dios, — y luego, ¿quién sabe? acaso llegue un dia en que despues de largas pruebas, de muchas lágrimas y de un sincero arrepentimiento, me sentiré digna de estrechar á Isabel en mis brazos, y de llamarla con el dulce nombre de *hermana!* Primero veré á Lorenzo,—á Lorenzo, á quien he perdonado hace mucho tiempo y cuya amistad me seria grato conservar. Él favorecerá mi reconciliacion con mi familia, me inspirará, me dará consejos..... ¡Oh Dios mio! Dios mio! dádme fuerzas para cumplir estos propósitos!

¡Dios no quiso escuchar los votos de aquella pobre alma arrepentida!

Viendo, pues, en fin prontos á desvanecerse para siempre sus devaneos de felic dad, y habiéndose decidido á escribir á Lorenzo, como ya dije, este fué á verla en secreto varias veces. Un dia en que la desdichada se sentia próxima á espirar, le rogó con tanto empeño que trajese á Isabel, solo para decirle y oir de sus labios un eterno adios, que Lorenzo no tuvo corazon para negárselo. Aquella misma noche se vieron las dos hermanas. A aquella visita siguieron otras; acaso estas deliciosas entrevistas prolongaron por algunos dias la vida de Clara. La primera vez, á una mera indicacion de Lorenzo, Isabel fué á verla sin reflexionar nada, sin considerar que iba á poner los pies en un sitio infame; luego comprendió lo que hacia, y se estremeció á la idea de ser descubierta. Pero Clara estaba á la muerte y era imposible trasladarla á otro punto. Pensó Isabel en declarárselo todo á su marido, y siem-

pre la contuvo una funesta timidez. Si consideráramos á qué terrible cadena de fatales consecuencias suele ligarnos una primera mentira, aun las que parecen mas insignificantes, á fé que nos miraríamos mas en ello antes de incurrir en una falta que rara vez deja de acarrearnos crueles sinsabores. Hubiera tenido que confesar á D. Luis, ignorante absolutamente de aquellos antiguos amores de su hermano (—estaba á la sazon acabando su carrera en Madrid—), que le habia mentido ocultándole la existencia de Clara; hubiera tenido, sobre todo, que descubrirle que tambien le habia mentido su madre, ocultándole igualmente por una vergüenza mal entendida aquel baldon de su familia, y no tuvo valor para manchar con tan fea nota la memoria de una madre querida.

Por haber mentido una vez á su marido, se vió en la triste precision de mentirle otra y otras. Todo se conjuró para comprometer á Isabel en la tortuosa senda que tan fatal fué para su sosiego y el de su marido. Clara no queria que hablase de ella á D. Luis hasta el dia en que pudiese este no avergonzarse de reconocerla por hermana, porque, aunque sentia rondar la muerte á su cabecera, siempre conservaba aquella secreta esperanza que no nos abandona enteramente sino con la vida. Lorenzo temia por su mujer que se descubriese aquel misterio, y la pobre Isabel, indecisa entre su deber, que sin embargo veia muy claramente indicado, y aquella debilidad del corazon que siempre parece que se complace en los malos caminos, y que por lo mismo, debemos con todo conato desarraigar de él como una planta venenosa, era la inocente víctima de aquella fatal combinacion de circunstancias.

VI.

ÚLTIMA ACLARACION.

Muy rápido pasó para Lorenzo el tiempo en estos tristes pensamientos. Reinaba en la estancia un profundo silencio; la enferma continuaba en su letargo, tan parecido á la muerte, que mas de una vez acercó Isabel el oido á sus labios con angustia para escuchar su respiracion apenas perceptible. Luego pasaba por sus ojos cansados de aquella larga y dolorosa velada un rayo de esperanza, y volvia á ocupar su asiento junto á la cabecera de su hermana moribunda.

Empezaban los primeros albores del crepúsculo matinal á teñir de un reflejo ceniciento las cortinas de la ventana, cuando principió Clara á dar algunas señales de vida. Sus labios se entreabrieron como si quisiera hablar; pero no salió de ellos al principio ningun sonido. Luego en fin pudo articular con bastante claridad estas palabras:

—¡Mi confesor! mi confesor!

El sacerdote que asistia á Clara, y que era un pobre anciano exclaustrado, reducido por una revolucion eminentemente rapaz á una posicion social muy semejante á la de los mendigos, vivia en aquella misma calle frente por frente. Isabel y Lorenzo, que le conocian muy bien por uno de aquellos pobres de espíritu y ricos de fé á quienes está prometido el reino de los cielos, se habian recatado siempre de ser vistos por él, y habian prevenido á Clara que no le descubriese su verdadero nombre, temerosos de que, divulgándose el secreto, llegase á noticia de D. Luis; pero en aquel caso

extremo no repararon en nada, y pidieron á la señora Jacinta que fuera á llamarle. Púsose esta su mantilla, y antes de diez minutos ya estaba de vuelta con el exclaustrado.

Cuando entraron ambos en la estancia, Lorenzo é Isabel lloraban arrodillados junto á un cadáver. La anciana labradora leia en un libro viejo el oficio de los difuntos.

—¡Usted aquí, señora!... ¡D. Lorenzo, V. aquí! exclamó el exclaustrado apenas los hubo visto.

—¡Hermana mia! pobre hermana mia!—Estas eran las únicas palabras que se oian entre los sollozos y las oraciones que pronunciaba Isabel en su acerbo desconsuelo.

Cayó el anciano sacerdote en una silla, como anonadado, exclamando:—¡Dios mio! Dios mio! qué he hecho!!—Pocos minutos despues, saliendo repentinamente de aquella especie de imbecilidad en que habia estado sumido, pidió recado de escribir y trazó rápidamente algunos renglones.

—Lea V., dijo á Lorenzo, lea V. y haga llevar á su hermano D. Luis esa carta al instante, y de nuevo se dejó caer en su silla, cubriéndose la cara con las manos. Lorenzo todo aturdido leyó lo siguiente:

«Soy un miserable, un insensato. En recompensa de »los socorros con que la caridad de V. me está salvando »hace tanto tiempo de la indigencia, yo, ansioso de »mostrarle mi gratitud, pero necio, pero imperdonable, »he sembrado en su alma horribles sospechas. Yo que »no tengo en este mundo mas amparo que V.; yo, que »le debo no haberme materialmente muerto de hambre, temia que firmados por mí, pareciesen mis des-

»interesados avisos la oficiosa delacion de un espía pa»gado; temí convertir el cumplimiento de lo que creia »mi deber, en un título para obtener nuevos beneficios; »no quise, en fin, que pareciese que solicitaba una re»compensa. ¡Harto me arrepiento ahora! Yo soy el »autor de los tres anónimos que V. ha recibido: todo »lo que he dicho á V. en ellos es mentira y calumnia... »Siga V. al portador de esta carta para convencerse »de que soy, como he dicho, un miserable insensato.

»EL PADRE M...»

Pasóse Lorenzo la mano por los ojos mientras leia esta carta, sin acertar á darse una cuenta clara de su contenido. Sin embargo, entreveia en todo aquello un no sé qué de siniestro.

—Envie V. esa carta... ó si no... sí, mejor será; vaya V. mismo; vaya V. corriendo, exclamaba el anciano; V. no sabe todo lo que puede haber ocurrido. Cuando pienso en lo que le escribí ayer me estremezco... Vaya V., vaya V... yo me quedo aquí para cuidar de todo...

Y le empujaba con todas sus fuerzas para que saliese de la estancia. Lorenzo salió corriendo como un loco; aunque aun no comprendia bien dónde iban á parar las ambiguas expresiones del Padre, casi empezaba á vislumbrar confusamente la terrible verdad. Isabel abismada en su dolor, nada observó de lo que pasaba. —El sacerdote se acercó á la difunta, cruzó sus manos calientes todavía, puso en ellas un crucifijo, colocó dos velas encendidas á ambos lados de la cabecera, y abrió de par en par la ventana. Luego sacando del bolsillo de su sotana un breviario, mandó á todos los asistentes

que se arrodillasen al rededor de la cama; quedóse él solo en pié á los piés del cadáver, y empezó á recitar con lenta y sonora voz las sublimes deprecaciones del Rey Profeta...

VII.

DESENLACE.

Eran las siete de la mañana cuando llegó Lorenzo á casa de su hermano, donde reinaba un movimiento, extraordinario sobre todo á semejante hora.

—¿Ha vuelto el señor? preguntó al criado que vino á abrirle.

—Mi amo salió hará cosa de una hora, respondió el criado, todo aturdido aún de los extraños sucesos de aquella noche, de los cuales refirió á Lorenzo en pocas palabras la parte que sabia. Nosotros completaremos su relacion, tomándola desde el momento en que dejamos á D. Luis tendido en la calle de....., postrado á la violencia de un parasismo que, por espacio de mas de dos horas, le tuvo absolutamente privado de sentido. Solo la extraordinaria robustez de su constitucion y la favorable influencia del aire y de la lluvia que por todo aquel tiempo estuvieron *refrescando* su cuerpo, pudieron libertarle de que se prolongase aquel parasismo por toda la eternidad.

Una vivísima sensacion de frio y un insoportable dolor en todas las coyunturas empezaron á sacar á D. Luis de su profundo letargo, sin que le fuese posible en los primeros momentos discurrir cuánto tiempo habia durado aquel, ni siquiera en qué sitio se encontraba. Parecióle que salia de un largo y afanoso sueño, y aun

por algunos momentos dudó si aquellas mismas sensaciones que le atormentaban le cogian dormido ó despierto. ¿Qué más? Por un instante llegó á imaginarse en su alucinacion que ya se habian roto para él los lazos de la existencia; que habia traspasado los límites de la muerte; que se hallaba en otro mundo, y esta suposicion imposible hacia centellear como una vaga estrella de consuelo entre las tinieblas que ofuscaban su mente.

Brillaba la luna con espléndida claridad en un cielo casi enteramente despejado de nubes; ni el mas leve rumor interrumpia el silencio en que estaba sumergida la gran ciudad. Poco á poco fué recobrando D. Luis el uso de sus sentidos; poco á poco fué coordinando sus sensaciones, sus recuerdos, y cuando despues de aquel difícil cuanto doloroso trabajo mental llegó á adquirir enteramente lo que pudiéramos llamar la *conciencia* de su verdadera situacion, maldijo el infeliz en el fondo de su alma aquella serena luz de la luna que alumbraba su miseria, y aquella vida que le volvia desapiadado el cielo solo para la angustia y la desesperacion. El momento en que completamente percibió todo el porvenir de desgracia que se le presentaba, fué horrible. El desdichado cerraba los ojos como si pudiera ahuyentar así las dolorosas visiones que aquel le ofrecia; imploraba á Dios para que le dispensase el beneficio inmenso de sepultarle nuevamente en su pasado letargo, y sobre todo, de no sacarle ya nunca mas de él. Largo rato pasó así inmóvil en la misma posicion en que cayó al suelo, como un cadáver privado de sepultura. Luego quiso levantarse, y por mucho tiempo le fué imposible; el frio tenia embotados todos sus miembros, y el desórden de su espíritu coartaba en su cuerpo hasta el uso de las mas sencillas é instintivas

facultades físicas. Sucedíale entonces, despierto, lo que tantas veces creemos que nos sucede en sueños, cuando la vista de un peligro inminente nos da la *voluntad* de huir de él, y sin embargo se nos figura que no acertamos á mover un pié ni á pronunciar una palabra para pedir socorro.

Era demasiado violento aquel estado para prolongarse mucho tiempo en el mismo grado de intensidad sin ocasionar la muerte. La poderosa organizacion de D Luis fué superior á aquella terrible sacudida, y al cabo sus propias fuerzas se sobrepusieron á las del doloroso parasismo que por tanto tiempo las habia postrado; mas cuando se puso ya en pié, á costa de grandes esfuerzos, sus ideas habian tomado un giro muy distinto del que tenian en el momento en que tan completamente le abandonaron algunas horas antes. No era ya aquella especie de energúmeno, aquel ser frenético, absolutamente dominado por instintos de fiera, que describí algunas páginas mas arriba. Aquellos instintos no eran naturales en D. Luis; las facultades animales, esa parte orgánica que nos es comun con los brutos y que el sistema del doctor Gall coloca en las regiones posteriores y laterales del cerebro, no era ciertamente la que dominaba en el de D. Luis; y si una sacudida violentísima como la que recibió todo su ser en la triste escena que antes procuré pintar, pudo romper por un momento el equilibrio de sus *casillas* cerebrales, ó mas bien destruir instantáneamente el habitual dominio de su inteligencia sobre sus instintos, ya hemos visto cuan poco duró aquel desórden, y cuán terrible crísis produjo en toda su máquina.

Despues de haber permanecido breve espacio de tiempo con los brazos cruzados, inclinada la cabeza

sobre el pecho y como sumergido en tétricos pensamientos, echó una mirada llena de amargura á aquella casa maldita, sepultada á la sazon en una calma aparente, tan contraria á la triste escena de que estaba siendo teatro en el mismo momento,—como aquellos semblantes melancólicamente serenos que nada dejan traslucir de las borrascas en que naufraga el corazon dentro del pecho,—salió lentamente de la funesta calle y se encaminó á su casa, sin acelerar ni acortar nunca el paso, con ademan sombrío, pero lleno de entereza: cualquiera al verle hubiera adivinado en él un hombre que ha tomado ya un partido decisivo y está resuelto á no apartarse de la senda que se ha trazado. Nada mas inmutable que esas resoluciones tomadas á sangre fria, así como nada es mas inconsistente y efímero que las que dicta el hervor de la pasion. D. Luis además, como ya he dicho otras veces, estaba dotado de una rara energía de voluntad.

Grande fué la estupefaccion de su criado al ver al grave doctor vestido de mogiganga y nada menos que en *adviento*, cuando ni aun era su costumbre aprovecharse en carnaval de los privilegios de esta alegre época del año; pero estaba tan lívido y desencajado que, á lo que luego declaró el fámulo, su primera idea fué que su amo se habia vuelto loco. Encerróse D. Luis en su cuarto bajo llave, y segun dijo su criado, —despues de confesar todo corrido que no pudo resistir á la tentacion de espiarle por el ojo de la cerradura, consternado de verle volver á su casa en aquella situacion, con aquel extravagante disfraz de arriero, y á una hora tan intempestiva, circunstancias todas que le hicieron temer una catástrofe,—á lo que declaró, repito, el curioso criado, se sentó delante de

su bufete y empezó á escribir, á revolver y á rasgar papeles, —todo ello, dijo el espia, dando de cuando en cuando unos suspiros *que los ponia en el cielo*, y haciendo unos aspavientos y unos visajes que...— Opinan graves autoridades que estas últimas circunstancias fueron puros *embellissements*, meras adiciones del criado á la exacta relacion de los hechos, ó tal vez ilusiones forjadas por su miedo. Como quiera que sea, es lo cierto que D. Luis, despues de haber pasado cosa de dos horas encerrado en su despacho, y de haberse puesto un traje mas adecuado á su condicion, salió de su casa entre cinco y seis de la mañana sin declarar á donde iba, sin decir cuándo volveria, y en suma, sin desplegar sus labios. Unicamente advirtió el criado que iba en extremo abatido, y que al pasar el dintel de la última puerta, se paró un momento como indeciso, volvió la cara atrás y se enjugó una lágrima; luego echó á andar y bajó rápidamente las escaleras. —Estos pormenores, aunque mas verosímiles que los aspavientos y los visajes de marras, no deben merecernos, sin embargo, entera confianza, pues es de saber que el tal criado tenia fama en el barrio de ser un poco embustero, ó, como decian los mas benévolos, hombre de mucha imaginacion.

Inquieto Lorenzo en sumo grado en vista de aquellas extraordinarias ocurrencias, y previendo confusamente que amenazaban alguna gran desgracia, fué corriendo al cuarto de su hermano, donde todavía ardian sobre la mesa dos bujías, y donde inmediatamente llamó su atencion un gran pliego cerrado, con sóbre para él. Abrióle temblando; contenia los tres anónimos que ya conoce el lector, una carta abierta para Isabel, varios papeles de familia, y en fin, estos

breves renglones escritos en una hoja suelta que servia de sobre á todo lo demas:

«Lorenzo: Cuando creas que tu desgraciada y mi»serable cómplice pueda leer sin peligro para su sa»lud, atendido el estado en que se encuentra, la ad»junta carta, entrégasela. = Luis.»

Aun en aquel momento terrible tuvo D. Luis la precaucion de evitar á su esposa un golpe demasiado brusco, y de guardar con ella una consideracion que no era supérflua para una mujer embarazada. ¿Fué un efecto de la frialdad y *positivismo* de su carácter? ¿Fué un involuntario resto de ternura á una infiel? Cada uno es dueño de interpretarlo como quiera. — La señal de algunas lágrimas en el papel, habia medio borrado algunas de estas pocas palabras.

La carta para Isabel estaba concebida en estos términos:

«Quiero evitarte la vergüenza de procurar engañar»me, ó la humillacion de confesarte criminal, des»pues de la ignominia de haberme vendido: quiero »sobre todo huir del peligro de dejarme arrastrar por »la indignacion que me inspira tu villana conducta. »Adios; nunca mas me volverás á ver. Creo conocerte »bastante para saber que tu culpa es el error de un »momento, y no el fruto de una depravacion arraiga»da; espero, pues, que te harás la justicia de ir á ex»piar tu extravío en un convento, y bajo esta condi»cion te perdono en gracia de tu juventud y de la ver»dadera felicidad que tú sola en el mundo me has he»cho conocer. Mucho he consultado mi razon en esta

»cruel noche: aunque siempre he procurado hacerme »superior á las ideas vulgares, momentos ha habido »en que mi corazon, ciego de ira, me pedia aquel »horrible alimento de que se sustenta eso que los hom»bres llaman honor... ¡sangre!... Pero Dios no ha »querido abandonarme ni aun en esta espantosa cri»sis de mi vida y ¡loada sea su infinita bondad! la voz »de la razon ha sido mas fuerte en mi alma, que la de »la pasion brutal. No te ocultaré que la resolucion que »he tomado es para mí un terrible sacrificio; me aver»güenzo de confesar mi flaqueza; pero la verdad es »que se me despedaza el pecho y se me saltan las lá»grimas á pesar mio, al ver desvanecidos para siem»pre, y de un modo tan triste, y sin culpa mia, —lo »creo á lo menos, — las mas dulces ilusiones de mi »vida... Y sin embargo, ya lo he dicho, te perdono; »y con toda la sinceridad de mi alma pediré al Señor »en mis oraciones que no te niegue la misericordia de »que tanto has menester. —Adios para siempre. No »me creo con derecho para disponer de mi vida, pero »confio en la clemencia divina que pronto me liber»tará de su insoportable peso.

»LUIS A...»

«P. D. Entre los adjuntos papeles, te dejo los títu»los de propiedad de cuanto poseo. Solo llevo conmi»go una corta suma, necesaria para el largo viaje que »me propongo hacer.»

No fué, á pesar de todo, tan trágico el desenlace de esta historia como anunciaban los antecedentes que que-

dan referidos. Aquella misma mañana, media hora despues de escrita la carta que acabamos de leer, salió de Barcelona D. Luis, aprovechando la partida de un buque francés para Marsella. Para motivar la falta de pasaporte presentóse como un emigrado político al capitan, y este, sin mas informes, le acogió á su bordo con la noble generosidad que es característica de su nacion, y que hace del territorio y del pabellon francés la patria comun de los desgraciados de todas las naciones. Sin detenerse mas que un dia en Marsella, impaciente por alejarse de los sitios en que tanto habia sufrido, y anhelando buscar en las impresiones de los viajes un alivio á las penas de su corazon, se embarcó D. Luis para Alejandría, recorrió, sin hacer parada en ningun punto, las costas del Asia, y despues de mil peregrinaciones, que seria cansado enumerar, fué por fin á establecerse en Nueva-York, donde el encuentro casual con un antiguo amigo y compatriota (es decir, catalan; los demas españoles somos *extranjeros* en Cataluña), que se volvia á Barcelona, le puso en fin á los pocos meses en relaciones con su familia.

Aquel amigo trajo noticias suyas á Isabel, que inmediatamente se apresuró á escribirle. La conciencia de su pureza, y la seguridad de que D. Luis no atentaria nunca contra su vida, sostuvieron á aquella desgraciada esposa en la cruel tribulacion que le enviaba el cielo. Lorenzo, pasado el primer dolor, que fué agudísimo, esperó siempre que con el tiempo llegaria á descubrirse la verdad, y en efecto no se engañó: ¡pero la prueba fué larga! Dos años transcurrieron antes de que don Luis volviese de Nueva-York á reunirse con Isabel, convencido ya de su fatal error, despues de una larga correspondencia; pero aquellos dos años de

amargura habian contado para ambos por veinte de una vida ordinaria, y pronto á los regocijos de la reunion, despues de tan larga ausencia, sucedieron los lutos y las lágrimas de una separacion que no tiene fin en este mundo.

De los dos hermanos que todas las tardes iban á derramar algunas flores en la sepultura de la malograda Isabel, á mediados de 1842, uno fué á reunirse, antes de acabar el año, con aquella inocente víctima de un celo inconsiderado. —D. Lorenzo A. es en el dia uno de los publicistas célebres con que se honra la mas floreciente y rica de las pequeñas repúblicas en que está dividida la parte meridional de nuestros antiguos dominios en América. Quien le ha conocido en su patria adoptiva, me ha asegurado con todas veras que está en vísperas propincuas de llegar á ser ministro de Estado, y acaso, acaso, presidente de aquella república.

VIII.

MORALIDAD.

Acababa yo de extender en el papel estos recuerdos de uno de los sucesos que mas tristes impresiones me han dejado en el alma, puestos en forma de novela, alterados los nombres y el lugar de la escena y con leves modificaciones de la verdad de los hechos principales, —cuando entró en mi cuarto un antiguo amigo mio, á quien veia entonces por primera vez desde que uno y otro salimos del colegio. La entrevista, en los primeros momentos, fué alegre y estrepitosa; hubo exclamaciones, abrazos, preguntas que no daban lugar á las respuestas; tal era la prisa con que se se-

guian: aquello de *¿te acuerdas?* pero ¡hombre! *¿tú por aquí?* etc., etc.; luego, pagado aquel tributo de expansion á una antigua amistad, empezó la conversacion á tomar un giro mas sério.

Desde nuestra separacion, mi amigo, segun me dijo, se habia dedicado al estudio de la *alta filosofía*; en confirmacion de todo lo cual me encajó una retahila de terminachos alemanes; y me explayó, en términos los mas extravagantes, una multitud de teorías tan nebulosas, que de todas ellas me quedé absolutamente en ayunas. Lo único que pude sacar en limpio de toda aquella luminosa exposicion fué que mi amigo se habia dejado allá en sus viajes por Alemania, de donde volvia á la sazon, el poco seso que sacó de España. Tambien me pareció columbrar, aunque confusamente, que todo el fondo de lo que él llamaba su *alta filosofía*, se cifraba en aplicar á diestro y siniestro, tomándole como explicacion absoluta de todos los fenómenos naturales, y mirándole como el último término de la sabiduría humana y clave universal de todas las ciencias, el vulgarísimo y no disputado aforismo escolástico: *Natura nihil fecit frustra*; pues á cada instante le sacaba á relucir, y cada vez con nueva satisfaccion. Yo le escuché con paciencia al principio; luego poco á poco, usando del privilegio de aquella familiaridad que dan para toda la vida las relaciones formadas en la niñez, le empecé ya á contradecir cuando me parecia que el hombre desbarraba mas de lo justo, y debo decir, en honor de la verdad, que el estudio de la filosofía le habia enseñado, por lo menos, á practicar la virtud de la tolerancia, pues aceptó con una calma verdaderamente tudesca mis bromas, sobre las que, sin ningun rebozo, califiqué de *ilusiones* suyas. Él por su parte me preguntó que á qué género

de estudios me dedicaba principalmente, y habiéndole respondido que *á los literarios*, me pidió que le enseñase alguna muestra de mi *númen*, no sin hacer un gestillo entre desdeñoso y compasivo, que desde luego me predispuso poco favorablemente hácia él; sin embargo, le leí la novelita que acababa de escribir, despues de prevenirle que el fondo de ella era verdadero, y hechas por de contado las correspondientes salvedades de modestia y humildad acostumbradas en semejantes casos. Mi amigo la escuchó con religiosa atencion; pero tambien, duro me es confesarlo, con una indiferencia glacial. Apenas hube concluido, exclamó con tono triunfante:

—¡Preciso! Excusabas prevenirme que el fondo de esa historia es verdadero, pues de cierto lo hubiera yo adivinado por el mero hecho de ver que su moralidad es una confirmacion práctica de mi infalible principio.

Ya he dicho que aquel amigo me parecia estar algo tocado; sin embargo, todavía le miré con asombro, dudando interiormente si estaria aun mas loco de lo que parecia, ó si seria tal vez algo tonto de la cabeza, suposicion poco caritativa, pero á que me hacia propender bastante aquella predisposicion hostil contra él de que hablé poco antes.

—¡Qué moralidad ni qué calabaza! le respondí con algun despecho. Cabalmente la falta de moralidad de esa historia me tiene decidido á condenarla á perpétuo encierro en un cajon de mi mesa, porque si tú eres de la escuela de Swedenberg y de qué sé yo quien más, sabrás que yo lo soy de la del matemático Lalande, y que no me gustan las cosas que no prueban nada, pues en este sentido, y no en la acepcion mas comun de esa voz, entiendo aquí la *moralidad* de que vamos hablando.

—De la misma hablo yo, respondió muy formal,

aunque en el caso particular de tu historia, una y otra moralidad se confunden en una *sola y misma cosa.* En suma, tu historia prueba mucho, es muy moral y está llena de lecciones utilísimas.

—¡Ah! ya! ¿A tí te parece un resultado muy moral la desgracia de Isabel inocente y de D. Luis mas inocente todavía?

—¿Por qué no?

—En efecto, asi discurris todos los que os casais con una idea fija; todo lo habeis de sòmeter á ella, y mas que se lleve el diablo todas las leyes de la naturaleza y todos los principios de la sana razon. Lo esencial es que no quede desairado vuestro sistema.

Tomó mi amigo la actitud fatídica de un Mahoma doctrinando á las tribus del desierto; levantó el brazo con una solemnidad eminentemente magistral; frunció las cejas como quien reconcentra todos los tesoros de una elocuente sabiduría para lanzarlos en una improvisacion decisiva;—luego, viendo rondar por mis labios una sonrisa medianamente burlona, se *desinspiró*, por decirlo así, estiró las piernas, tomó en su sillon una postura de las mas prosáicas y echándome una mirada de profunda conmiseracion, dejó caer de sus labios estas palabras acentuadas de un modo que no alcanza á expresar nuestra imperfecta ortografía:

—*Tres* moralidades fundamentales,—no una—*tres* moralidades fundamentales, digo, encierra tu historia, aunque tú, pobre ciego, no ves ninguna. Y si no ven acá, pecador,—(¿te acuerdas quién nos daba en sus momentos de buen humor esta denominacion cervantesca en el colegio?(1)—)ven acá y díme: ¿cómo

(1) Alude sin duda á D. Alberto Lista, que en efecto usaba mucho esa expresion con sus discípulos.

pudiera de otro modo tu historia ser, no ya verdadera, pero ni aun siquiera verosímil? Para mí lo es tanto más cuanto con arreglo á la luminosa teoría de las correlaciones analógicas que tú no conoces, esas tres moralidades van á fundirse en una sola moralidad generatriz, lo cual es el verdadero *criterium* de su legitimidad y una consecuencia necesaria de este axioma eternamente cierto: *Natura nihil fecit frustra.*

—No te entiendo; celebraré que me hables en castellano para mayor claridad. Deja á un lado por un momento tu rancio aforismo latino que nadie te disputa, y díme en lenguaje mas pedestre qué relacion ves tú, si es que ves alguna,—cosa de que me permitirás dudar hasta mas ámplia informacion,—qué relacion ves tú, repito, entre toda esa pomposa palabrería y la sencillísima historia que acabo de leerte, capaz cuando más de excitar la curiosidad, y acaso, si no me engaña la pasion de autor, acaso tambien de conmover el corazon, pero no en manera alguna de ofrecer materia á los frios cálculos de una ciencia que no quiero calificar.

Confieso que la absoluta indiferencia de mi amigo despues de una lectura que aun me tenia todo conmovido por efecto de los tristes recuerdos que despertaba en mi imaginacion, no me hacia ninguna gracia. Él prosiguió con la imperturbable calma de un filósofo ó de un cirujano:

—Antes de pasar adelante, amigo mio, debo decirte en confianza que he prestado poca, poquísima atencion á la parte pintoresca (—y dió á esta última voz cierta entonacion irónica y sibilante que me disonó altamente—) á la parte pintoresca de tu narracion. ¡Polvo á los ojos! ¡Afeites y vanidad! Es, pues, absolutamente

inútil que te dirijas á mi curiosidad y mucho mas á mi corazon; ni aquella ni este tienen nada que ver en el asunto de que tratámos. ¿Qué quieres que te diga? Yo tengo por costumbre no pararme sino en la sustancia de las cosas; lo demás es muy bueno para las señoritas sentimentales y los aprendices románticos.

Tentaciones me dieron de coger por el cogote á aquel compañero de colegio y de meterle dentro de la chimenea entre los leños, sus semejantes, que ardian en ella, siquiera para dar algun calor á aquella cabeza fria como un sorbete.—Él entre tanto, creyéndome ya medio persuadido por los que llamaba sus raciocinios, prosiguió en tono de hombre muy satisfecho de si mismo:

—Vamos por partes, y pasemos á las aplicaciones. Tu D. Luis mintió á su mujer como un bellaco, diciendo que iba á pasar la noche fuera de Barcelona, con lo que dió á Isabel ocasion para estarse charlando con su hermana, como dos cotorras, hasta la madrugada. Consecuencias de aquella larga charla, y por consiguiente (aprende á deducir) de aquella primera mentira de tu D. Luis: primera, Clara con tanto picoteo, aceleró el término de su miserable existencia; segunda, el médico tuvo tiempo de sobra para desmayarse muy despacio, salir de su desmayo, ir á su casa, madurar en su pobre caletre aquella desatinada resolucion de dejar á su mujer y á sus enfermos sin aguardar aclaraciones, y sobre todo, amigo mio, siento decírtelo, para *cometer* esa epístola sentimental que me has leido con una voz tan lastimosa, y que te aseguro que me ha hecho reir de gana. ¡Ocurrencia mas original!...

De nuevo medí con los ojos la capacidad de la chimenea y la catadura de mi amigo, y verdaderamente me parecieron hechos el uno para la otra. Él prosiguió:

—No me negarás, pues, que D. Luis se atrajo su desgracia por su culpa; luego, primera moralidad: Nunca debe un marido mentir á su mujer.

—¡Qué diablura! pues te aseguro que me has dicho una cosa muy nueva. Prosigue, prosigue, porque veo que estás en vena de producir.

—Allá lo verás: Tu doña Isabel creyó acertar (y aun esta es la que tiene mas disculpa, porque al cabo eso de mentir parece que era en ella propiedad de familia; su madre la daba ejemplo!)—tu doña Isabel, repito, creyó acertar, ocultando á su marido la buena alhaja que tenia en la familia. Pudiera alegarse tambien en su descargo, que ocultar la verdad no es rigorosamente hablando *mentir*, miserable sofisma que no me sostendrás de buena fé;—luego Isabel mintió, y su mentiron fué nada menos que la causa madre de todas esas lamentables ocurrencias que acabas de leerme; —luego convendrás sin dificultad en que la susodicha Isabel llevó su merecido; luego, segunda moralidad de las tres que te he anunciado: Bajo ningun pretexto debe una mujer mentir á su marido.

—¿Sabes, le dije, que empiezo á creer que eres mas travieso de lo que pareces á primera vista?

—¡Escarnece, pero escucha! exclamó con la dignidad de un Temístocles. Estas verdades y otras muchas son como la historia del huevo de Juanelo; de puro sencillas nadie piensa en ellas.—Prosigamos: tu exclaustrado es seguramente el mas imperdonable de los tres, á pesar de que tambien él creyó dar un golpe maestro abriendo los ojos á D. Luis por el vil medio de las cartas anónimas, y así fué que no hizo mas que sufrir lo que habia merecido y archimerecido, quejándose sin los socorros que aquel le daba, pues supongo,

aunque tú no lo dices —(bien es verdad que el final de tu historia es miserable; ¡ni una sentencia! ni una mera recapitulacion filosófica!)—supongo, digo, que no se los seguiria enviando desde Nueva-York; —luego, tercera y última moralidad: —En ningun caso debe un hombre honrado emplear medios que la probidad reprueba. No te creo bastante negado para desconocer que Lorenzo y Clara tenian mas que merecida su suerte.

—En eso, respondí, estamos de acuerdo; pero me parece que el sincero arrepentimiento de ambos y la terrible expiacion de Clara merecian...

Sonrióse mi amigo con paternal indulgencia y me dijo:

—¿Tú no tienes noticia de la escuela fatalista que tanto ruido está metiendo *allá* por *Europa*? Entonces es excusado que éntre por ahora en explicaciones contigo, pues tendria que separarme demasiado del objeto que nos ocupa y estoy de prisa. Voy á concluir.

Y en estos términos acabó con efecto su oscura perorata:

—Ya tenemos, pues, claramente asentadas las tres moralidades de tu historia, que tú estabas tan distante de sospechar; veamos ahora cuál es el pensamiento generador de esas tres moralidades, el eje comun sobre que giran, el lazo que las une *fatalmente*. Ese lazo es evidentemente el que vas á oir, conviene á saber, la máxima que tú mismo,—tú, ignorante sin embargo en la materia,—vas á deducir como pudiera hacerlo yo ó cualquiera otro medianamente iniciado en los modernos descubrimientos de la escuela escocesa. Bien ves que de las tres moralidades elementales que te he hecho advertir resulta que, aun prescindiendo de con-

sideraciones de un órden mas elevado, y que, francamente no te creo en estado de comprender todavía, — sin salir de la práctica material, de la aplicacion mas inmediata de las cosas de la vida, es siempre una peligrosa ilusion, resultado de un raciocinio torcido, creer que se puede abandonar impunemente el camino recto, obtener el bien por medio del mal, y llegar á un buen resultado por malos medios. En una palabra, resumiendo, ó mas bien, fundiendo estas tres moralidades en una sola (y te prevengo que esta operacion, muy difícil, es el crisol que manifiesta su perfecta homogeneidad, ó lo que es lo mismo, su pureza absoluta),— tú mismo verás emanar de ellas esta verdad general que acaso no acertarás á expresar bien y que, en obsequio de tu inexperiencia, expresaré yo en estos términos á manera de adagio vulgar, para que luego puedas aplicarle tú á un sinnúmero de casos análogos: —*No hay buen fin por mal camino.*

—Esa es la única sustancia que saco de tu perdurable fraseología, dije levantándome impaciente y cogiendo mi pluma. No se me ocurria qué título dar á esta historia y ahí me indicas tú uno que le viene de molde.—Y escribí en la primera página de mi manuscrito:

NO HAY BUEN FIN POR MAL CAMINO.

VII.

HILDA.

CUENTO FANTÁSTICO.

« Como me lo contaron os lo cuento. »

I.

El país de las aventuras misteriosas, la patria de las sílfides y las ondinas, el suelo predilecto de los encantadores y las magas, es la Alemania, la poética, la nebulosa Alemania. Sus selvas, tan antiguas como la tierra, tan negras como el infierno, son asilo de innumerables duendes y fantasmas: sus lagos y sus torrentes están poblados por mil hermosas ondinas; las orillas de sus caudalosos rios siempre cubiertas de una neblina gris, están erizadas de fuertes castillos feudales, teatros de las mas increibles tradiciones... ¿Y qué mucho? En todos ellos reside algun diablo azul ó algun blanco espectro, ya fije su mansion entre los pilares de sus góticas capillas, ya en sus revueltos subterráneos, ya entre sus desiguales almenas, ya en el húmedo panteon donde duermen con eterno sueño en sus tumbas de piedra los antiguos señores del castillo.

II.

Hay en la orilla izquierda del Rin una fortaleza de piedra de que era señor hace trescientos años un baron muy poderoso. Tenia este baron una hija de diez y seis abriles. Hablando de ella, decia en la crónica que escribió de aquella época el capellan del castillo, hombre ya asaz contaminado con las nuevas doctrinas de Lutero, estas palabras: « La condesa Hilda es una viva imágen »de su madre la baronesa Matilde, que pasaba por la »mujer mas hermosa del imperio: sus ojos son del color »del cielo en una mañana de primavera; su rostro deli»cado tiene la palidez de la luna, en su cabello de un »color rubio ceniciento brillan reflejos argentinos cuan»do los hiere la luz del sol; su cuerpo es tan airoso y »flexible como una palma oriental. Hay además en toda »su persona un no sé qué de aéreo é ideal, que revela »una celeste naturaleza. Tal es la condesa Hilda, hija »única del baron Steinlonberg. »

III.

No es extraño, pues, siendo tan perfecta Hilda, que estuviera su padre tan orgulloso con ella, y que la destinara allá en su mente á los mas brillantes partidos. Cuando la veia el anciano baron, en los escasos momentos que le dejaba libre la costumbre feudal de vivir en perpétua guerra con sus vecinos, arrodillada al pié de un crucifijo, cruzadas las manos sobre el pecho y los ojos húmedos de lágrimas, pedir al cielo que conservara la vida de su padre y rezar con fervor por su difunta madre; cuando la oia cantar con una voz tan

dulce como la de los ángeles, inclinada como una azucena sobre su arpa de ébano, las dulces baladas tirolesas, ó la veia descifrar con una paciencia benedictina, para disipar los cuidados que anublaban la frente del poderoso baron, las crónicas de sus antecesores manuscritas en iluminados pergaminos; cuando consideraba, en fin, que aquella delicada flor, aquel arcángel de luz era el solo consuelo de su ancianidad, la única criatura que sabia con una sonrisa ó una mirada de amor despejar su frente sombría como un cielo de invierno, entonces se la hubiera negado aun al mismo emperador de Alemania.

IV.

Y con mas motivo á quien no fuera príncipe ni emperador. Porque, en efecto, debe ser cosa amarga para un anciano desprenderse del objeto mas querido de su corazon, dar á otro voluntariamente un pedazo de su alma, y no saber cuál será la suerte que le espera bajo la proteccion del hombre á quien le entrega. Si fuera evidente, como dicen, que todos nuestros afectos son hijos del egoismo, ó sea un reflejo del afecto profundo que cada cual se profesa á sí propio; si estuviera bastante probado este vergonzoso secreto de la naturaleza humana, diriamos que el baron se amaba tanto que no queria exponerse á tener un disgusto viendo á su hija infeliz ó malograda.

V.

Al emperador de Alemania tampoco le hubiera dado Hilda su mano voluntariamente, y en esto á lo menos

era de la misma opinion que su padre. Pero la hermosa niña amaba ya con aquella ternura inefable con que se ama á los diez y seis años, y cuando lo supo el baron, penetró en su alma la mas profunda amargura. Hasta entonces él habia sido el único objeto de los pensamientos de Hilda, el único ser por quien alguna vez se habia despertado sobresaltada en medio de la noche. Cuando conoció al que amaba su hija, sintió hácia él un odio implacable, y le maldijo en el fondo de su corazon.

VI.

Arturo, sin embargo, no era digno de ser aborrecido: Hilda le hacia mas justicia amándole con toda su alma. Era este uno de aquellos jóvenes, blancos como la nieve, apasionados y novelescos, de que tanto abunda la novelesca Alemania; uno de aquellos seres sublimes y melancólicos, cuyo tipo se encuentra en Schiller y en Mozart, especie de ángeles desterrados del cielo, condenados, por una injusta fatalidad, á vivir entre los hombres. Tal era el jóven Arturo.

VII.

Sus ojos de un azul sombrío, húmedos y rasgados, se dirigian contínuamente al cielo con una expresion de amargura indecible, y se veia al mismo tiempo en su frente, de una blancura celestial, la mas profunda resignacion. Sus labios entreabiertos como una rosa de verano, exhalaban un aliento perfumado y purísimo. Su rostro, perfectamente ovalado, mostraba aquella inocente serenidad que tanto nos hechiza en el semblante de los niños; y aunque era alto de cuerpo y gallardo

como un mancebo, se traslucia en todo él una delicadeza mujeril.

VIII.

Así que, inútil será decir cuánto se amaban Hilda y Arturo: sus almas se comprendian como dos hermanas gemelas, y hasta cierto punto formaban parte la una de la otra. Separarlas hubiera sido destruirlas, hubiera sido cortar el lirio de su tallo, arrancar al laud sus cuerdas sonoras. Sus dos almas unidas formaban una misteriosa armonía; su amor era una predestinacion, un efecto del irresistible influjo de las estrellas.

IX.

Estaba el cielo cubierto de nubes: algunos relámpagos amarillentos desgarraban de cuando en cuando su negro velo: un viento agudo y sonoro sacudia las altas ramas de los pinos, gigantes embozados en sus capas de escarcha. El reloj de un monasterio vecino acababa de dar las seis de la tarde, cuando atravesaba Arturo un bosque contiguo á la morada del soberbio baron. Caminaba el jóven á muy buen paso, pero volviendo atrás la cabeza contínuamente y parándose para percibir el menor ruido: la palidez natural de su rostro estaba entonces aumentada por el terror supersticioso que le causaba la soledad de aquellos sitios.

X.

¡Triste soledad! —Arturo no temia hallarse con una partida de salteadores, ni ver de repente brillar sobre

su pecho el puñal de un asesino: no temia extraviarse en aquel laberinto de árboles que tan perfectamente conocia; la próxima tempestad solo le causaba un leve sobresalto, y sin embargo su corazon latia apresurado como el de un ruiseñor cautivo entre las manos de un niño.

XI.

Porque cada árbol cubierto de nieve que veia á lo lejos le parecia un fantasma evocado de su sepulcro; á cada golpe que le daban al andar las ramas de los arbustos, creia sentir sobre su cuerpo la mano helada de algun duende. Y no es extraño que así fuera: Arturo vivia en el siglo XVI, siglo de candor y de fé, de supersticion y de creencias. — Iba pues andando Arturo con no poco miedo, cuando llegó este en su corazon al mas alto punto, al ver brillar entre las ramas, á la repentina luz de un relámpago, un bulto metálico que despedia reflejos de color de sangre.

XII.

Entonces toda la suya se le heló en las venas y quedó inmóvil, sin que le fuera posible dar un paso ni adelante, ni atrás: los reflejos azules de sus cabellos negros como el azabache se veian cubiertos de un sudor casi cuajado. — La oscuridad crecia por instantes y con ella el rumor del viento que arreciaba: volvió á herir la luz de un relámpago en el bulto metálico, y Arturo se estremeció de nuevo hasta la médula de sus huesos, porque en efecto era supersticioso y débil como una mujer.

XIII.

No le era posible seguir adelante, y sin embargo sabia que Hilda le aguardaba en su ventana, desde la cual le habia prometido hablarle aquella noche por estar ausente su padre. Se lo habia prometido en una carta que confiada á un mensajero infiel, llegó primero á manos del baron de Steinlonberg que á las de Arturo. Este, por fin, se resuelve á seguir adelante: despues de haberse encomendado á la Vírgen María con todo fervor, arrodillado sobre la yerba encanecida por la escarcha, sigue su camino hácia el castillo, cuyas altas almenas se desprendian apenas á lo lejos del fondo adusto del horizonte.

XIV.

Sus labios pronunciaban el dulce nombre de Hilda: el sobresalto le hacia volver la vista atrás á cada instante y apenas podian sostenerle sus rodillas. Cada vez que algun relámpago le descubria el objeto de su terror, cerraba los ojos como un hombre que conoce el peligro y se resuelve á no oponer resistencia. Al cabo de pocos momentos, al volver una senda, vió delante de sí, tan cerca que podia alcanzarle con la mano, un guerrero armado de punta en blanco · este guerrero era el baron de Steinlonberg.

XV.

—¿A dónde vas? le dijo con voz tan bronca y destemplada que Arturo creyó oir junto á sí la explosion

de una arma de fuego. ¡Imprudente! ¡Pensabas poder arrebatar á un anciano el único consuelo de su vida!... ¡Oh! ¡Maldicion sobre tí!.—Apenas oyó estas palabras, sintió el desgraciado jóven penetrar en su pecho la punta helada de un puñal, y cayó al suelo como una flor arrancada por el huracan: un instante despues exhaló el último suspiro, con un sonido tan ténue y fugitivo como el que forma resbalando sobre las cuerdas del arpa una mano moribunda. Caía la lluvia á torrentes, y apenas tocó al suelo el cadáver de Arturo, le arrebató en sus aguas un arroyo desprendido de la mas cercana colina... Entonces tembló á su vez el soberbio baron: un terror supersticioso embotó por un momento todas las potencias de su alma.

XVI

En la noche de aquel mismo dia, estaba el padre de Hilda en un salon del castillo, acompañado del capellan cronista, que con una voz lenta y monótona iba leyendo en alta voz las sublimes palabras de la Biblia, heréticamente vertida en lengua vulgar. Ardia una encina entera en la inmensa chimenea de la estancia, y la lámpara de hierro que pendia del techo, bañaba las paredes y los trofeos que la adornaban con una luz macilenta.

XVII.

Sumergido estaba el baron en inquietas meditaciones, lo que se conocia por los movimientos bruscos con que se revolvia en su sillon, como un oso apresado en estrecha jaula: de cuando en cuando salia de su pecho al-

guno que otro ronco suspiro. Era ya bastante entrada la noche, y aquella hora avanzada, y la voz lenta del capellan y el suave calor de la chimenea, todo contribuyó á sumergirle en una agradable modorra, semejante á la que cierra despues de comer, en su muelle sillon, los carnosos párpados de obeso canónigo toledano.

XVIII.

Frontero al sitial que ocupaba junto á la chimenea el padre de Hilda habia un sitial vacío. Entreabrió el baron los ojos al cabo de una hora de sueño, y no seria fácil decir lo que sintió al ver delante de sí, sentado en el sitial frontero al suyo, un guerrero vestido de armas negras, estrechando entre sus brazos á la hermosa Hilda y al oir los nombres de ¡Arturo! Hilda! suspirados con amor por aquellos dos jóvenes enamorados. Al mismo tiempo resonaban en los oidos del baron estas palabras de la Escritura, pronunciadas lentamente por la voz severa del capellan: « Y el Señor le dijo: ¿Qué »has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita »desde le tierra hasta mí. Por lo cual ahora serás mal»dito en esta tierra que ha abierto su boca para tragar »la sangre de tu hermano derramada por tí. »

XIX.

Es el caso que todo esto debia ser una ilusion de aquel padre celoso, porque Hilda entre tanto estaba sola en su estancia, tendiendo la vista por el balcon abierto sobre el espeso bosque, que hasta donde podia alcanzar la vista rodeaba el castillo. Apoyada la frente en la palma de la mano, cargados los ojos de ternura y de

anhelo, llena su alma de inquietud, esperaba á su Arturo la dulce niña, sin saber á qué atribuir aquella tardanza.

XX.

Muchos motivos tenia Hilda para estar inquieta; pero era el mayor de todos saber que debian estar prontos á entrar en campaña para el dia siguiente todos los vasallos, en edad de tomar las armas, dependientes de aquella gran baronía; su señor feudal lo habia exigido así para terminar de una vez sus contiendas con otro baron no menos inquieto y belicoso que él. Arturo era vasallo del padre de Hilda, no porque hubiera nacido en sus dominios, antes bien nadie sabia quiénes eran sus padres, ni cómo ó cuándo se habia establecido en aquellas cercanías; pero se hallaba en ellas, estaba en edad de tomar las armas, y fuese noble ó villano, cosa que nadie sabia tampoco, era menester que al dia siguiente, al primer toque de los clarines, estuviese formado con los demás vasallos delante del castillo, bajo las banderas feudales del baron de Steinlonberg.

XXI.

A la tempestad de la tarde habia sucedido una de aquellas noches blancas y frias que tan generales son en los países del Norte: parecia que la bóveda celeste reflejaba el color de un suelo cubierto de nieve. Mas de una hora hacia ya que estaba Hilda en su balcon, sumergida en mil vagas ideas, cuando vió á lo lejos acercarse al castillo con toda velocidad un bulto negro, que luego distinguió ser un hombre y un caballo que á

toda carrera se adelantaban. Estaba el hombre cubierto de armas negras, y era el caballo del mismo color que las armas del caballero. En su gallardo porte, en la gracia de sus movimientos reconoció al jóven Arturo; pocos instantes despues una escala de seda reunió á los dos afortunados amantes. El caballo quedó atado á una argolla bajo el balcon de la doncella, golpeando las guijas del suelo con su ferrado casco.

XXII.

Creyó Hilda hallarse bajo la influencia de un sueño, cuando de repente, sin acordarse de haber salido del castillo, se halló sentada á la grupa del caballo negro que montaba Arturo, y sintió sobre su cintura la presion de una mano cubierta de hierro que fuertemente la sujetaba: esta mano era la de Arturo. Él y su amada cruzaban á caballo con la rapidez del relámpago colinas y selvas y llanuras inmensas, acercándose más y más á un horizonte oscurísimo donde serpeaban en rápida vislumbre algunas ráfagas de luz. El cielo por lo demás estaba, como antes, puro, blanco y sereno; pero la pobre Hilda se hallaba en una angustia inexplicable: pálida como la muerte, los ojos desencajados, seca y fria, los cabellos erizados, violentamente oprimida su linda boca con ambos puños cerrados, temblaba la hermosa niña en los brazos de aquel misterioso espectro como la tímida gacela entre las garras del tigre...

XXIII.

Al choque de los piés del negro troton brotaban chispas del suelo, y por los ojos y por la boca arojaba lla-

mas azules y rojas: el mas profundo silencio reinaba en deredor, y ni aun se oia el ruido que hacia el caballo al galopar. Despues de haber andado dos horas por lo menos, llegaron Hilda y Arturo á la entrada de una gruta; bañaba la atmósfera una media luz semejante al último crepúsculo de la tarde. Apeóse el caballero de las armas negras, y con gentil cortesía, puesta una rodilla en tierra y la otra doblada á guisa de estribo, ofreció su mano á Hilda y la ayudó á apearse del negro corcel.

XXIV.

Estaban los dos jóvenes á la entrada de la gruta, Hilda palpitando aun de terror, Arturo grave é inmóvil como una estátua de bronce. — Hilda, Hilda, dijo este con una voz tan triste y cavernosa que parecia salir de un subterráneo, — ¡vamos á separarnos para siempre! — Dáme tu mano, Hilda, — deja que estampe mis labios en los tuyos.

XXV.

Y quitándose la manopla de la diestra, presentó á su amada los dedos largos y nudosos de una mano de esqueleto, — y levantando con la izquierda el casco guerrero, dejó ver el cráneo pelado y la expresion sardónica de una calavera, cuyas huecas facciones, vistas á la luz de la luna, formaban un conjunto verdaderamente espantoso: — aquella calavera movia sus labios de hueso como si quisiera articular algun sonido. Dió entonces el espectro un paso para acercarse á Hilda; pero esta, lanzando un grito de horror y sacando nuevas fuerzas de aquella sensacion profunda, corrió hácia la

gruta y penetró en ella, delirante, frenética, como penetra en los abismos un alma criminal acosada por los espíritus infernales. Fué, sin embargo, aquella sensacion tan violenta como rápida, pues familiarizada ya, por decirlo así, con las impresiones sobrenaturales de aquella noche, se recobró pronto y volvió la vista atónita á todos lados para reconocer el sitio en que se hallaba. ¡Cuál fué entonces su admiracion! Vió que era aquel una gruta fresca y hermosa, cubierta de algas y conchas marinas, en que se respiraba un ambiente puro como el que refresca en las noches de verano el rostro de las hermosas sobre las aguas de los canales en las góndolas venecianas.

XXVI.

Oyó Hilda á corta distancia los ecos de una dulce armonía, lenta, melancólica y sublime; un concierto de arpas é instrumentos desconocidos unido á la acorde modulacion de algunos acentos mujeriles. Era un himno funeral, un canto de muerte lo que tan dulcemente sonaba; y á la horrible agitacion en que hasta entonces se habia encontrado Hilda, sintió esta suceder en su pecho un sentimiento de lánguida tristeza, inefable y profunda. Continuó adelantándose hácia el sitio de donde salian aquellos sonidos; pero sin duda debia estar muy lejano, ó ir retrocediendo lentamente y sin que ella lo advirtiera, porque, aun despues de haber andado mucho, siempre se hallaba á igual distancia del término de la gruta. Sentia Hilda una especie de mareo, de aturdimiento; pero ni padecia, ni se consideraba desgraciada. Empezó de nuevo á circular la sangre en sus venas, y dos lágrimas de ternura humedecieron sus

párpados. Llegó en fin al término deseado y penetró en una estancia cuyas paredes eran tan diáfanas y cristalinas, que no parecia sino que el éter del cielo las circundaba por todas partes. En un lado de aquella estancia vió un escena capaz de conmover un corazon de roca.

XXVII.

Un grupo de mujeres hermosas como serafines, reclinadas sobre arpas de cristal y veladas con blancos cendales y largas cabelleras argentinas, rodeaba un túmulo formado de conchas y yerbas, sobre el cual yacia el cadáver de un jóven. Una mujer, mas hermosa que todas las mujeres, reclinado el cuerpo sobre el cadáver, le miraba con amor, humedecia con el aliento de su boca sus cárdenos labios y la frente pálida del mancebo, derramando al mismo tiempo sobre él un torrente de lágrimas. En el rostro de aquella mujer brillaba la ideal belleza de las ondinas; era una ondina en efecto. Un momento despues de haber entrado Hilda en aquella estancia, huyeron despavoridas al verla las jóvenes que con sus arpas de cristal llenaban el aire de una celeste armonía. Al ver el espectáculo que tenia delante, sintió Hilda abrirse de nuevo todas las llagas de su corazon, porque en aquel jóven muerto reconoció á su desgraciado amante Arturo. En su rostro, privado de vida, reinaba aquella serenidad celeste que tanto le embellecia en tiempos mas felices, pero examinándole de cerca se veian tambien en él algunas violentas contracciones, señales de su reciente agonía.

XXVIII.

—Ven, ven, dijo á Hilda la mujer que lloraba sobre el cuerpo de Arturo; ven, por tí murió este mi desgraciado hijo. Yo le recogí en mis brazos, porque me hallaba entre las aguas del arroyo junto al cual le asesinó tu inícuo padre. Ven, fatal mujer, ven; contempla tu víctima. —¡Mi víctima! exclamó Hilda: ¡oh! no! no! —Y diciendo esto voló con los brazos abiertos hácia el fúnebre lecho; pero no bien hubo tocado el frio cadáver, cuando desplomándose á la voz de la ondina la gruta y el lecho, se sintió arrebatada llevando entre sus brazos á su perdido amante por una corriente impetuosa. Durante algunos minutos la persiguió como su sombra la imágen de la desolada ondina, que en pié á la orilla del agua, adelantándose con la misma velocidad que la corriente, aunque sin dar paso alguno, la miraba con una expresion indefinible de dolor y de ira. Desapareció por fin esta imágen, é Hilda, privada ya de sentido, se dejó llevar por la corriente sin soltar el cuerpo del infeliz Arturo.

XXIX.

Terrible fué la batalla en que el baron de Steinlonberg, resuelto á terminar de una vez sus desavenencias con otro caballero tan poderoso como él, perdió la mayor parte de sus soldados y todas las posesiones de su baronía, excepto el fuerte castillo situado en la orilla izquierda del Rin. Al fin de la prolija relacion de esta batalla, inserta en la página 542 de la ya citada crónica del capellan del castillo, se lee lo siguiente: «Serian las

»siete de la tarde, cuando el baron, perdida ya toda »esperanza, se retiró del campo de batalla, seguido de »algunos escuderos y del autor de esta crónica. No me»nos rendido de cansancio que su señor, estaba el her»moso alazan andaluz del baron: tuvo, pues, este que »detenerse en un espeso bosque, distante como hasta »tres millas de su fortaleza. Sentóse sobre la yerba á la »márgen de un arroyo, y mientras estaba sumergido en »sus amargas meditaciones, aumentó de repente la es»pantosa lluvia que durante todo el dia habian estado »despidiendo las nubes. La corriente acrecida del arro»yo junto al cual descansaba el baron, trajo al cabo de »pocos momentos entre sus aguas y depositó á sus piés »dos cuerpos abrazados: uno de ellos era el de su hija »única, la hermosa Hilda. No fué ya posible ocultarle el »terrible secreto que yo sabia ya por acaso, y que hasta »entonces habia podido guardar. ¡Infeliz!... La noche »del dia anterior entré en la estancia de la condesa »Hilda, pero demasiado tarde por desgracia para evitar »su temprana muerte. Aun no habia yo pasado el din»tel de su puerta, cuando á la claridad de la luna, ví á »la hermosa jóven precipitarse desde su ventana en un »raudal que corria á los piés del castillo, y en cuyas »aguas vió la infeliz, que acababa de despertar de un »largo y agitado sueño, el cadáver de un jóven á quien »amaba con toda su alma. Cuando acudí á sacarla de »las aguas, á ella y al jóven se los habia llevado ya la »corriente. Oculté esta cruel nueva al baron, esperando »siempre que no seria mortal para su hija aquella caida, »y tomando las mas minuciosas precauciones para des»cubrir su paradero. ¡Pero todo fué inútil! Cuando »volví á verla en el bosque donde estaba su padre ya »era cadáver... El desgraciado baron al verla perdió

»enteramente el juicio, y pocos meses despues murió »de pesadumbre en el castillo de sus mayores. »

Hasta aquí el texto histórico.

XXX.

No obstante la autenticidad de este documento, la tradicion popular ha conservado á la desastrada muerte de Hilda la explicacion fantástica que daba de ella el baron en sus raptos de delirio.—He matado, exclamaba, al hijo de una ondina, y la ondina se ha vengado ahogando á mi hija. El espectro de su amante la atrajo á la gruta fatal: ¡allí está! Ya se hunde la gruta!... ¡madre desapiadada!... ¡Hilda! adios, adios!— Y el miserable anciano, presa de aquella horrible vision, se moria lentamente.

El lector escogerá como guste entre la historia y la tradicion.

VIII.

NECRÓPOLIS.

1863.

«Umbræ ibant tenues simulacraque luce carentum.»
(VIRGILIO.—*Geórgicas*, IV).

Muchas veces, en mis largas noches de insomnio,—digo mal,—de ese medio sueño sutil y trasparente que no hace mas que tender una ligera gasa sobre los objetos de la vida real, una idea triste y consoladora al mismo tiempo se apodera de mi imaginacion con implacable tenacidad. Luego poco á poco esa idea va tomando cuerpo, ó á lo menos una indeterminada apariencia de forma corpórea; esa forma, esa multitud de formas vagas mas bien, se va destacando cada vez más sobre las tinieblas en figura de pálidos espectros..... La idea se hace vision, pero vision fantástica, llena de sombras alternadas con mustias claridades, á la manera de esas dudosas perspectivas que nos presentan en invierno á las horas del crepúsculo los prados cubiertos de opacas nieblas. Las colinas desiertas, los árboles deshojados, se vislumbran apenas entre los densos vapores: sus contornos se pierden como esfuminados en un fondo

gris, manchado de trecho en trecho por otras sombras, inmóviles unas, otras pasajeras, todas igualmente indecisas. Luego empezamos á entrever confusamente en unas los objetos de la tierra, en otras las aves del cielo que hienden silenciosamente las alturas. ¡Espectáculo lleno de una indecible melancolía! Las tinieblas, con todo su horror, son menos tristes que esa media luz surcada por misteriosas sombras.

Y, sin embargo, en esa melancolía hay cierta dulzura: yo lo he experimentado muchas veces. Cuando, semejante á una pobre barca rota por la tempestad, el alma quebrantada fluctúa por la corriente de la vida sin acabar de hundirse en los abismos del dolor, mas profundos que los del mar, hay momentos en que se le aparecen, como al marinero errante sobre las olas, no sé qué fugitivas imágenes de una felicidad ideal, de una dulzura infinita..... ¿Son recuerdos? ¿Son esperanzas que Dios envia? Por mas que luego, al perderlas, si son esperanzas, se agrave nuestra amargura; —por mas que luego, al considerar la miseria presente, esos recuerdos, si lo son, nos destrocen las entrañas, ¡oh! benditos, benditos mil veces los recuerdos! benditas las esperanzas! ¡Benditos esos fugaces momentos de respiro que se llaman *las ilusiones!*...

Una de las que mas frecuentemente asaltan mi imaginacion y, lo confieso, de las que mas me ayudan á ir subiendo sin desfallecer el doloroso Calvario de tantas realidades aciagas, es figurarme que me encuentro en una ciudad poblada únicamente por los espíritus de todos aquellos á quienes he conocido en vida y con quienes me han unido lazos mas ó menos estrechos... ¿Por los espíritus solo? No; ya lo he dicho: algo de su apariencia corpórea sobrevive en ellos y se me re-

presenta tambien de una manera confusa é inexplicable sin duda, pero evidente á lo que llamaré mi *sentido interno*, —á los ojos de mi alma—cuando creo cruzar con la fantasía, medio dormido, medio despierto, las largas calles de aquella misteriosa Necrópolis. Todos los muertos que circulan por ellas conservan una semejanza atenuada de las formas, de las actitudes mismas que tenian en la tierra: todos despiertan algun recuerdo en mi memoria, cuando no una herida en mi corazon. ¡Cuántos! cuántos hay! Espanta su número. Todas las edades, todas las condiciones de la vida han dado su contingente á la negra ciudad á que me figuro trasportado, no sé si tambien yo vivo ó muerto; solo sé que mi presencia allí no parece causar ninguna extrañeza á los demás. Unos me miran y se sonrien afectuosamente; otros pasan de largo, sin reparar en mí, engolfados en sus reflexiones ó en sus *diálogos silenciosos* con los otros muertos. Silenciosos digo, porque en efecto se los ve hablar entre sí, se comprende lo que hablan, y nada se oye. Ni el mas leve rumor turba la paz profunda de aquellos sitios... Los niños vienen en tropel á besarme, interrumpiendo sus juegos infantiles, silenciosos tambien, ¡cosa triste! Sus semblantes son los mismos que en la vida, solo que mas dulces, mas serenos y muy pálidos, como si los viese á la luz de la luna: siempre son hermosas flores, pero flores marchitas; sus largas melenas les caen como en otro tiempo sobre los hombros, pero no en lustrosos rizos, amoroso afan, dulce orgullo de una madre ó de una hermana mayor, sino destrenzadas, lacias... No puedo ver á algunos de ellos sin que mis ojos se arrasen de lágrimas.

Estas páginas están destinadas al público, y no tengo

derecho para evocar en ellas recuerdos que solo para mí ofrecerian profundo interés. Paso, pues, por alto los mas preciosos encuentros que me ofrece ¡ay! á cada momento mi Necrópolis imaginaria; pero como otros podrán acaso interesar á mis lectores, quiero hoy hablarles de algunos de ellos.

Lo repito: espanta considerar el número de personas conocidas que desde los tiempos á que alcanza mi memoria, y eso que la nieve de la edad empieza apenas á blanquear mi cabello, han pasado de este oscuro misterio que llamamos *la vida*, á ese otro misterio, mas oscuro todavía, que se llama *la muerte*. Aun sin salir de España y del círculo relativamente muy reducido de aquellas con quienes algun dia me unieron estrechas relaciones de amistad, calculo que con solo ellas pudiera constituirse una poblacion de las mas escogidas en todos los ramos del saber, en todos los privilegios de la virtud, el ingenio, el valor, la hermosura, la nobleza de la sangre, —en todo. ¡Oh! y cómo sabe la muerte escoger sus víctimas! qué buen gusto tiene! cómo se lleva siempre lo mejor! Sibarita refinada, la juventud y la hermosura son su habitual y regalado pasto. ¡Qué de mujeres jóvenes y hermosas he visto morir en la flor de su edad! Allí están todas, hermosas aun como en la vida; allí las veo cruzar lentamente una á una por entre las diáfanas arboledas, ó reunidas en amables grupos fantásticos, tristes todas con sus recuerdos de la tierra. Transfiguradas por la muerte, solo queda ya en ellas lo que la mujer tiene de ángel...

Donde más abundan para mí los encuentros dolorosos es en la numerosa falange de los poetas y los artistas que me han precedido en el camino del sepulcro. Entre ellos ¡cuántos nombres ilustres! ¡Cuántas brillantes

carreras cortadas en su primer arranque! Aquellos tres que allí van juntos, departiendo gravemente sobre altas teorías filosóficas del arte y la literatura, son tres íntimos compañeros de mi primera juventud, Espronceda, Floran, Villalta, inteligencias de primer órden, tristemente apartadas de su verdadera vocacion por los azares de estos revueltos tiempos que nos han tocado en suerte á los hijos del siglo XIX. Nacidos bajo el apacible reinado de Fernando VI ó de Cárlos III, España contaria tres glorias más. De ellos, solo Espronceda ha dejado un gran nombre en las letras; pero siempre errante, libre de todo saludable freno, empeñado en todo linaje de aventuras, ni pudo hacer buenos estudios, ni purificar su gusto. Lista solia decir de él que su talento era como una plaza de toros, muy grande, pero lleno de canalla. Emigrado á los diez y seis años, primero en Portugal, luego en Inglaterra y Francia, su borrascosa vida durante aquella larga peregrinacion fué una novela, cuya accion capital forma el admirable episodio del singular poema *El Diablo mundo* que lleva el título de *Teresa*. ¡Pobre Teresa! Tambien su pálida sombra vaga ya por mi oscura Necrópolis, persiguiendo indignada al gallardo mancebo de ojos árabes y largos rizos de ébano que tanto la amó y tan desgraciada la hizo... Para mí, Espronceda es siempre el *gallardo mancebo* de los tiempos en que fué mi amigo, el Byron español, gran poeta y gran calavera como él, y como él tambien voluble Eneas de muchas Didos!...

Sacudiendo su larga cabellera de un color rubio amarillento, como la melena de un leon, alto, fornido, respirando fuerza por todos los poros, Villalta le va recitando estos deliciosos versos de una compo-

sicion *íntima* suya, nunca publicada que yo sepa, y cuya suavidad forma un extraño contraste con la vigorosa naturaleza del poeta: son la pintura de una mujer amada...

La estrecha cintura
Que engalana el cinto
Doblégase fácil,
Cual dobla el narciso
Su tallo flexible
Del aura al suspiro.

Villalta escribia con igual facilidad el inglés que el castellano. No todos sabrán que su excelente novela *El Golpe en vago*, hoy casi olvidada con ser una de las mejores que tenemos, fué primitivamente escrita en aquella lengua para un librero de Londres, bajo el título *The Dons of the last century*. Periodista incomparable, su estilo y sus doctrinas recordaban mucho á Armando Carrel, de quien fué muy amigo. Compuso pocos pero buenos versos: los más han quedado inéditos. Lo mismo los de Juan Eugenio Floran, marqués de Tabuérniga: pocos escribió tambien, pero no los hay mas acabados en nuestro Parnaso moderno. Ahora recuerdo este soneto suyo *á una fuente*, digno de Garcilaso:

«Pura y undosa fuente que serena
Retratas en tu espejo cristalino
La erguida copa del robusto pino
Cuando tu fondo con su sombra llena;
»Así corone cándida azucena
Tu márgen solitaria de contino,
Y así jamás rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena!
»Que me digas, te ruego, si mejora
En tu cristal mi rostro, que no fuera.
A ser tú fiel, tan cruda mi pastora.»

Esto dice Mirtilo y considera
Su imágen en el agua; empero llora
Y el agua enturbia y su retrato altera.

He nombrado antes á Lista, mi querido maestro, mejor diria mi segundo padre. Lo mismo que en la vida, véole siempre rodeado de jóvenes que fueron sus discípulos, presa tamprana de la inexorable muerte, sedientos aun de beber en las puras fuentes de doctrina que emanan de sus labios. Atraidos por la irresistible seduccion de su carácter angelical y de su elocuencia de oro, se agrupan al rededor suyo los antiguos compañeros de su gloria, todos insignes en letras divinas y humanas: el gran Moratin, Terencio español; su constante amigo Silvela, el gran Quintana, glorioso Tirteo de nuestra guerra de la Independencia; los doctísimos Torres Amat y P. La Canal; Reinoso, consumado jurista y dulce cantor de la *Inocencia perdida*; el amable Martinez de la Rosa, el sabio Clemencin, el matemático Vallejo, Gorostiza, Musso, Miñano, Hermosilla, Búrgos, Tapia, Gallego, Gonzalez Arnao, Gutierrez, tan docto en ciencias físicas; Fernandez Navarrete, geógrafo eminente; Mauri, tan esclarecido vate en francés como en castellano; Carvajal, feliz traductor de los *Salmos*; Escosura (D. Gerónimo), Gil y Zárate, Aribau: ahora recientemente ha ido á reunirse con ellos nuestro mas célebre crítico moderno don Agustin Durán. Yo les conocí, y con mas ó menos intimidad los traté á todos; solo á Moratin le alcancé apenas, pues no mas que dos veces, durante el mes que precedió á su muerte, tuve el honor, siendo todavía muy muchacho, de besar la mano que escribió el *Sí de las niñas*, recuerdo que no se me borrará en la

vida. Los más fueron mis amigos, y el respetuoso afecto que les guardo, consignado está en libros que acaso han contribuido á difundir su fama por el mundo. A falta de otros títulos de gloria literaria, permítaseme recordar este...

¿Quién es aquel anciano general tan encorvado bajo el peso de los años, que se adelanta apoyado en un baston de mando y cuyo blanco uniforme de un corte anticuado traslada la imaginacion á principios de este siglo? Es el gran Castaños, el vencedor de Bailen. Al verle, mis labios murmuran involuntariamente estos versos de Lista:

¡ A Castaños victoria y á la patria!
A los hijos valientes
Del almo Bétis gloria inmarcesible!.....

A su lado va otro célebre guerrero cuyo escabroso cráneo reluce todo acribillado de hondas cicatrices: es San Miguel, que supo ganar uno de los mas respetados nombres de nuestros tiempos,

Tomando ora la espada, ora la pluma.

Entre las numerosas sombras que siguen, como formándoles una córte, á esos dos representantes de un periodo homérico, distingo la del divino Argüelles, la del honrado Mendizabal (tiempo es ya de hacer justicia á aquel excelente hombre y buen ciudadano), la del intrépido Villacampa, las de Sancho y Bertran de Lis, patriotas *de verdad;* la del íntegro ministro Lopez Ballesteros (D. Luis); la de D. Juan Grijalva, otro raro ejemplo de integridad, la del sabio naturalista y recto magistrado D. Jacobo M. de Parga; la de D. Juan Gualberto Gonzalez, consumado helenista; la del bizarro

príncipe de Anglona; la del duque de Frias, buen prócer y buen poeta.....

Y tendiendo aun mas lejos la vista, todavía encuentro imágenes conocidas de hombres que ya pertenecen á la historia. Aquel anciano tan alto y tan derecho, cuya bondadosa fisonomía conserva rastros de una hermosura fatal para España, es D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, gran *levantado* á quien yo conocí tan *caido!* Muchas veces, siendo yo estudiante en Paris, subimos juntos, él apoyado en mi brazo, no por debilidad, sino por benevolencia suya y respeto mio, las escaleras de un muy modesto piso tercero del *Marché Saint-Honoré*, núm. 32, muy conocido de todos los españoles de mi tiempo; y apenas podia yo creer que estaba viendo al mismo poderoso valido para quien un dia mandó Cárlos IV á sus *voceros:*

Que cedo á la rica Toledo se vayan
E aquella manceba garrida le trayan
Fija del Infante que Dios perdonó!...

En aquel modesto piso tercero vivia un anciano ya mas que octogenario, otra gran ruina, otro grande ejemplo tambien de las vicisitudes humanas, el venerable Sr. Arzobispo de Zaragoza, D. Ramon de Arce, inquisidor general y patriarca de España y de las Indias; y eran de oir los recuerdos que evocaban aquellos dos astros apagados de una corte que algun dia, si Dios quiere, pintaré con toda verdad, como algunas otras... Yo los escuchaba como se lee una crónica. A veces venian á terciar en la conversacion sus contemporáneos los abates Melon, Agustin y Muriel, el canónigo Lanza, el célebre Orfila, el pintor Lacoma, don Manuel de la Prada, el opulento banquero Aguado,—

pocos, porque ya quedaban pocos de aquel tiempo. Hoy no queda ninguno: ellos concluian su jornada, cuando yo empezaba la mia, — yo lleno de ilusiones, presa asegurada al espíritu de *error*, — ellos amaestrados por la experiencia, sabedores ya de la *verdad* en todas las cosas terrenas. ¡Oh miserable condicion de los hombres! Cuando empezamos á aprender la vida, nos coge la muerte.

Uno de los mas antiguos habitantes de mi tan poblada Necrópolis, es aquel apuesto conde de Campo-Alange, muerto en la aurora de su florida juventud, durante nuestra última terrible guerra de sucesion. Llevado de sus nobles instintos de lealtad caballeresca, fué á servir de voluntario desde el principio de la campaña, y lidió y murió como un héroe en el sangriento sitio de Bilbao. ¡Cuántos brillantes mancebos, esperanza de la patria, perdimos en aquellas lides fratricidas!... triste ocasion de recordar las sentidas palabras de Pericles: «Nuestra juventud ha sucumbido en la »batalla; el año ha perdido su primavera.» Ya casi nadie se acuerda de tan crueles pérdidas como sufrió entonces el porvenir de España; pero yo, ¿cómo pudiera olvidar esa? No tuve en mi juventud amigo mas tierno que Campo-Alange: sus últimos recuerdos, momentos antes de exhalar su hermosa alma, fueron para mí. Juntos fundamos con Federico de Madrazo el *Artista*, para el cual escribió, entre otras cosas, los preciosos *Recuerdos del sitio de Amberes*. ¡Oh noble vida segada en flor! Oh malogrado amigo! Qué fecunda carrera te aguardaba en la escena del mundo! Nunca se me aparece tu sombra querida sin que mis labios murmuren involuntariamente el *Tu Marcellus eris* de Virgilio.

¡Cuántos dolorosos recuerdos evoca para mí el nom-

bre del conde de Campo-Alange! Cuántas nobles sombras de amigos comunes acompañan á la suya en mi Necrópolis! Allí vislumbro la melancólica imágen del gran compositor Gomis, muerto en Paris tan desgraciadamente; las hermosas figuras de Montes de Oca, los dos hermanos Fulgosio y Diego Leon, ilustres mártires de nuestras discordias civiles; la de un duque de Osuna, digno de este gran nombre; la de un excelente poeta, Bermudez de Castro (D. José), asíduo redactor del *Artista*, y á cuya composicion titulada el *Dia de difuntos* igualan pocas en castellano; la de Castro y Orozco (D. José), autor del *Siglo y el cláustro;* la del otro jóven poeta Enrique Gil, muerto en tierra extraña; las de los dos hermanos Carnerero; la de Sor, la de Aguado, genios músicos de primer órden, tan aplaudidos en toda Europa por su incomparable habilidad en un instrumento ingrato, —y la tuya tambien, *diva* sin igual que Italia envidia á España, ¡oh sublime Malibran García!.... A tu lado, hermosa María, lo mismo que en el *gran mundo* de Paris, del que ambas erais encanto, vislumbro la pálida sombra de tu elegante y discreta amiga la condesa de Merlin, perla de nuestra grande Antilla (1). Allí, en dias mas recientes han ido á aumentar el doloroso tesoro de mis recuerdos Diego Alvear, modelo de caballeros y de ciudadanos útiles sin vano ruido, tan cariñoso para mí que nuestros comunes amigos le llamaban *mi madre;* Baralt, claro y profundo ingenio; Perez Hernandez, sabio jurisconsulto; el incisivo polemista Lopez Pelegrin; Doncel y Valladares, poetas tan unidos que muchos

(1) Véase en la página 53 y siguientes la relacion de un *Viaje* de esta Señora por América.

los creian un solo poeta; los insignes bibliógrafos Gallardo, D. Vicente Salvá y D. Benito Maestre; el conde de Velle, D. José María de Nocedal, el marqués de Gaviria, el general Mazarredo; mis antiguos compañeros Revilla y San Martin; Caveda y Seijas, jóvenes estos dos en años, viejos en prudencia y doctrina (1); los dos ilustres escritores andaluces Lafuente Alcántara y Jimenez Serrano; Manresa, casi un niño; el viejo actor Guzman, delicias de mi infancia; el jóven Ossorio, honra de nuestra escena, Lombía, Latorre, y aquella inolvidable Concepcion Rodriguez, tan buena y discreta señora, como eminente actriz.

Grave y muy lenta, doblada la frente bajo el peso de un infortunio tenaz, la pálida y doliente sombra de Salas y Quiroga vaga sola como si aun en la muerte le persiguiera un injusto desvío. No sé por qué le persiguió en vida: pocos hombres he conocido mas instruidos, mas laboriosos, ni mejores. Su mayor defecto era ser demasiado bueno. Exento personalmente de todo vicio, se mataba á trabajar para costear con el producto de su tarea los de sus pocos amigos. Tiempo hubo en que el *pobre Salas*, así le llamaban, sostuvo él solo con su pluma, en medio de las mas heróicas privaciones, á toda una falange de amigos hambrientos; pero no todos le fueron ingratos. Un dia en que llegó á estar tan miserable y desesperado que quiso de una vez acabar con la vida ahorcándose, uno de ellos, á quien confió su loco proyecto y la repugnancia que sentia á la idea de ejecutarlo con su propia mano, se ofreció generosamente á ahorcarle... de balde. ¡Y lo

(1) Seijas escribió notables artículos literarios en la *España*, bajo el seudónimo de *Alfeñiquen del Algarbe*.

hubiera hecho!... Las novelas de Salas y Quiroga, en especial el *Dios del siglo* y los *Habitantes de la luna*, me parecen excelentes pinturas de costumbres. A pesar de eso y de tantas circunstancias como recomendaban á aquel desgraciado, no recuerdo haber asistido jamás á entierro alguno menos concurrido que el suyo. Miento: otro ví un dia pasar por la calle de Fuencarral, mas desamparado y solitario que aquel: un contraste casual hacia resaltar tristemente su desamparo. Precedíale un entierro magnífico á que asistia medio Madrid; era el del torero Bocanegra, muerto de resultas de una *cogida* en esta plaza: el otro que venia detrás, sin un alma que le acompañase, era, á lo que oí, el del presbítero D. Manuel Calleja, director del antiguo colegio de San Mateo!... Es de advertir que con dificultad se citaria, de treinta años acá, un ministerio de que no haya formado parte algun alumno de aquel colegio célebre, plantel, con el *Real Seminario de Nobles*, fundado posteriormente, de nuestras primeras eminencias actuales en todos ramos. Pero vuelvo al entierro de Salas y Quiroga: fuera de algun pariente, otros dos amigos y yo, nada más, dejamos en el cementerio de la Puerta de Toledo sus despojos mortales, en una huesa sin lápida, que muchas veces he buscado despues y no he podido encontrar. ¡Pobre Salas!...

¡Pobre Larra tambien! ¿Quién hubiera dicho al verle tan excéptico, tan frio al parecer, con aquellas apariencias frívolas, tan dado á todas las elegancias de la vida, que la horrible locura del suicidio habia de contar en él una de sus víctimas? Aun me parece estarle viendo tendido en su despacho, atravesadas las sienes de un balazo, cuando prevenido á los pocos momentos de su trágico fin, acudí desalado á su casa de la calle de

Santa Clara. Su fisonomía, muy expresiva, pero nada bella ni grandiosa cuando la animaba su sarcástica sonrisa habitual, parecia con la muerte revestida de una terrible majestad. El desesperado amor que en un momento de frenesí puso una pístola en su mano, quedó como estereotipado en aquellas facciones árabes. Despojados de su exagerado aliño de costumbre el cabello y la barba, pues ya he dicho que el moderno *Macías* era todo un elegante, no sé qué especie de sombría y siniestra hermosura se desarrolló de repente en aquella boca entreabierta como para lanzar una maldicion, en aquellos negros ojos fijos y que una mano piadosa no habia cerrado aun, en aquella frente llena de inteligencia, y que entre los descompuestos mechones de ébano que la rodeaban parecia enorme. Siempre se me representa así, como le ví por última vez. Dos dias antes discutiamos sosegadamente el plan de un drama que pensábamos escribir juntos. Este es el mundo; esta es la vida.

En Necrópolis está Donoso Cortés, uno de los pocos españoles modernos cuyo nombre es conocido en toda Europa. La frente muy erguida, dando con su intencionada y algo arrogante actitud una especie de majestad á su exígua estatura, allí va perorando entre un numeroso grupo de admiradores de su fogosa, profunda y algo oscura dialéctica. Con ella levanta todas las cuestiones á alturas en que es difícil seguirle; pero su tersa palabra embelesa siempre como una música, y cuando se remonta á sus amadas lucubraciones teológicas, se sonrien con afectuosa indulgencia las sombras de nuestros insignes políticos oradores, Calatrava, Zea Bermudez, Castro y Orozco, el conde de Toreno, Peña Aguayo, el conde de Ofalia, Garelli, y más aun las de

aquellos *verdaderos teólogos* y canonistas Castillo y Ayensa, Cabo Reluz y el gran Balmes, honra de la Iglesia española en este siglo. Menos propenso á la indulgencia, se indigna de sus aspiraciones médico-homeopáticas la severa sombra de Argumosa, moderno Hipócrates, gran carácter de otros tiempos... Un lívido espectro le sigue de lejos, como esquivando sus miradas. —¿Por qué? En él reconozco, sin embargo, á su mejor amigo, Morales de Santisteban, entendimiento clarísimo, escritor castizo, docto en letras y en ciencias... ¡Enigma impenetrable! Se comprende en rigor el suicidio de Larra; pero que un hombre colmado de todos los dones de la fortuna, que todo un filósofo (tal le juzgábamos) pusiese violento término á su vida, como el desgraciado Durana, hijo ilustre de Cádiz, como el duque de Sotomayor, como Paradela, como Arron, doloroso objeto de preciosas lágrimas, como tantos otros cuyas sombras amigas rodean la de Donoso, cosa es que anonada el espíritu. Recuerdo que la primera vez que ví el Vesuvio estaba todo cubierto de nieve: pocos dias antes una furiosa erupcion habia despedazado y hecho dos veces mayor su antiguo cráter. Aun estaban todos aquellos contornos sembrados de ruinas: Torre del Greco no era mas que un monton de escombros humeantes. No sé por qué la vista de tantos estragos me trajo á la imaginacion el recuerdo de aquellos incomprensibles suicidios; seria tal vez que en aquella mortaja de nieve extendida sobre un volcan ví un emblema de la filosofía, puesta como un inútil barniz sobre el corazon humano.

Apartadas de las otras, casi perdidas en una lóbrega lontananza, entreveo dos sombras... ¡oh dolor! las reconozco muy bien. Son las de dos antiguos amigos

mios muy desgraciados y muy queridos. ¿A qué recordar sus nombres? El uno, general bizarro, expió con la vida, no há mucho, una increible deslealtad: el otro, escritor elegante, hábil publicista, acaba de morir en Londres bajo el peso de una condena infamante. La justicia humana fué inexorable con ellos; por fortuna es de creer, es de esperar mas bien, que en esta vida y en la otra no regirán los mismos códigos...

No menos que las letras y las ciencias, que la política y las armas, las bellas artes, hijas del cielo, están noblemente representadas en Necrópolis por numerosas imágenes de personas muy queridas para mí. En su centro descuella la patriarcal figura del que fué,—ya hoy nadie le niega esta justicia,—el restaurador de los estudios artísticos en España, D. José de Madrazo, tronco venerable de una raza privilegiada en todas las dotes del ingenio. Madrazo es entre los pintores lo que Lista entre los literatos: ambos representan, en su mas alta expresion, la influencia poderosa del buen ejemplo unido al buen consejo. A su lado están los ilustres ancianos, gloria como él, del arte moderno,—los escultores Alvarez y Solá, los pintores Lopez y Ribera; detrás va un largo séquito de sombras cuya juvenil apariencia está realzada por no sé qué alta elegancia en las actitudes. Unas recuerdan vagamente los frisos medio borrados del Partenon; otras los airosos personajes del Veronés. Son los discípulos de aquellos ilustres maestros, jóvenes cuya lucida carrera vino á cortar en sus principios la implacable muerte;—entre ellos veo á otro escultor, Alvarez, hijo digno de tal padre; al fecundo Villaamil, á Alenza, nuevo Goya, á Utrera, á Sainz, en quien se fundaban tantas esperanzas. . . . .

. . . . . .

Basta ya de tristes recuerdos, y perdóneme el lector si le he cansado. De los jóvenes sobre todo reclamo indulgencia, considerando que esos recuerdos son ya para mí mas de la mitad de la vida: aun no saben ellos que llega un dia en que todos vivimos más en lo pasado que en lo presente... Despues de haber perdido tales hombres, solo en el círculo de mis amigos españoles —(y habiendo vivido largos años fuera de España, natural es que cuente tambien entre mis recuerdos fúnebres bastantes nombres extranjeros),—¿qué mucho que algunas veces este mundo me parezca un desierto, y que la ideal region en que los veo reunidos, —la Necrópolis de mis sueños, —se me lleve tras sí poderosamente el alma y la voluntad? No puedo ocultarlo; mi corazon, como un cementerio, está lleno de muertos. Yo bien sé que todo pasa, que la naturaleza fecunda trasforma y renueva todas las cosas, y que no hay para ella lutos eternos. Yo bien sé que á esas glorias eclipsadas, que yo lamento, porque las he conocido y amado, otras han sucedido, están sucediendo y sucederán aun, acaso mayores; pero esto mismo me parece un motivo más de grave tristeza, un motivo más sobre todo para cultivar con vehemente amor el culto de los recuerdos. No hay culto mas sagrado. Respetémosle: seamos benévolos hasta con sus extravíos. Se dirá tal vez que me exagero el valor de los hombres de mi tiempo: es mas que posible. El *laudator temporis acti* de Horacio será siempre verdad; siempre lo pasado, solo por serlo, tendrá para los hombres no sé qué inefable prestigio. Hasta las antiguas amarguras tienen su encanto: *¡Dulce como el recuerdo de las pasadas tristezas!* dice Ossian. Lo pasado es un sepulcro, y ante un sepulcro ¿quién no se inclina reverente y pensativo? ¡Paz á todo lo que ya

no existe! tal es la ley de amor. Lo mismo las cosas que los hombres, cualquiera que sea el juicio que nos inspiren, *para algo* han pasado por esta tierra por la que nada pasa en vano. La muerte es una misteriosa investidura que en cierta manera lo purifica y lo engrandece,—no me atrevo á decir que lo santifica todo.

EPÍLOGO.

1867.

—

« E come i gru van cantando lor lai,
Facendo in aer di se lunga riga:
Cosi vid'io venir traendo guai
Ombre portate dalla detta briga...»

(DANTE.—*Infierno*, V.)

Cuatro años hace, no más, que brotaron espontáneamente de mi corazon estas amargas páginas en un momento de inspiracion melancólica, como brota de los ojos en las grandes penas un raudal de lágrimas, y en este poco tiempo, ¡oh dolor! cuántos, cuántos conocidos nombres hay que añadir á la fúnebre estadística de mi *Necrópolis* imaginaria! Cuántos nuevos amigos cuento en ella!... Ya no caben en la negra ciudad de mis primeros ensueños; ya necesito añadirle para ellos extensos arrabales, destinados ¡ay! á ser pronto estrechos para el incesante aumento de su poblacion silenciosa. A bandadas, como las aves que nos pinta el Dante, van llegando allí las sombras de los

que aquí entre nosotros, hace pocos años, hace un mes, ayer mismo, se agitaban, padecian, eran felices, brillaban como luminosos meteoros, ó pasaron tal vez sin dejar rastro alguno de lo que fué su vida mortal. Estos son los mas dichosos: la paz del sepulcro empezó para ellos en esta dura tierra,—tan dura para el hombre que no seria posible, creo yo, encontrar en toda ella, si se compulsaran bien los anales del mundo, un solo palmo de su superficie que no haya sido algun dia regado con llanto ó sangre.

Tendiendo los ojos de mi alma á uno de esos nuevos arrabales de *Necrópolis* recientemente poblados, me encuentro lo primero, en un sitio con apariencias de plaza pública, especie de foro romano, con un grupo, todo de sombras queridas y tan ilustres en todo linaje de públicos merecimientos que su pérdida, nunca bastante llorada, ha dejado en nuestra España irreparables vacíos. Allí está el insigne orador D. Antonio Alcalá Galiano, la elocuencia misma personificada en todo lo que tiene de seductor y de bello, con haberlo sido él tan poco en su rostro y apostura, no obstante el gran carácter de benevolencia, de rectitud y de talento, verdadera belleza del alma, muy superior á la del cuerpo, que iluminaba su frente como una auréola. Galiano era, en efecto, no solo la elocuencia, sino la bondad misma. Alguna vez se cebó en él, no diré la calumnia, pues ni él dió ocasion para ello, ni ella se atrevió á tanto; pero sí la maledicencia estúpida, como cuando le motejó de bebedor con exceso, no siéndolo ni mucho menos; pero en cambio fué unánime toda su vida la merecida opinion que tuvo de leal y probo. En la rara virtud del *desinterés* fué tan extremado, que casi me atreveré á decir que la llevó al exceso: testimonio

es de ello la estrechez de recursos muy conocida (solo por eso hablo de ella) en que le cogió la muerte, siendo ministro de la Corona,—doble ejecutoria de nobleza y timbre honroso para los que hoy llevan su apellido, apellido que ilustrarán siempre además los recuerdos que naturalmente despierta del glorioso desastre de Trafalgar.

A su lado descuella la enhiesta y grave figura de otro grande hombre de bien y repúblico eminente, D. Pedro José Pidal, marqués de este título. Vigoroso justador en las no siempre pacíficas lides de la prensa y la tribuna, verdadero Alcides parlamentario, su pujante palabra era una irresistible maza, siempre esgrimida con lealtad y con una conviccion sincera, confesadas aun por sus mismos adversarios: de aquí sin duda gran parte de su fuerza. El hombre, en Pidal, valia tanto como el orador.—España le debió muchas y sábias leyes administrativas, si bien impregnadas de un excesivo espíritu centralizador, á la francesa: los amigos del municipio y de la vida provincial, tan vigorosa todavía en nuestro país, no se lo perdonan. Departiendo va amigablemente sobre estas y otras cuestiones de gobierno, por las que riñeron en vida tan grandes batallas, con el insigne jurisconsulto, como él, como él tambien ministro varias veces y embajador en Roma, D. Joaquin Francisco Pacheco.—Tal vez no es la *política* lo que los absorbe en la misteriosa plática en que me figuro verlos engolfados, sino la *literatura* y el *arte* que tantas veces los absorbian tambien en vida con preferencia á aquella: hombres políticos por la fuerza de las circunstancias, ambos eran literatos por vocacion. ¿No es cosa de meditar que los mas ilustres hombres de Estado hayan sido en todos tiempos, se-

ñaladamente en nuestro país y en Italia, ilustres hombres de letras?...

Compañeros en la Academia Española, ¡con qué mezcla de dolor y de alegría debieron, hace poco mas de un año, ver llegar á su *ciudad de los muertos* al amigo á quien tanto quisieron en vida, al poeta de imperecedero nombre en nuestro parnaso contemporáneo, á Ventura de la Vega, en fin, clarísimo ingenio lírico y dramático que los siglos XVI y XVII,—que el siglo de Augusto mas bien, podrian reclamar como suyo; tal era la pureza clásica de sus composiciones! No conozco, ni creo que exista en literatura alguna, comedia mas perfecta que *El Hombre de mundo*. Gran pérdida ¡oh Ventura! experimentaron con tu muerte las letras españolas, y no menor los que fuimos tus amigos de toda la vida, casi tus hermanos, que fraternal era en verdad el cariño que nos profesábamos. ¿Y qué mucho? tú eras la delicia de nuestras reuniones, solo completas cuando tú las amenizabas con *tus cosas*, ya proverbiales en Madrid,—rasgos siempre imprevistos de tu carácter constantemente igual, indulgente y placentero:—tú eras además el juez mas seguro y el mas acabado modelo para nuestros estudios literarios. Desde el colegio nos enseñó Lista que no habia gusto mas exquisito que el tuyo en literatura (1).

¡Galiano, Pidal, Pacheco, Ventura de la Vega!... La Academia española, que tanto se ufanaba, con razon, de contar en el catálogo de sus individuos vuestros preclaros nombres, todavía cuenta dos más, dignos

(1) En los *Recuerdos* de aquel ilustre maestro que publiqué en mi obrita titulada *Paris, Londres y Madrid* (pág. 319), digo que «en punto á gala y pureza en la diccion, Lista le ponia encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos.»

de ir unidos á ellos, en la nueva *Necrópolis*. Es uno el de su último director D. Angel Saavedra, duque de Rivas, soldado, poeta, artista, historiador, hombre de Estado, y sobre todo, una de las mas simpáticas y originales figuras que han cruzado por nuestra grande escena del mundo durante todo lo que va de siglo; es el otro el de un excelente poeta satírico y escritor amenísimo, el gaditano D. José Joaquin de Mora. Su volúmen de *Leyendas españolas*, impreso la primera vez en Londres, es una joya, en mi sentir. Lo mismo pensaba un juez mucho mas competente que yo, D. Juan Nicasio Gallego, puedo decirlo con seguridad; pues recuerdo muy bien, como recordarán otros muchos, que frecuentemente citaba con elogio versos de Mora, á modo de adagios, y en particular estos dos del delicioso poema *Don Opas*.

«Eran nuestros abuelos muy redondos,
»Para entender de empréstitos y fondos.»

Los más de los grupos que por allí circulan, —efecto sin duda de una natural aficion á la vida del foro, — son de *hombres políticos*, antiguos ministros, algunos llegados en época anterior á la que abarca este *Epílogo*, pero en que reparo ahora por primera vez. Allí están los fogosos tribunos D. Joaquin María Lopez y el conde de las Navas, el brigadier Portillo, que murió tan desgraciadamente, el anciano general Figueras, digno de su hermoso título de Marqués de la Constancia, el conde de Santa Olalla, Domenech, Calderon de la Barca, Pastor Diaz, poeta filósofo á mas de hombre político, Calderon Collantes, el sabio general Zarco del Valle, D. Pedro La Hoz, hábil director de una *Esperanza*, á la que consagró con noble entereza el último

tercio de su vida; Calvo Asensio, firme sustentador de muy contrarias ideas, y, para concluir, aquel tan pundonoroso almirante Pareja, que en un rapto de verdadera *locura patriótica* no pudo sobrevivir á lo que consideró una mengua para su pabellon. A su lado forman doloroso cortejo las víctimas de nuestra reciente expedicion al Pacífico: entre ellas distingo á los malogrados profesores Amor, Isern, jóvenes en quienes fundaba la ciencia tantas esperanzas, al desgraciado guardia marina Godinez, casi un niño: otros hay á quienes no conozco... ¡Respeto y amor á su memoria! Murieron sirviendo á la patria.

Historiador diligente, despues de haber brillado como escritor satírico y de costumbres bajo la popular denominacion de *Fray Gerundio*, D. Modesto Lafuente va andando muy despacio por una densa arboleda, cual si aun allí conservara su antigua aficion al campo y á la caza; triste, cabizbajo y como agobiado aun por la larga y penosa enfermedad que le llevó al sepulcro. No va solo en su paseo por aquellos sitios apartados, que solo buscan sin duda las sombras de los que, ó muy desengañados de todo, ó muy amigos de la naturaleza, huyen el tropel de las otras sombras, como huian en vida el tropel y bullicio de las gentes. Allí van con preferencia los filósofos, los artistas, los poetas,—todos los que el mundo envolvia, cuando andaban por él, en la denominacion de *gente algo rara*...

No va solo, repito, el moderno historiador de España; antes apoya sus trémulos pasos en el brazo de un amigo relativamente jóven, muy blanco, de color algo encendido, de ojos muy vivos y saltones, es D. Antonio Flores, el festivo cuanto profundo autor de *Ayer, hoy y mañana* y de tantas otras felicísimas pinturas de la

antigua y nueva sociedad española. No lejos distingo al malogrado pintor Manzano, al jóven Hispaleto, á Isidoro Gil, al compositor Iradier, tan conocido en España como en Paris y Londres por sus canciones populares; caprichos de la moda, deidad á cuyo imperio no se sustrae ni aun el divino arte de la música.

A esta idea de la música, un doloroso recuerdo se despierta en mí: pienso en aquel tan amable y elegante crítico musical de la *España*, D. Eduardo Velaz de Medrano, luego vizconde de Azpa, y una honda tristeza embarga mi espíritu. Allí, allí descansa tambien ese antiguo compañero de mis tareas periodísticas, á quien tanto quise. Con ojos húmedos de llanto le busco entre las mustias sombras, y pronto su vaga y dulce mirada se cruza con la mia: una sonrisa resignada entreabre sus labios, mientras mueve tristemente la cabeza, haciéndome una señal de inteligencia, como si quisiera significarme que aun allí conserva vivos sus afectos de la tierra. ¡Oh amigo sin ventura! Cuando nos vimos en Florencia por última vez, en ocasion ¡ay! bien dolorosa para mí, — recuerdo que no se me borrará nunca y que tú conservas tambien sin duda en tu segunda *vida*,—á fé á fé que nadie hubiera podido figurarse que tú me ibas á preceder en esas fúnebres regiones, tú mas jóven que yo, viajero entonces por placer y por amor á las artes, alegre, feliz, — y yo tan abatido entonces, doliente aun y destrozada el alma por un dolor sin ejemplo! . . . . . .

. . . . . .

Junto á Velaz de Medrano va otro de nuestros antiguos compañeros en la redaccion de la *España*, don Eduardo Gonzalez Pedroso, de quien, si escribiera en tiempos de mas fé, me atreveria á decir que murió *en*

olor de santidad. Un celestial amor y una grande obra literaria, desgraciadamente no terminada, llenaron de serenidad y dulzura los últimos años de su vida, á despecho de los mas crueles padecimientos físicos. ¡Abismos del corazon! Ninguna de las realidades de esta vida habia llenado completamente el suyo durante una juventud algo borrascosa; — nunca Eduardo Pedroso, favorecido de la suerte por tantos títulos, se habia sentido feliz, —y lo fué de lleno cuando inflamado en santo ardor por escribir dignamente la *Vida de santa Teresa de Jesus*, se dió todo entero á este trabajo, solo interrumpido por piadosos ejercicios.

No acaban aquí, ni acabarian, aun cuando añadiese muchas páginas á estas, los tristes recuerdos que me asaltan á cada paso en la negra ciudad; pero es fuerza poner término á un recuento que acaso fatigará al lector, no á mí, que tantas veces le hago y seguiré haciéndole para mí solo. Con el ilustre capitan general de nuestra armada D. Francisco Armero y Peñaranda; con D. Pedro Colon, duque de Veragua, y D. Joaquin Barroeta Aldamar, de agudo ingenio el primero, y campeon decidido el segundo de los intereses vascongados; con D. Serafin Estébanez Calderon, cuya reciente pérdida lamentan las letras humanas en que fué tan docto, se cierra por hoy la lista de los amigos que cuento en *Necrópolis*.—*Por hoy*, digo; mañana ¿quién sabe cuántos más contaré? quién sabe si, mas bien, habré ido á reunirme con ellos?...

IX.

RECUERDOS DE AMBERES.

CARTAS Á UN AMIGO.

CARTA PRIMERA.

Amberes 21 de Agosto de 1861.

Muy señor mio y amigo:

Voy á dar á V. cuenta de todo lo que he visto esta ciudad durante los pocos dias que llevo de residencia en ella, atraido aquí con unos 1500 ó 2000 convidados de todas naciones (no sé á punto fijo el número) á las fiestas y al Congreso artístico de que tanto han hablado los periódicos, y que acaban de celebrarse, las primeras con un órden y una magnificencia verdaderamente admirables, el segundo con suma utilidad, á lo que entiendo, para los intereses morales y materiales de los artistas. Esta gente sabe hacer las cosas bien y en grande: mucho esperábamos todos de su convite; pero todavía el resultado ha excedido á nuestras esperanzas. Juzgue V. mismo.

El sábado 17, á las seis de la tarde, llegamos á esta

ciudad del Escalda, la antigua Antuerpia, despues de una breve detencion en Bruselas, una gran multitud de convidados, procedentes de Paris, de donde habiamos salido á las cinco de la mañana, y nos apeamos en el embarcadero del ferro-carril del Mediodía, donde nos aguardaba una Comision del Ayuntamiento á la cabeza de un inmenso gentío reunido allí para darnos la bien venida: los vítores del pueblo, el repique de las campanas, las bandas de música de la milicia nacional, que aquí llaman *cívica*, poblaban el aire de alegres y armoniosos clamores. Hacia un tiempo delicioso, todos vestian de gala y el mas completo regocijo se veia pintado en todas aquellas hospitalarias, sanas y bondadosas fisonomías flamencas que nos rodeaban. La poblacion de Amberes era la que daba la fiesta, y fácilmente se conocia á la primera ojeada, que estaba resuelta á hacernos los honores de su hermosa y noble ciudad con el mas cordial afecto. Por primer agasajo, y como preludio de los que nos reservaba para cuando llegásemos á sus muros, habia negociado con el gobierno que los convidados hiciésemos el viaje por *mitad de precio* en todas las líneas de ferro-carriles del país (ida y vuelta), por espacio de quince dias), atencion no indiferente con un público que no se componia en su mayor parte de banqueros, de duques, ni de otra clase alguna de potentados, sino de artistas y de literatos, gente por lo comun mas rica de esperanzas que de realidades, mas favorecida con los dones del ingenio que con los de la fortuna.

A este primer agasajo siguió otro todavía mas importante. Tanto para sustraer á los convidados forasteros á la tiránica *explotacion* de posaderos y fondistas, cuanto para mejor demostrarles su benevolencia, cada vecino

de la ciudad debia hospedar en su casa durante los tres dias destinados á las fiestas á uno ó más de los convidados, segun sus medios; y para los que, por cualquier motivo, prefiriesen parar en una posada, el Ayuntamiento tenia dispuestas por su cuenta habitaciones cómodas en las mejores de la ciudad, con órden de que los forasteros fuesen tratados en ellas á cuerpo de rey, sin gastar un cuarto. Convenga V. en que no es dable ejercer con mas inteligente largueza la virtud de la hospitalidad. Con el doble objeto de saludar á los huéspedes en el momento de su llegada y de distribuirles sus respectivas cédulas de alojamiento, estaba reunida en el anden del ferro carril, de frac y corbata blanca, con bandas verdes al pecho los unos, y un lazo de seda blanca y rosa en el ojal los otros, la antes citada Comision municipal, reforzada con algunos celosos individuos del *Círculo artístico* que debian ayudarla en sus trabajos.

El recibimiento solemne de los convidados, y juntamente el principio oficial de las fiestas ofrecidas, se celebró aquella misma noche á las nueve en el gran salon de la casa de la ciudad *(Hotel de ville)*, con un sentido discurso del señor burgo-maestre, M. Loos, á que contestaron en fogosos términos de accion de gracias, cuáles en aleman y otros dialectos germánicos, cuáles en francés y en inglés, varios convidados, á nombre de sus respectivos paises; todos me parecieron particularmente inspirados, y asi debió de ser á juzgar por los estrepitosos aplausos que arrancaron al numerosísimo concurso, ya algo entusiasmado á la verdad con las repetidas distribuciones de lo que se llamaba el *vino de honor* (enormes bandejas de copas de Champaña) que siguieron al discurso del digno primer magis-

trado municipal. Poco pude comprender de aquellas peroratas, ya por hallarme algo distante de los oradores, diseminados en aquel inmenso local, ya por hablar algunos en lenguas que no entiendo; pero á lo que luego he oido, fueron los mas elocuentes el señor Dietsch, de Munic, el inglés M. Donaldson, el holandés M. Hoffdyck (¡qué nombres, amigo mio!), y por último, M. Hugelman, que tomó la palabra en nombre de sus compatriotas los franceses y que habló con un calor y una elegancia sorprendentes: de este puedo juzgar, porque le oí muy bien y aun hubiera podido oirle estando mas lejos; tan sonora, limpia y vibrante voz ha debido á la naturaleza el jóven director de la *Revista de las razas latinas*.

He dicho á V. que con nuestro solemne recibimiento en el *Hotel de ville* (al que por cierto acudimos procesionalmente desde el *Círculo artístico*, primer punto de reunion de los convidados, entre músicas, y alumbrados por multitud de hachas de viento), tuvieron principio las fiestas, y así es la verdad, de que da fé el programa que citaré despues; por ahora debo añadir que esas fiestas habian tenido ya, cuando llegamos los más de los convidados, un prólogo ó introito, digno de ellas, digno sobre todo de esta cultísima ciudad, madre feliz de Quintin Metsys, de Vandyck, de Jordaens, de Teniers,—la Sevilla del Norte. El mismo sábado 17, por la mañana, se habian inaugurado *en familia*, por decirlo así, sin asistencia, oficial á lo menos, de los forasteros (rasgo en que veo yo cierta delicadeza) dos estátuas públicas erigidas en el nuevo *boulevard* Leopoldo, á dos glorias nacionales de muy distinta índole, un gran *guerrero* antiguo, Boduognato, Viriato belga, muerto en defensa de la independen-

cia patria contra los Romanos invasores, en tiempo de César, —y un gran *boticario*, relativamente moderno, Pedro Coudenberg, célebre naturalista antuerpiense del siglo XVI, que fué, segun leo en la inscripcion latina puesta al pié de su estátua, *el primero, entre los farmacéuticos, que escribió acerca de su arte y se hizo famoso en el estudio de las plantas.* Otra inscripcion declara que esta hermosa estátua, obra del escultor belga M. de Cuyper, se ha erigido con el producto de suscriciones particulares, por la sociedad de Farmacia de Amberes, que la regala á la ciudad en la persona de su ilustre burgo-maestre. El monumento de Boduognato, que es un grupo de mucho mérito, se debe al cincel de otro acreditado escultor de este país, rico en todo tiempo de hábiles artistas, M. Ducaju. Me dicen que la inauguracion de ambos monumentos se celebró con gran pompa y copia de elocuentes discursos; mas en lo que no ví ni oí, paso por alto.

Lo propio tendré que hacer, por la propia razon, con una buena parte de las fiestas anunciadas en el programa, pues razones particulares que V. conoce, tristísimas para mí, me impidieron asistir á ellas. Me limitaré pues á dar á V. aquí dicho programa, añadiendo que, segun mis noticias, se ha cumplido en todas sus partes y aun con creces, contra la general costumbre en tales casos, que es prometer mucho y cumplir poco; aquí se ha prometido mucho y se ha cumplido más. Vea V., pues, la distribucion de horas y ejercicios en los tres dias festivos, sin contar el sábado 17, cuyo empleo dejo referido ya.

Domingo 18.—*A las nueve.* Recepcion en el Ayuntamiento de los Guardias cívicos del Reino que toman parte en el Gran Tiro al blanco.—*A las diez.* Desfile

de los Arqueros. Exposicion de flores.—*A las once.* Procesion de Nuestra Señora.—*A las doce y media.* Procesion en el *Círculo artístico.*—*A la una.* Visita á la Exposicion abierta por la Sociedad Real para el Fomento de las Bellas Artes.—*A las dos.* Concurso de declamacion flamenca. Desfile de las Sociedades.—*A las cuatro.* Banquete en el Teatro de Variedades ofrecido por los vecinos de la ciudad.—*A las ocho.* Gran fiesta campestre, por la Sociedad Real de Armonía.

Lunes 19.—*A las ocho y media.* Reunion en el Círculo.—*A las nueve.* Inauguracion de las pinturas murales de la Iglesia de San Jorge.—*A las diez.* Sesion solemne y pública del Cuerpo Académico de Amberes. Visita al Museo.—*A las once.* Concierto en la Plaza Verde, por las Sociedades de Armonía.—*A las once y media.* Servicio religioso y solemne en la Catedral.—*A la una.* Apertura del Congreso, organizado por la Seccion de las Artes plásticas del Círculo.—*A las dos.* Concurso de Romanzas flamencas.—*A las cuatro.* Juegos náuticos en el Escalda.—*A las ocho.* Gran fiesta musical.—*A las ocho y media.* Baile popular en la Plaza Verde.

Martes 20.—*A las nueve.* Sesion pública del Congreso.—*A la una.* Reunion en el Círculo.—*A la una y media.* Visita á los monumentos y á las curiosidades de la ciudad.—*A las dos.* Cabalgata de los Carros y de los Gigantes.—*A las siete.* Concierto en la Sociedad Real de Zoología. *A las ocho.* Gran retreta con hachas de viento.—*A las nueve.* Fuegos artificiales en el *boulevard* Leopoldo.—*A las diez.* Baile en el Teatro de Variedades. Iluminacion con fuegos de Bengala de la torre de la Catedral. Reunion de despedida en el Círculo.

Ya ve V., mi buen amigo, que para los que han es-

tado de humor de divertirse, no han faltado ocasiones de hacerlo en estos tres dias de solemnidades artísticas, favorecidos por un sol meridional y singularmente amenizados, tanto por la ingeniosa bondad de los obsequiadores, como por la discrecion de los obsequiados, artistas y escritores en su mayor parte, algunos, en gran número, ilustrados con nombres ya célebres en toda Europa. Difícil me seria expresar á V. hasta qué punto ha sido simpático, noble y cordial el carácter de estas fiestas; además, ¿á qué cansarme en hacerlo? Sabido es que no hay sociedad mas agradable que la de los hombres que cultivan los pinceles, el cincel y la pluma, gente por lo comun de alegre y fácil trato, condicion generosa y elevados instintos. En la gran comedia social, el principal papel me parece reservado en estos tiempos á lo que generalmente se llama *la Bohemia*: para otros las riquezas, los honores, los privilegios de la sangre, el dominio por las armas y la política, para la *Bohemia* feliz, riquezas pocas, mas honor que honores, ningun privilegio fuera de el de desdeñarlos todos, y á pesar de esto, mayor dominio, mayor influjo á lo menos sobre la sociedad que ninguna otra clase, — el dominio de las ideas, el influjo poderoso y decisivo de la inteligencia en su mas alta expresion, — las *letras* y las *artes*.

Tampoco citaré á V. los nombres de todos los personajes ilustres que aquí he visto reunidos, tanto porque su sola enumeracion llenaria mucho espacio, cuanto porque de seguro me expondria á muchas involuntarias omisiones, tratándose de artistas y literatos de todos los paises, de algunos de los cuales, — lo confieso humildemente, — ni aun sospechaba yo la merecida celebridad que disfrutan, ya en las orillas del Rin, ya en

las del Elba, ó el Vístula, ó el Danubio, ó el Neva (pues de todos los pueblos del Norte han venido aquí gloriosos representantes), hasta que he tenido el gusto de conocerlos personalmente y de oir á los más de ellos en el gran banquete del lunes, espléndido por cierto sobre toda ponderacion, en las sesiones públicas del Congreso y mas aun en el seno de las comisiones, que es donde mejor puede juzgarse de la verdadera capacidad, ó sea de *verdadero caudal de ideas propias* de los oradores, por cuanto allí no se llevan discursos estudiados para declamarles pomposamente, sino que es fuerza improvisar respuestas satisfactorias á objeciones improvisadas tambien. Seria no obstante excesiva sobriedad de nombres propios no hacer mencion del de José Maximiliano II, rey de Baviera, que llevado sin duda de su ilustrado y grande amor á las artes, ha querido honrar con su presencia estas memorables fiestas. Acompaña á S. M. el príncipe de Schleswig-Holstein. En ellas he visto tambien al cardenal Wiseman, al presidente de la Cámara de los diputados belgas M. Vervoot, y al ministro de lo Interior, M. Rogier, que ha tomado mucha y muy lucida parte en los trabajos del Congreso, *no como ministro*, segun su propia declaracion, sino como fervoroso amigo de las Bellas Artes.

Antes de pasar adelante, diré á V. que estas fiestas se han prolongado un dia mas de lo que anunció el programa, — ni era posible otra cosa, atendida la importancia y dificultad de las cuestiones propuestas á su deliberacion. Comisionados oficiales del gobierno español para asistir al Congreso eran el distinguido primer pintor de cámara de S. M., director del Real Museo y de la Escuela de Bellas Artes de Madrid,

D. Federico de Madrazo, que aquí y en toda Europa goza de una brillante reputacion, y D. Valentin Carderera, pintor tambien muy distinguido y sabio arqueólogo además, autor de la grande obra titulada *Iconografía española*, cuya publicacion va llegando á su término con mucho aplauso de los inteligentes (1). Ambos han sido objeto de particulares obsequios por parte de estas autoridades, habiendo contribuido sin duda á aumentar la satisfaccion con que se ha recibido la venida del segundo, la buena memoria que dejó en este país hace años su apreciabilísimo sobrino D. Mariano, de su mismo apellido, antiguo inspector de Instruccion primaria y uno de los mas dignos oficiales del ministerio de Fomento.

Ya ve V. que la España artística no ha podido estar mejor representada en esta asamblea de los mas esclarecidos artistas y de muchos célebres literatos de Europa, contándose entre estos, por parte de Francia, entre otros muchos que ahora no recuerdo, los señores Nisard, Julio Simon, baron Taylor, Champfleury, Amadeo Achard, á mas de un gran número de representantes de los principales periódicos de Paris. En punto á literatos, ni nuestro gobierno, ni nuestras academias, ni aun nuestra prensa han enviado representante alguno al Congreso; los dos citados pintores y yo hemos sido los únicos españoles asistentes á él; y por lo que á mí hace, si literato puedo llamarme, solo he asistido como aficionado, por convite particular del Círculo artístico de Amberes, organizador de las fiestas.

Con lo cual, amigo mio, y con decir á V. que con-

(1) Ya está terminada y es por cierto una de las mas importantes obras de arte con que se honra nuestro país.

cluidas estas se ha distribuido á todos los convidados una excelente medalla de bronce, grabada por M. Viener, en conmemoracion del ya disuelto Congreso de 1864, —Congreso cuyas decisiones me parecen destinadas á ejercer un saludable influjo sobre el porvenir de las artes y de las letras, por el que han de tener de necesidad en el arreglo, hoy pendiente en las Cámaras de este país, de todo lo relativo á la grande y árdua cuestion de la *propiedad intelectual*, — habré dado á V. en sustancia, y, por supuesto, muy á la ligera, una idea de lo que han sido las *solemnidades artísticas de Amberes*.

Réstame ahora lo principal, que es entrar en el fondo de las cuestiones debatidas en el Congreso, lo cual, si V. gusta, será objeto de otra carta, pues esta se va haciendo ya demasiado larga, no solo para los que hayan de leerla, sino para mí tambien, que, despeado y molido de tanto andar por estas calles, todas pobladas de recuerdos españoles, gloriosos unos, tristes otros, como todos los recuerdos históricos, — (la historia de todas las naciones ¿quién lo duda? es un revuelto arsenal de magnificencias y horrores, de glorias y miserias), — apenas tengo aliento para releer lo que dejo escrito. Y no solo de las tareas del Congreso tengo que hablar á V: quiero hablarle tambien de la Exposicion de cuadros y de las excursiones que he hecho á algunas de estas antiguas ciudades flamencas, tan interesantes por sus monumentos, con lo cual ya ve V. que tengo tela cortada para unas cuantas cartas que con poca interrupcion seguirán á esta.

CARTA SEGUNDA.

Amberes 22 de Agosto de 1861.

Muy señor mio y amigo:

Con todo el aparato usado en esta clase de solemnidades se abrió el lunes 19, á las doce de la mañana, la primera sesion del Congreso, bajo la presidencia del señor burgomaestre M. Loos, quien, despues de pronunciar un breve discurso de circunstancias, leyó una carta de S. A. R. el duque de Brabante, príncipe heredero de esta corona, en que excusándose de no poder, por su quebrantada salud, acudir á presidirnos, exponia en breves y muy luminosas razones sus ideas sobre los varios objetos de nuestra reunion. No trascribo aquí su carta, porque podrá V. leerla en todos los periódicos. Por la propia razon dejo á un lado todo lo que me atreveré á llamar la parte *espectaculosa* de nuestras juntas, como dicen los italianos, y me limitaré á someter á V. algunas reflexiones sobre los varios puntos de interés material, artístico y filosófico, sometidos á las deliberaciones del Congreso en el programa de sus trabajos, —(programa completa y perfectamente llenado, sea dicho de paso),—que es el siguiente:

Cuestiones de interés material.

I. El artista que ha creado una obra de arte cualquiera ¿tiene ó no el derecho exclusivo de autorizar su reproduccion, bien sea por procedimientos semejantes á los que él ha empleado, bien por procedimientos diferentes?

II. ¿Cuáles son los medios que deben emplearse

para proteger al artista contra la copia fraudulenta de sus obras?

III. ¿Qué medidas deberian tomarse contra la estampacion de una firma falsa en una obra de arte?

IV. Las leyes represivas de las violaciones de la propiedad artística ¿deben ser aplicables á las copias ó imitaciones del arte que pueda hacer la industria?

V. ¿Por qué medios podria conseguirse una concordia entre los gobiernos, encaminada á generalizar la proteccion de la propiedad artística?

Tal es la primera parte del programa, primera en órden numérico, no en importancia á los ojos de sus autores y de la sana razon; lo cual advierto á V. para que no incurra en el error de algunos oradores del Congreso que, por no haberlo entendido así y figurándose que se iba á dar la primacía á los intereses materiales sobre los artísticos y filosóficos, tomaron pié de esta equivocacion suya para hacernos perder un tiempo precioso demostrándonos, cosa por nadie negada, que estos últimos son mas importantes que aquellos. Para mayor claridad y á fin de evitar repeticiones, juzgo que será lo mejor poner en seguida de cada una de las partes del programa las soluciones propuestas á cada punto por las respectivas secciones; pues debo decir á usted, aunque casi es excusado, por cuanto la cosa se cae, como suele decirse, por su propio peso, que en *tres* se dividió el Congreso en seguida de instalarse, correspondientes á las tres partes del citado programa. Vea V. aquí, pues, de qué modo la primera seccion (á la cual por cierto pertenecí yo) propuso, despues de largas discusiones, que se contestara á las cinco preguntas referidas:

A la 1.ª—El artista que ha creado una obra de arte

cualquiera *es el único* que tiene el derecho de autorizar su reproduccion, bien sea por procedimientos semejantes á los que él ha empleado, bien por procedimientos diferentes.

A menos de estipulacion en contrario, conserva este derecho *aun despues* de la venta de su obra.

A la 2.ª—La ley debe declarar que *es un delito* la reproduccion fraudulenta de una obra de arte.

Este delito no puede ser perseguido sino á peticion de la parte agraviada.

A la 3.ª—La estampacion de una firma falsa en una obra de arte constituye un *delito de falsificacion.*

A la 4.ª—Las leyes represivas de las violaciones de la propiedad artística *deben aplicarse á la industria* cuando copia ó imita las obras de arte.

A la 5.ª—Para conseguir una concordia entre los gobiernos, encaminada á generalizar la proteccion de la propiedad artística, el Congreso propone *la continuacion de los esfuerzos que están haciendo los diversos gobiernos con ese objeto por la vía de las negociaciones diplomáticas.*

De estas cinco conclusiones, el Congreso aprobó desde luego las cuatro primeras; y despues de una empeñada discusion, sustituyó á la quinta, que pareció, y con razon en mi sentir, demasiado vaga en sus términos é ineficaz en el fondo, la contenida en los tres puntos siguientes, propuestos por M. Vervoort:

1.° El Congreso estima que el principio del reconocimiento internacional de las obras artísticas en favor de sus autores debe *entrar en la legislacion* de todos los pueblos civilizados.

2.° Este principio debe admitirse de país á país, *aun cuando no haya reciprocidad.*

3.° La asimilacion de los artistas extranjeros á los artistas nacionales *debe ser absoluta y completa.*

Siendo este dictámen de la primera seccion el mas importante de todos, á no dudarlo, por cuanto los puntos á que se refiere se prestan mucho mas que los otros á una aplicacion práctica, de que no podrán prescindir las legislaciones futuras, aquí y en todas partes, voy á hacer á V. sobre él algunas breves reflexiones.

Desde luego creo evidente que en esta primera parte del programa se encierra todo el verdadero interés de los trabajos del Congreso, ó por mejor decir, este interés se cifra todo entero en un solo punto, á saber: «Cuál es la verdadera índole de la propiedad artística, cuál la verdadera extension que debe y puede darse al reconocimiento de esa propiedad en la legislacion interior de cada pais y en las relaciones internacionales de los países civilizados;»—cuestion sumamente árdua y en que todavía andan muy divididos los pareceres. En esta cuestion, como en todas, la diversidad de opiniones procede casi siempre de la diversidad de intereses, lo cual naturalmente agrava y complica mucho las dificultades de una solucion aceptable para todos. A esto se agregan las exageraciones propias del espíritu de partido: por una parte, la intransigente obstinacion del que posee, con razon ó sin ella, y no quiere renunciar á su posesion, que considera como un derecho (en este caso están los que tienen por oficio reproducir *obras ajenas*, sin participacion y á veces sin noticia del autor); por otra, la impaciente aspiracion al goce completo, llevado hasta sus últimas consecuencias, de un *derecho* recientemente reconocido como legítimo (el derecho de propiedad intelectual), pero que, por su índole especialísima, se presta poco á ser clara-

mente formulado en la ley y eficazmente protegido en la práctica; tal es el derecho que evidentemente tiene un autor sobre la obra que crea ó produce, —el derecho de propiedad artística, literaria ó científica, — en una palabra, de lo que generalmente se llama la *propiedad intelectual*. Pocos son ya los que niegan ese derecho, por largo tiempo desconocido é impunemente hollado en todos los paises, y en este cabalmente mas que en otro alguno, pues sabido es que la Bélgica ha estado siendo hasta hace muy pocos años el centro y como el gran laboratorio de la *contrefaçon* ó reproduccion fraudulenta de libros ajenos; pero no basta que un derecho sea reconocido en teoría; si no existe ó no se encuentra el medio eficaz de protegerle en la práctica, poco ó nada habrá mejorado su condicion por efecto de aquel reconocimiento.

Este es exactamente el caso en que se encuentra el derecho de propiedad intelectual: reconocido ya de una manera absoluta, teóricamente, en la legislacion de la mayor parte de las naciones de Europa se encuentra grandemente coartada en la práctica por la dificultad— la imposibilidad mas bien (hasta ahora) de reducir á fórmulas legales la proteccion que les es debida. Por no acertar el legislador á determinar la penalidad correspondiente, en recta justicia, á los delitos á que puede dar orígen la violacion de ese derecho, le desconoce y le omite en algunos casos; en otros le niega rotundamente, para mayor descargo de su conciencia, lo cual me parece un gran mal. Vale mas confesarse impotente que ser deliberadamente injusto.—Yo creo que la ley peca por omision cuando deja de señalar la pena correspondiente á determinadas violaciones de la propiedad intelectual como, por ejemplo, cuando consiente la

reproduccion fraudulenta *(contrefaçon)* de obras extranjeras; peca por injusticia manifiesta, cuando asigna arbitrariamente al derecho de propiedad de que aquí se trata una duracion determinada, — veinte y cinco años despues de la muerte del autor en unas partes, cuarenta en otras, cincuenta en España y en Francia. ¿Por qué ese plazo y no otro? ¿Lo que es *hoy* mi propiedad, deja de serlo *mañana* sin que yo la enajene, ni ella desaparezca, ni otro me la arrebate, y solo por una mera ficcion de la ley?

He dicho á V. que todo el verdadero interés práctico de las discusiones del Congreso residia, á mi ver, en el programa de la primera seccion, ó mas bien en un solo punto de ese programa, que es el de determinar la índole y latitud de la propiedad intelectual. Esta propiedad, en efecto, difiere esencialmente de la propiedad comun y no puede sujetarse á las mismas condiciones que ella: no tiene por objeto una *cosa* concreta y tangible; no se puede dividir ni limitar; no se sabe con exactitud dónde empieza ni dónde acaba. ¿Quién es capaz de determinar hasta qué punto una idea, una forma literaria ó artística cualquiera pertenece realmente al que aparece como su autor, ó sea su dueño? El que escribe un libro, produce una cosa que es evidentemente suya y en cuya posesion exclusiva debe ampararle la ley; pero las ideas de ese libro, que constituyen su principal valor, pueden muy bien tener ya otro dueño.

Y esto es lo que sucede en la mayor parte de los casos: en unos por usurpacion premeditada; en otros por coincidencia fortuita, dado que *nada hay nuevo bajo el sol;* de aquí el peligro, cuando la ley ampara á uno en la posesion de una idea, de agraviar tal vez á otros con mejor derecho á esa posesion. ¿Cómo no ha de titubear

el legislador ante este peligro? Además, el interés público exige que las ideas útiles no permanezcan estancadas bajo el dominio de uno solo; por último, ellas tienden de suyo á difundirse, á volatilizarse en cierto modo, y no hay manera de comprimirlas indefinidamente bajo una forma dada. Esta es sin duda la razon de haberse fijado en todas las legislaciones que reconocen el derecho de propiedad intelectual un término á su goce exclusivo, no porque en realidad desaparezca ese derecho cumplido el término, sino porque la ley reconoce los inconvenientes que habria en concederle mayor duracion legal; no es pues el derecho en sí lo que cesa, cumplido el término, sino la proteccion legal de su goce exclusivo. Tengo para mí que este estado de cosas ha de durar todavía mucho tiempo; pero no creo dudoso que llegará un dia en que los adelantos de la ciencia harán posible el reconocimiento por todos los gobiernos cultos de la *perpetuidad* del derecho de propiedad intelectual que hoy solicitan en vano las escuelas mas avanzadas en política y en filosofía.

Cuando se considera lo que ese derecho ha conseguido de pocos años á esta parte, es lícito esperar que conseguirá todavía mucho más: lástima que sus impacientes defensores, en vez de obstinarse en *defenderle*, cuando nadie le ataca, y aun cuando mas solemnemente se le reconoce, como lo hace ahora el gobierno belga, no pongan todo su conato en discutir y proponer los medios eficaces de darle mayor latitud y consistencia en la práctica. De seguro que los gobiernos ilustrados no le serian hostiles en ese caso, pues no es por ahí por donde pueden temer nada tales gobiernos; al contrario, en el reconocimiento espontáneo y leal de todos los derechos legítimos es donde encuen-

tran y encontrarán siempre, bien lo saben ellos, su mayor fuerza.

Empeñadísima fué la lucha en el seno de la primera seccion sobre el punto capital de la perpetuidad del derecho de propiedad intelectual, y fácil era conocer que la cuestion era mas política que de intereses materiales, aunque tampoco estos dejaron de levantar la cabeza bajo el disfraz del interés artístico y literario; pero lo mismo allí que en el Congreso, donde la lucha se reprodujo con nuevo brío, la victoria quedó por los conservadores, á pesar del auxilio que vino á dar á los partidarios de la perpetuidad una elocuentísima carta del gran poeta Víctor Hugo, leida en sesion pública entre estrepitosos aplausos.

Para contrapesar su efecto, pronunció un excelente discurso el señor ministro de lo Interior. La perpetuidad quedó oficialmente eliminada, los cincuenta años de duracion, despues de la muerte del autor, reconocidos al derecho de propiedad intelectual en el Congreso de Bruselas de 27 de setiembre de 1858, se declararon subsistentes, y con esto la discusion perdió todo su calor, por no decir todo su interés: los demás puntos, considerados con razon como muy secundarios, se votaron casi por unanimidad. El mas importante me parece ser el que propone el reconocimiento mútuo del derecho de propiedad intelectual entre los diferentes países *aun á falta de reciprocidad:* principio noblemente liberal, generoso y cultísimo, por cuanto en él se sobrepone la benevolencia á la justicia, devolviendo el bien por el mal, que es la verdadera virtud y la verdadera habilidad. De esperar es que este hermoso principio éntre pronto en la jurisprudencia de todas las naciones civilizadas.

Paso ya á la segunda parte del programa, ó sea á las

Cuestiones de interés artístico.

I. La expresion del arte monumental ¿está en relacion con las otras manifestaciones del espíritu moderno?

II. La alianza de la arquitectura, de la escultura y de la pintura ¿es indispensable en el arte monumental? ¿Qué reformas deberian introducirse en la enseñanza de las Bellas Artes con objeto de establecer esa alianza?

III. ¿No es en la alianza de la arquitectura, de la pintura y de la escultura donde el arte monumental podria encontrar los elementos de un estilo nuevo que caracterizase nuestra época?

Advierta V., amigo mio, que ya aquí pisamos un terreno menos firme; que ya salimos de la region de los hechos prácticos para remontarnos á las teorías especulativas, sobre las cuales se puede estar hablando mucho tiempo y muy elegantemente, sin decir nada en sustancia. Que la alianza de las tres nobles artes es indispensable en los grandes monumentos ¿quién lo duda? Todos los pueblos artistas la han practicado en mayor ó menor escala, y aun hoy mismo no se construye ningun grande edificio, público ó particular, en que no haya estátuas y pinturas.

Si lo que ha querido ponerse á discusion es si conviene ó no restablecer la pintura exterior de los monumentos y las esculturas policromas usadas entre los Griegos, eso ya puede dar motivo á diversos pareceres, y lo ha dado aquí en efecto, aunque la mayoria se ha pronunciado en contra; pero en cuanto á la necesidad de la alianza de las tres artes para constituir un ver-

dadero monumento público, completo, ó sea la *perfeccion* del arte monumental, la seccion ha propuesto y el Congreso ha votado unánime la afirmativa. En este sentido propone la seccion que se reformen los estudios artísticos, como es consiguiente; y sin dar solucion á la tercera pregunta, por parecerle, muy acertadamente en mi sentir, *que no ha lugar á emitir un voto sobre ella*, dicha seccion segunda concretó sus conclusiones, reducidas á lo que dejo á V. manifestado, en un admirable informe de M. Wagner, catedrático de la universidad de Gante, cuya lectura fué interrumpida muchas veces por los aplausos de la asamblea.

Digo de la tercera parte del programa lo que he dicho de la segunda: me parece demasiado metafísica para un Congreso destinado, por su brevísima duracion, á dar resultados prontos. No tres, treinta y más sesiones podrian llenarse holgadamente con magníficos discursos sobre cualquiera de los puntos de estética que comprende esa parte del programa, sin que de todos ellos resultase ni un buen cuadro más, ni un mal libro menos: —temas hermosos para lucir el ingenio, poco ó nada valen para la práctica. Juzgue V. mismo:

Cuestiones de interés filosófico.

I. ¿Cuáles son las relaciones entre la filosofía y el arte?

II. ¿No ejerce el arte cierta influencia sobre el desarrollo intelectual y moral de las naciones?

III. ¿Qué influencia puede reconocerse al espíritu moderno sobre el arte contemporáneo? ¿No posee nuestra época un principio nuevo que pueda dar á las artes plásticas una expresion y una direccion nuevas?

IV. Si el arte, al expresar el pensamiento contemporáneo, debe expresar su símbolo á los ojos de todos, ¿con qué género de obras puede conseguir mejor este objeto?

No sé por qué estas preguntas me recuerdan las famosas *sabatinas* de mis tiempos de estudiante, verdaderas justas del ingenio, en que se sostenian los mas sutiles temas, no para probar verdad alguna, sino para ejercitar la facundia y acreditarse de hábil discutidor. Habilísimos los habia en nuestros antiguos *autos* públicos; pero á fé que no les van en zaga los que aquí he oido, distinguiéndose entre todos por su pasmosa elocuencia un sacerdote católico holandés, el señor presbítero Branwers, cuyo discurso sobre la alianza de la filosofía y el arte fué sin duda el gran suceso de la sesion última. ¡Qué elegante fluidez en el decir! qué abundancia y valentía de imágenes! Parecíame estar oyendo al señor Castelar, *boca de oro*. Sus conclusiones sin embargo fueron poco nuevas: habló admirablemente para venir á parar en lo que todo el mundo sabe, esto es,—en que el arte debe subordinarse á la filosofía, «como el pincel á la mano, como el idioma al »orador, como el instrumento al músico; que la filoso»fía da el esqueleto, y las bellas artes le rodean de »nervios, le revisten de carne, de belleza, de juven»tud *(aplausos)*; que la filosofía es el general, y las »bellas artes son las valerosas legiones que pelean »bajo sus órdenes; que el arte nada puede sin la filo»sofía; que separarla de ellas es arrancar las alas al »águila, sacar al leon los ojos, arrancar el corazon á lo »bello, etc., etc.;» en una palabra, que el arte despojado del *idealismo* es un arte muerto. El orador concluyó con un rasgo que por hábil y nuevo, para mí á

lo menos, se me ha quedado muy impreso. Hablando accidentalmente de Milton, dijo que todo su genio pertenece á un poeta belga, llamado Vondel, que escribió un *Paraíso perdido* veinte y cinco años antes que Milton y á quien este copió servilmente. Confieso que no lo sabia. Como Vondel, á lo que parece, era hijo de Amberes, esta oportuna rehabilitacion fué estrepitosamente aplaudida. Es natural: ¡el elocuente orador hablaba en Amberes!...

En prueba de la carencia de aplicacion práctica que he señalado á V. en los puntos propuestos á la tercera seccion, le diré que al primero no juzgó conveniente ó posible dar solucion, limitándose el secretario á hacer en su informe un resúmen de las opiniones emitidas.— «Era ya muy difícil, dijo, dar cuenta con alguna claridad de ideas tan abstractas como las de que tenia que tratar la seccion; pero esta dificultad se agravaba aun más á consecuencia de la diversidad de las lenguas en que se formulaban aquellas ideas; en efecto, la mitad de los oradores se expresaba en aleman, en flamenco y en inglés; además, la índole de las cuestiones no se prestaba á una conclusion precisa. *Un voto pareció imposible.*» Realmente debia ser aquello la torre de Babel.

Al segundo punto, la contestacion fué y no podia menos de ser afirmativa. ¿Quién puede negar que el arte ejerce influencia y grande sobre el desarrollo intelectual y moral de las naciones? Esto casi entra en la categoría de las verdades de Pero-Grullo. El tercer punto dió orígen á una cuestion prévia bastante curiosa: á esta pregunta: — « ¿Qué influencia puede reconocerse al espíritu moderno sobre el arte contemporáneo?» naturalmente se ocurre preguntar: « ¿Hay por ventura un *espíritu moderno?*» — y en efecto, esto se preguntó á sí

misma la seccion; y aunque algunos individuos sostuvieron que *no* le hay, y otros, que si ese espíritu existe, su fórmula, su tendencia característica es el *realismo*, la mayoría, con mejor acuerdo en mi sentir, reconociendo la supremacía del espíritu sobre la materia, sentó esta conclusion que, por mi parte, considero bastante oscura: «El arte, sin dejar de ser individual, procede »en el individuo de la idea y del sentimiento, elemen»tos supra-sensibles, enteramente distintos del dato »objetivo que el arte se empeña en expresar.» No sé si á V. le sucederá lo que á mí: en cuanto oigo á algun orador hablar de lo *objetivo* y de lo *subjetivo*, me echo á temblar, porque rara vez entiendo lo que quiere decir. Algo de eso me sucede en este caso, aunque ya se traslluce lo que la seccion ha querido significar, — á saber, que una cosa es el arte y otra la ejecucion material, y que donde falta el sentimiento, falta la vida artística.

En cuanto á la cuarta consulta: «¿Cuál es el medio mas adecuado para expresar el pensamiento moderno?» la seccion no titubeó en proponer *la pintura mural*, que pone la obra del artista ante los ojos de todos y le sustrae á él personalmente á influencias de todo punto individuales y transitorias. «En resúmen (concluye el informe), puede decirse que, en el pensamiento de la seccion, lo que mas caracteriza al espíritu moderno y por consiguiente lo que indica al arte la direccion que debe seguir, es el sentimiento peculiar á nuestra época del respeto á la libertad del hombre y á la conciencia de su dignidad.» Esto sí que se entiende bien y me parece exacto.

CARTA TERCERA.

Amberes 28 de Agosto de 1861.

Muy señor mio y amigo:

En mis anteriores cartas he procurado enterar á V. lo mas breve y exactamente que me ha sido posible, del objeto y resultados, —hasta ahora meramente teóricos, pero que pronto sin duda llegarán á ser prácticos, — del Congreso celebrado en esta ciudad. Hablo del objeto ostensible; y aquí debo añadir que otro, no declarado, se le ha atribuido generalmente, y era el de atraer gran concurso de aficionados para dar salida honrosa á los cuadros, en su mayor parte flamencos, de la exposicion que ha sido y está siendo todavía el mas agradable episodio de estas fiestas artísticas.

A este objeto tan manifiesto, se agregaba al parecer otro aun mas importante, y era el de protestar indirectamente contra todo conato de supremacía intelectual por parte de la capital de este pequeño reino, cuyas ciudades todas abrigan la justa pretension de no dejarse absorber por Bruselas, á la manera que Paris tiene absorbidas á todas las ciudades de Francia. Aquí el moderno espíritu de centralizacion excesiva encuentra insuperables barreras en las tradiciones de libertad local, fundada en antiguos fueros, que estos pueblos han sabido siempre hacer respetar, á costa de rios de sangre: aquí, como en España, el municipio ha tenido siempre mucha vida propia, y no parece dispuesto á sacrificarla al vano honor de poseer una capital magnífica, en que

estén concentradas toda la vida intelectual y toda la importancia política de la nacion.

Por mi parte, les alabo el gusto, y no puedo menos de aplaudir el noble afan con que cada una de estas ciudades procura sustraerse á la absorcion, conservando y reforzando cada dia más su fisonomía histórica, y aumentando, sin reparar en gastos, los títulos que muchas de ellas tienen de por sí á una alta nobleza y á una verdadera importancia. Entre esos títulos, entiendo yo que ocupan aquí el primer lugar los que se derivan de la gloria artística, llevada en este país al mas alto grado en todos tiempos de que dan testimonio tantos preciosos monumentos, tantas ricas galerías públicas y particulares, y, mas que todo, el extraordinario número de artistas eminentes con que se honran desde el siglo XIV hasta hoy las provincias de Flandes, — número verdaderamente asombroso para un país tan reducido. En él la historia del arte presenta un fenómeno curioso, y es el de lo que aquel puede dar de sí bajo el influjo y patronato casi exclusivos del estado llano. Aquí los gremios, las municipalidades y los traficantes ricos han sido para el arte lo que en otros países eran los príncipes y las comunidades religiosas.

¿Ha degenerado, ha decaido por eso? Creo que no: lo que ha hecho es transformarse. Sin duda es menos ideal que el arte noble, puesto al servicio inmediato de los príncipes y de la Iglesia, — menos elevado y sobre todo menos exclusivo y monótono; pero en cambio ha ganado en vigor y utilidad práctica lo que perdia en espiritualismo y refinada elegancia. Olvidado de los espacios imaginarios se atiene á la vida real, pero es para representarla admirablemente; — díganlo sus pintores, díganlo todavía más sus edificios, cuya

notoria *utilidad* práctica con aplicacion á las necesidades populares (iglesias, casas, etc.), no excluye ninguna de las mas exquisitas dotes de la noble arquitectura,—la armonía, la grandeza, la riqueza. El *Hotel de ville*, de Lovaina, el de Bruselas, el de Brujas; la *casa de los Barqueros* de Gante son verdaderas maravillas del arte que me atreveré á llamar *plebeyo*, al cual pertenece tambien el célebre *Banquete de Munster*, obra capital de Vander-Helts, que se conserva en el museo de Amsterdam, y que, en mi sentir, llena admirablemente todas las condiciones del verdadero *realismo* en materia de pintura. Lo que la moderna escuela francesa decora con este nombre no es el realismo artístico, sino la vulgaridad grosera.

Tambien estas cuestiones de realismo é idealismo,—de espíritu y materia aplicadas al arte, han sido largamente tratadas en el Congreso, segun dejo referido á usted, y resueltas en el sentido que juzgo mas razonable,—esto es, en el del idealismo,—á pesar de la calorosa defensa que de las doctrinas *realistas* ha hecho M. Cabet, grande apóstol de esta escuela. No es por aquí, sin embargo, por donde ha de dar resultados el Congreso: tales discusiones, útiles sin duda por la comunion de ideas que establecen entre los artistas, contribuyen poco á formar el gusto, y rara vez se formulan en resultados prácticos. Lo que sin duda quedará de los esfuerzos del Congreso es una nocion mas clara y mas generosa que hasta aquí de los verdaderos derechos de propiedad artística: esta propiedad se asegurará cada vez más en la ley hasta llegar algun dia á equipararse con la propiedad comun, y con esto la humanidad habrá dado un paso más en el camino de la justicia y de la razon,—camino providencial que algunos quisieran

recorrer á grandes saltos, pero que solo puede andarse paso á paso, y gracias cuando no hay atascos y es forzoso pararse ó retroceder!

Poco puedo decir á V. de la Exposicion de pinturas, que aun continúa abierta; por mucho que me extendiese en esta carta, todavía la idea que de ella diese á usted tendria que ser muy incompleta, supuesto que los cuadros expuestos son muchos, y muchas tambien y muy variadas las escuelas á que pertenecen. Aquí han venido obras, como artistas, de casi todos los países de Europa. Limitándome á los pintores de este, diré á V. únicamente que sostienen con honra el pabellon nacional: los señores Lies, Pauwels, Van-Moer, Hamann, Gallait me parecen al nivel de los primeros artistas de Europa.

Por mi parte prefiero á todos el primero, sin desconocer que ha entrado en una senda peligrosa para él, y más aun para sus discípulos, de los cuales ha *corrompido* ya á algunos, y en especial al francés M. Tissot; hablo de la exagerada imitacion del arte aleman del siglo xv (de los *quincuagentistas)* que en M. Lies va siendo ya lo que llaman los pintores una *manera*, y en sus discípulos una caricatura. La sequedad y dureza de las formas, la falta de perspectiva y de ambiente ó *aire interpuesto*, cuya admirable inteligencia es el gran triunfo de nuestros andaluces y señaladamente del incomparable Velazquez, forman cada vez más el carácter distintivo de las producciones, por otra parte notabilísimas, de M. Lies. Las que acaba de exponer, y que representan escenas populares de la triste historia de la Reforma en su país, pudieran pasar por miniaturas de un manuscrito iluminado del siglo xv, vistas con un anteojo de aumento. M. Pauwels

me parece que va por mejor camino: su cuadro de los *Proscriptos del duque de Alba* es una obra maestra, llena de sentimiento y de verdad. Estos dos pintores, amen de unos cuantos paisistas excelentes (género en que la escuela flamenca ha rayado siempre muy alto) son á mi juicio los que más se distinguen en esta exposicion.

Terminadas ya las fiestas con que tan cordialmente ha obsequiado á sus huéspedes esta culta ciudad, todo aquí ha vuelto á tomar su fisonomía acostumbrada, su aspecto pacífico y provincial, pues al cabo está no es mas que una ciudad de provincia, aunque muy rica y muy importante. Oigo tambien decir que es la mas aristocrática del país, sin que esto obste para que sea igualmente la mas mercantil, y haya acaparado casi todo el tráfico que se hace por el Escalda, condenando á la nulidad al vecino y antes rico puerto de Ostende, reducido hoy casi exclusivamente á ser un pueblo de baños. Dejo á un lado, sin embargo, la importancia de Amberes como plaza de comercio, y ni aun quiero hablar á V. de los magníficos *docks* (dársenas), literalmente cuajados de mástiles de todas las naciones que forman una espesísima selva; no es ese el punto de vista bajo el cual me he propuesto considerar este país. Al encarecer á V. su importancia, solo atiendo á la que tiene para los aficionados á las artes, como yo, y rebuscadores además de recuerdos históricos: aquí se encuentran estos con profusion en cada calle, en cada edificio.

Bajo este aspecto, Amberes es todavía mas interesante que Bruselas, por su bellísima catedral donde hay que admirar el famoso *Descendimiento* y las mejores obras de Rubens; por su original caserío de construccion antigua, que aquí llaman española; por su museo, mas rico que el de la capital; por las numerosas galerías

particulares que posee, y por los mil recuerdos que encierra de tantos ilustres pintores como ha dado al mundo. Aquí nació, con Quintin Metsys, el *mariscal de Amberes*, en el siglo XV, —y aquí llegó á su apogeo en el XVII con Rubens y Vandyck, la escuela flamenca; aquí tambien puede decirse que tuvo su cuna la escuela holandesa, de la cual hay quien afirma que no es mas que una hijuela ó ramificacion de aquella. Acabo de visitar los museos del Haya y de Amsterdam, donde están reunidas las obras maestras de esta escuela; —en el primero, la *Leccion de anatomía* de Rembrant y el famoso novillo de Pablo Potter; —en el segundo, la *Ronda nocturna* de Rembrant, el *Banquete de Munster* ya citado, y un Gerardo Dow, superior á todo encarecimiento, y me he convencido de la casi identidad de principios que existe entre ambas escuelas.

Sucede con esto lo que con las divisiones que establecen los eruditos dentro de la misma escuela flamenca, —(escuelas de Brujas, de Gante, de Amberes, de Lovaina y no sé cuántas otras más), —divisiones de localidad, mas accidentales que estéticas, y que realmente no tienen ninguna razon de ser: —muchos nombres dintintos y una sola escuela verdadera. Ni podia ser de otro modo en un país de tan reducida extension, en toda la cual presenta la naturaleza, con levísimas diferencias, el mismo aspecto monótono, aunque apacible, sombrío y algo vulgar, en el sentido de que le faltan aquellos accidentes pintorescos que constituyen la poesía natural de otros países menos *bajos*.

Aunque tan bajos los que llevan este nombre, á punto de que con frecuencia se encuentra uno en ellos á muchos metros debajo del nivel del mar, no creo que haya otros en Europa ni mejor cultivados, ni mas fe-

lices, ni que mas sorpresa y simpatías despierten en todo viajero desapasionado. Verdaderamente este es un pueblo de castores, como lo llama un gran poeta francés (Barthelemy): mucha parte de estos ingratos terrenos, cubiertos empero de una espléndida vegetacion, ha sido conquistada palmo á palmo sobre el mar, y el hombre no conserva su dominio sino á favor de una dilatada barrera de diques, no siempre ¡ay! preservativo bastante contra las iras del *húmedo* elemento; — cada uno de esos diques es un prodigio de inteligencia y de teson. Por muy prevenido que uno venga á estas tierras, necesariamente le sorprenden en ellas sus interminables llanuras siempre verdes, siempre cubiertas de pingües ganados, la multitud increible de sus canales; su extremada limpieza; el primoroso aspecto de sus poblaciones, y, lo que vale mas que esto, la general apariencia de satisfaccion y bienestar que anima todas las fisonomías, en perfecta concordancia con el carácter amable de la naturaleza que las rodea. Tanto Bélgica como Holanda, á lo poco que he podido juzgar, me parecen dos países extremadamente felices: — contentos con su suerte, en posesion de una gran suma de libertad política y de una completa libertad civil, están dando al mundo el ejemplo de una admirable sensatez, premiada con una admirable prosperidad.

El viaje de Amberes á Gante se hace en poco menos de dos horas. Lo primero que fuí á ver en esta ciudad fué las ruinas de la antigua abadía de San Bacon, brutalmente demolida por Cárlos V para construir en su solar y con sus materiales, una ciudadela, — ciudadela demolida á su vez por los Ganteses sublevados y de que solo se conserva ya el nombre de *Castillo de los Españoles*, — sitio ilustrado por el heroismo de una va-

lerosa dama española, esposa del capitan Mondragon. A juzgar por lo poco que aun se conserva de su primitiva fundacion, la antigua abadía debió ser incomparablemente mas preciosa que la actual catedral construida por Cárlos V en su reemplazo; edificio mas grande que bello, pero que encierra, á más de algunos buenos cuadros de Crayer, de Otto-Venius, el maestro de Rubens, del mismo Rubens y de Jordaens, una de las mas maravillosas pinturas del mundo: hablo de la *Gloria* de los hermanos Van-Eyck, que decora el altar de la capilla llamada del *Cordero*. Solo por verla debe hacerse el viaje.

Otra preciosidad de Gante es la casa llamada de los *Barqueros*, en el muelle del rio Lys, á pocos pasos de su confluencia con el Escalda. Pocos modelos he visto mas acabados del estilo plateresco de fines del siglo XVI. Casi á su lado hay otra casa curiosísima por su antigüedad, pues data del siglo XII. Es la única *casa particular* que conozco de aquella época, vírgen de toda restauracion: es fama que esta servia de depósito de trigo, y que en ella se guardaba la cuarta parte de todo el que se introducia en la ciudad, como repuesto permanente para los años de hambre.

Mas antiguo es todavía el castillo de los condes de Flandes, construido por Balduino *Brazo de hierro* en el siglo IX; pero solo se conservan de él la puerta principal y algunos paredones. Allí nació Cárlos V. Para los amigos, como yo, de antigüedades novelescas, otras ruinas hay cerca de aquí, curiosas de visitar, y que por supuesto he visitado, aunque sin encontrar en ellas, cosa muy frecuente en este miserable mundo, mas que una decepcion amarga,—hablo del castillo de Gerardo *el Diablo ó el Moro* (¡qué tal seria aquel antiguo

tiranuelo, cuando tal apodo le dieron las gentes!), convertido hoy en cuartel de bomberos. Por último, diré á V. que he visto aquí, en punto á curiosidades, *dos* de muy distinta índole; —el *Gran Beguinage*, convento singular ó mas bien mística ciudad de miniatura, enclavada en la otra, poblada por una comunidad de mujeres, cuya fundacion data del siglo VII, —y la llamada *maravilla de Gante*, que por cierto no adivinaria V. lo que es, si yo no se lo dijera. Esa maravilla es ni mas ni menos que un cañon monstruoso del siglo XIV, y por consiguiente uno de los primeros productos del arte tormentaria, bien llamada así por los tormentos que ocasiona (¡Dios la confunda!) y que por lo visto nació y se perfeccionó casi á un mismo tiempo. No son tan precoces las artes benéficas. En el lenguaje popular se le llama allí *Dulle Griete*, que en flamenco diz que quiere decir *Margarita la rabiosa*. Esta venerable bombarda descansa sobre su cureña de piedra en un extremo de la gran plaza del *Mercado del Viernes*, á orillas de un canal, no lejos del *Hotel de ville*, muy hermoso como todos los de estas antiguas ciudades de Flandes.

Algo mas de una hora dura el viaje de Gante á Brujas, y no tiene perdon de Dios el que encontrándose en la primera de estas ciudades, no da un salto hasta la segunda, aunque no sea mas que para admirar en el hospital de San Juan las deliciosas pinturas de Memeling, que se conservan en una de sus salas, limpias de todo ultraje del tiempo ó de los hombres, y cual si acabara de ejecutarlas su inspirado autor. No tengo términos con qué expresar á V. el mérito (ó mejor diré, el encanto que tienen para mí, pues no me creo competente para juzgarlas *ex-cathedra*) de las que representan la vida de santa Ursula y decoran la urna en que

se guardan las reliquias de esta santa mártir y de sus compañeras las vírgenes de Colonia. El *Hotel de ville*, la catedral, la capilla *de la Sangre*, recien restaurada con exquisito gusto, y el palacio de Justicia, son las curiosidades que aconsejo á V. que visite, si viene por esta tierra. En el último hay que ver una preciosa chimenea colosal, de la época del Renacimiento, toda rodeada de soberbias esculturas de madera, que una tradicion poco autorizada (otros dicen completamente desmentida) atribuye á un reo de muerte, llamado Haltsmann, el cual, puesto en capilla, pidió un plazo brevísimo para ejecutarlas, y lo consiguió con el maravilloso acierto que todos vemos, ayudado por una hija suya en quien el amor filial improvisó las dotes de un grande artista. En gracia de la perfeccion de la obra, el reo obtuvo su perdon. Admito que esta anécdota sea falsa; pero convenga V. conmigo en que, si lo es, pertenece á la numerosa familia de las mentiras que valen más que muchas verdades.

Ostende, á unos tres cuartos de hora de Brujas, es una de las pocas ciudades de Flandes que nada tienen que ver, fuera de su hermosa playa, frecuentada en esta estacion por la mas elegante sociedad de Londres. Con ser un pueblo tan caro, allí van á *economizar* las familias inglesas, que han convertido aquel hermoso puerto en una especie de colonia de su nacion; —en Ostende se habla tanto inglés como flamenco.

El aspecto general de Holanda es todavía mas interesante y mas diferente de lo que se ve en nuestros países que el de Flandes. La verdura es mas intensa, el país mas llano, las poblaciones mayores, mas limpias y elegantes, aunque de carácter menos artístico, mucho mas surcadas por canales y puentes. Los inmensos

molinos de viento que á cada paso se descubren en la campiña, tamaños como catedrales; el paralelismo de los canales, continuando leguas y leguas, por manera que aquí nunca pierde uno de vista el agua; la espesa vegetacion de los *polders*, terrenos de aluvion retenidos por fuertes diques, y excelentes para el cultivo; los vistosos trajes de las mujeres del campo con sus casquetes de cobre dorado en la cabeza, sus largas arracadas y sus mil colgajos de metal al pecho y en los hombros, todo aquí sorprende agradablemente la vista. Rotterdam, primera poblacion importante que se encuentra yendo desde Amberes por Moerdyck y Dordrecht, despues de atravesar un laberinto de islas y ramales del Waal y del Mosa, es propiamente la Venecia del Norte. Yo tuve la suerte de llegar en plena *Kermess* (la feria).

¡Qué gentío! qué alegría en aquellas muchedumbres agrupadas al rededor de interminables hileras de tenduchos relucientes como el oro, y de puestos de té, café, buñuelos muy diferentes de los nuestros, y particularmente de enormes frascos de encurtidos, — los *confites* del país! Aquí se toman entre comidas, tan grandes como manzanas, pues se hacen de toda clase de cucurbitáceos, y de frutas y aun verduras, como en España tomamos un merengue ó un caramelo. — Menos que Rotterdam me gustó Amsterdam, aunque ciudad mucho mas grande y rica; pero es la única de Holanda que no me ha parecido limpia, lo cual he oido atribuir á que la habitan muchos judíos. Hay calles en ella donde el hedor es insoportable; pero todo lo compensan los tesoros de su museo, donde he pasado casi todo mi tiempo. Lo mismo en el Haya, elegantísima capital de este reino, — (corte mas bien, pues la capital de derecho es Amster-

dam —); pero ya aquí conviene robar algunas horas á la contemplacion de los grandes maestros holandeses para visitar el delicioso pueblecito de Scheveninguen, á la orilla del mar y á una hora de aquí, yendo á pié, como fuí yo, al rayar el dia, por medio de un hermosísimo bosque. A la vuelta visité la *Maison du Bois*, lindo aunque modesto sitio real, en una de cuyas salas hay que admirar la obra maestra de Jordaens, pintura colosal que representa la *Apoteosis* del príncipe Federico Enrique, y en que aquel gran maestro iguala si no supera al mismo Rubens.

No he querido dejar á Holanda sin detenerme en el *ex-lago* de Harlem, hoy convertido en dilatadísima planície, admirablemente cultivada como todo este país. Otra prueba de la singular aptitud de los holandeses para las grandes obras hidráulicas se encuentra al cruzar el ferro-carril de Amsterdam á Utrec por los *polders* llamados del *Diemer-Meer*, á diez y seis metros debajo del nivel del mar!—Tambien he visitado á Leyden, la ciudad de los clásicos recuerdos, y que dicen que es la mas antigua de Holanda, patria de Otto Venius, de Gerardo Dow, del delicado Mieris y de los Elzeviros; por último, he consagrado dos dias únicamente á evocar en *Breda*, con patriótico orgullo, los gloriosos recuerdos del marqués de Spinola y del gran Velazquez, inmortalizador del sitio de esta plaza en su famoso cuadro de *las lanzas*, — y á recordar con despecho en *Utrec* aquel fatal tratado que sancionó el inicuo despojo de Gibraltar, grande afrenta para nuestros negociadores y desgracia ya harto tiempo prolongada para España.

Lo mismo en Bélgica que en Holanda, no podemos los españoles dar un paso sin tropezar con algun re-

cuerdo de la patria; no hay aquí sitio alguno que no diga alguna heróica accion de nuestros padres; no hay un palmo de esta tierra que no haya sido cien veces regado con sangre española. ¡Qué prodigios de constancia y de valor no consumaron aquí aquellos invencibles tercios de Flandes, mandados por los primeros capitanes del mundo, en los tiempos de Cárlos V y de los tres Felipes!

Una dolorosa reflexion asalta aquí invenciblemente el ánimo, al trasladarse con la imaginacion á aquel magnífico periodo de nuestra historia. Cárlos V y su hijo fueron sin duda dos grandes monarcas: el asentimiento unánime de los siglos proclama su grandeza; y sin embargo véase qué ha quedado en estos países de los dos pensamientos capitales á que consagraron aquí uno y otro, con implacable tenacidad, sus inmensos recursos. De ninguno de esos pensamientos ha quedado *nada;* querian perpetuar en ellos la dominacion española, y hoy estos Estados son independientes y libres; querian mantener en ellos la unidad católica, y hoy es aquí ilimitada la libertad de conciencia.—Todos aquellos horribles estragos causados, todas aquellas proscripciones, todos aquellos rigores del duque de Alba, toda aquella sangre vertida, han sido inútiles..... ¿Inútiles? no. Han servido para probar una vez más que los esfuerzos de la tiranía son siempre estériles, y que por una fatalidad de nuestra organizacion, esos esfuerzos son tanto mas tenaces cuanto mas salta á la vista su necesaria esterilidad definitiva.—¿Hubieran puesto tanto empeño aquellos monarcas en empresas realizables? Es lícito dudarlo.....

Y con esto doy punto por ahora á la relacion de mis excursiones por estas tierras.

X.

FLORENCIA.

1862.

El solo nombre de Florencia despierta en la imaginacion no sé qué risueñas ideas de graciosa y noble poesía: lo mismo en italiano—*Firence*,—que en francés y en inglés—*Florence*—y en todas las lenguas, creo yo, este nombre es un vocablo elegante como una copa de Benvenuto Cellini, esbelto y perfumado como una azucena. Parece una palabra esculpida en mármol blanco. Cuando uno pisa por primera vez aquella encantadora ciudad, perla de Italia, que es á su vez la perla de Europa, se comprende con dificultad que un país predestinado al parecer por la Providencia para ser un paraiso en la tierra, haya sido durante tantos siglos un infierno. Su historia de la edad media horroriza más aun que la de las otras repúblicas italianas, acaso por efecto de la siniestra claridad con que la ilumina á nuestros ojos el ingenio diabólico de Maquiavelo. Más que historia, parece uno de aquellos sombríos melodramas de la era romántica, en que todo se vuelve emboscadas y perfidias disimuladas bajo formas amables, maquinaciones tenebrosas, escenas sangrientas

preparadas entre alegres festines, sutiles venenos servidos en vaso de oro. Sucede en la tierra feliz que el Petrarca llama y describe en verso y medio (Soneto 124)

. . . . . il bel paese
Ch'Apennin parte e il mar circonda e l'Alpe,

un fenómeno moral análogo al que presenta la robusta naturaleza de los trópicos, donde cuentan (no los conozco) que todo es mas grande que en parte alguna, lo bueno como lo malo. Si la vegetacion es allí mas vigorosa que en nuestros templados climas; si su fauna, —la alada especialmente,—es la mas vivaz y la mas hermosa por los brillantes colores de su plumaje, viva pedrería; tambien allí los venenos son incomparablemente mas activos que los nuestros, y á una prodigiosa actividad de la vida ha provisto la naturaleza con una prodigiosa actividad de la muerte. Lo mismo en Italia. Florencia, patria del Dante, es tambien la patria de Maquiavelo. En Pisa, para cuya eterna gloria pintaron el Giotto y Andrea Orcagna los admirables frescos del *Campo Santo*, un arzobispo, como habia muchos en el siglo XIII, Roger Ubaldini, dió un nombre eternamente maldito á la *Torre del hambre*, teatro de aquella tremenda catástrofe del conde Ugolino, de quien dicen donosamente los franceses con su ingenio feliz,—ó infeliz, ¿qué sé yo?—para coger el lado ridículo de todas las cosas, que se comió á sus hijos con objeto de *conservarles un padre!* —La historia de las repúblicas italianas está llena de estos violentos contrastes.

En obsequio de los que no tengan muy presente la lúgubre tragedia del conde Ugolino y de sus hijos, inmortalizada por el Dante, voy á recordar en dos

palabras sus principales accidentes, verdaderamente característicos de la época y del país: así como así, hablando de Pisa, casi no salgo del terreno de Florencia. Tres horas de ferro-carril separan hoy á estas dos ciudades hermanas, largo tiempo rivales. Florentinos y Pisanos, como buenos vecinos, hasta que han llegado á formar un solo cuerpo de nacion, han estado siempre *unidos* por un odio recíproco, de los mas caracterizados: una no interrumpida série de implacables guerras entre una y otra pequeña república, forma su historia comun.

Pisa acababa de sostener ella sola una de las mas porfiadas y gloriosas contra las fuerzas reunidas de Florencia, Siena, Luca y el Papa, por mantenerse fiel al partido de los Gibelinos, cuando un gran desastre naval (1284) la puso en el duro trance de perder su libertad para conservar su independencia. Como todos los pueblos, cuando se ven en un apuro de que no saben cómo salir, acudió al remedio supremo de someterse á un protector, y luego á una série de protectores, que bajo este hermoso nombre, no fueron *naturalmente* mas que una série de tiranos. El primero de ellos fué el conde Ugolino Gherardesca, de una gran familia pisana, reputada como el alma del partido gibelino, y en tal concepto, enemigo íntimo de Juan Visconti, jefe del partido güelfo en Pisa; mas sacrificando su opinion á sus miras ambiciosas, cual hubiera podido hacerlo un simple – ¡no tan simple! – diputado mamon de nuestros dias, entró con su enemigo en tratos para sojuzgar la república, fué descubierto, preso y desterrado, hizo armas contra su patria en el ejército florentino, se pasó de nuevo á los suyos en ocasion que estaban en guerra con los Genoveses, y habiéndosele

confiado el mando de la escuadra, fué completamente derrotado en Maloria.

Puesta la república con aquel desastre á dos dedos de su perdicion, tuvo que echarse en brazos del mismo que traidoramente le habia preparado—tal fué despues la opinion comun,—para alzarse con la dictadura, como lo consiguió en efecto: la virtud obtiene siempre su recompensa! Aclamado protector, consolidó su poder, se deshizo de sus principales enemigos con el destierro ó el verdugo, medio todavía mas eficaz que el otro, y por último, habiéndole uno de ellos, sobrino del arzobispo Roger ó Rugiero Ubaldini, echado en cara su traicion y sus tiranías,—que á la verdad fué imprudencia notable con hombre de aquellos antecedentes,—le mató de una puñalada con su propia mano. No era de esperar otra cosa.

Aquella violencia le fué mas fatal que todos sus anteriores desafueros, pues amotinado el pueblo contra él por el arzobispo, tio de la víctima, mas ambicioso y cruel todavía que el mismo Ugolino, acometió su palacio, y despues de una tenaz resistencia, le entró á saco y se apoderó del tirano y de tres hijos y un nieto suyos. El arzobispo Roger sustituyó *naturalmente* al tirano desposeido, supuesto que su caida habia tenido por objeto la abolicion de la tiranía,—¡siempre la misma cancion!—y como primera prenda de su condicion apacible, encerró al desgraciado Ugolino, á sus tres hijos y á su nieto,—¡la raza entera de los Gherardesca!—en un calabozo cuya llave arrojó él mismo al Arno. Del desastrado fin que en él encontraron las cuatro víctimas de aquel humano arzobispo, recibió la prision en que murieron su tremendo dictado de *Torre del hambre*. Esa torre fué demolida en el siglo XVI:

estaba situada en un ángulo de la *piazza de' Cavalieri*, decorada hoy con una fuente y una estátua de Cosme I.

Allí se consumó el drama atroz que refiere el Dante en el canto XXXIII de su *Infierno*, verdadera escena infernal. Los horrores del hambre tenian ya reducidos á los cuatro mártires á una desesperada postracion.—»Yo miraba á mis hijos, inmóvil,» dice al poeta el desventurado padre; «un frio de muerte corria por »mis huesos, y no podia llorar. Mis hijos lloraban, y mi »pobre Anselmo, el menor de todos, me dijo: ¿Qué »tienes, padre mio, para mirarnos así?»

Aquí debo advertir que me parece imposible expresar bien en ninguna otra lengua, ni aun en la nuestra, la profunda ternura del texto, porque ninguna, fuera de la italiana, admite los diminutivos en el género levantado. Nuestros retóricos dicen que *no son nobles!*... El Dante no pensaba así, y entre ellos y el Dante, opto por este.

Piangevan elli; ed Anselmuccio mio
Disse: Tu guardi si, padre: che hai?

Y sigue el poeta por boca del conde Ugolino ya sumido en el último pozo infernal, morada de los traidores:—«Ni lloré, ni le respondí en todo aquel dia, ni »en la noche siguiente. Amaneció una nueva aurora, y »como yo me mordia las manos de dolor, ellos creye»ron que me las mordia de hambre... Dos dias más »pasamos sin decirnos una sola palabra. ¡Oh dura »tierra! ¿por qué no te abriste?... Al principiar el »cuarto dia, Gaddo se levantó y fué á caer á mis »piés exclamando:—¡Oh padre mio! ¿por qué me »abandonas?—En seguida espiró. Así como tú me »estás viendo á mí, así ví yo caer á los otros tres,

»uno á uno, entre el quinto y el sexto dia. Yo me »arrojé sobre ellos, y tres dias aun los estuve llamando »á voces como si estuvieran vivos. ¡Al cabo el hambre »pudo mas que el dolor! »

La interpretacion que generalmente se da á este terrible verso, oscuro como un enigma de la esfinge

« Poscia piu che'l dolor potè'l digiuno.»

¿será la verdadera? Significará realmente que el mísero padre devoró los cadáveres de sus hijos, ó que murió vencido del hambre, mas poderosa que el dolor?

Para todo viajero culto, el principal encanto de Florencia consiste en sus incalculables riquezas artísticas; *incalculables* digo, porque realmente no hay oro en el mundo con que pagarlas. Su clima, el mas deleitoso de Italia, segun fama, fresco en verano, y templado en invierno; su sociedad, compuesta, á más del precioso elemento indígena, de lo mas escogido de las aristocracias de Europa; la elegancia de sus airosos palacios de mármol blanco que se extienden *lungo l'Arno*, formando singular contraste con las severas y algo sombrías construcciones del interior de la ciudad, teatro de tantas batallas en los tiempos medios; sus hermosos paseos, entre los cuales descuella el llamado *delle Cacine;* sus teatros, —en suma, todas las comodidades y todas las dulzuras materiales de la vida reunidas allí como por la mano de una fada bienhechora, son sin duda atractivos de primer órden; pero muchos más y mayores son todavía los que brinda al espíritu la noble Florencia, nombre glorioso, dice un viajero entre los de todas las gloriosas ciudades italianas, —nombre perpétuamente espléndido y en el que se resumen, como en el de Ate-

nas, las altas ideas que tienen por fundamento el patriotismo, la libertad y el arte. *Moderna Atenas* se ha llamado con razon á la capital de Baviera. *Atenas del Renacimiento* debe llamarse la capital de Toscana, tan superior á Munich como lo es un cuadro de Leonardo de Vinci á la mejor de sus copias.

Si en ninguna parte, creo yo, hay mas riquezas artísticas que en Florencia, en ninguna tampoco esas riquezas se ven mas dignamente colocadas: Florencia es una joya en que están engarzadas una infinidad de joyas. En la *Gruta verde* de Dresde, museo de preciosidades en todos géneros, he visto unas perlas enormes, artísticamente labradas como marfil, obra del siglo XVI, formando figuritas de hombres y de animales, verdaderos milagros de ingenio y de paciencia en que la materia compite con el arte en mérito y en valor: ahí tenemos un emblema de Florencia. La ciudad del *Campanile* y del *Baptisterio* me parece la única digna de poseer las galerías de los *Uffizi* y del palacio *Pitti*, si ha de haber cabal proporcion entre el marco y el cuadro, entre el continente y el contenido.

Digamos algo de aquellas dos maravillas del arte, —el *Campanile* y el *Baptisterio*. Segun las prácticas de la antigua arquitectura lombarda y toscana, que en sentir de los inteligentes son una misma, las iglesias catedrales constan de tres partes distintas y separadas, que en las nuestras, y creo que en las de todos los demás países, se ven constantemente reunidas, á saber: las dos citadas, ó sean el campanario y el bautisterio, y el *duomo*, que viene á ser la iglesia propiamente dicha. Estas tres partes de un mismo edificio están á pocos pasos una de otra: las mas bellas muestras de este género especial de construccion que he visto, son las catedrales de

Pisa y Florencia. El *Campanile* de la primera es la famosa *torre inclinada*, sobre cuya inclinacion se han hecho tantas conjeturas, y que, en mi humilde sentir, se explica por un primitivo error del arquitecto (desgracia tal vez), reparado luego á fuerza de arte. No puedo creer que de intento hiciese su torre torcida. Y sobre esto se me ocurre la particularidad de que siendo tan célebre en el mundo la torre inclinada de Pisa, de la cual pocos habrán dejado de oir hablar, nadie hable de otra torre, —digo mal, de otras dos torres todavía mas inclinadas y asombrosas por su manifiesta infraccion de las leyes que rigen la gravedad de los cuerpos, que he visto en Bolonia, y son la torre *Asinelli* y la torre *Carisenda*, construidas ambas, como la de Pisa, en el siglo XII. La poca ó ninguna celebridad de estos dos problemas tan audazmente resueltos por el arte ó por el azar, que es el mas grande matemático del mundo, me parece tanto mas singular cuanto una de esas torres, la segunda, ha tenido el honor de suministrar un consonante y una comparacion al poeta de la *Divina Comedia* (INFIERNO, XXXI).

> Qual pare a riguardar la Carisenda
> Sotto 'l chinato, quand' un nuvol vada
> Sovr' essa si ch'ella in contrario penda.

¿Será que tambien *habent sua fata*... las torres como los libros?

La catedral de Florencia está puesta bajo la poética advocacion de Nuestra Señora de la Flor *(Santa María del Fiore)*. En 1294 los florentinos confiaron su ejecucion á Arnolfo di Lapo en virtud de un decreto, que recuerda, por su magnífica arrogancia, el tan famoso de nuestro cabildo de Sevilla que empieza: *Fagamos una*

cosa tal y tan grande... La sustancia de ambos decretos es la misma: ambos mandan hacer *todo lo humanamente posible*, ambicion nobilísima por su objeto, que era dar gloria á Dios, y por la fé robusta que la inspiraba. Comparadas con esa ambicion, cuán miserables, cuán falsas parecen todas las demás! —*falsas*, porque bien mirado, ¿en qué se apoyan? en un estrecho egoismo, en vanidad, en nada.

Ciento sesenta años duró la obra de la catedral: á Arnolfo di Lapo sucedió en su direccion el Giotto, que, como todos los grandes artistas de aquellos grandes siglos del arte (del XIII al XVI), era un artista *completo*,— es decir, profesaba el culto de la belleza en todas sus manifestaciones,— pintor, escultor, arquitecto, poeta. Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Benvenuto Cellini, los artistas por excelencia, eran además de todo eso grandes poetas, grandes ingenieros, y alguna vez grandes soldados.—Leonardo escribió un excelente tratado de la pintura. Las fortificaciones de Civita-Vecchia son obra de Miguel Angel. Cellini defendió heróicamente, en 1527, el castillo de Santángelo contra las hordas aventureras del condestable de Borbon, y es fama que la bala de arcabuz que puso fin á la vida de aquel gran traidor, fué disparada por la mano del grande artífice.

La fachada que hizo el Giotto, de que dan una idea las pinturas de los cláustros de *Santa Croce* y de *San Marco*, fué demolida á fines del siglo XVI, para sustituirle otra que aun no está concluida, gran lunar en tan admirable monumento. La cúpula ó *duomo*, obra de Brunelleschi, tiene un pié mas de diámetro interior que la de San Pedro de Roma, construida un siglo despues por Miguel Angel, el cual solia decir de aquella: —Es difícil hacer tanto, es imposible hacer más.

No recuerdo haber visto en mi vida monumento mas gallardo, mas esbelto y gentil que el *Campanile* de Florencia, maravillosa joya del Giotto de que era tan apasionado Cárlos V, que hubiera querido, decia, ponerle bajo un fanal para guarecerle de la intemperie. La intemperie, sin embargo, le ha respetado como por arte mágica: cinco siglos no han podido causar la mas leve alteracion en sus elegantísimos perfiles, ni en la multitud de primorosos bajo-relieves alegóricos y estátuas que le decoran, obra del mismo Giotto, de Donatello, de Andrea Pisano y del gran Luca della Robbia. La torre entera está revestida de mármoles blancos, negros y colorados con gracioso artificio. Su altura es de 258 piés, á que el Giotto se proponia añadir una pirámide de 80 —y lo hubiera hecho! Hoy es una maravilla: entonces hubiera sido un milagro.

El *Baptisterio* es una especie de rotonda octógona, construida en el siglo VII sobre las ruinas y con los materiales de un antiguo templo pagano: nada tendria de particular exteriormente (por dentro es riquísima de mosáicos), si Ghiberti no le hubiera enriquecido con sus admirables puertas de bronce. En su exaltado fanatismo por todo lo bello, Miguel Angel temia que Dios se las quitase á Florencia para hacer de ellas las *puertas del cielo*. ¿Cómo ni para qué describirlas aquí? Tan conocidas son por los aficionados á las artes, que para estos nada nuevo podria yo decir; y á los que tienen la desgracia de no serlo, poco les interesaria lo que dijese. Una sola observacion quiero hacer, no acerca de aquellas puertas, dignas del cielo, sino sobre los tres edificios que juntos componen la catedral de Florencia, una de las glorias de la tierra. He hablado de los que tienen la desgracia de no amar las artes, que vale tanto cómo

decir que no sienten sus encantos. ¡Pues bien! yo quisiera que los que padecen esa enfermedad del alma, hiciesen la prueba, — si pueden, — de ir á Florencia y de mirar en una clara noche, á la luz de la luna, el *duomo*, el *campanile* y el *baptisterio*, sentados en la *piedra del Dante*, — poste desde donde es fama que el gran poeta solia contemplar extasiado las obras maravillosas que por entonces se iban alzando bajo la poderosa mano de su amigo el gran Giotto. Si á la vista de aquel mágico espectáculo, si al recuerdo de aquellos nombres inmortales no siente despertarse algo en su corazon y en su entendimiento, mala señal! Será que su dolencia es incurable, pero yo creo que, de dos casos, en uno por lo menos el enfermo sentirá algun alivio.

Si así no fuere, haga otra prueba, siguiendo este nuevo método de higiene espiritual. Vaya á la galería *degli Uffizi*, situada en el *Palacio Viejo*, y pásese algunas mañanas en la *Tribuna*, donde no hay mas que obras maestras: allí estará seguro de no equivocarse admirando con entera confianza todo lo que tenga delante, cuadros y estátuas. Allí encontrará entre otras joyas la Vénus de Médicis y el Apolino, los dos mas acabados compendios de la belleza humana: entre las pinturas encontrará una de las mejores *Venus* de Tiziano, que pintó tantas en su larga vida, una *Sacra familia* de Miguel Angel, una *Adoracion* de Alberto Durero, varios Correggios, una *Madona* de Andrea del Sarto, que justifica el título de *Rafael florentino* dado á este gran pintor: — la *Fornarina* de Rafael, que algunos creen con gran fundamento que no representa á la célebre panadera, sino á otra belleza mas ilustre, Victoria Colonna, marquesa de Péscara, objeto del amor

platónico de Miguel Angel. Ni aun están muy seguros los inteligentes de que el retrato sea en realidad de Rafael. Lo que nadie duda es que es admirable. Una observacion haré sobre el Correggio, con ocasion de sus cuadros de la *Tribuna*. Pasa en autoridad de cosa juzgada que en este eminente pintor se reveló muy tarde la vocacion artística, y que ya tenia cuarenta años, cuando, á la vista de un cuadro de Rafael, prorumpió en su tan conocida exclamacion: *Anch'io son pittore!* Ahora bien; una de sus obras de la *Tribuna* (la *Sacra familia en Egipto*) fué pintada por él á la edad de veinte años, y es ya una obra maestra. Como esta son otras mil anécdotas que corren muy acreditadas por el mundo.

La galería Pitti, que forma parte del palacio ducal, es aun mas escogida, si no mas rica, que la de los Uffizi. Allí está la encantadora *Vírgen de la Silla* de Rafael, solo comparable con la *Perla* de nuestro museo de Madrid. Allí están tambien la *Bella* del Tiziano, los dos célebres retratos de Rafael, de Angel y Magdalena Doni, interesante particularmente este último, porque parece haber servido de tipo á las figuras de Vírgen de aquel gran genio.... Pero ¿á qué cansarme? Es tanto y tan admirable lo que hay en punto á pinturas de los primeros maestros del mundo, inclusos nuestros inmortales Velazquez, Murillo y Ribera, que me seria imposible ni aun meramente citarlas todas!

¿Cómo han llegado á reunirse en la capital de un Estado, tan pequeño como Toscana, tantas veces destrozado por guerras civiles y extranjeras, tan incalculables tesoros? La fecundidad artística del país, digámoslo así, y una série de príncipes no todos buenos, pero todos ilustrados, —los Médicis, —lo explican en

gran parte. En Florencia se respira con el aire el sentimiento artístico: es imposible que allí los príncipes no miren por las artes. Cuando yo llegué á Florencia hace algunos meses, iba en muy triste disposicion de ánimo, entre otras cosas, porque habia leido en los periódicos, y—lo confieso con rubor,—*lo habia creido* (¡mentira parece!)—que cuando el actual Gran Duque abandonó con su familia la capital á consecuencia de la última revolucion, se habia llevado los mejores lienzos y otras preciosidades de las galerías Pitti y de los *Uffizi*. ¡Los periódicos lo aseguraban de tal modo!... y en efecto, *no era verdad*. Ni una hilacha, como suele decirse, faltaba en ninguno de los dos museos, ni aun siquiera una preciosa Vírgen de Rafael, conocida con el dictado de la *Vírgen de la Duquesa*,—propiedad particular de aquella augusta familia, como otros muchos cuadros de la galería Pitti, y en que mediaba la circunstancia de que por tradicion ó etiqueta de la corte, ó mas bien, creo yo, por especial devocion de las duquesas de Toscana, estas la llevaban siempre consigo en sus viajes, de donde proviene el nombre con que es conocida en la historia del arte. Por si aquel triste viaje no tenia regreso, la actual duquesa no quiso sin duda llevársele consigo; noble rasgo que con sincera efusion me complazco en consignar para edificacion de los que estudian la historia y la política en los periódicos.

De paso diré que lo mismo, exactamente lo mismo, ví en los museos de Parma y Módena, situados ambos en los palacios de los respectivos duques. Con la duquesa de Parma no se atrevió la calumnia, señal de que no se atreve á todo; pero del duque de Módena aseguraban (yo lo he leido en numerosas *corresponden-cias*) que no habia dejado ni aun los clavos de que pen-

dian las pinturas. La verdad es que no falta ni una pintura ni un clavo.

Una de las grandes curiosidades de Florencia (no pudiendo citarlas todas, me limito á las mas eminentes) es el *Cenáculo de Foligno*, precioso fresco de Rafael, descubierto en 1850, en una casa, — mejor dicho, en una cochera de la calle Faenza, núm. 1,771. Y aquí conviene observar que el sistema de numeracion de las casas en Florencia, como en algunos otros pueblos de Italia, no en todos, es algo extravagante: empiezan á contar en un extremo de la poblacion y acaban en el opuesto. Recuerdo la sorpresa que me causó cuando fuí á visitar la *casa Buonarroti*, en que nació Miguel Angel, y que todavía pertenece á uno de sus descendientes, ver que está situada en el núm. 7,588 de la calle *Ghibellina*. La de Maquiavelo está en la calle *Guicciardini*, pero nada mas que en el núm. 1,345; para Florencia es muy poco.

Volviendo al fresco arriba citado, su historia es muy curiosa: pintado por Rafael en 1505, es decir, cuando solo contaba veinte y dos años, en el refectorio de un antiguo convento de monjas de San Onofre, desapareció completamente detrás de un nuevo tabique, cuando, derribado lo principal del convento, este se convirtió en taller de un maestro de coches; derribado á su vez el taller, hoy convertido en museo egipcio (coleccion Rosellini), apareció la pintura al fresco del gran maestro, perfectamente conservada, delicia de los inteligentes. La composicion ofrece mucha analogía con otra *Cena* del Ghuirlandajo, que se conserva en el convento de San Márcos: la misma serenidad en el conjunto, la misma dulce y noble expresion de las figuras son de admirar en ambas, aunque muy inferiores las dos á la

famosa de Leonardo de Vinci, que se conserva, muy maltratada por las injurias de la humedad y del tiempo, en el convento de *Santa Maria delle Grazie*, de Milan. En la de Rafael es visible la imitacion del gusto de su maestro el Perugino.

Entre las muchas preciosas iglesias de Florencia es doblemente interesante la de *Santa María Novella* para nosotros los españoles, á causa de su capilla, que lleva nuestro nombre, toda decorada con curiosas pinturas murales de Simon Memmi. En esta iglesia se ven la célebre *Madona de Cimabue*, primera gran manifestacion del renacimiento de la pintura en Florencia, y una série de frescos, que llenan todo el coro, obra de Domenico Ghuirlandajo, el maestro de Miguel Angel.

Voy á concluir con una noticia que podrá interesar á los que, como yo, llevan hasta el fanatismo la aficion al divino poeta Virgilio. Sabido es lo mucho que han disertado los filólogos sobre si en el segundo verso de la *Eneida* (el sexto empezando por *Ille ego qui quondam*, modo de empezar ya desusado) debe leerse

. . . . . *Lavinïaque* venit
Litora...

ó bien

. . . . . *Lavinaque* venit
Litora...

La cuestion dura hace siglos *et adhuc sub judice lis est* (un latinajo en esta polémica no puede estar de más; es *de circunstancias*). A la vista tengo las dos mejores ediciones modernas de mi poeta favorito, que son la de Herman Paldamo, de Leipsic, 1854, hecha en vista de los excelentes trabajos de Heyn y Wagner, y la de Di-

dot, de Paris, 1858. En la primera se lee *Lavinaque venit*; en la segunda, *Laviniaque venit*. La misma amable variedad se advierte en una infinidad de ediciones antiguas y modernas que he consultado, y de las cuales poseo las más,—noticia poco interesante en sí, pero que me atrevo á dar como embozado anuncio de que estoy preparando otra nueva edicion que espero en Dios ha de valer mas que todas las anteriores; si así no fuere, no será por falta de diligencia. Como dato precioso para resolver el punto en litigio, deseaba yo hace mucho tiempo consultar *de visu* el mas antiguo códice virgiliano conocido,—del siglo IV ó principios del V,—que se custodia entre los de la riquísima Biblioteca Laurentina de Florencia.

Apenas llegado á la ciudad de los Médicis, volé á dicha biblioteca, pasé por alto, como cosa de menos valer, las *Pandectas* del siglo VI ganadas en la toma de Amalfi por los pisanos en 1135, y que si no revelaron á Europa, segun han demostrado Muratori y Savigni, divulgaron en ella por lo menos el conocimiento de las leyes romanas;—los dos Tácitos de los siglos VII y VIII,—el *Horacio* que perteneció al Petrarca,—la altanera *Carta* autógrafa del Dante en que rehusa el perdon condicional de la república despues de cinco años de destierro;—en suma, desdeñando la flor y nata de los nueve mil manuscritos próximamente allí atesorados, busqué con una ansiedad que comprenderán los gramáticos, el precioso texto. Decia muy claro LAVINIAQUE *venit*,—leccion conforme con la mayoría de los antiguos textos impresos, entre ellos el vulgarísimo anotado por Minelio, que durante muchos años ha sido en España el de las aulas. De paso quise saber á qué atenerme sobre la audaz

innovacion propuesta, ó mas bien renovada por Wagner y otros sabios alemanes, que quieren que no se diga *Virgilio* sino *Vergilio*; pero me quedé con la curiosidad: el códice laurentino no tiene título ni portada.

Y con esto doy punto por hoy á los *Recuerdos de Florencia*, sin perjuicio de volver á ellos en mejor ocasion, pues son muchos y muy halagüeños y me durarán toda la vida los que ha dejado en mí

«La mágica ciudad que riega el Arno.»

De mi reciente excursion por Italia, solo ceden en encanto á los que me ha dejado Venecia...

XI.

DE JAFFA Á JERUSALEN.

Miércoles, 1.° de Abril de 1863.

...A la madrugada avistábamos mis compañeros y yo las costas de la Palestina: á poco mas de las ocho desembarcábamos felizmente en el muelle de la antigua Joppe, hoy Jaffa.

Despues de una penosa navegacion, la vista del puerto es una de las mas gratas sensaciones que puede experimentar el viajero; pero en el caso presente, la completa ausencia de todo *puerto* hacia inaplicable á nosotros aquella observacion. En los dos dias que acabábamos de pasar á bordo del hermoso vapor francés el *Simois*, contando las horas que estuvimos detenidos sin poder salir del puerto de Alejandría á causa de un recio temporal, habíamos pasado bastantes malos ratos; muchos tumbos habíamos dado en aquellas revueltas olas del Mediterráneo, que aunque no es mas que un lago, tiene iras tan terribles como las de un mar. Mucho deseábamos saltar á tierra por mas de un motivo, —porque siempre se desea dejar un barco, —porque en el nuestro íbamos demasiado estrechos, á causa de la grande afluencia de peregrinos, impacientes como nosotros de llegar á Jerusalen antes de concluir las

principales fiestas de Semana Santa; pero á pesar de todo esto, la vista del llamado desembarcadero de Jaffa nos aguó un poco el contento de la llegada. Triste y pavorosa vista en verdad, á que hacian fúnebre comentario las relaciones que habíamos venido oyendo durante la travesía de lo peligroso que era desembarcar en Jaffa, y de las mil catástrofes ocurridas en aquellas aguas. La playa estaba sembrada de restos de buques náufragos. La verdad es que solo cuando la mar está muy serena, es posible arribar á aquella costa inhospitalaria; asi es que los vapores de las *Mensagerías Imperiales* y los del *Lloyd* austriaco que dan la vuelta de Alejandría á Constantinopla por Beyruth y Esmirna, solo en raras ocasiones pueden desembarcar allí sus pasajeros, teniendo precision de dejarlos en Kaiffa, al pié del Carmelo, es decir, á casi dos dias de navegacion, y aun eso no es siempre fácil, pues esta segunda rada no vale mucho mas que la otra.

Apenas ancló el *Simois* á la vista de Jaffa, cuando nos vimos rodeados de una infinidad de barcas árabes, que materialmente parecia que iban á tomarnos al abordaje. Era de ver cómo trepaban por los costados del buque, asiéndose á los cables y á la menor aspereza, como gatos, aquellos ágiles y atezados árabes medio desnudos, que son, creo yo, los mejores marineros del mundo: semejantes á la pantera y al tigre y demás grandes variedades de la raza felina, con la mas comun de las cuales la comparé poco há, reunen en grado superlativo la ligereza, el vigor y la intrepidez: pasan tambien por excelentes pilotos. Añaden los que creen conocerlos bien, que tampoco les falta la ferocidad de aquellos carnívoros; pero esto me parece muy injusto: feroces sin duda en ocasiones dadas, como todos los

hombres, los Arabes conservan en sus costumbres muchos rasgos de la época patriarcal, y es tal su horror á la idea de derramar sangre inútilmente, que solo en casos de una absoluta necesidad ejercitan la caza, y aun á los mismos insectos de que sus cuerpos son víctimas con harta frecuencia, perdonan la vida despues de cazarlos. Así lo he oido asegurar á muchos de nuestros religiosos de la Tierra Santa, que por llevar largos años de residencia en ella, no menos que por su estado, me merecen entera confianza.

Hacia una mañana hermosa y algo fresca: pronto las lanchas árabes nos trasladaron con todos los demás peregrinos y nuestros equipajes al simulacro de muelle que teníamos delante, y al que hubimos de trepar materialmente, como si llegáramos allí escapados de un naufragio. Las señoras y los poco ágiles fueron levantados por los robustos brazos de una multitud de pescadores desharrapados que llenaban la playa aturdiéndonos con sus gritos, probablemente ofertas de servicio en que predominaba el vocablo *bachich* (propina ó limosna) que desde nuestra llegada á Oriente no habia cesado de resonar en nuestros oidos. Los Arabes son el pueblo mas pedigüeño de la tierra. Aquel tumulto de gentes que se apoderaban á viva fuerza de nuestras personas y equipajes, aquel clamoreo ininteligible para nosotros, y más que todo la idea de que ya pisábamos por fin el suelo sagrado de la Palestina, nos producian una especie de mareo difícil de explicar: por mi parte, todo aquello me parecia un sueño. Un viaje á los Santos Lugares habia sido uno de los mas vehementes anhelos de toda mi vida, y ya empezaba á verlo realizado!... Deseo á todos mis lectores sensaciones parecidas á las que experimentaba yo entonces.

Mi primer cuidado fué ir á visitar al cónsul francés, M. Philibert, para quien llevaba una carta de recomendacion y un precioso regalo de mi amigo el tan rico como inteligente librero de Paris M. Hachette. El regalo consistia en un ejemplar, primorosamente encuadernado, de la grande edicion del Dante, ilustrado por Doré. Recuerdo esta circunstancia, por el efecto que me causó luego que hube entregado el libro á su dueño y que examinamos juntos sus estampas, ver aquel admirable producto de la tipografía moderna, entonces recien publicado, y los interesantes grabados que le adornan, en un pueblo hoy de los mas miserables, pero grande y poderoso algun dia.

Jaffa, cuya fundacion, al decir de Plinio, es anterior á la época del diluvio, era el único puerto que tenian los israelitas sobre el Mediterráneo, en los tiempos de su mayor poderío: allí fueron á desembarcar los famosos cedros del Líbano enviados por el rey Hiram á Salomon, para la construccion del templo. Cómo pudo hacerse este desembarque en aquella costa bravía, erizada de arrecifes, por entre los cuales pasan á duras penas las lanchas árabes, es un problema que no acierto á resolver. M. Philibert, que lleva muchos años de residencia en aquel país, y lo conoce muy á fondo, me hizo visitar las pocas curiosidades que encierra, el convento latino, el convento griego, la escuela de los niños católicos perfectamente dirigida por un religioso español, el padre Mora, y por último, algunas hermosas huertas notables por sus plantios de admirables naranjos, cuyo fruto dudo que tenga igual en la tierra, por su sabor, aroma y tamaño, sin contar su abundancia, que no tiene límites: así es que las mas exquisitas naranjas que es posible comer, están allí casi de balde.

Si habíamos de llegar al dia siguiente á Jerusalen y asistir á las principales funciones de Semana Santa, mas interesantes allí naturalmente que en ninguna otra parte, no teníamos tiempo que perder. Dos jornadas de buena marcha á caballo separan á Jaffa de la ciudad santa, y el país que se extiende entre ambas está tan desierto y es tan poco seguro, que no hay eleccion en los puntos de parada: es preciso ir á dormir la primera noche al convento de Ramleh, y concluir el viaje al dia siguiente. Para una sola jornada es mucho: con la forzosa detencion en Jaffa de algunas horas, para organizar la caravana, proveerse de guias y víveres, es de todo punto imposible ir á hacer noche en Jerusalen.

Sobre las dos de la tarde salimos pues por la única puerta de la ciudad, bien provistos de todo lo necesario y despues de haber almorzado grandemente en un mal casucho donominado *Palestine Hotel*. Un fondista inglés ha organizado allí una especie de posada, con la mira sin duda de hacer la oposicion al convento de los padres latinos, que allí, como en todo el Oriente, tienen el monopolio de la hospitalidad para los viajeros de su comunion. La que dan los buenos padres es gratuita para los pobres; pero tiene fama de ser muy cara para los ricos, que á título de limosna retribuyen con grandes creces el gasto que ocasionan. Pasa además por bastante mala en ambos casos: por mi parte no puedo quejarme; siempre la he encontrado excelente, aunque debo decir en honor de la verdad que pocas veces he recurrido á ella por el temor de quedarme corto en mis limosnas, prefiriendo pagar las cuentas de los verdaderos fondistas, cuando los encontraba. De estos puedo decir sin escrúpulo que su hospitalidad es mala, pero muy cara.

A la puerta del *Palestine Hotel* montamos en nuestras cabalgaduras, enjaezadas al uso árabe, y aquí empezamos á conocer, por una triste experiencia, la necesidad de dar crédito á los que nos dan buenos consejos. A nosotros nos habian dado en Europa, y luego en Alejandría, el consejo de surtirnos de buenas sillas de montar para nuestras expediciones ecuestres por la Palestina, donde los carruajes son cosa desconocida, lo mismo que en toda la Siria: no habiamos querido seguirle, fiados en nuestra destreza de caballistas, y á la hora de cabalgar en una silla árabe, nuestras pobres rodillas y otras partes interesantes de nuestro cuerpo ya imploraban merced y no podian más. Es preciso estar acostumbrado desde niño á las sillas del país como los Arabes, y en particular los beduinos, que viven á caballo, para resistir la tension de aquellos estribos tan cortos y tan echados hácia atrás, que dan al ginete el aspecto de un mono sabio acurrucado encima de un perro.

Las calles de Jaffa son de lo mas escabroso y angosto que he visto aun en el Oriente; recuerdan las peores de Toledo. Nuestros caballos trepaban por ellas con suma dificultad, y en las bajadas, mas bien que andar, parecia que iban corriendo patines. Llegados á la puerta de la ciudad, nos llamó la atencion un espectáculo triste y repugnante: multitud de mujeres estaban allí sentadas al sol teniendo en sus brazos ó vigilando en sus juegos á un enjambre de chiquillos casi desnudos, cuyas caras parecian negras como la pez, por efecto de la verdadera nube de moscas que las cubria! La costumbre tenia tan familiarizados á los pacientes con aquella inmundicia, que ni se la ahuyentaban con la mano, ni mostraban causarles la menor molestia. De paso diré que esta familiaridad de los

insectos con las personas es un rasgo característico del Oriente, á lo menos en las partes que yo he visitado: la misma particularidad me chocó en Egipto. Como me irritaba los nervios ver aquella suciedad, pues uno cree á veces sentir lo que se le figura que deben sentir los demás, indiqué por señas á algunas de aquellas mujeres que aventasen con la mano los ojos y las narices y los labios de los chiquillos que tenian en brazos, para ahuyentar aquella peste. Ellas me echaban unas miradas tristes y casi estúpidas, limitándose á alargar la mano pidiéndome *bachich*. Evidentemente no comprendian mi pantomima. Eché pié á tierra, y con algunos movimientos de mi pañuelo hice levantar una gran bandada de aquellas pequeñas *aves* negras; pero en su gran mayoría estas continuaron devorando su súcio festin: parecia que estaban incrustadas en las caras de aquellas pobres criaturas.

Nuestra caravana proseguia su marcha por entre dos largas filas de higueras silvestres, cargadas de su espinoso fruto, ornato natural de las entradas y salidas de todos los pueblos en el Oriente. Tuve que renunciar á mis conatos filantrópicos de mejorar la policía infantil de aquellas gentes, y seguí á mis compañeros haciendo tristes reflexiones sobre la miserable condicion actual de un pueblo que en otro tiempo debió ser tan poderoso.

Vista desde el mar, Jaffa, cuya poblacion es hoy de unas 5,000 almas, presenta cierto aspecto risueño y pintoresco, debido á su feliz situacion en forma de anfiteatro, junto á los riscos donde la Fábula colocó la aventura de Andrómeda libertada por Perseo. Sus casas blancas y regularmente sembradas al mismo borde del mar en aquella costa escabrosa, como una manada de

ovejas, regocijan la vista del viajero cansado de una penosa navegacion y sediento de encontrar tierra. Ya dentro del pueblo, toda su belleza aparente se desvanece como por encanto, y el ánimo se contrista al aspecto de tanta pobreza y desaseo: el último arrabal que se cruza para tomar el camino de Jerusalen, es una sucesion de casucas que mas bien parecen perreras que habitaciones para personas.

Cuando digo el *camino* de Jerusalen, quiero decir el país por donde se va á aquella ciudad, pues por lo demás no hay allí nada que se parezca á lo que entendemos en Europa por un camino: no es mas que una especie de sendero, formado por las pisadas de las caravanas, sin ningun auxilio del arte. A la salida del pueblo se encuentra la bonita fuente de *Abu-Naba* (el padre de la Maza) y media hora despues llegamos á Yasur, pobre aldea hoy casi despoblada, cerca de la cual hay otra fuente denominada *Tin-Dalab* (la fuente del Plátano). Estos encuentros de fuentes tienen en el Oriente una importancia que solo se conoce bien en algunas de nuestras provincias del Mediodia: la escasez de agua es la gran fatalidad que aflige á aquellas hermosas regiones donde nace el sol. No es raro encontrar en ellas, aun sin contar los verdaderos *desiertos*, territorios de algunas leguas en que ni brota una fuente, ni corre un arroyo, ni crece un árbol; de aquí la escasez y el irregular repartimiento de su poblacion. El terreno que atravesamos durante cuatro horas hasta llegar á Ramleh es bastante hermoso, y el cultivo podria hacer de él un paraíso. Allí se extiende la llanura de Saaron, célebre por sus rosas. Es el antiguo país de los Filisteos, de cuyas encarnizadas guerras con el pueblo de Dios está llena la Biblia.

Si se quisiese buscar una explicacion humana al odio que dividia á aquellos dos pueblos, se encontraria en la diferente naturaleza de sus respectivos territorios. La Judea propiamente dicha, cuna del pueblo de Israel, es una tierra tan pedregosa y desamparada de todo recurso humano, que no se concibe cómo podrian vivir en ella sus pobladores en número suficiente para formar una verdadera nacion: la necesidad de vivir debia arrojarlos como fieras sobre sus vecinos, mas favorecidos del cielo en los dones materiales, aunque no iluminados como ellos por la nocion del verdadero Dios: así podrian explicarse aquellos exterminios feroces de razas enteras, culpables de idolatría y de ocupar territorios fecundos que los israelitas necesitaban para no perecer de hambre y sed en el suyo propio.

Solo un pueblo de alguna importancia se encuentra, ó mas bien se ve á alguna distancia del llamado camino, y es Lidda, la antigua Diópolis. Recuerdo haber leido en Volney que no parece sino que el hierro y el fuego acaban de pasar por allí. No es posible ver mayor desolacion. Yo llamaria aquello las ruinas de otras ruinas: las menos destruidas que se ven entre ellas son las de una antigua iglesia del siglo XII, dedicada á san Jorge, y destruida por Saladino en tiempo de las Cruzadas. En Lidda hizo san Pedro el milagro de sanar al paralítico Eneas que se refiere en el cap. IX de los *Hechos de los Apóstoles*. Otros muchos lugarejos igualmente ruinosos se divisan á alguna distancia á uno y otro lado del camino: este es, en suma, llevadero y aun agradable á trechos, casi siempre llano, nunca frondoso, pero muy rara vez enteramente despojado de verdura.

Entre seis y siete de la tarde, unas cuatro horas despues de haber salido de Jaffa, llegamos á Ramleh (en

árabe *la arena*), donde fuimos á apearnos en el convento latino, lleno á la sazon de viajeros de todos los países católicos, en marcha como nosotros para Jerusalen. Los buenos padres, en su mayor parte españoles é italianos, nos recibieron con los brazos abiertos: una excelente cena, una buena cama nos dieron fuerzas para proseguir nuestro camino á la madrugada siguiente.

Nunca olvidaré la cordial acogida y la amena y discreta conversacion del padre provisor fray Agustin Menendez, religioso asturiano y uno de los mas antiguos en aquella mision: él mismo tuvo la bondad de enseñarme todas las curiosidades del convento, las pinturas del cláustro, que por cierto valen muy poco, y hasta las calles y algunas de las mejores casas del pueblo. La poblacion de Ramleh, de unas 2,000 almas, se compone casi por igual de cristianos y de musulmanes, todos igualmente respetuosos y hasta humildes con los padres de la Tierra Santa: no era raro encontrarnos en las calles que íbamos recorriendo muchachos y aun hombres y mujeres musulmanes que venian á besarles la mano y el borde de los hábitos.

Los beneficios que dispensan al pueblo indistintamente, explican aquella sumision: ellos son los maestros, los médicos y los mejores amigos en todas las casas; no se ven mas queridos y respetados los frailes ni aun en los pocos pueblos de Europa donde los hay todavía. Aquello me recordaba lo que he oido contar que sucede entre los indios en las poblaciones rurales de América. La circunstancia de venir con nosotros algunos viajeros rusos con quienes nos unian buenas relaciones de amistad, me proporcionó ocasion de visitar el convento griego, donde ellos naturalmente habian ido á hospedarse. Allí como en los demás pueblos, el convento

griego es mucho mas espacioso y rico que el latino; pero ¡qué diferencia entre unos y otros! En los nuestros todo respira un dulce espíritu de caridad cristiana y de sencillez realmente evangélica; en los conventos griegos, que mas bien parecen cortijos, aquellos *popes* tan rollizos y coloradotes, con sus largas barbas bien peinadas y ungidas, sus grandes bonetes redondos y sus limpios balandranes de fino paño, mas bien parecen unos bajás de tres colas que unos hombres consagrados á la religion. Allí como en todas partes, la animosidad entre unos y otros conventos es un orígen de dolorosos escándalos para las almas piadosas: el gran cisma de Oriente es la grande afliccion de la Iglesia de Jesucristo. Mas divididos están entre sí latinos y griegos que cristianos y musulmanes.

Una triste impresion me aguardaba en Ramleh: allí yace enterrado, en el pequeño cementerio contiguo al convento, un hombre á quien estimé mucho en vida, y cuyo sepulcro estaba muy lejos de esperar encontrarme en la Tierra Santa: hablo de nuestro último cónsul en Jerusalen, D. Mariano Prellezo, persona excelente, de rara instruccion y noble carácter. Quebrantada su salud en aquel duro clima, la muerte le sorprendió allí pocos meses antes, cuando regresaba á España. El país de Judea es fatal para nuestros cónsules: allí acaba tambien de morir desgraciadamente su sucesor en aquel cargo D. Enrique de Vedia, otro excelente amigo mio, docto y elegante escritor además. Así vamos poco á poco quedándonos en cuadro los que nacidos próximamente en la misma época, formábamos no há mucho una numerosísima falange! Dentro de algunos años no quedaremos ya ninguno...

Jueves 2 de Abril.

Oida la misa en el convento, á cosa de las seis montamos á caballo con un tiempo fresco y algo nublado. A las tres horas de marcha llegamos á Latrun, pueblecito ruinoso á que va unida una piadosa tradicion. Como indica su nombre *(Vicum latronum)*, aquel pueblo era ó tenia fama de ser, en otros tiempos, una madriguera de ladrones. La tradicion le hace patria de los dos que fueron crucificados á ambos lados del Salvador, y añade que pasando por allí la Sacra Familia en su huida á Egipto, y asaltada por una cuadrilla de aquellos malhechores, el buen Dimas, herido ya su espíritu de un rayo de aquella luz celestial, que en su última hora le abrió de par en par las puertas de la vida eterna, defendió á los santos viajeros y los puso en salvo... Poco despues vimos á alguna distancia, en lo alto de un cerro, las ruinas del castillo de Emaus. Allí estuvo situada la antigua Modin, patria y residencia habitual de los Macabeos.

Toda la historia portentosa de aquellos heróicos hermanos se me representó en la imaginacion con los vivos colores de la vida mientras iba pasando por aquellos sitios sagrados: veia, como si los tuviera delante, á los *fuertes de Israel*, electrizados por la vigorosa elocuencia de Judas Macabeo, lanzarse á lidiar por su Dios y su patria, y á los soldados de Antíoco caer bajo las espadas de aquellos leones de Judá, como caen las mieses en verano, bajo la hoz del segador. Cuando el dia antes íbamos cruzando la histórica llanura de Saaron, en vano busqué en ella las rosas de los *Cantares:* no era la estacion propicia; pero no importa: mi espí-

ritu las veïa y respiraba su perfume bíblico, como el mas delicioso de los aromas.

El viajero que recorre los *Santos Lugares* tiene que resignarse á ver mas cosas en su imaginacion que en la realidad. Cada uno encuentra allí la poesía que lleva en su alma: la verdad material es allí poco ó nada; la verdad moral no tiene mas límites que los de la fé, ó —¡límites incomparablemente mas estrechos!—los de nuestra propia mezquina inteligencia. El espíritu de Dios anima visiblemente aquel polvo, aquellas ruinas; porque, fuerza es decirlo, ya no quedan allí, ¡oh dolor! mas que polvo y ruinas. Fuera de la iglesia del Santo Sepulcro, de la del monte Carmelo y de algunos conventos, en especial los griegos, y sobre todo el admirable de San Sabas, junto al mar Muerto, que, como los demás de esta comunion, más que un convento, parece y es en realidad una fortaleza, no recuerdo haber visto en la Tierra Santa un solo monumento que tenga por sí mismo valor alguno, en lo material. ¿Por qué, sin embargo, cualquier tapia derruida, cualquier monton de tierra que lleve allí un nombre histórico, hace palpitar el corazon y arrasarse los ojos de lágrimas?...

Á la sombra de unas peñas, ya á la misma entrada de los montes de la Judea, una breve parada y un almuerzo de fiambres nos confortaron á hombres y caballerías, y prosiguiendo la marcha por entre breñas y verdaderos precipicios, llegamos al valle de Terebinto, todo lleno aun del recuerdo de las proezas de Sanson y como atronado aun por el zumbido de la honda de David. Allí sucumbió Goliat: no hay una de aquellas innumerables piedras redondas y lisas que, rodadas de los vecinos cerros, cubren el fondo del valle, en que

no creyéramos ver la que fué á herir como un rayo la sien del gigante filisteo.

Al caer la tarde, nuestra impaciencia por descubrir á lo lejos las torres de Jerusalen iba cada vez más subiendo de punto; pero Jerusalen no se descubre por aquella parte hasta que se está ya casi encima de ella, á dos tiros de fusil de sus puertas. Un recodo de las áridas y desoladas montañas que íbamos atravesando, nos descubrió por fin la Ciudad Santa, con sus cien cúpulas cristianas y turcas, sus blancos alminares, su espléndido cimborrio de la mezquita de Omar, todo constelado de medias lunas de oro sobre fondo azul, su extensa fachada del nuevo convento griego, y en fin, con la magia indecible de su nombre. Todo se nos volvia preguntar á nuestros dragomanes y á nuestros *mukires* (arrieros árabes): ¿cuál es el monte Olivete? dónde está el Gólgota? dónde el valle de Josafat? Todo queríamos verlo, todo queríamos saberlo: no creo haber sentido en mi vida emocion mas profunda. Por un impulso espontáneo, toda la caravana hizo alto, y apeándonos los más de nuestros caballos, hincamos la rodilla en tierra exclamando con inefable alegría: ¡Jerusalen! Jerusalen!.....

Media hora despues nos hospedábamos en una posada en el monte Sion, en frente de la torre de David, residencia á la sazon del consulado de España ....

XII.

MESA REVUELTA.

LOCOS Y CUERDOS.

No se necesita haber vivido mucho tiempo en el mundo, ni ser exageradamente misántropo, para reconocer que todos, cual más, cual menos, todos estamos un poco tocados de la cabeza. ¡Y gracias mil cuando no lo estamos mas que un poco! Lo comun es estarlo mucho, solo que, como el achaque es tan general, lo vemos y no nos choca: en un país donde todos fuesen algo jorobados, una joroba poco mayor que las otras pasaria *desapercibida*, como dicen los que ignoran que *apercibir* no significa en castellano, aunque *apercevoir* lo signifique en francés, *ver* ó *reparar*, sino *prevenir*, *preparar* y *disponer* en unos casos, — *advertir*, *amonestar* en otros, — *requerir*, en lenguaje forense, pero nunca, repito, nunca *ver* ni *percibir*, que es la acepcion con que se confunden los que tanto abusan de aquel antipático galicismo. El lector me perdonará esta pequeña leccion de gramática, si por dicha suya no habia menester de ella; en caso contrario, le autorizo á que vea en mi inoportuno alarde de purismo gramatical una prueba, — un indicio, á lo menos, de que yo tam-

bien, como él, y como todos, estoy un poquito tocado. Así me dará por el gusto.

Mi conviccion en este punto está tan arraigada que siempre que oigo decir de alguno que *se ha vuelto loco*, al momento, sin ser poderoso á otra cosa, me echo á reir, no del presunto loco, claro está, sino del que me lo dice, sobre todo si me lo dice muy sério, — salvo á compadecer despues con toda mi alma al desgraciado de quien se trata, si efectivamente llego á convencerme de que ha perdido la razon. Pero ¿me sucede esto siempre? De diez veces no me sucede una: casi siempre, por el contrario, oigo citar como testimonios infalibles de locura, hechos ó dichos que me parecen grandes pruebas de sensatez.—Fulano dice que la *moda* tal ó cual es ridícula (como si una moda pudiera serlo!!!) —que no le gusta bailar y que le fastidia ir al Prado... Vamos, precisamente *¡Fulano está loco!*

Loco no; todo lo más, un poco tocado, eso sí; pero probablemente lo está más el que le juzga, pues creer de otro que está loco, es implícitamente creerse uno mismo cuerdo, y de todas las locuras esta es la mayor. Hablo solo,—ya lo supondrá el léctor,—de lo que los fisiólogos llaman las *locuras lúcidas*. ¡Cuerdo! ¿quién puede blasonar de estarlo? quién lo está en realidad? mas digo, ¿quién puede estarlo?... alguna que otra rara excepcion.

ASTRONOMÍA.

Bastan las mas someras nociones de Astronomía para saber que la voluntad del Sumo Haceder nos ha colocado en un planeta, por cierto de los mas ruines, que se mueve como una sabandija, sin cesar ni un momen-

to, al rededor del sol, siguiendo una elipse de sobre 300 millones de kilómetros (algo mas de unos 50 millones de leguas) de diámetro, ó mas bien, de eje mayor, la cual recorre en el espacio de un año con la velocidad que ya se deja discurrir para andar tanto camino en tan poco tiempo: de aquí *el movimiento aparente* del sol y de las estrellas.

Sin apurar mucho el cálculo, y suponiendo para mayor sencillez, pues aquí no estamos en ningun observatorio, ni en ninguna cátedra, que en vez de recorrer la circunferencia, nuestra tierra recorriese el eje mayor de su órbita elíptica, vendria á resultar que andamos con ella unos 4 millones y medio de leguas cada mes, la friolera de unas 150,000 por dia, unas 6,250 por hora, y nada mas que 104 y pico por minuto. ¡No es mucho! Segun el grande astrónomo M. Faye, la velocidad real de ese movimiento es de 31 kilómetros (unas 6 leguas) *por segundo*!... De manera que, si no mienten los astrónomos, que todo pudiera ser, es cosa probada que, desde que nacemos hasta que nos morimos, vamos echando venablos por esos espacios celestes siguiendo al sol, centro de nuestro sistema solar, el cual tampoco se está quieto, segun nos cuentan, á pesar de su enorme tamaño y de la consiguiente gravedad que debiera suponérsele; antes dicen si va ó no va él tambien disparado, como escribano que lleva el diablo, en pos de no sé qué misterioso punto del firmamento, situado en la constelacion de Hércules.

Y aun no es esto todo: como si no bastara ese furioso movimiento de *traslacion* con que avanzamos y giramos al rededor del sol, todavía disfruta nuestro pobre globo de otro movimiento igualmente contínuo de *rotacion* sobre su propio eje, absolutamente como una peon-

za algo torcida, y en este segundo movimiento de vals, que completa en un dia sidéreo ó, minuto más minuto menos, en un dia natural, la velocidad que lleva puede calcularse á ojo de buen cubero en unas 312 leguas por hora. La cuenta es clara: el diámetro medio de la tierra es de unas 2,500 leguas próximamente (contando á 6 kilómetros por legua): la relacion del drámetro á la circunferencia, en una esfera, es tambien próximamente de 1 á 3; la circunferencia de la tierra es pues de sobre 7,500 leguas. Esta es por consiguiente la distancia que en nuestro movimiento de rotacion recorremos en un dia, distancia que naturalmente va disminuyendo á medida que nos alejamos del ecuador hasta llegar á los polos, donde es nula; pero tambien es nula allí la poblacion, por manera que ningun ser viviente, á lo menos de nuestra especie, que es lo que nos importa, se sustrae á ese segundo *movimiento contínuo* que, como antes dije y voy probando, es, cada hora, de 7,500 dividido por 24,—esto es, de 312 leguas y media. Y ¿qué es esto, sea dicho de paso, comparado con la velocidad de la luz, que, segun la respetable autoridad de Arago, recorre unas 70,000 leguas *por segundo*? Estrella hay de esas que alumbran con pálida claridad nuestras noches, cuya luz, con toda esa rapidez de traslacion que he dicho, tarda tres mil años,—*¡y más!*—en llegar hasta nosotros... ¡Ave María purísima! es cuanto cabe exclamar aquí.

Pero basta ya de distancias formidables, cuyo cálculo tiene sin embargo la ventaja de familiarizarnos con la idea de nuestra pequeñez, que deberia hacernos ser muy modestos, y veamos qué consecuencias se desprenden de esos hechos. La primera que yo veo es esta: ¿puede haber cabeza, por bien organizada que

esté, capaz de mantenerse firme, en medio de ese perpétuo jaleo? Cuando la naturaleza entera parece lanzada, como una loca, en un desenfrenado carnaval de corridas y volteretas, ¿puede el hombre mantenerse cuerdo y no participar tambien un poco — ó un mucho — del delirio universal? Al cabo los cuerpos todos de nuestro sistema planetario se mueven, aunque mas aprisa de lo justo, con cierta regularidad dentro de las órbitas que les ha trazado la mano del Omnipotente; pero es el caso que á lo mejor se descuelga en nuestro firmamento uno de esos huéspedes extravagantes y pavorosos, llamados cometas, cuyas imprudentes evoluciones, á mas de dejarse muy atrás á las nuestras, son una perpétua amenaza para los planetas pacíficos. Si nos descuidamos un poco en noviembre de 1832, el cometa de Biela se nos encaja en la tierra, — ó mas bien la tierra se encaja en mitad de su desaforada *cola*, y Dios sabe qué hubiera sido de nosotros!

Segun el gran Laplace, nada bueno. — «El eje y el movimiento de rotacion de la tierra cambiados, dice en su inmortal *Mecánica celeste;* los mares abandonando su antigua posicion para precipitarse hácia el nuevo ecuador; una gran parte de los hombres y de los animales anegados en ese diluvio universal, ó destruidos por la violenta sacudida impresa al globo terráqueo; especies enteras anonadadas; todos los monumentos de la industria humana destruidos; tales son los desastres que produciria el choque de un cometa, si su masa fuese comparable á la de la tierra.»

Para tranquilidad del lector, diré que no lo es, ni con mucho, segun M. Babinet y otros sabios; pero lo cierto es, siento añadirlo, que Arago, el cual era mas sabio que ellos, no las tenia todas consigo; con que

así, por si van mal dadas, y por aquello de que *el diablo las carga*, no hay que dormirse en una confianza ciega, y en viendo asomar la *cola*, ó la *cabellera*, ó las *barbas* de algun cometa, no estará de mas ponerse bien con Dios. Mas prudente seria aun no aguardar á aquel momento sospechoso, por si luego no da tiempo, y estar siempre preparado á lo que, con cometa ó sin cometa, al cabo ha de venir.—¡Y esto sí que es seguro!

¡Y tan seguro! pocas verdades hay de mas fácil demostracion, hasta en el órden material. Para el mas insignificante viaje hacemos nuestros preparativos, y ¿no habiamos de *prepararnos con tiempo* para ese tránsito inevitable y final que se llama la muerte?

Yo bien sé que á *todo se hace el hombre*. Esta sentencia, como todas las *frases hechas*, alcanza mucha boga en el mundo, porque lo mismo que las demás, nos dispensa de discurrir. El hombre es aficionado, en general, á que otros piensen por él: de aquí la popularidad de los refranes, esos *Evangelios chicos*, de los cuales conozco algunos muy falsos, y algunos muy tontos. Pase empero como verdad esa frase acomodaticia de que á todo se hace el hombre, aunque muchas cosas hay á que nunca *se hace;* siempre convendremos, eso no obstante, en que no consigue ese resultado sin perder algo, salvo cuando se trata de que se haga á lo bueno, cosa fácil, y en que no se pierde, si no se gana. El hombre se hace á comer el *mínimum* de lo necesario para vivir, pero es á costa de quedarse flaco como una espina; se hace á que le muelan á palos periódicamente, por mañana y tarde, pero es á costa de perder el pellejo y la vergüenza; se hace á sobrellevar impávido los reveses de la fortuna, pero es á costa de perder toda ilusion, toda la frescura de su alma: —del propio modo se ha

hecho desde el orígen del mundo á ese perpétuo girar y correr como una devanadera, á que nace y vive condenado; pero ha sido, creo yo, á costa de perder... el juicio, en todo ó en parte.

Y no se diga que ese doble movimiento de traslacion y de rotacion que nos arrastra fatalmente, no produce efecto alguno apreciable sobre nuestro organismo, porque no lo sentimos, porque nos es comun con todo lo que nos rodea, - con el suelo en que apoyámos los piés, con la atmósfera que respiramos.—Sofisma y nada más. Tampoco sentimos la accion del tiempo que va pasando con nosotros, y sin embargo es tan real y tan eficaz, que á todos, sin excepcion, nos va minando el cuerpo mas ó menos lentamente, hasta acabar con todos, inclusos los mas robustos; del propio modo, la accion no sentida de aquel doble movimiento nos va á todos minando poco á poco el juicio, incluso á los mas cuerdos.

Claro está que, siendo astronómica y, por lo tanto, permanente la razon de esa insensatez universal que tantos otros han señalado antes y con mas autoridad que yo, pero sin atinar con su probable orígen que aquí indico, naturalmente en todos tiempos han debido los hombres estar algo tocados; y ¿quién duda que ha sido así? A la Historia me remito. Tan tocado estaba nuestro primer padre Adan que se perdió y nos perdió á todos por escuchar á su mujer. ¿Cabe insensatez mayor?

Demos un salto hasta el diluvio, y convengamos en que la humana locura debió andar casi tan aprisa como la tierra para llegar al extremo de que un Dios piadoso, pero justo, se viese obligado á atajarla en su desbordada carrera, anégandola en un mar universal.

Trasladémonos de otro salto á la cumbre del Sinaí y veamos bajar de ella á un anciano venerable, llevando en las manos un código en que el mismo Dios manda á los hombres... ¿qué? en suma, que *le amen* y *se amen entre sí*, pues á esto no más viene á reducirse toda la Ley de Dios; y esa ley tan santa y tan dulce, que todos deberiamos cumplir, aunque Dios no lo mandara, porque cualquier juicio sano conoce su excelencia, no es cumplida por nosotros, ni aun mandándolo Dios, ¿por qué?—En primer lugar, porque somos malos *á nativitate*, y en segundo, porque con tanta vuelta y revuelta, no es extraño que se nos vaya un poco la cabeza. La primera razon es segura, Dios lo ha dicho en varios pasajes del Génesis, en que se declara pesaroso y hasta arrepentido de haber creado tales hijos;—la segunda es solo probable, por cuanto no tiene, que yo sepa, mas autoridad que la mia. Poco es.

Andando los tiempos y agravándose el mal, quiso el mismo Dios, en su misericordia infinita, bajar del cielo á redimirnos, y nosotros ¿qué hicimos?—le crucificamos. Cuando digo *nosotros*, ya supondrá el pío lector que no lo digo por él ni por mí; pero no cantemos victoria. Si nos hubiésemos encontrado en Jerusalen, en aquellos dias juntamente infaustos y gloriosos, ¿quién sabe si hubiéramos sido de los que, llamados á optar entre el Justo y un bandido, gritaban desaforados: ¡Barrabás! Barrabás!

APRENSIONES Y MANÍAS.

Hasta aquí la Historia sagrada. No quiero engolfarme en la profana, porque ahora caigo en la cuenta de que esta miente mucho, tanto que algunos llaman al *mentir*, dedicarse al *género histórico*. La verdad es que con

buenos textos históricos en la mano se puede probar todo lo que se quiera. Prefiero, pues, acudir á otra fuente de filosofía, y la de nuestro gran caudal de refranes, aunque algo turbia, me ofrece aquí un texto excelente para corroborar mi tema:

> De poeta, de médico y de loco,
> Todos tenemos un poco.

La medida del segundo verso no es cosa mayor; pero el dístico entero proclama una verdad como un templo.

Lejos de mí la idea descabellada é impía de negar ni aun de discutir siquiera la responsabilidad humana, el libre albedrío. Aunque tocado yo tambien como cualquiera, ya lo he reconocido modestamente, no lo estoy bastante para eso. Nada de lo que llevo dicho se opone á que el hombre, ínterin no ha perdido *enteramente* el juicio, esté en completa libertad para optar entre el bien y el mal, y sea responsable de sus obras, palabras y pensamientos; pero esa pérdida *entera* de la razon que, bajo los nombres de locura y demencia, constituye una de las mas horribles miserias á que está sujeta nuestra triste humanidad, no es el achaque de que yo hablo: este es mucho menos sério, y gracias á Dios, infinitamente menos raro, tanto que aquel es una dolorosa excepcion, y este es la regla general.

Los médicos califican de *locura lúcida* cierto estado morboso, que ni es el de la enajenacion mental, ni el de la sana razon, estado cuyo tipo inmortal se encuentra en el héroe de Cervantes: de esa clase de locura es de la que creo yo que muy pocos se escapan, si se escapa alguno. Recuerdo que un erudito citaba un libro chino tan raro, tan raro... ¡que de puro raro nunca habia existido!... Del mismo modo, los mas ó menos

heridos de locura lúcida, los que yo llamo *tocados* son tan numerosos, tan numerosos, que de puro numerosos lo son todos. Alguna excepcion habrá, aunque no sea mas que para confirmar la regla; por mi parte, solo una excepcion reconozco de una manera absoluta, y es la de aquellos de quienes se dice con razon que viven santamente. Esos, de seguro no están locos; pero los que pasan en el mundo por mas cuerdos, los grandes sabios, los grandes genios, los grandes egoistas, los grandes majaderos que parecen, por diferentes motivos, estar más á cubierto de los estragos de la locura lúcida que el comun de los mártires, esos suelen ser los mas tocados. Algunos están de remate. Pitágoras creia oir el armonioso concierto con que se mueven las esferas celestiales: Sócrates creia tener un diablillo familiar: al Tasso fué preciso encerrarle en una jaula. Newton, el sublime Newton, se dió á comentar el Apocalipsis, y llegó á ponerse tal de cabeza, cual lo demuestra la siguiente anécdota. Tenia el gran matemático una gata muy querida, y una costumbre muy general entre los sabios, que era dejar siempre cerrada con llave la puerta de su despacho para que no entrasen las mujeres á *arreglarle* sus papeles: una gatera oportunamente practicada al pié de la puerta daba entrada y salida libres á la gata favorita. Parió esta cinco gatitos, cosa muy natural, y á los pocos dias, discurriendo el autor del binomio cómo se podria hacer para que los cinco animalitos entrasen tambien y saliesen libremente como la madre, estuvo un rato muy pensativo, y exclamando al fin *¡Eureka!* como Arquímedes, hizo llamar á un carpintero y le mandó abrir cinco gateritas junto á la de la madre!... Sospecho que la anécdota no ha de ser cierta; pero si no lo es, merece serlo.

Los egoístas se creen muy cuerdos, porque todo lo sacrifican al bienestar de sus antipáticas personas: á nadie aman, nadie los ama por consiguiente, y esperan ser felices. ¡Insensatos! de todas las locuras, esta es la mas repugnante. La mas envidiable es la de los majaderos, que son felices creyéndose muy hermosos, si son feos, muy jóvenes, si han cumplido ya los cincuenta, y sobre todo, muy discretos!... Los tocados mas curiosos de estudiar son los maniáticos, y entre estos, la clase privilegiada por su extravagancia mayúscula es la de los coleccionistas. ¡Hoy está muy en moda hacer coleccion de sellos de cartas que ya han servido!... Ridiculeces habia yo visto en las modas, pero como esta, pocas... y cuenta que la manía de coleccionar sellos inútiles ha llegado á ser una fiebre... de insensatez.

Los sabios suelen ser grandes maniáticos. Empiezo por declarar que profeso á la ciencia y á los que la cultivan, en todos sus ramos, una veneracion profunda: por lo mismo que estoy tan distante de poseerla, la miro con mas respeto, pues sabido es que la familiaridad suele engendrar desden, y la posesion es frecuente causa de hastío. Por eso los sacristanes pasan por tratar con demasiada llaneza á los santos.

Vaya una manía original de nuestros *sabios* bibliógrafos ó bibliomanos españoles. Uno tuvimos muy famoso hará siglo y medio, que se llamaba D. Nicolás Antonio, y fué autor de dos colosales bibliotecas hispanas, en latin, la *Vetus* y la *Nova*, comentadas y adicionadas por otro sabio bibliógrafo, el señor Perez Bayer,—libros utilísimos que es preciso consultar frecuentemente para conocer bien nuestra historia literaria, y que, *en efecto*, se consultan muy poco. Solo los consultan ya algunos

sabios, y aquí entra la manía que me recuerdan estos libros, y que no data de hoy por cierto. Habiendo sido de pública notoriedad aquel D. Nicolás Antonio un señor eclesiástico de muchas campanillas, arcediano ó magistral de no sé qué iglesia de Roma, casi un obispo, nuestros eruditos maniáticos han dado en la flor, cada vez que le citan, de llamarle *Nicolás* á secas. ¿Por qué? nunca he podido averiguarlo; pero mas de cien veces he leido en obras muy graves: « Dice Nicolás Antonio... segun la respetable opinion de Nicolás Antonio...» ¡Nicolás! es mucho cuento. ¿Qué pecado cometeria aquel pobre señor, tan laborioso y benemérito de las letras, para que le quitasen el don? En cambio, recuerdo haber conocido en Paris, siendo muy jóven, á un señor Arrieta, tambien algo sabio y algo maniático, gran apasionado de Cervantes, que publicó allí una edicion del *Quijote*, poniendo en la portada: Por *Don* Miguel de Cervantes y Saavedra. Esto es todavía peor: á fuerza de querer echarla de cortés y bien criado, el tal editor hizo una simpleza, perdóneme la ausencia. No tuvo presente que una misma distincion puede muy bien engrandecer á unos y achicar á otros.

EL POEMA.

Con el nombre genérico de *poema*, se designa en literatura toda obra de imaginacion, particularmente si está escrita en verso; pero cuando la palabra poema no va acompañada de algun calificativo que determine su índole particular, se entiende que hablamos de un poema épico, de una epopeya. La *Iliada* de Homero, la *Eneida* de Virgilio son la mas alta expresion de la epopeya, los poemas por excelencia; pero por lo demás,

tan poemas son como ellas, en rigor, un soneto de Petrarca ó una fábula de Iriarte.

El poema, pues, no es mas que una composicion en verso cualquiera, y aun alguna vez en prosa, como los *Mártires* de Chateaubriand; pero ya he dicho que solo se da este nombre aisladamente á aquellas obras poéticas de alguna extension que no pertenecen á ninguno de los géneros designados en literatura con otras calificaciones particulares, tales como poema dramático (drama), poema bucólico (égloga ó idilio), etc., etc. Los poemas propiamente tales se dividen en *épicos* ó *heróicos*, que son los que tratan de los hechos históricos ó fingidos de los reyes y de los grandes personajes de la antigüedad, reales ó supuestos; pero siempre, aun en el primer caso, esto es, aun tratándose de personajes reales y de hechos históricos, exornado su relato con algo de invencion y con todas las galas de la fantasía; en *caballerescos*, que son los que tratan de las aventuras, casi siempre imaginarias, de los paladines de la edad media; la *Jerusalen* del Tasso es el mas acabado modelo que poseemos en este género; en *fantásticos*, cuyo nombre indica que se limitan á las cosas de la fantasía, entremezcladas con algunas reminiscencias históricas, como se ve admirablemente en el *Orlando furioso* del Ariosto; y por último, en *burlescos*, calificativo que no necesita explicacion. La deliciosa *Gatomaquia* de nuestro licenciado Tomé de Burguillos, ó sea del gran Lope de Vega, es una joya en este género. De incomparablemente menos valor, pero no desnuda de mérito, aunque deslucida por una prolijidad excesiva y por incidentes algo sucios, es la *Mosquea* de Villaviciosa. La antigüedad no nos ha legado en este género mas muestra que la *Batrocomomaquia* atribuida á Ho-

mero. En él es riquísima la literatura italiana: la inglesa posee una muestra excelente del género en el *Huddibras* de Buttler, y la francesa compite casi con la italiana en este punto, y la sobrepuja en inmoralidad y poca limpieza. Nuestra España tiene la gloria de no haber incurrido nunca en tan feos deslices.

La *octava real* es el metro propio de la epopeya. La *silva*, el *romance* y, en general, cualesquiera otras combinaciones métricas pueden emplearse indistintamente en los demás géneros de poemas.

En punto á poemas, Portugal nos lleva la ventaja de poseer uno de primer órden en los *Lusiadas* de Camoens. Ninguno de los nuestros es de un mérito relevante: el mejor de todos, la *Araucana* de Ercilla, cuajada de bellísimas octavas, no es mas que una crónica en verso. Algunos poemas religiosos tenemos, mas notables como obras de piedad que como dechados de poesía: el mejor que he leido es un poemita titulado *Vita Christi*, impreso en Zamora por Centenera (1481), edicion rarísima, obra de un fraile llamado Iñigo Lopez de Mendoza, como el célebre marqués de Santillana; está escrito en coplas de arte menor, con una uncion y una sencillez encantadoras. Le encontré, por cierto en un códice precioso, entre los manuscritos procedentes de una antigua biblioteca de los duques del Infantado, que, traidos de Guadalajara, se encuentran en la Imperial de Paris. *El poema religioso* forma por sí solo un género de literatura bastante rico: el *Paraíso perdido* de Milton, y la *Mesiada* de Klopstock, son sus dos joyas de mas valía. Los curiosos encontrarán una lista, que creo completa, de todos los poemas españoles conocidos, en el *Tesoro* de los mismos, que publiqué en Paris hace años en la *Coleccion* Baudry.

EL DRAMA.

El drama ó poema dramático es una composicion esencialmente dialogada y de dimensiones no sujetas á regla fija, pero por lo general bastante mas reducidas que las de la epopeya. Los dramas de grande extension y que forman verdaderos libros, como nuestra *Celestina*, el *Fausto* de Goethe y el *Cromwell* de Victor Hugo, son verdaderas excepciones, y mas bien novelas dialogadas que dramas. La *Celestina* es una novela algo licenciosa, pero de útil enseñanza; el *Fausto* viene á ser una especie de poema fantástico, y el *Cromwell* no es mas que un estudio histórico excelente. Destinado á la representacion escénica, la extension del drama es arbitraria dentro de los razonables límites del tiempo que puede durar una representacion: pasar de tres ó cuatro horas seria demasiado. El drama se divide en actos, y la costumbre ha establecido que estos varien desde uno hasta cinco. ¿Por qué? porque tal es la costumbre, ya lo he dicho; no hay mas razon para ello.

El drama puede ser de tres clases: cómico, trágico y lírico. El primero, denominado comedia, es el género de amena literatura en que somos mas ricos los Españoles. Nuestro antiguo repertorio no tiene rival en el mundo, tanto por la calidad de las obras, como por el número de los autores, y aun en los tiempos modernos contamos muchos poetas dramáticos que la posteridad colocará ciertamente al nivel de los mas gloriosos. Moratin, Quintana, Martinez de la Rosa, el duque de Rivas, Ventura de la Vega, fulgentes lumbreras del arte que hemos visto apagarse en este siglo; Breton de los Herreros, Hartzenbusch, García Gutierrez, Rubí y

Eguilaz, entre los que hoy viven, compiten en mérito y algunos en fecundidad con Moreto, Rojas y Alarcon: á Lope hay que dejarle siempre fuera de cuenta, como á un verdadero mónstruo de la naturaleza, y *fénix de los ingenios*, segun le denominaron ya sus contemporáneos.

Siendo la vista el mas intransigente de los sentidos, y debiendo entrar por los ojos, tanto como por los oidos, la obra del poeta dramático, dicho se está que esta se encuentra sujeta por su propia índole á condiciones de un rigorismo excepcional. Muchas cosas que leidas nos parecen bien, ó por lo menos no nos chocan, serian intolerables en la escena; primera circunstancia que siempre debe tener presente el poeta dramático. El tiempo material de que este dispone para desarrollar su accion es tambien muy limitado; de aquí para él la necesidad de no perder, por decirlo así, ni un momento, y de ir siempre derecho á su fin: los *episodios*, recurso precioso y aun necesaria condicion del poema, le están vedados; por lo demás, las otras condiciones generales de unidad, interés, consecuencia en los caractéres, etc., son comunes á los dos géneros. En ambos el interés principal debe concentrarse en un solo suceso, y el héroe no debe ser demasiado perfecto por dos razones: primera, para que sea verosímil; segunda, para que interese. El gran defecto de Eneas es no tener ninguno. Lo mismo en la escena del teatro que en la del mundo, solo alcanzan partido con las gentes, como suele decirse, los que á vueltas de grandes cualidades, abrigan algunas flaquezas, siempre que no sean deshonrosas. Esta regla, como todas las reglas verdaderas, está fundada en la naturaleza: es una triste verdad que los caractéres excepcionalmente grandes por su virtud nos

son poco simpáticos, acaso porque se nos figura ver en ellos una viva sátira de nuestra propia pequeñez.

Las ceremonias religiosas de los antiguos pueblos dieron orígen al drama: este nació en las iglesias, entre los pueblos cristianos: por manera que en unos y otros aquel orígen fué sagrado. Los clérigos fueron los primeros actores en España como en Italia y Francia, y los divinos misterios dieron asuntos á las primeras escenas dramáticas de que conservan rastro las naciones latinas. En el dia y ya de algunos siglos á esta parte, la autoridad eclesiástica es poco favorable á los espectáculos escénicos. Cierto que la inmoralidad los ha tomado por instrumento con harta frecuencia; pero esto no es uso, sino abuso: ¿de cuál otro género literario no se ha abusado tambien? Para concluir, diré que donde realmente ha llegado á hacerse intolerable aquel abuso es en los teatrillos de Paris, donde el drama se ha convertido en un pretexto para exhibir desnudeces: eso ya no es literatura, sino prostitucion. Tambien en España, gracias á Dios, tenemos la dicha de estar todavía libres de esta peste.

LA NOVELA.

No hay ramo de la literatura de que se haya dicho mas mal que de este. La razon es sencilla: se han escrito en él tantas cosas malas, literaria y moralmente hablando, que hasta el solo nombre de novela ha llegado á ser objeto de terror para muchas familias honradas. Sin contar los desvarios y las torpezas que infestan los *libros de caballerías*, que no son mas que verdaderas novelas, el siglo pasado produjo tantas y tan nocivas á las buenas costumbres, que aquel terror

se explica naturalmente; y sin embargo, nada prueba contra ese género de literatura: en todos, lo mismo que en él, se pueden escribir cosas malas, pero se deben escribir cosas buenas. Suele decirse tambien que la novela es un género FÁCIL, y lo juzgo otra vulgaridad: no hay géneros fáciles ni difíciles en literatura; todos son lo uno ó lo otro indistintamente para el que tiene ó no tiene disposicion natural para ellos. El género de amena literatura, mas felizmente cultivado de medio siglo á esta parte, es cabalmente la novela, sin duda porque es tambien el que mejor se acomoda á las condiciones esenciales de nuestro moderno estado social. La antigüedad no la conocia: su novela y su historia juntamente era la epopeya.

El principal objeto de la novela es la pintura fiel de la vida íntima; sin afectos, sin descripciones, sin pormenores hábilmente sorprendidos, la novela pierde su carácter y se convierte en cuento. El primer novelista de los tiempos modernos me parece ser el autor de la COMEDIA HUMANA, el gran Balzac, porque es el que ha pintado con mayor verdad y riqueza de colorido los accidentes íntimos de la vida real: sus personajes viven y nos son tan familiares, como si los hubieramos tratado; sus descripciones, que algunos tachan de demasiado prolijas y que á mí nunca me lo parecen, no tienen precio. Los argumentos de sus obras no pueden ser mas sencillos: cualquiera de ellos cabe holgadamente en una cuartilla de papel. Los que hablan de la facilidad de escribir novelas, no solamente no han probado jamás á escribir ninguna, mas no se han parado tampoco á reflexionar sobre este hecho tan óbvio, á saber: que no debe ser cosa fácil mantener viva la curiosidad del lector durante uno ó mas volúmenes, y divertirle contán-

dole cosas cuya sustancia podria reducirse á un par de páginas, como ya he dicho que sucede en casi todas las novelas de Balzac. Si los sucesos referidos son muchos y variados como en el *Gil Blas* y en las novelas históricas de Walter Scott, ya aquí nos encontramos con toda la dificultad vencida de un poema de aventuras, sin el aliciente de la versificacion que hace pasar tantas cosas vulgares; por manera que en ningun caso es fácil escribir una novela, salvo cuando es muy insípida y carece de todo valor literario.

En este caso están, siento decirlo, las mas de nuestras novelas españolas, antiguas y modernas; en cambio tenemos la gloria de haber producido la mejor conocida, que es el *Quijote*. Los que anatematizan el género novela no saben acaso que lo es aquel libro inmortal.

Inglaterra cuenta hoy algunos excelentes novelistas, á cuyo frente están Thakeray, Bulwer y Cárlos Dickens. Entre los novelistas franceses que hoy viven, descuella el gran Alejandro Dumas, como Diana en medio de sus ninfas. Su hijo rayaria muy alto si nó desluciese sus obras no sé qué tinte de mala sociedad (*demi-monde*) que hace de ellas la antítesis de las de nuestro Fernan Caballero, de las cuales puede decirse, no ya aquello de que *la mère ne permettra la lecture à sa fille*, sino que les recomendará su lectura, como un útil y honesto pasatiempo. Algo de esto puede decirse de Jorge Sand, que empezó como Dumas hijo, y va concluyendo por ser tan moral como el que más: testigo su precioso *Marquis de Villemer*. Octavio Feuillet y Julio Sandeau son en el dia el verdadero honor de la novela francesa.

EL SONETO.

Así como la novela pasa por *fácil*, el soneto pasa por *difícil*, opinion tan poco razonada como la otra: tanto valdria decir que es mas difícil producir peras que manzanas: lo será para un manzano, mas no para un peral. Lo único que hay de cierto es que el número de los sonetos perfectos es muy corto; pero no hay para qué añadir que lo propio sucede con todas las demás clases de composiciones. Tambien es verdad que los defectos resaltan mas en el soneto, á causa de su forma reducida, concreta y elegante como la de una copa florentina: el menor lunar le desluce. No recuerdo ningun soneto perfecto en castellano: probablemente tampoco lo habrá en ninguna otra lengua, porque la perfeccion no es de este mundo; pero tenemos algunos que se acercan mucho á ella. Tal es el famoso de Argensola que empieza:

Imágen espantosa de la muerte,

en el que los retóricos encuentran vicioso el segundo verso; tal el otro de Góngora, tan conocido, que empieza:

Llevó tras sí los pámpanos octubre...

Hay un soneto al *Sol*, produccion no muy conocida, de un poeta mediano, D. Dionisio Solís, que termina con dos tercetos de lo mas hermoso que puede verse. Dicen así:

Sigue ¡oh sol! esa espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente
Al asomar por las etéreas cumbres,

Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde Oriente á Ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres!

Los mas bellos sonetos conocidos son los del Petrarca. Un moderno poeta francés, M. Augusto Barbier, el célebre autor de los *Yambos*, ha escrito algunos que me parecen admirables: el titulado *Rafael* es una verdadera joya. Entre los nuestros modernos creo que merecen la preferencia los de D. Alberto Lista. Uno hay bellísimo á *una Fuente*, del difunto Floran, que encontrará el lector en el artículo *Necrópolis*, pág. 270. En el género burlesco tenemos algunos de mucho mérito: el de Quevedo á *Un narigudo*, que empieza:

Érase un hombre á una nariz pegado

es acaso el mejor de ellos; pero tiene el defecto de que el primer verso lo dice todo; los siguientes no hacen mas que atenuar la portentosa hipérbole del citado verso.

El soneto es el género de composicion que mas convida á vencer la dificultad de los *piés forzados*: pasatiempo pueril sin duda, pero en el que algunos de nuestros poetas han hecho primores. Véase aquí uno improvisado á mi vista y en mi propia casa, por Ventura de la Vega: considérense los piés forzados y el asunto que le dimos, conociendo sus ya probadas fuerzas, y dígase si es posible vencer con mas ingenio dificultades casi invencibles:

A LEONIDAS.

Jerjes dijo á su auriga: Pára, *chucho*;
Y descendiendo del ebúrneo *coche*
Vió á los Persas matando a *trochemoche*,
Hacer con los trescientos un *gazpacho*.

Vió á Leonidas y dijo: Ese *borracho*
No vió que su valor se iba á hacer *mocha*,
Que iba á sufrir un bárbaro *desmoche*...
Vamos, calaveradas de *muchacho*.

¡Leonidas infeliz! hambriento *chucho*
Devoró luego su sangrienta *chicha*,
Y en este siglo mercantil, *machucho*,

Solo se ve su busto en una *ficha*,
Con su retrato se hace un *cucurucho*,
O se envuelve una libra de *salchicha*.

Otros no menos ingeniosos podria citar de Breton de los Herreros, de Escosura, del duque de Rivas y de nuestros principales poetas contemporáneos, pero ¿á qué fin? Harto sabido es que para las cosas inútiles y tambien para algunas útiles, justo es decirlo, somos extremados los Españoles.

EL ROMANCE.

Romance es el nombre que se da en general á las lenguas que se fueron formando derivadas del latin corrompido, despues de la invasion de los bárbaros del Norte en las diferentes provincias del imperio romano: de aquí su nombre de lenguas romanas con que igualmente se las designa. Romance es, pues, el habla castellana, el lenguaje usual y corriente

En el cual suele el pueblo fablar á su vecino,

segun la conocida expresion de nuestro arcipreste de Hita.

Hoy se da mas comunmente el nombre de *romance* á un género de composicion poética de índole popular,

en el cual poseemos los Españoles admirables riquezas literarias. El romance es de varias maneras, y comporta todas las medidas de versos; admite igualmente todos los tonos de la poesía, y únicamente excluye la rima ó consonante: de aquí el carácter esencialmente popular que se le atribuye y que le he dado mas arriba, por cuanto la falta del consonante supone cierta ausencia de estudio literario propia de las composiciones populares. No hay para qué decir que esta regla no es de una verdad absoluta; composiciones desnudas de toda rima pueden ser muy literarias, y cabalmente el llamado *verso blanco* pasa por uno de los mas difíciles. La razon es sencilla: cuanto menos recursos tiene el poeta á mano para halagar el oido con artificios eufónicos, más necesita suplirlos con la riqueza de los pensamientos y la armonía y el vigor de la entonacion.

La medida mas comun del romance vulgar es la de ocho silabas (romance octosílabo) alternando la rima asonante al fin de todos los versos pares. Esta disposicion indica su orígen, que no es otro, al decir de los conocedores de la lengua y literatura árabes, que el de haberse dividido en dos los versos de diez y seis sílabas, imitados de los monorimos de la misma medida que se usaban en aquella lengua: de ello nos presentan numerosos ejemplos nuestras antiguas poesías, tales como el poema del *Cid*, el de *Alejandro*, y las del ya citado arcipreste de Hita. El romance heróico es, como indica su nombre, el que trata de asuntos levantados, pero con la circunstancia de que los versos han de ser endecasílabos: es el que generalmente se emplea en la tragedia. Son modelos del género los de la *Raquel* de Huerta, el *Pelayo* de Quintana, y el *Oscar* de D. Juan Nicasio Gallego.

—Desengáñese V., me decia dias pasados uno de ellos, dos y dos son cuatro y siempre serán cuatro!

¡*Desengáñese V.!*... por ventura ¿he caido yo jamás, ni nadie que tenga dos dedos de frente, en el engaño de creer que son ocho ó veinte y cinco? Esa sentencia tan manoseada, emitida siempre con cierto aire doctoral, sobre todo cuando se aplica á alguna de aquellas verdades inconcusas que nadie en el mundo ha desconocido jamás, es hermana de esta otra: *Digan lo que quieran*... que tambien suele preceder, dándola por supuesta, á una oposicion ó contradiccion imposible á verdades patentes—bien llamadas por eso verdades de Perogrullo.

Fulano goza mala salud, es expresion que oimos á cada paso y que rara vez deja de llevar el sello del magisterio:—los que la pronuncian tienen la satisfaccion íntima de figurarse que emplean un giro muy elegante. ¡Ilusion!

El órden continúa inalterable, es otra de las expresiones que me han disonado siempre. Bien sé que se emplea en un sentido metafórico, para significar que el órden está tan consolidado que no parece posible que pueda llegar á alterarse, y sé tambien que todos los que mandan se forjan naturalmente la misma cándida ilusion de creerse eternos en el mando, por la persuasion íntima en que viven de que todo el mundo debe participar del entusiasmo con que á sí propios se miran. ¡Otra ilusion! Francamente, despues de tantos desengaños como todos han sufrido, ¿es ya lícito á ninguno por ventura abrigar tan pueriles ideas? ¿Creer en la inalterabilidad del órden?... Recuerdo que siendo yo jefe político de una provincia, recien concluida la última guerra civil, y cuando por mil motivos el órden se al-

teraba en todas ellas á cada triqui-traque, era costumbre enviar al gobierno todos los correos lo que se llamaba un parte de tranquilidad, concebido invariablemente en uno de estos dos términos: —«*Ayer se alteró el órden en esta capital*, por esto ó por lo otro...» ó bien, cuando nada ocurria de particular: —«El órden continúa inalterable.» Yo varié la segunda fórmula, con gran sorpresa de mis oficinas, sustituyéndola con esta otra.—«El órden continúa inalterado.» De este modo los partes que yo daba eran siempre verdad, por cuya razon sin duda mi fórmula no ha hecho fortuna. La mentira tiene para los hombres un atractivo inefable.

Todos los tratados de paz y alianza entre las diferentes naciones empiezan con este artículo, despues de las consabidas fórmulas cancillerescas: «Habrá paz y alianza *perpétuas* entre el país tal y el país cual, etc.» ¡Perpétuas! seis meses despues suelen andar á cañonazos los súbditos de ambos países, á despecho de la perpetuidad prometida.

Los que para significar que esperan obtener una cosa, dicen rebuscadamente que *se lisonjean con la esperanza* de obtenerla, están muy lejos de sospechar que dicen lo contrario de lo que se proponen decir. Lisonjearse con una esperanza vale tanto como soñar con ella.

Como estas, circulan por el lenguaje comun una porcion de locuciones viciosas, en el fondo, aunque muy correctas en la forma. A mi juicio estas son las peores. Cuando la gente del pueblo bajo dice *hespital* por hospital, *probe* en vez de pobre, *misté* por mire V., el error salta á los ojos desde luego, y la falta de educacion es su disculpa muy suficiente. Esos errores además en nada hieren al buen criterio, pues siendo los nombres

de las cosas puramente convencionales, no hay gran mal en que el adverbio *despacio*, por ejemplo, se pronuncie *aspacio*, como suelen algunos, ni en que se diga *catredal* en vez de catedral, ó *estauta* en vez de estátua. Aquí no hay mas que lesion de un vocablo; en las que yo llamo verdaderamente locuciones viciosas hay lesion del discurso, y ofensa del sentido natural.

Muchas de ellas, las más, están ya tan sancionadas por el uso, tirano de las lenguas, que en realidad no hay derecho para criticarlas. Los que dicen que fulanito es *un escupitajo de su padre*, para encarecer lo mucho que se le parece, dicen á mi juicio una necedad y una porquería; una porquería, porque... no necesito demostrarlo; una necedad, porque si un escupitajo no se parece en maldita de Dios la cosa al padre que lo expele, tampoco se le parecerá poco ni mucho el desgraciado hijo que se parezca á aquel. Sin embargo, los que quieran emplear tan elegante frase, pueden invocar en su abono, no solo el uso de España, sino el de Francia, donde tambien se dice: *C'est son père tout craché*. ¡Qué asco!

Si esta expresion, lo mismo en francés que en castellano, ofende al buen gusto, otras hay en abierta rebeldía con las mas vulgares reglas de la sintaxis. Tales son: «Eso se descubre *á ojos vistas*.» — «Saltó el arroyo *á piés juntillas*.» — «Quien ahí te puso, *ahí te estés*.» Esta última vale un Potosí. Parece descubierta por el famoso poeta vizcaino que hubo de componer la siguiente copla:

¡Cantas, perdiz desdichado!
Viene cazador y prendes.
¡Ay, pobrecitos perdiz!
Mas te valiera estar duermes.

Casi siempre las que he llamado locuciones verdaderamente viciosas,—viciosas por excelencia,—proceden menos de falta de instruccion que de un vicio del entendimiento: no son tanto faltas de gramática como de discurso. Cabalmente las personas mas instruidas suelen ser las que peor manejan la lengua: el lenguaje del pueblo, en medio de sus incorrecciones, es en todos los países el mas castizo, el mas expresivo y elocuente. Deleita y asombra oir á veces en los diálogos de nuestras plazuelas y del tendido de la plaza de toros frases que aciertan sin el menor estudio á encerrar el pensamiento en sus formas las mas lacónicas, y las mas vigorosas y claras al mismo tiempo; esto es, creo yo, todo el secreto del buen lenguaje,—mejor diria, del mejor lenguaje. Hablar como quiere la grámatica es bueno; hablar como quiere el sentimiento es mejor. De una cabeza bien organizada, aunque poco instruida, podrán salir palabras incorrectas, pero siempre saldrán frases bien formadas: las frases mal hechas son siempre indicio de un entendimiento ó perezoso ó torcido. Por de pronto, casi todas las muletillas prodigadas en el discurso prueban que hay algo de distraido, torpe y de tardío en el entendimiento de la persona que las usa: á la manera que los sentidos de la vista y del oido están sujetos á la miopia y á la sordera, el entendimiento lo está á dolencias análogas que se revelan por el mas ó menos tiempo que emplean las ideas en llegar hasta él. Ese tiempo suele llenarse con muletillas parásitas, como estas:—Yo le diré á V.;—pues señor;—tiene V. DE que;—luego despues;—como íbamos diciendo;—¡vaya, vaya, vaya!...—(y asi indefinidamente, pues no hay razon para concluir, como no la hubo para empezar). Todas estas frases de

pacotilla y de relleno son otras tantas locuciones viciosas, — aunque no sea mas que porque son inútiles.

La insistencia exagerada en verdades patentes á que algunos se abandonan con cierta especie de fruicion es una de las mas fecundas fuentes de locuciones viciosas. No basta á esos algunos decir como apunté al principio: — *Digan lo que quieran, ó por mas que digan*, dos y dos siempre serán cuatro; sino que todavía es preciso añadir con la mas profunda intencion: — A lo menos yo pienso así: — esta es mi opinion; — será un disparate, pero ¿qué quiere V.? yo soy así, — tengo mis ideas, — extravagantes si se quiere, — no me opongo, — pero son mis ideas, — y nadie me apea de ellas. Otros dirán que dos y dos son seis; — yo no; yo digo que son cuatro: déjeme V. morir en mi error: — soy impenitente. — Esto me enseñaron mis padres, y yo firme que firme, etc., etc.

Si estas no son locuciones viciosas, venga Dios y véalo.

De paso advertiré que esta es otra locucion viciosa y de las más, porque enciera un voto absurdo y poco menos que impío. Pretender que Dios baje del cielo para venir á enterarse de una cuestion tan insignificante como esta y fallar en ella, es por lo menos una solemne tontería. Vale tanto como no decir nada. Y á propósito, supuesto que dos negaciones equivalen á una afirmacion, *no* decir *nada* deberia significar decir algo, sin embargo, el uso quiere que signifique lo contrario. Tambien este me parece un uso algo vicioso.

Nada mas arbitrario á primera vista que la formacion de las frases en todas las lenguas; y sin embargo, si bien se mira, todas esas formaciones tienen una razon de ser: esa razon constituye la filosofía de las len-

guas. Pongamos un ejemplo: los españoles *damos* un paseo, — los franceses le *hacen*, — los ingleses le *toman*. — ¿Quién no ve en estos diferentes modos de decir los diferentes caractéres de las tres naciones? — El español, siempre rumboso, todo lo *da* generosamente... ¡hasta un paseo! El francés, siempre activo y bulle-bulle, no vive si no *hace* algo, y así se le ve *hacer* el amor, la guerra, la política y los paseos; — el inglés, eminentemente *tomista*, como diria Quevedo, siempre está dispuesto á tomar, y aun cuando sale á estirar las piernas, *toma* su paseo para no perder la costumbre. — Del mismo modo un español *echa* sus cuentas (¡siempre la misma largueza!) y un francés las hace. Esto prueba la temeridad de los que juzgan cosa de poco momento improvisar locuciones que sin duda les parecen muy bonitas y que no son sino esencialmente viciosas, por cuanto no se ajustan al carácter de la nacion y á la filosofía de su lenguaje, pues nada menos que estas condiciones necesita una locucion para ser buena. Recuerdo haber oido hablar de un caballero oficial, muy redicho, muy penetrado de lo importante que es en este mundo el explicarse con términos propios, levantados y originales, el cual acostumbraba saludar á las damas con la siguiente frase, acompañada de una profunda cortesía: — Me recopilo agreste y benévolo ante las aras de tan populoso edificio!...

Aquí el disparate está patente, tanto que sin gran malicia puede sospecharse que ésta historia del caballero oficial es cuento inventado por algun chusco para presentar un ejemplo insigne de locucion viciosa, por las ideas, mas que por el régimen. Ya he dicho que para mí estas son las peores. Muchas veces resultan las ideas trastrocadas por tomar inhábilmente de otras len-

guas algunos vocablos comunes y muy parecidos en ambas por el sonido, pero muy diferentes por el significado. En este caso está, como ya dije antes, el participio *desapercibido* de que tanto abuso se hace hoy en España: se le da la significacion francesa de *no visto*, cuando entre nosotros solo tiene la de *desprevenido*. Esta sarta de locuciones viciosas es peculiar de la gente instruida, pero poco y mal: en boca del pueblo no se oyen nunca.

Largo seria recordar todas las locuciones viciosas que resultan del abuso de la hipérbole, tan comun en nuestro país. Nuestros generales *invencibles* ¿no estarian mejor calificados con el epíteto de *invictos*, si realmente no han sido vencidos nunca? El que no lo ha sido hasta hoy, puede serlo mañana. Pase la *incomparable* hermosura de algunas damas, aunque es mucho decir, pero *morirse* varias veces en un dia, ya de gusto, ya de pena, es vicio manifiesto. ¿No basta morir una vez?... Algunos creen que sobra, pero yo no soy de ellos. La vida sin la muerte ¡qué broma tan pesada!

Ya he dicho que no es tanto el vicio de la forma como el del fondo de las ideas lo que me propongo aquí notar en algunas locuciones muy corrientes, vicio en que por lo mismo casi nadie repara, pero que no por eso es menos patente. Yo le veo á lo menos, por ejemplo, y muy marcado, en esas especies de prólogos con que muchos hacen preceder el relato de las cosas mas sencillas, preparaciones parásitas y por lo comun particularmente enojosas. Casi siempre tienen por objeto el propio elogio mas ó menos disimulado,—á veces descaradísimo. Verbi-gracia; refiere alguno que acertó en alguna cosa, de esas en que el acierto es siempre necesariamente casual, porque dependen de una voluntad

superior á la nuestra, como es vaticinar que lloveria tal dia y á cual hora, —y de seguro no lo hará sin que precedan á su relato estas ó semejantes muletillas: — ¡Cuidado que soy original! — ¡Precisamente soy brujo! — ¡Vamos, no hay otro como yo! — Y no siempre pára aquí el elogio; como el asunto es agradable para el orador, aunque rara vez lo sea para sus oyentes, se explaya en él con fruicion morosa, haciendo á veces episodio de la accion principal y convirtiendo en accion principal... el propio panegírico.

Las frecuentes exclamaciones, rara vez oportunas, con que muchos sazonan el discurso, deben contarse en el número de las locuciones viciosas. — *¡Hombre, usted está dejado de la mano de Dios!* exclaman al menor motivo y aun sin motivo. — *¡Qué diablura! el demonio es este amigo!* — Uno tengo yo que á cada momento corta la palabra á su interlocutor, cuando cuenta que ha hecho cualquier cosa, por mas sencilla que sea, para decirle maquinalmente (yo creo que lo dice distraido): — *¡Es V. el mismísimo Biznaga!*

— ¿Quién fué Biznaga? Nunca he podido averiguarlo, ni mi amigo tampoco. ¡Palabras ociosas!

Dejo á un lado las redundancias exageradas en que tanto se complacen algunos: — *No es absolutamente imposible* que hoy vaya al teatro, ó á paseo, etc., — en vez de decir: *Es posible que vaya*, ó *acaso iré* al teatro, etc. Cuando en materia tan frívola no se ha tomado todavía una resolucion, parece pecado mortal invertir tantas palabras en tratar de ella. Por regla general, todo conjunto de palabras inútiles constituye una locucion viciosa. Solo he señalado aquí un cortísimo número de las mas corrientes en el lenguaje comun, y como no confio en la utilidad de estas observaciones, temo

mucho haber incurrido, al hacerlas, en el vicio mismo que estoy censurando. Si así fuere, el lector me lo perdonará en gracia de la buena intencion.

LOS DESAFÍOS.

Los que defienden esta brutal institucion, reliquia evidente de los tiempos bárbaros, se fundan en que es necesaria para que los hombres se respeten mútuamente en sociedad. Convienen en que es una desgracia que así sea, pero insisten en que es una desgracia *necesaria*. — Sin el correctivo de los desafíos, dicen, la insolencia de los fuertes llegaria á hacerse insoportable á los débiles.

No es posible discurrir peor. Caba'mente sucede y no puede menos de suceder todo lo contrario: la institucion del Desafío, á mas de aumentar *de hecho* la grosería y la violencia de los fuertes, las aumenta *de derecho*, por efecto de esa servil y odiosa admiracion que generalmente nos inspira la fuerza unida á la fortuna, por manera que el que vence en un desafío, ese nos parece que tiene siempre razon.

La prueba del desafío se llamaba en la edad media el *juicio de Dios*: hoy pudiera llamarse el juicio de la sociedad, siempre propensa á favorecer al que sale bien de ella. ¿Quién negará que aun queda mucho de aquella bárbara preocupacion? Ni puede ser de otro modo.

El desafío, lejos de impedir ó coartar el ejercicio de la violencia y la grosería, lo sanciona y legitima en cierta manera. Esto es evidente: la experiencia y el discurso lo acreditan de consuno. Así sucede, y *no puede menos* de suceder así. La sociedad no se interesa

ni puede interesarse por el insultado, porque dice: — ¡Le queda el recurso del desafío!...

Si el insultado no apela á ese recurso supremo, es un *cobarde*, y no merece que nadie se interese por él, al paso que el insultador, con solo que esté dispuesto á añadir al insulto el homicidio, — esto es, á batirse en desafío, — es un *caballero*, es un valiente. ¿Cómo negarle nuestro aprecio?

¿Cómo no respetar al hombre que está siempre dispuesto á matar á otro despues de haberle insultado? No hay mayor nobleza ni mayor virtud á los ojos de la sociedad; por lo menos, todas las demás se estiman en poco, si no van acompañadas de esa. El que detesta el homicidio eventual, es un cobarde. Tal es la lógica del mundo: así, próximamente, discurre en todo.

El *homicidio*, he dicho, pero he dicho mal: debí decír, el homicidio ó el *asesinato*. Verdaderos asesinatos son los más de los desafíos, dado que el manejo de las armas es un arte, y que no todos los hombres poseen igualmente sus principios y su práctica. Cuando un espadachin se bate con uno que no lo es, y le mata como es consiguiente, no debemos decir que le vence, sino que le asesina. Lo mas prudente es no decir nada y, si llega el caso, aplaudir. ¡Son tan puntillosos los caballeros asesinos!

Por la misma razon hay tambien desafíos que vienen á ser verdaderos *suicidios*: tales los considera aun la legislacion bávara. Del que arrastrado por un falso pundonor va á jugar su vida con evidente desventaja, no debemos decir que ha muerto en desafío, sino que se ha suicidado. Es un modo de matarse ó hacerse matar, como otro cualquiera.

EL HONOR.

La institucion del desafío fundada en una falsa idea del *Honor*, no debe buscarse, creo yo, en la necesidad de que los hombres se respeten mútuamente, sino en nuestros naturales instintos de violencia, y en esa especie de vil respeto que nos inspira la fuerza. Entre los Chinos no existe la nocion del desafío, y su cortesía y respeto mútuos en sociedad son admirables, dice don Sinibaldo de Mas, en su excelente libro titulado *la China y las potencias cristianas*. Lo mismo en la Persia. Y ¿por qué sucede eso? Porque allí, *como no existe el desafío*, cuando ocurre un insulto, todos se interesan naturalmente por el insultado y vituperan al insultador, quedando este deshonrado y el otro no. La moral, el buen sentido y la costumbre están aquí completamente de acuerdo. Entre nosotros sucede todo lo contrario. Es gran deshonor *recibir un insulto* y no batirse, *hacerle* y batirse luego, es gran caballerosidad.

Así discurrimos casi todos, y sin embargo esto no nos impide llamarnos y acaso creernos buenos cristianos. *Acaso* digo, porque á veces se me figura imposible tamaño dislate.

Tambien se dice que el desafío es necesario y *bueno* como medio único de castigar ciertos delitos á que no alcanza la ley, ó lo que es lo mismo, porque hay ofensas de tan delicada índole que la ley no puede vengarlas, —ofensas impalpables hechas al *honor*, como por ejemplo, una palabra de doble sentido, una mirada insolente ó, menos que eso, *no mirar* á uno. Cierto, pero para eso está y deberia estar la opinion pública. De otra suerte, el remedio es peor que la enfermedad.

Por desgracia, la opinion pública, lejos de intervenir de una manera saludable en la solucion racional del árduo problema del honor, le embrolla hasta tal punto, que casi siempre declara *un cumplido caballero* al que, juzgado por todas las leyes divinas y por muchas de las humanas, resultaria ser un cumplido tunante. ¿Cuántos de estos se pasean por las calles de Madrid,—pongo por ejemplo,— muy persuadidos de que son hombres de honor, solo porque están prontos á matar al que ose ponerlo en duda?

Yo creo que esta rara aberracion nuestra, como tantas otras, nace de que nos formamos ideas equivocadas de casi todas las cosas, atropellando en nuestros juicios aun las nociones mas elementales del buen sentido. Así, en el caso presente, el alto concepto que todavía conserva en el mundo la barbaridad del desafío, proviene de que desconocemos completamente la esencia del verdadero *honor*, inseparable en todo caso del sentimiento moral. Proviene tambien de que reducimos á su mas mezquina y triste expresion la idea del *valor*, el cual apreciamos á la manera de los muchachos, que miran con gran respeto al que *puede* á los otros. Por regla general, no consideramos esa noble calidad del espíritu mas que en una de sus aplicaciones menos elevadas,—esto es, en su grosera aplicacion á la *lucha corporal* con otro indivíduo de nuestra especie. Fuera de esa aplicacion, ya en la guerra, ya en desafío formal, ya en una riña, no parece sino que el valor es letra muerta para nosotros. Acudir en auxilio de un desvalido, lanzarse á audaces tentativas útiles, luchar contra la naturaleza rebelde; por último, sobreponerse á las preocupaciones tiránicas de la sociedad, que es lo mas meritorio y á veces lo mas heróico, no es demos-

trar valor. Matar á un pobre diablo en desafío, eso es ser valiente, eso es ser caballero y *hombre de honor.*

LA BELLEZA.

La verdadera nocion de la *Belleza* me parece generalmente poco menos desconocida que la del honor. Para la mayor parte de las gentes, lo bello es *lo que les gusta;* y como es muy comun en este mundo tener mal gusto, resulta que lo bello para muchos es sumamente feo. Yo creo que la idea de la belleza debe variar segun los países y segun las razas. Naturalmente la Vénus de los negros debe ser negra, y tener la nariz muy aplastada: el Apolo de los Chinos deberá parecerse poco al de los Griegos. Aun limitándonos á nuestra Europa, es seguro que no todos los pueblos de que se compone tienen una misma idea de la Belleza. En algunos de los que he visitado, y en el mio muy particularmente, he oido muchas veces calificar de *hermosos*, objetos y aun individuos que, en mi concepto y en el de otros que valen mas que yo, distan mucho de serlo. ¿De parte de quién está la razon?

Una de las cosas que en mi sentir ofuscan mas la idea de la Belleza en su aplicacion á las formas del cuerpo humano, que parece la mas interesante, es la influencia nefasta de esa tirana del mundo,—*la moda.* Nada es mas comun en la sociedad que encontrar personas para quienes solo es bello *lo que se estila:* poco mas, poco menos, todos participamos algo de esta flaqueza. El último figurin es el Apolo ó la Vénus de nuestra sociedad moderna: los del año 1820, que hoy nos parecen tan ridículos, representaban igualmente sin duda la belleza suma á los ojos de sus contemporá-

neos. ¿Deduciremos de aquí que la belleza humana es cosa esencialmente variable y de ningun modo sujeta á reglas fijas? Nada menos que eso. La *estética* es una ciencia, y los principios de las ciencias no varian. Antes de que el aleman Baumgarten diese este nombre á la que trata de *lo bello* y de los sentimientos que despierta nuestra alma, lo bello existia, existian esos sentimientos que su contemplacion inspira en las organizaciones *capaces de sentirlo*.

En esto último está el item de la dificultad. La Belleza, como la fé, solo están al alcance de los elegidos. Su sentimiento supone una especie de *gracia*.

Definir bien la Belleza me parece cosa imposible: los mas grandes filósofos antiguos y modernos lo han intentado vanamente. Sus mas célebres definiciones son ú oscuras ó notoriamente falsas. Platon la llama un *reflejo del idealismo*, — el *resplandor de la verdad*, lo cual no se entiende (yo á lo menos no lo entiendo), y viene á concluir que es como una reminiscencia de la belleza suprema contemplada por el alma en una vida anterior. Esto es muy poético, pero me temo mucho que ha de ser mas que dudoso. Aristóteles la ve *en el órden y la armonía de las partes;* Leibnitz y el referido Baumgarten, en la *perfeccion*, ó lo que es lo mismo, en ninguna parte; pues sabido es que por desgracia, la perfeccion no es de este mundo. Además, lo que á unos parece *excelente* (que eso sin duda quiere significar *perfecto* en la mente de aquellos filósofos), á otros les parece muy malo, de modo que viene á sustituirse una dificultad ó una oscuridad con otra. Tanto valdria decir que la Belleza es la Belleza. Otros, en fin, la ven en *la unidad unida á la variedad*.

« Per troppo variar natura e bella ! »

dice el Ariosto; pero no consiste todo en *variar:* es preciso que las variaciones no vayan de mal á peor, y de estas hay muchas en la naturaleza, sea dicho de paso.

En la cabal *aptitud* de las cosas para llenar su objeto y hasta en la *utilidad*, han visto algunos la Belleza, opinion que creo de todo punto insostenible. El ilustre filósofo moderno Jouffroy la hace consistir en la *expresion*, en la manifestacion de lo invisible por medio de lo visible, ó sea de los sentimientos del alma por medio de las formas exteriores.

Todo esto me parece muy vago, muy metafísico. En vez de empeñarse en el vano afan de definir la Belleza por el método positivo, que no logra darnos de ella la menor idea, los filósofos deberian mas bien dárnosla á conocer por un método negativo, enseñándonos cuáles son las cualidades que *necesariamente* la excluyen de cualquier objeto, cosa ó persona. La *armonía* y *proporcion* de las partes son sin duda necesarias á la Belleza, pero no la constituyen por sí solas: dígase pues que sin esa armonía y proporcion no hay belleza posible; y ya aquí tenemos una regla fija, aunque incompleta. La *sencillez* es otra condicion de toda belleza, pero no todo lo que es sencillo, es bello: un cuadrado, un punto, no lo son; pero con sentar por principio que, donde no hay sencillez no hay belleza posible, ya tenemos otra regla segura, en virtud de la cual queda excluido de la categoría de lo bello todo objeto en que aparezca una complicacion inútil; — inútil para el fin á que se destina, — claro está, — pues la sencillez, como la utilidad, son ideas esencialmente relativas. De este modo puede irse estrechando indefinidamente el círculo de las exclusiones ó si se quiere de las afirmaciones, para venir á parar á una idea bastante aproxi-

mada de la Belleza verdadera. Reducirla á fórmula, me parece imposible.

Es muy comun en sociedad confundir lo bello con lo bonito : son sin embargo dos ideas muy distintas, tan distintas como la de lo grande y lo grandioso, que tambien suelen confundirse. Para que haya grandiosidad es indispensable que haya belleza: un objeto muy bonito puede no ser bello. Las vírgenes de Rafael, las estátuas de Miguel Angel, que son muy bellas, no tienen nada de bonitas.

Estas son cosas que se sienten mejor que se explican, —es decir, son cuestiones de buen sentido. Por eso mismo están todavía rodeadas de tanta oscuridad: el buen sentido, que los franceses llaman comun, es una de las cosas menos comunes que hay en el mundo.

Por regla general, —regla que podrá fallar á lo mas de cada cien casos en uno, —lo bello es lo contrario de lo que se estila. *Belleza y moda* son dos ideas inconciliables, que se excluyen radicalmente, como paz y guerra, luz y sombra. La primera significa fijeza; la segunda variedad. Para que esta fuese bella, seria preciso que se fijase, es decir, que *dejase de ser*. Los objetos de moda pueden alguna vez en rigor ser bonitos, pero solo mientras dura la moda; pasada esta, son necesariamente ridículos para todos, sin perjuicio de haberlo sido tambien antes, en la mayor parte de los casos, para toda persona de buen sentido.

Axioma: —La *moda* es el gusto de los que no le tienen.

EL CRÉDITO.

El crédito pudiera definirse así: —Es una cosa que se tiene siempre que no se necesita, y que nunca ó

casi nunca se tiene, cuando hace falta.—Hablo del crédito en su acepcion mercantil, que consiste en la facultad que unos disfrutan y otros no, de encontrar dinero prestado. ¿Quiénes disfrutan de esta facultad? Los ricos, es decir, los que no lo necesitan. ¿Quiénes no disfrutan de ella? Los pobres, es decir, aquellos á quienes hace falta.

Esta es la regla general. A mas de los ricos, tienen crédito tambien los que pasan por serlo, aunque no lo sean, por manera que el crédito en este caso, frecuentísimo en el mundo, estriba en una ficcion. *Se tiene* crédito cabalmente, porque se ha conseguido hacer creer que no se necesita; y apurando un poco el silogismo, podria añadirse que *se tiene* cabalmente, porque *no se debe tener*, —porque *no* es merecido.

Pasa por verdad constante que el crédito que uno disfruta está en proporcion de la confianza que inspira. Lo creo inexacto. La diferencia entre el crédito que se tiene y la confianza que se inspira, consiste en que esta es verdad, y aquel es ó puede ser mentira. El crédito estriba en una cualidad transitoria, acaso aparente, que se nos atribuye, cual es la *riqueza:* la confianza nace de las buenas prendas morales que se reconocen en nosotros.

Ningun pobre tiene crédito: muchos inspiran confianza. Con los ricos suele suceder al revés.

La confianza puede quedar frustrada y lo queda en efecto muchas veces; pero al cabo es una base racional en que podemos apoyar nuestros actos, porque la concedemos ó la negamos con pleno conocimiento de causa: se funda en cualidades inherentes á la persona que nos la inspira. Un hombre, de quien sabemos que es honrado, leal, consecuente, no se vuelve pícaro de la noche á la mañana. No así el crédito, cuya base

es, como he dicho, la riqueza que atribuimos, acaso equivocadamente, á aquel á quien se le concedemos. Aunque realmente la tenga, puede perderla en un momento, cuando menos se piensa.

De aquí resulta que el crédito, en su esencia, es una ficcion, una de tantas mentiras sociales como sirven de fundamento al órden de cosas establecido, lo cual no impide que sea tambien una grande institucion, una poderosísima *palanca*, segun la frase corriente, y que con él y por él se realicen maravillas. La sociedad moderna le debe sus mayores adelantos.

Si fuéramos analizando así otras muchas instituciones, que dan igualmente magníficos resultados, veriamos claro como la luz que la sociedad descansa y vive sobre una multitud de mentiras cuyo secreto se descubrirá el dia de la *gran liquidacion*, dia que no está lejano, segun Donoso Cortés. Ese será el quinto y último acto de la comedia social, fin de los enredos y principio de los castigos.

LA NATURALEZA Y EL ARTE.

La Naturaleza aislada y el Arte puro me disgustan igualmente: solo me gusta la naturaleza modificada—no me atrevo á decir *mejorada*—por el arte, ó lo que es lo mismo, el arte fundado en la naturaleza. Lo que llaman los franceses *faire de l'art pour l'art*, que es lo que llamo el *arte puro*, por no encontrar medio mejor de expresar esa idea, me parece una inocentada: es perder el tiempo.

Practican el arte puro los que labran una bonita fragata con un hueso de aceituna,—los que escriben una página ó dos sin que entre en ellas una letra dada,—

los compositores cuya música, ajustada á todas las reglas de la composicion, no es mas que ruido y nada dice al alma, etc., etc., etc.

En realidad de verdad, el *arte puro* no existe, por sí, con entera independencia de la naturaleza: esa expresion no es mas que una manera de decir. El arte ha de aplicarse siempre á algo, y ese *algo* tiene que ser la naturaleza representada en cualquier objeto material sacado de ella. El arte es una idea, la naturaleza es una cosa, que puede existir por sí, completamente aislada é independiente de todo arte, y así la vemos en efecto muchas veces.

Admirable, sublime en las regiones insondables del mundo sideral, donde solo podemos juzgarla con la imaginacion, y á donde nuestra admiracion se levanta en alas de la fé, confieso que no me gusta mucho aquí en esta tierra sublunar, donde la vemos de cerca y la tocamos con la mano. Nuestro planeta debe ser el mas feo de todos, — pensando piadosamente.

Comprendo que otros se extasien con las llamadas *bellezas naturales*; pero siento no compartir sus éxtasis. Aunque he viajado mucho, no he visto ninguna selva vírgen, ninguna de esas inmensas cordilleras jamás holladas por planta humana que los exploradores de las incultas soledades de América y Asia nos describen con tan vivos colores: aun tomando sus descripciones al pié de la letra y sus dichos por artículos de fé, estoy seguro, segurísimo de que no me habian de gustar. No hay selva vírgen, tal cual yo me las figuro, á que no prefiera con mucho un parque inglés, de esos en que el arte está tan disimulado y oculto que parece confundirse con la naturaleza. Aun los mismos jardines llamados franceses que tienen el grandísimo defecto,

para mí, de descubrir demasiado el arte, desfigurando y mutilando impiamente las obras de la naturaleza, me parecen muy preferibles á las selvas vírgenes: á lo menos son *inofensivos*. Podrán hacernos sonreir, pero no nos hacen llorar: ofenden el buen gusto, pero no dan asilo en sus simétricas espesuras á serpientes, jaguares, insectos venenosos, precipicios ocultos, vapores mefíticos, sombras mortales y tantas y tantas otras lindezas semejantes, acompañamiento obligado de las hermosas *selvas vírgenes*. — ¡Terrible virginidad!

Por este estilo es la de todos los objetos *naturales*, tan ponderados por los que tienen la costumbre de discurrir poco. Desde luego, hay una falsedad evidente en esa expresion *naturales:* de una manera absoluta, lo son pocos, poquísimos entre aquellos á que se aplica, por contraposicion á otros que lo son todavía menos. Nada es mas comun que esta frase: — Me gustan los *vinos naturales*. — Locucion viciosa, ó mas bien, idea falsa. No los hay: la naturaleza sola no da vinos; los da el arte combinado con ella.

La mayor parte de los frutos que nos tiende con mano pródiga serian incomibles si el arte no los mejorara. Aquí ya no titubeo en decir *mejorar*. Todo el trigo *natural* de la tierra no bastaria á alimentar una de nuestras provincias.

Esto sucede ¿á qué negarlo? con respecto á su *utilidad*: lo mismo creo que sucede con respecto á su decantada *belleza*. O no existe, ó es tan *natural* como los vinos antes citados.—Casi todos los que dicen que gustan del campo porque aman la naturaleza, lo que realmente aman es el *arte* con que los hombres van logrando poco á poco y á fuerza de afanes vencer sus esquiveces bravías...

LA CAZA.

La Caza y sus aficionados me han inspirado siempre pocas simpatías, y lo siento, porque tengo muchos amigos cazadores; pero aun mas que de ellos, soy amigo de la verdad, y debo decirla como la entiendo.

La aficion á cazar se me figura una variedad, ó si se quiere una desviacion del mal instinto destructor, de donde arrancan todas las violencias y, entre ellas, el homicidio; —una especie de *pis-aller*, como dicen los franceses, á que se recurre á falta de cosa mejor. Se sale á matar perdices y conejos, porque... al cabo es matar...

Suele alegarse por razon plausible de esa aficion la necesidad, para el hombre de proveerse de alimentos adecuados á su constitucion, eminentemente carnívora. Mala razon, ó mejor dicho, mal pretexto. Esa necesidad probará solo que es preciso que algunos cacen, pero no que la caza sea un placer racional, á la manera que es preciso, por desgracia, que haya en el mundo poceros, matarifes, verdugos, etc. ¿Qué diriamos del hombre que ejerciese por aficion natural estas y otras profesiones análogas, so pretexto de que son una necesidad? De los que se dedicasen á la primera, diriamos que eran no muy limpios; á los que eligiesen las otras los llamariamos crueles. De los cazadores nada quiero preguntar, porque ya he dicho que tengo entre ellos muchos amigos.

Al mismo nivel que la de la caza pongo yo la aficion á las luchas sangrientas de animales, y especialmente á las riñas de gallos, aunque doy con mucho la preferencia á la primera en que á lo menos hay cierta nobleza, ya por el ingenio de que es preciso hacer mues-

tra, ya por el peligro que se corre. ¡Pero las riñas de gallos!... No conozco aficion mas tontamente cruel.

Esto me recuerda que hace pocos años se estableció en Madrid con cierto aparato un *circo gallístico*, fundado por varios sugetos que no son tontos ni crueles. Digo de esto lo que de otras muchas cosas que estoy viendo todos los dias: no lo comprendo.

EL DOLOR.

El Dolor es de dos maneras, físico y moral, á que puede unirse, y en la práctica se une casi siempre, una tercera, compuesta de aquellas dos. Este es el dolor completo,—el verdadero *Dolor*,—fin supremo para que parece haber sido puesto el hombre en este valle de lágrimas.

Como para significar esta grande y terrible verdad, Jesucristo, el HOMBRE por excelencia, lloró muchas veces y no se rió ninguna. No consta á lo menos en su divina historia.

El dolor rodea al hombre en esta miserable tierra como un tercer océano. Al océano de agua (la mar), al océano de aire (la atmósfera), hay que añadir el tremendo océano del dolor que por todas partes nos circunda, y que ni un punto se aparta de nosotros en nuestra triste peregrinacion desde la cuna al sepulcro. Llorando nacemos, en señal de que el Dolor nos recibe, al nacer, en sus duros brazos; llorando y padeciendo vivimos. Envuelta en amargos dolores nos viene la muerte,—dolores del cuerpo y del alma, cuya extension y naturaleza no conoce bien ningun vivo; pero que á juzgar por las ansias que de ordinario los acompañan, deben ser espantosos...

La existencia del Dolor me parece el mas oscuro de los problemas que ofrece á nuestra razon el espectáculo de la naturaleza. Estoy por decir que es mas que un misterio, ó si se quiere, que es un misterio de una especie particular. Todos los demás, impenetrables sin duda para los ojos de nuestro entendimiento, están *encima* de nuestra flaca razon; pero ninguno, fuera de ese, está en abierta contradiccion con ella; ninguno, fuera de ese, parece contradecir las cualidades esenciales, que la razon, de acuerdo con la fe, reconoce en el supremo Hacedor, *Padre comun* de todas las criaturas. Si se me permite expresarme así, todos los misterios, fuera de ese, son, en cuanto podemos juzgar, ó inofensivos ó benéficos en sus aplicaciones á las cosas mundanas; quiero decir, ó no los entendemos, *no alcanzamos pura y simplemente* su accion misteriosa sobre nosotros, ó experimentamos sus efectos en saludables y dulces consuelos, en esperanzas hermosas para lo futuro desconocido, en altos estímulos para lo presente que nos realzan á nuestros propios ojos.

Pero el Dolor, ¡Dios mio!... Quiero copiar aquí unas pocas palabras de un ilustre filósofo moderno: —«El Dolor ¡ay! cosa horrible y cruel, el Dolor, que llena el mundo de lágrimas y gemidos, ¿no pudiera escusarse? ¿Tan útil, tan necesario era por ventura prodigarlo de la manera que lo vemos prodigado por todas partes?» (MICHELET. — *L'Oiseau*).

En esa *prodigalidad* veo yo el misterio terrible, no en el Dolor mismo, cuya bondad y cuya necesidad, superiores ciertamente á nuestro entendimiento, no contradicen sus luces naturales. Hay más: *dentro de cierta medida*, ¿quién duda que el Dolor es bueno? que es necesario? Su accion sobre el alma humana puede

compararse á la del arado sobre la tierra, que de estéril la torna fecunda; pero fuera de aquella *medida* que antes dije, será un bien sin duda, pues Dios lo envia, pero ¡cuán diferente de todos los demás!... ¡cuán oscuro! Líbrenos su misericordia de semejante bien.

Dejo este tema inagotable y paso para concluir á otro menos triste.

LA AMABILIDAD.

La Amabilidad es la moneda falsa de la bondad. Pongamos un ejemplo.

Un hombre *amable* dará la mano á una señora para hacerla pasar desde su sofá al piano, ó le presentará el brazo derecho muy arqueado para bajar unos cuantos escalones, que un niño de tres años podria bajar solo sin cuidado; y se precipitará mas ó menos, y le faltará tiempo para adelantarse á los demas en tan inútil servicio, segun sea mayor ó menor el grado de su amabilidad; pero, *si no es mas que amable*, cuando vea á esa misma señora en un verdadero peligro del cual pudiera tal vez sacarla con su auxilio, estará en su derecho alejándose de ella sin pudor: ni aun siquiera necesitará hacerse el distraido. Su oficio de *hombre amable* no le obliga á más.

Un hombre bondadoso ó *bueno*, pero que no es mas que bueno, hará exactamente lo contrario: no se precipitará á dar la mano ó el brazo, ni los dará tal vez; pero se podrá contar con él en un trance apurado. ¿Quién duda que esto vale mas que lo otro? Convengamos, sin embargo, en que la bondad recibe todo su realce cuando va acompañada de la *Amabilidad*.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Al pío lector. v
I.—Horacio. 1
II.—Un paseo por América. 53
III.—El Emigrado. 107
IV.—El Español fuera de España. 131
V.—Un Enigma. 149
VI.—No hay buen fin por mal camino. 159
VII.—Hilda. 247
VIII.—Necrópolis. 265
IX.—Recuerdos de Amberes. 291
X.—Florencia. 327
XI.—De Jaffa á Jerusalen. 345
XII.—Mesa revuelta. 359

FIN DEL ÍNDICE.

LIBRERÍA DE CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE.

Plaza del Príncipe Alfonso, n.° 2, Madrid.

María de Mancini: novela escrita en francés por S. Gay, traducida por J. A. B. Madrid, 1866. Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

La Casaca de dos colores: imitacion y arreglo de la novela que, con el título *Le Prestige de l'uniforme*, escribió en francés Mr. Ernest Serret. por C. A. de A. Madrid, 1865. Un tomo en 4.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

Escenas de la vida privada. — La Mujer de treinta años: novela escrita en francés por H. de Balzac; traducida por D. Enrique Hernandez. Madrid, 1867. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Cancionero popular. Coleccion escogida de seguidillas y coplas, recogidas y ordenadas por D. Emilio Lafuente y Alcántara, de la real Academia de la Historia.

Parte material.

El CANCIONERO POPULAR consta de dos volúmenes en 8.°, buen papel y esmerada impresion, de mas de 400 páginas cada uno, comprendiendo el 1.° **mil quinientas seguidillas** clasificadas convenientemente, y precedidas de un discurso sobre la poesía popular. El 2.° contiene **tres mil coplas**, con numerosas variantes y notas.

Esta importante obra es *conveniente á todas las clases de sociedad*, y puede considerarse como el verdadero *libro popular*: su amenidad y variedad es tal, que **nunca envejecerá, siempre será de moda**, en todo tiempo y en cualquier circunstancia **procurará distraccion** *al lector*; y á fin de hacerle accesible á todas las fortunas, se vende al ínfimo precio de 28 rs. en Madrid y 34 en provincias, franco de porte.

Bella-Rosa: novela escrita en francés por Amadeo Achard; traducida al castellano por Estéban Llobera. Barcelona, 1862. Un tomo en 4.°, 45 rs. en Madrid, y 50 en provincias, franco de porte.

Como caen las Mujeres: novela filosófico-moral, escrita en francés por la condesa D'Ash; traducida por D. Juan Soler y Serra. Barcelona, 1866. Un tomo en 4.°, 18 rs. en Madrid y 22 en provincias, franco de porte.

Un odio á bordo: novela escrita en francés por Mr. G. de la Landelle; traducida al castellano por D. Felipe Carrasco de

Molina. Madrid, 1862. Un tomo en 8.°, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte, y *solo diez reales* para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

Basta decir, por todo elogio de esta gran novela, que ha sido traducida en todas las lenguas, que en todas partes se han repetido las ediciones, tirando un número fabuloso de ejemplares, y que es la mas hermosa é interesante novela marítima de este siglo.

Las Noches de la Maison dorée: novela escrita en francés por Ponson Du Terrail; traducida por D. Felipe Carrasco de Molina. Madrid, 1865. Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

Los Dramas de Paris, por Ponson Du Terrail. Primer episodio: Los dos Hermanos.—2.°: El Club de los explotadores.—3.°: Las Hazañas de Rocambole.—4.°: El Desquite de Baccarat. Madrid, 1863. 8 tomos en 12.° Precio: 56 rs., franco de porte, para toda España.

Advertencia importante.— Para todos los que han sido suscritores á *La Lectura para todos*, 40 rs., franco de porte para toda España.

Esta gran produccion del ilustre novelista contemporáneo, el vizconde Ponson Du Terrail, puede considerarse, despues de los *Misterios de Paris* de E. Sué, como una de las obras maestras; pues los *Dramas de Paris* dan á conocer esa gran ciudad llena de misterios, que solo la novela puede referir; asi es que esta publicacion, en todos sus tomos, es de un interés palpitante.

El Page del duque de Orleans: historia del siglo de Luis XIV, escrita en francés por Ponson Du Terrail; traducida por don J. F. Saenz de Urraca. *Nueva edicion*. Madrid, 1865. Tres tomos en 4.° en un volúmen, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

La Resurreccion de Rocambole: novela escrita en francés por Ponson Du Terrail; traducida por D. Enrique Hernandez. Tomo primero: *El presidio de Tolon*. Tomo segundo: *San Lázaro*. Madrid, 1867. Precio: 12 rs. cada tomo en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Los Piratas del Mississipi: novela escrita por Gerstaecker; traducida y arreglada del aleman por la Redaccion de la *Gaceta militar*. *Nueva edicion*. Madrid, 1865. Un tomo en 4.°, 10 reales en Madrid y provincias, franco de porte.

Quintin Durward, ó el Escocés en la corte de Luis XI, por

Walter Scott; traduccion hecha en vista de la edicion inglesa. *Nueva edicion*. Madrid, 1865. Un tomo en 4.°, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

El Oficial aventurero: Episodio de las guerras de Montrose, por Walter Scott; traducida del inglés por la Redaccion de la *Gaceta militar*. *Nueva edicion*. Madrid, 1865. Un tomo en 4.°, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

La Casa del Bañero: novela escrita en francés por D. Augusto Maquet; traducida al castellano por D. J. F. Saenz de Urraca. Madrid, 1864. Un tomo en folio, ilustrado con magníficos grabados en madera intercalados en el texto, 20 reales en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

La Familia errante: novela histórica, por Amado Salazar. Madrid. Tres tomos: 60 rs. en Madrid y 72 en provincias, franco de porte.

Esta interesante novela del conocido escritor Amado Salazar está casi agotada, habiendo obtenido el mas brillante éxito durante la publicacion por entregas: los pocos ejemplares que quedan se darán al ínfimo precio de 30 rs. en Madrid y 36 en provincias, franco de porte, á todos los que han sido suscritores al periódico *La Lectura para todos*.

Historia de Cristóbal Colon y de sus viajes, escrita en francés, segun documentos auténticos sacados de España é Italia, por Roselly de Lorgues; traducida al español por Mariano Juderías. Cádiz, 1858-1863. Dos tomos en 8.°, 48 rs. en Madrid y 56 en provincias, franco de porte.

Los Misterios del Saladero: novela filosófico-social, por Cefelino Tresserra. Barcelona, 1862. Un grueso tomo en 4.° mayor prolongado, de buen papel y esmerada impresion, adornado con 20 hermosas láminas sueltas y una portada litografiada tirada á varias tintas, 60 rs.

Historia de Cataluña y de la Corona de Aragon, escrita para darla á conocer al pueblo, recordándoles los grandes hechos de sus ascendientes en virtud, patriotismo y armas, y para difundir entre todas las clases el amor al país y la memoria de sus glorias pasadas, por Víctor Balaguer, cronista de Barcelona. Barcelona, 1862-1864. 4 tomos en 4.°, con muchísimas láminas, 271 rs.

Las Selvas vírgenes de América, por el capitan Mayne-Reid; novela traducida del inglés por J. A. B. Madrid, 1866. Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

La Morada en el desierto: aventuras de una familia perdida en el gran desierto americano, por el capitan Mayne-Reid; obra traducida del inglés por J. A. B. Madrid, 1866. Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

Los Cazadores de cabelleras, por el capitan Mayne-Reid: novela traducida del inglés por J. A. B. Madrid, 1866. Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

La Familia Laroque (*memorias de un jóven de corazon*), escritas en francés por M. O. F.; traducidas al español por don E. de C. y H. Madrid, 1866. Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

La Lectura para todos. Coleccion de novelas, leyendas, cuentos, viajes, tratados especiales, artículos sueltos, biografías, religion, ciencias, letras y artes, etc., etc. Madrid. 1859, 1860, 1861, tres magníficos tomos en 4.°, ilustrados con unas 600 láminas. Precio de cada uno, 38 rs. en Madrid y 48 en provincias, franco de porte.

El Cascabel. Periódico festivo.—Este periódico publica cinco números cada mes; es el mas antiguo y acreditado que existe en Madrid; hace frecuentemente regalos á sus suscritores, y solo cuesta la suscricion 6 rs. por trimestre en toda España.

El tomo primero, ó sean sesenta números, se vende á 26 reales en Madrid y á 28 en provincias para los no suscritores, y á 24 y 26 para los suscritores.

Se suscribe en la Administracion, calle de Jardines, número 14. Las suscriciones de provincias se remiten en sellos ó libranzas sobre correos á dicha Administracion.

Genio y figura: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Rafael Mejía. Madrid, 1867. Un tomo en 12.°, ilustrado con una preciosa lámina grabada en acero, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Una Mujer con tres caras: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Cárlos Frontaura, director de el periódico *El Cascabel*. Madrid, 1865. Dos tomos en 12.°, 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

La familia Braillard: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida al castellano por D. Antonio Rotondo, caballero de la real y distinguida órden de Cárlos III. Madrid, 1864. 2 tomos en 12.°, 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

Un Racimo de Grosella: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Manuel Garcia Gonzalez,

ilustrada con una lámina grabada en acero. Madrid, 1865. Un tomo en 12.°; 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

La Jóven de las tres enaguas: linda novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida al castellano por don Manuel García Gonzalez; ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Madrid, 1865. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

El Asno del señor Martin: linda novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Manuel García Gonzalez, Madrid, 1862. Un tomo en 12.°, acompañado de una hermosa lámina grabada en acero, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Los Hijos del Bulevar: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Manuel García Gonzalez; ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Madrid, 1865. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

La Dama de los tres corsés: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Rafael Mejia; ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Madrid, 1866. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

La Baronesa Blaguiskof: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Rafael Mejia; ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Madrid, 1866. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Taquinet el Jorobado: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Mariano de Rementería hijo. Madrid, 1865. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

El Nieto de Cartouche (continuacion de los Hijos del Bulevar): novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Rafael Mejia; ilustrada con una lámina grabada en acero. Madrid, 1866. Un tomo en 12.°, 12 rs. en Madrid, y 14 en provincias, franco de porte.

Las Muchachas de trastienda: novela de costumbres por Ch. Paul de Kock; traduccion de Juan Soler y Serra. Madrid, 1866. 2 tomos en 4.°, 36 rs. en Madrid y 43 en provincias, franco de porte.

Antes que te cases, mira lo que haces: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock. Madrid, 1865. Dos tomos en 12.°, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

La Millonaria: novela de costumbres, por Ch. Paul de Kock; traduccion de Juan Soler y Serra. Madrid, 1866. Un tomo en 4.°, 18 rs. en Madrid y 23 en provincias, franco de porte.

La linda Margarita: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock. Nueva edicion de lujo, adornada con preciosas láminas ejecutadas por los primeros artistas de la corte. Madrid, 1865. Un tomo en 8.°, 13 rs. en Madrid y 16 en provincias, franco de porte.

La Inocente Virginia: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock. Nueva edicion de lujo, adornada con preciosas láminas ejecutadas por los primeros artistas de la corte. Madrid, 1865. Un tomo en 8.°, 13 rs. en Madrid y 16 en provincias, franco de porte.

La Aldeana de Montfermeil: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock. Nueva edicion de lujo, adornada con preciosas láminas ejecutadas por los primeros artistas de la corte. *Segunda edicion*. Madrid, 1864. Un tomo en 8.°, 18 reales en Madrid y 21 en provincias, franco de porte.

Andrés el Saboyano: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock. Nueva edicion de lujo, adornada con preciosas láminas ejecutadas por los primeros artistas de la corte. Madrid, 1864. Un tomo en 8.°, 18 rs. en Madrid y 21 en provincias, franco de porte.

Las Dos Bañeras: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock, traducida por D. Telesforo Corada. Edicion de lujo. Madrid, 1863. Un tomo en 4.°, 48 rs. en Madrid y 54 en provincias, franco de porte.

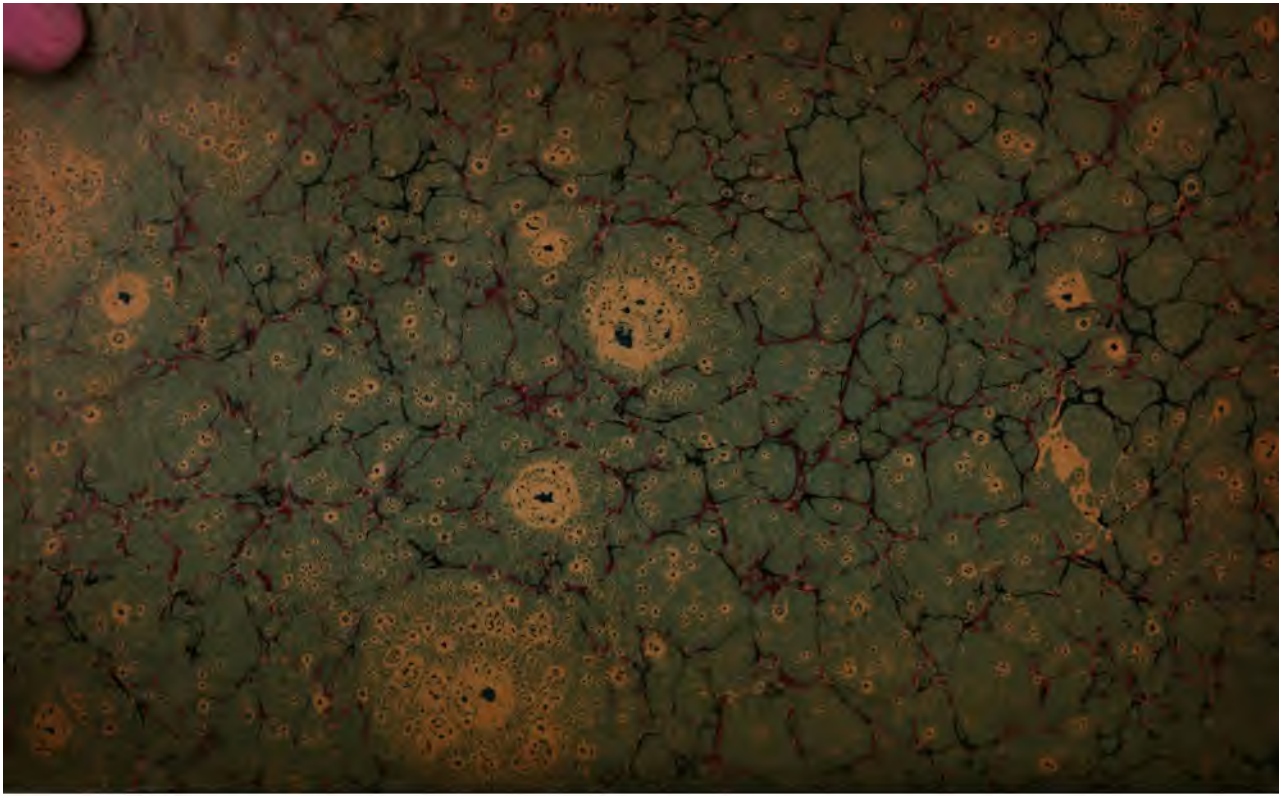
La Florista de Paris: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por Juan Soler y Serra. Madrid, 1865. Un tomo en 8.°, 18 rs. en Madrid y 21 en provincias, franco de porte.

El Hombre de los tres calzones: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock. Un tomo en 8.°, 22 rs. en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

La Señorita del quinto piso: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Telesforo Corada. Madrid, 1862. Un tomo en 8.°, 36 rs. en Madrid y 42 en provincias, franco de porte.

El Buen muchacho: novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock, traducida al español. Madrid, 1865. Un tomo en 8.°, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

Madrid: 1867.—Imp. de Bailly-Bailliere.



THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WILDENER
BOOK DUE
FEB 1 1 1987
CANCELLED